

LUZ GUILLÉN

Secretos  
en el  
desván

zafiro

D.J.57

# Índice de contenido

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Referencias a las canciones](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compara**

## Sinopsis

Julia necesita sentirse valorada por su padre y su hermano. La ocasión de demostrarlo se le presenta cuando le piden que se encargue de organizar una fiesta para celebrar el cuarenta aniversario de la empresa familiar. Para ello tendrá que viajar a la mansión de su abuela, donde años atrás tuvo lugar una tragedia que la marcó para siempre. Pero no va a estar sola. La acompañará Keith, el atractivo sobrino de su Nana. Psicólogo de profesión, la ayudará a enfrentarse a los secretos que han permanecido ocultos durante años y, al mismo tiempo, buscará el origen de las extrañas pesadillas que la persiguen desde hace meses. Y en el camino le enseñará el verdadero significado de la palabra amor.

# SECRETOS EN EL DESVÁN

Luz Guillén

zafiro 

*Para Marc, mi compañero, mi amigo. Para Marc, quien endulza  
mis noches y enriquece mis días. Para Marc, que me hace reír y  
me saca de mis casillas. Para Marc, mi amor.*



# Capítulo 1

El silencio ensordecía sus oídos con mayor intensidad que la del grito estentóreo que lo había precedido. Julia, presa de un terror como no conocía, corría con todas sus fuerzas buscando el origen de aquel chillido que había roto la paz de la casa, pero cada estancia que visitaba estaba tan vacía como la anterior. Las cortinas hechas jirones del caserón dejaban pasar un frío helador que apelmazaba sus piernas impidiéndole avanzar con la rapidez que precisaba. Abrió de golpe la postrera puerta de aquel interminable pasillo con la respiración agitada y trabajosa; era su última oportunidad de encontrar a la causante de aquel agudo aullido de dolor que había roto la noche. Lo que encontró fue peor de lo que esperaba: una luz cegadora lo cubría todo. De la mujer no había ni rastro.

Despertó temblorosa y empapada en sudor. Hacía meses que aquella pesadilla se repetía, cada vez con mayor frecuencia. En las últimas tres noches, el recurrente sueño no la había dejado descansar, y empezaba a estar preocupada. No obstante, no le había hablado a nadie de sus visiones nocturnas. No tenía a quién. Aunque, en realidad, no era del todo cierto, siempre podía contar con Gemma, su Nana, pero aquella mujer que la había criado desde que murió su madre tenía sus propios asuntos, y no deseaba preocuparla con lo que probablemente fueran tonterías.

Cogió el pañuelo desechable que, por precaución tras la experiencia de los meses anteriores, guardaba bajo su almohada y se secó la transpiración que perlaba su rostro mientras echaba un vistazo al reloj electrónico que había sobre su mesilla de noche. Eran las cinco y cuarto; sabía que ya no podría

volver a conciliar el sueño. En las otras ocasiones tampoco había podido, así que ni lo intentó.

Tras levantarse, fue al baño sin encender la luz de su habitación. Conocía cada mínimo detalle de aquella estancia que ella había convertido en su feudo. Una vez allí, mientras esperaba que se templara el agua de la ducha, conectó su reproductor de audio y, al instante, salió la suave voz de Julia McDougall entonando *I Don't Really Care*. Le gustaba esa cantante. Había empezado a escucharla por curiosidad; era gracioso que compartieran nombre. Pero, después de haber escuchado sus canciones, en especial la que sonaba en ese momento y que se había convertido en su himno particular, había caído rendida a sus pies y se consideraba su mayor fan.

El agua consiguió relajar sus músculos y arrastrar la sensación de impotencia que siempre le quedaba después de sufrir aquella pesadilla. La música, por su parte, le aligeró el ánimo.

Llegó a un compromiso consigo misma. Si la cosa seguía así, y ya iba para cinco meses desde el primer episodio, hablaría con algún profesional. Lo que había leído en Google sobre el tema no le había aclarado nada y necesitaba respuestas.

Con una toalla rodeándole el cuerpo todavía húmedo, se miró al espejo sobre el lavamanos. En su cara macilenta se veían las huellas que había grabado el agotamiento. Suspiró abatida. Ese día se vería obligada a utilizar todos los productos de belleza que comercializaba la empresa en la que trabajaba, la compañía de su padre, donde ella ejercía como relaciones públicas. A diferencia de lo que solía usar, una raya delgada de lápiz negro en los ojos, apenas una pincelada de colorete y brillo de labios, tendría que añadir un producto para suavizar las ojeras y maquillaje pesado para disimular el color de su rostro, que se veía más descolorido que de costumbre.

Se secó la abundante melena pelirroja, que era su signo de identidad más reconocible, y se maquilló para pasar después a su dormitorio, donde eligió

con cuidado lo que vestiría esa jornada de trabajo: una falda de vuelo azul marino, blusa celeste y una chaqueta de corte Chanel de cuadros en la que predominaba también el color azul.

No desayunó. Tenía el estómago revuelto y no le entraba ni siquiera un triste té. Ya tomaría algo en la oficina si era capaz de hacerlo. Cogió un bolso a juego con su indumentaria, lo llenó con sus cosas y bajó al garaje del inmueble, no sin antes echar una última ojeada a su apartamento de sesenta metros cuadrados, regalo de su abuela materna, y darle dos vueltas a la llave en la cerradura.

Condujo su Mini turquesa último modelo hasta la parada de tren desde donde cogería el transporte público hasta el trabajo; conducir por Londres era una locura que ella nunca estaba dispuesta a cometer si no era imprescindible.

Llegó al elegante edificio que albergaba las oficinas de McDougall & Co. en Marylebone más temprano que de costumbre. Cuando abrió el portón de entrada que daba a una sala de buen tamaño presidida por un mostrador de madera clara, se dirigió al hombre sentado tras él.

—Buenos días, Henry —saludó con una insinuada inclinación de la cabeza.

—Buenos días, señorita McDougall —le respondió el bedel—. Esta mañana llega usted temprano.

—Sí. Ayer me quedaron asuntos pendientes que quiero terminar antes de empezar con los de hoy —mintió.

—No se canse —recomendó el hombre cortésmente—. Hasta luego, señorita.

—Hasta luego, Henry —se despidió mientras se encaminaba ya hacia la escalera que la conducía a su planta.

Subió dos pisos de forma cansada. Al llegar al segundo, enfiló el pasillo y entró en su despacho, una habitación de unos quince metros cuadrados amueblada al gusto femenino, con paredes de color gris perla, muebles de madera de haya combinados con blanco y un par de sillones dos tonos más

oscuros que la pared, separados entre sí por una mesa de centro que daba al conjunto un aspecto acogedor.

Dejó el bolso y la chaqueta en el armario junto a la puerta, encendió el ordenador y, mientras esperaba que volviera a la vida, subió los estores de las dos ventanas colocadas detrás de su mesa. Decidió matar el tiempo que quedaba hasta la hora de apertura consultando las redes sociales, tanto las suyas personales como las de la empresa; era conveniente estar siempre al día de lo que corría por la red, pero no encontró nada digno de tener en cuenta. Era lo mismo de siempre..., o de casi siempre, se obligó a admitir.

Los empleados llegaron poco después de manera escalonada. Los oía charlar entre ellos de camino a sus cubículos, pero nadie reparó en su presencia. En su favor cabría decir que estar encerrada dentro del despacho no revelaba su presencia a nadie. Sólo al cabo de un rato, cuando todos parecían estar ya en sus puestos, oyó un discreto golpe en la puerta. Sabía de quién se trataba y le dio permiso para entrar.

—Buenos días, Julia —la saludó Maggie con tono eficiente y sonrisa cauta—. Parece que hoy has madrugado.

—Buenos días, Maggie —respondió separando los ojos de la pantalla—. Sí. No podía dormir, así que he venido temprano. No tenía sentido quedarme en casa sin hacer nada útil.

—Bien —carraspeó su subordinada. La relación que mantenían era un tanto fría desde que Julia había descubierto que la secretaria se acostaba con su padre—. ¿Te apetece un té?

—Te lo agradecería, por favor.

—¿Alguna cosa más? ¿Una pasta?

—No. De momento, con un té estará bien, gracias. —Todavía no tenía el estómago para alegrías.

—Ahora te lo traigo —anunció antes de salir.

Julia no pudo reprimir una mueca de disgusto. Si por ella fuera, habría despedido a esa advenediza desde el mismo momento en que supo que se

metía en la cama del jefe de la empresa, que no era otro que su padre. Sin embargo, sabía que era algo imposible. Derek McDougall nunca permitiría que se deshicieran de su nuevo *juguetito*. Suspiró resignada y volvió a centrar su atención en la gráfica de ventas que tenía en pantalla. La línea de esmalte de uñas había bajado en el ranking de preferencia de las mujeres de entre treinta y cinco y cincuenta años, y su cabeza ya estaba buscando una estrategia para cambiar esa dinámica.

Cinco minutos más tarde, un nuevo golpe en la puerta le indicó que su té ya había llegado.

—Julia, tu padre me ha pedido que te diga que vayas a su despacho dentro de diez minutos —la informó Maggie mientras dejaba una bonita taza de porcelana con su plato a juego delante de ella—. Ha insistido en que no te retrases —añadió mirándola directamente a los ojos.

—Bien. Gracias por la información... Y por el té.

—De nada. —Ladeó apenas la cabeza—. Llámame si necesitas cualquier cosa.

¡Como si tuviera que recordárselo! Era su secretaria, por el amor de Dios. ¿Qué se suponía que tenía que hacer sino asistirle en lo que necesitara? A esa mujer, sólo cinco años mayor que ella misma, se le estaban empezando a subir los humos. Lástima que no estuviera en sus manos su futuro profesional.

Tuvo el tiempo justo de beber su infusión antes de acudir a la cita impuesta por su padre. Se colocó la chaqueta —Derek era muy escrupuloso con la indumentaria—, inspiró profundamente dos veces para infundirse valor y salió de su despacho dispuesta a subir al piso superior, donde sólo se encontraban los *reinos* del director y del subdirector, su hermano Pete.

Se hizo notar golpeando la madera con los nudillos, pero no esperó respuesta para entrar. Su padre, sentado en uno de sus sillones negros de piel, removía con una cucharilla el contenido de una taza igual que la que ella había utilizado momentos antes. A su lado, Pete lo imitaba.

—Buenos días, Julia —la saludaron los dos a la vez.

—Papá, Pete. —Movi6 la cabeza a modo de saludo.

—Siéntate —pidió su padre sin esconder su tono autoritario.

Julia miró a los dos hombres con los que, aun siendo de su familia, compartía poco más que la sangre, y se sentó en el sillón que quedaba vacío, frente al de su padre.

—Tú dirás para qué querías verme.

—Verás, Julia —empezó a hablar con aquel tono paternalista que envaraba a su hija—, faltan menos de tres meses para la celebración del cuarenta aniversario de la empresa y no he visto que hayas comenzado con los preparativos.

—El hecho de que no te haya comunicado mis ideas no quiere decir que no haya hecho nada al respecto.

—Las ideas están bien, Julia —intervino su hermano, mano derecha de su padre y tan distante con ella como aquél—. No obstante, lo que exigimos de ti son hechos. Es una conmemoración muy importante para la compañía, por si no lo recuerdas. No se puede dejar nada en manos del azar.

—Creo que en los tres años que llevo en mi puesto de relaciones públicas nunca os he fallado —se defendió.

—Cierto —terció Derek depositando con cuidado su taza sobre la mesita de cortesía—. No vayas a comenzar a hacerlo justo esta vez.

—No lo haré —replicó hinchando las aletas de la nariz.

—Por si acaso —se recostó sobre el respaldo de su sillón y entrelazó los dedos—, será mejor que tengas una propuesta sobre la mesa, como muy tarde el viernes.

—¡Pero si estamos a miércoles! —se quejó irguiéndose en el asiento.

—Si no te crees capacitada... —dejó caer Pete, condescendiente.

—Por supuesto que lo estoy. —Le lanzó a su hermano una mirada furibunda—. Lo sabes muy bien.

—Pues entonces no tendrás ningún problema en prepararme tu propuesta

antes del viernes —reiteró su padre alzando una ceja descreída.

—La tendrás —aseveró ella con rotundidad—. Y será lo mejor que hayas visto nunca.

—Eso espero, Julia. Y ahora, ve a tu despacho y ponte a ello.

La clara invitación a que dejara la sala vino acompañada de la sonrisa burlona de su hermano. Medio hermano, en realidad. La madre de Pete, que fue actriz antes de casarse, había huido con un viejo compañero de reparto para pedir poco después el divorcio. El contacto que Pete mantenía con ella era prácticamente nulo. Alguna postal en Navidad, la obligada llamada de teléfono en los cumpleaños... y poco más. Derek nunca hablaba de ella. Sólo una vez, cuando Julia era aún una niña, lo oyó maldecirla; desde entonces, ni una sola mención a su persona había salido de los labios de su padre.

Volvió a su puesto sin dejar de pensar en el trabajo que le habían encomendado. Tenía que lograr deslumbrar a su padre, a ver si por una vez conseguía un elogio por su parte.

Durante las siguientes horas barajó diversas ideas con el objetivo de buscar una propuesta que estuviera a la altura. Lo más importante era encontrar el lugar más adecuado donde celebrar la reunión. Sopesó varias opciones, algunas realmente espectaculares, pero, por más que lo meditaba, nada le parecía tan idóneo como la posibilidad de utilizar la mansión que la familia poseía en Ascot. Era una casa preciosa, con hectáreas de terreno plano donde se podían instalar carpas enormes que pudieran albergar a todos los invitados. No obstante, sabía que a su padre no le gustaría la idea; desde hacía no sabía cuántos años, Derek no había puesto un pie en aquella propiedad. Era ella la que continuaba visitándola con cierta frecuencia, algunas veces sola y otras en compañía de su abuela materna. La cautivaba la paz que se respiraba en aquel paraje tan británico. Aunque, lamentablemente, cada vez acudía allí con menos asiduidad, ya que el tiempo y el trabajo no le daban mucho respiro para hacerlo.

Los murmullos del resto de los trabajadores en el pasillo la empujaron a

mirar la hora en la pantalla de su ordenador. Había estado tan inmersa en la confección de las dos propuestas que se le habían ocurrido para la fiesta que el tiempo se le había pasado como si nada. Era ya mediodía. Y, a pesar de no haber tomado más que un té a primera hora de la mañana, seguía sin apetito. Aun así, decidió salir la media hora de descanso que tenía, no para tomar un tentempié, sino para despejarse un poco. Lo necesitaba.

Sacó del armario su chaqueta y el bolso y salió del despacho. Un par de compañeros la saludaron sonrientes con la cabeza mientras comentaban algo sobre un programa de televisión de la noche anterior. Ella los siguió hasta la planta baja. Ya en la calle, Julia tomó un camino diferente al de aquéllos y comenzó a vagabundear sin rumbo fijo por las calles aledañas. Sin premeditarlo, sus pasos la llevaron frente a la pequeña cafetería a la que solía acudir y decidió que, con hambre o sin ella, lo mejor sería que tomara un bocado.

Se sentó a una pequeña mesa junto a la entrada y pidió un sándwich de pollo y una botella de zumo de arándanos sin azúcar, su bebida favorita. Cuando la camarera puso su pedido frente a ella, lo miró desganada. Se forzó a dar el primer bocado, y fue entonces cuando se dio cuenta de que, en realidad, estaba hambrienta. La preocupación por encontrar una sugerencia con respecto al aniversario que contentara a su padre la había tenido tan absorta que ni siquiera se había dado cuenta. Entre bocado y bocado, con la mirada perdida a través del escaparate del local, vio algo que le llamó la atención: una joven, ataviada con un traje de época similar a los de la Regencia, salía de un portal y se subía a un BMW de gran cilindrada.

Sí, se dijo con entusiasmo, eso podría decantar la balanza a favor de Crystal House Park para el festejo que preparaba la empresa. Un baile de disfraces era una idea original que nunca habían utilizado antes, y el entorno de la casa familiar recordaba a aquellos tiempos. Podría proponerles a los invitados pasar allí un fin de semana, como solían hacer los nobles siglos



atrás. Era algo divertido, novedoso, y que conseguiría diferenciar aquélla de otras fiestas a las que hubieran asistido.

Terminó de prisa su comida, pagó y volvió rauda a la oficina. Tenía mucho que hilvanar para poder presentarle a su padre un proyecto que no pudiera rechazar. En su cabeza bullían un millón de posibilidades: paseos a caballo, pícnicos campestres y, como broche final, un baile amenizado con una pequeña orquesta. Por suerte, aquel ajeteo mental la ayudó a olvidarse de la desagradable sensación que la había despertado aquella mañana.

\* \* \*

Pasó lo que quedaba de jornada contactando con empresas de alquiler de trajes, caballerizas que estuvieran dispuestas a alquilarles sus caballos y grupos musicales especializados en música de principios del siglo XIX. Lo hizo ella sola, sin contar con Maggie. No confiaba en su discreción. Era capaz de hablarle a su padre sobre lo que estaba tramando, poniéndolo en guardia. No, necesitaba impresionarlo.

De todas formas, y por si su plan no obtenía la respuesta deseada, también trabajó con una segunda opción: un evento corriente en un lujoso hotel del centro de Londres. Algo posiblemente más glamuroso, sí, pero a la vez terriblemente convencional.

Con las cosas perfiladas, decidió dar el día por concluido. La mañana siguiente la dedicaría a plasmar sobre el papel sus dos proyectos y, con ellos en la mano, intentaría exponérselos a su padre de tal manera que no tuviera más remedio que decantarse por su preferido.

Apagó el ordenador, recogió sus cosas y abrió la puerta de su cubículo. Al hacerlo, se percató de que, salvo Henry, aparentemente, ya no quedaba nadie en el edificio. No obstante, para asegurarse, pasó por delante de la mesa de Maggie, ya que no había ido a despedirse de ella, pero su secretaria no estaba. Su bolso, en cambio, sí.

## Capítulo 2

Se sentía exultante y no estaba dispuesta a que nada ni nadie le arruinara esa euforia, ni siquiera Maggie. Creía haber encontrado la fórmula que conseguiría deslumbrar de una vez por todas a su padre. No entendía la necesidad tan desesperada que tenía de que Derek le demostrara su aceptación. De hecho, lo más lógico habría sido estar resentida con él y con la falta de interés que le mostraba sin ningún pudor, a diferencia de lo que hacía con Pete. Que se acostara con su secretaria también era un motivo para estar molesta, sin embargo, no lo podía evitar. Quería a su padre. Suspiraba porque manifestara orgullo por ella..., algo que todavía no había logrado.

Oír una voz amiga, una que siempre le aportaba paz, era lo que precisaba en ese momento. Nana le diría, sin duda, las palabras justas para reforzar su confianza en sí misma. Mientras caminaba hacia la estación, decidió llamarla. Tenía pensado referirle los preparativos que había urdido para el aniversario de la empresa, porque sabía que ella sería capaz de alentarla.

—¿Dígame? —contestó al tercer tono con su afable acento *posh*.

—Nana, soy yo.

—Julia, querida, qué ilusión oírte. No me has llamado en los últimos tres días. Empezaba a inquietarme.

—También me puedes llamar tú —le reprochó cariñosamente.

—Nunca sé si estás ocupada, y ya sabes que no me gusta molestar.

—Tú no molestas nunca, Nana —refutó imprimiendo a sus palabras todo el cariño que sentía por aquella mujer.

—Bueno, bueno, si tú lo dices... ¿Y bien?, ¿qué te cuentas, preciosa?

—Nada especial. —Omitió a propósito sus pesadillas nocturnas—. Sólo

que... ¿Sabes? Estoy preparando la fiesta para el cuarenta aniversario de la empresa.

—¡Qué buena noticia! ¿Qué se te ha ocurrido? —se interesó de inmediato—. Seguro que, con tu imaginación, has pensado en algo realmente excepcional.

—Gracias por confiar siempre en mí —dijo con el corazón lleno de agradecimiento. Eso era exactamente lo que necesitaba oír.

—No hago más que decir la verdad. Mis amigas todavía me felicitan por la merienda que les ofrecí para la presentación de mi último libro. Y todo gracias a ti.

—Aquello no fue nada.

—Para mí fue mucho —rebatí categóricamente—. Además, no me gusta que infravalores tu trabajo. Conseguiste congrega a muchos lectores, y no sólo conocidos, sin contar con que le diste a la presentación un aire muy novedoso.

—Gracias, entonces —sonrió. ¿Cómo no iba a adorar a esa mujer?

—¿Me vas a contar qué has pensado o es un secreto?

—Sabes que no tengo secretos para ti. —Sintió una punzada de culpabilidad al pensar en lo que le ocultaba, pero la desechó al instante, no quería inquietarla con algo sin importancia—. Verás, tengo dos ideas que le presentaré mañana a mi padre. Te las explico y me dices qué te parecen, ¿de acuerdo?

—Adelante.

—Si crees que falta alguna cosa o que sobra algo..., confío en tu criterio, ya lo sabes.

—Empieza. —Para ese momento, Julia ya había llegado a la estación, aun así, temiendo quedarse sin cobertura, permaneció de pie junto a la entrada.

De manera meticulosamente detallada, le enumeró todos los pormenores de cada una de las dos opciones y esperó un veredicto, que no tardó en llegar.

—Por supuesto, la idea de un fin de semana en Ascot me parece mucho

más interesante y divertida —dijo la mujer, reforzando con ello su propia opinión—. Ahora, has hecho bien en elaborar otra alternativa. Ya sabes que a tu padre no le gustan las extravagancias que no surjan de él.

—Sí, lo sé —admitió pesarosa—. Por eso he preparado dos iniciativas, para que elija la que le parezca mejor.

—Y, aparte del trabajo, ¿qué tal te va la vida, preciosa? —dijo la mujer cambiando de tema radicalmente.

—Como siempre, nada nuevo bajo la luz del sol.

—Tienes que empezar a vivir tu vida —la regañó como solía hacer cuando era pequeña—. A actuar como la joven que eres. Me tienes preocupada.

—Lo hago. —Por segunda vez en una misma conversación, le mentía a su Nana.

—¿Cuándo fue la última vez que saliste con tus amigos o con un chico?

—Nana, he llegado a la estación —disimuló. No tenía respuesta para esa pregunta—. Tengo que dejarte.

—¡Espera! —alzó la voz para impedir que cortara la comunicación—. Yo también tenía que decirte algo. Y que te quede claro que sé perfectamente que intentas eludir mi pregunta, jovencita.

—No, yo...

—No trates de engañarme, que te conozco, Julia —la interrumpió amablemente—. Bien, lo que quería decirte es que Keith..., recuerdas a Keith, ¿verdad?

—Ahora mismo... —dijo azorada.

—Sí, mujer, mi sobrino Keith, el que venía a pasar los veranos a Ascot conmigo cuando eras pequeña y yo todavía vivía contigo.

—¡Ah, sí! —Recordó de sopetón, golpeándose la frente con la mano. ¿Cómo había podido olvidarse? Nana hablaba constantemente de él. Además, sin que nadie lo supiera, Keith había sido para ella el centro de sus ensoñaciones adolescentes aquellos veranos—. Se fue a vivir a Nueva York hace años, ¿verdad?

—Sí, sí —afirmó la mujer complacida al constatar que lo recordaba—. Resulta que se ha cansado de la Gran Manzana y ha decidido volver a Londres.

—¡Qué buena noticia, Nana!

—Excelente, diría yo. —Sonaba feliz—. De momento, y hasta que encuentre dónde vivir, se quedará en mi casa.

—Me encanta saber que no estarás sola.

—Ya... —No estaba dispuesta a iniciar una nueva discusión con respecto al recurrente tema de su soledad—. He pensado que estaría bien que vinieras a casa a comer el próximo domingo. Haré pastel de carne y riñones, tu favorito —dijo para tentarla.

—Tú sí que sabes cómo convencerme, Nana —sonrió relamiéndose los labios—. Allí estaré.

—Y ahora, coge ese tren o no llegarás nunca a casa.

—Buenas noches, Nana.

—Buenas noches, preciosa.

Después de cortar la comunicación, bajó la escalera complacida. Su idea de celebrar la fiesta en Ascot, al parecer, no era tan descabellada. Con un poco de suerte, conseguiría tentar a su padre con ella. Y, si no lo hacía, tendría el consuelo de un delicioso pastel de carne y riñones ese mismo domingo para mitigar la desilusión.

Durante el trayecto a Enfield, el municipio al norte de Londres donde estaba su apartamento, a diferencia de lo que solía hacer, sacó su iPad en lugar del ebook y siguió desgranando ideas que presentarle a su padre al día siguiente. Al pensar en su progenitor la asaltó como un fogonazo una desagradable imagen de Derek y Maggie juntos. Intentó descartarla al instante; ya tenía suficientes pesadillas estando dormida como para añadir otras mientras estaba despierta. Aun así, le costó más de lo que deseaba. Estaba convencida de que su secretaria tenía un afán desmedido por subir en el escalafón de la empresa, pero hasta el punto de llegar a acostarse con un

hombre que casi le doblaba la edad... Por muy buena planta que tuviera su padre —que la tenía—, aquello le parecía repugnante. Y en el caso de él todavía era peor; aquella chica era seis años más joven que su propio hijo... Vomitivo. Se esforzó por concentrarse en lo que tenía entre manos y casi lo consiguió. Casi.

Tal vez gracias a la distracción que suponía el encargo que le había hecho Derek, aquella noche no la invadieron un montón de imágenes desagradables como lo habían estado haciendo los días anteriores. Sin embargo, soñó. Lo hizo con una difusa habitación que no le resultaba del todo extraña. Algo en aquel onírico cuarto le era extrañamente familiar, aunque no podría definir el qué. De todas formas, al despertar después de una noche tranquila, la primera de la semana, de aquella estancia sólo quedaba la sombra de un recuerdo.

\* \* \*

Su padre no la llamó hasta pasadas las tres de la tarde, cuando Julia casi había perdido la esperanza de que lo hiciera. Para ese momento ya había elaborado un dossier para cada una de las dos opciones, incluyendo gráficos y coste aproximado, y había planificado una estrategia para mejorar la venta de pintaúñas para la franja de edad que se había visto afectada. Incluso había hablado con su abuela, la dueña de Crystal House Park, para preguntarle si le molestaría que se hiciera la fiesta allí.

—Por supuesto que no me molesta, querida —aseguró la mujer amablemente—. Esa casa va a ser tuya, ya lo sabes.

—Gracias, abuela, Me hace mucha ilusión —afirmó complacida.

—Sólo espero que tu padre no ponga pegas..., ya sabes cómo es y la relación que tenemos.

—Yo también lo espero —confesó exhalando un suspiro.

—En fin, Julia, ya me dirás si finalmente consigues convencer a Derek.

—En cuanto sepa algo, te llamaré. No creo que tarde en reclamarme en su

despacho.

—Pues te dejo. Ármate de valor y no dejes que eche por tierra tu trabajo.

—Gracias, abuela.

Había sido un día productivo, cosa que, junto a las palabras de ánimo de su abuela, le creaba una sensación de optimismo muy agradable; tenía el presentimiento de que Derek elegiría el proyecto que le hacía más ilusión a ella. Era un palpito que no tardaría en confirmar.

En cuanto la convocó su padre, y con los dos dossiers bajo el brazo, subió al piso superior nerviosa e ilusionada. No obstante, antes de golpear la puerta del despacho de dirección con los nudillos, examinó su indumentaria esperando no encontrar nada fuera de lugar. Una vez satisfecha con su comprobación, recompuso su gesto y se ocultó tras una máscara de seguridad profesional.

—Pasa, Julia —la invitó su padre al oír los golpes en la madera.

—Buenas tardes, papá. —Miró a su alrededor y se sintió aliviada al percibir que no había nadie más en la estancia. Su hermano, por ejemplo.

—¿Me has traído lo que te pedí? —preguntó Derek con voz autoritaria, mirándola directamente a los ojos.

—Sí. He preparado dos propuestas para que elijas la que te parezca mejor —dijo sentándose en el sillón enfrente al de su padre—. Son muy diferentes, ya lo verás.

—No tengo mucho tiempo ahora mismo. —Miró de refilón las carpetas que Julia había dejado sobre la mesa—. Mejor me cuentas un poco de qué van y ya lo estudiaré con detenimiento la semana que viene.

Julia se preguntó en aquel momento el motivo por el que la había apremiado el miércoles si luego no le iba a dedicar tiempo a repasar con ella su trabajo. Pero su padre era así, tenía que asumirlo.

—*Grosso modo*, las opciones son o el típico baile en un hotel de lujo en el centro o...

—¿O qué? —exigió Derek mirándola con el ceño fruncido.

—Es una apuesta arriesgada, lo sé —inhaló aire y lo soltó con fuerza—, pero precisamente por eso me parece tan acertada. Es algo novedoso y que no dejará indiferente a nadie.

—¿Quieres decirme de una vez de qué se trata? —la instó Derek inclinando el cuerpo hacia delante—. Te he dicho que no tengo tiempo que perder.

—Sí, sí, disculpa. —Fingió una sonrisa, más para darse fuerzas a sí misma que para complacer a su padre—. Se trata de pasar un fin de semana en el campo emulando las fiestas que celebraba la nobleza a principios del siglo XIX —soltó de carrerilla ante la atenta mirada de Derek.

—Explícate un poco mejor. —Volvió a recostarse en su asiento y entrecruzó los dedos de las manos.

—Consistiría en disfrutar durante dos días de pícnicos, paseos a caballo, cenas de gala y, para terminar, un baile. Todo ambientado en el período de la Regencia.

—¿Dónde se supone que tendría lugar? —inquirió su padre mientras empezaba a ojear el dossier que se titulaba «Fin de semana».

—Había pensado en Crystal House Park.

Los ojos de su padre se dispararon hacia ella escrutadores.

—¿Por qué allí?

—Es de nuestra propiedad, conocemos bien los alrededores, cosa que nos iría muy bien para las actividades, no está demasiado lejos de Londres... Me pareció el sitio ideal.

Derek permaneció con los ojos fijos en ella y en silencio durante lo que a la joven le pareció una eternidad. En su mirada se podía leer la batalla interna que, sin razón aparente, parecía librar, mezclada con un cierto matiz de reproche.

—Esa casa no nos pertenece en realidad —dijo por fin.

—Bueno, es de mi abuela y será mía algún día —señaló de forma obvia, encogiendo un hombro—. A decir verdad, ella insiste de vez en cuando en



ponerla ya a mi nombre.

—Debo reconocer que no es una mala idea —dijo hundiendo los hombros e ignorando la última afirmación de su hija mientras se acariciaba la barbilla con el índice—. Conseguiríamos llamar la atención de los invitados y, lo que es más importante, de la prensa. No me parece descabellado. Lo pensaré detenidamente. —Asintió con la cabeza sin dejar de mirarla—. Buen trabajo.

Julia casi se cayó de su asiento al oír esas palabras de aprobación. Era tan raro recibirlas que la dejaron momentáneamente sin nada que decir.

—Gracias, papá —soltó cuándo fue capaz de hablar.

—Ahora no te duermas en los laureles. Si decido aceptar esta propuesta, tendrás mucho trabajo por delante.

—Lo sé, y no me importa. Precisamente por eso te ruego que no tardes en comunicarme tu decisión.

—Bien, intentaré darte una respuesta la próxima semana. Y ahora, si no te importa... —Señaló la puerta invitándola a salir.

Volvió a su cubículo casi dando botes de alegría. No se fijó en el gesto de interés que le dedicaba Maggie, ni en lo asombrada que la miraba el resto de la plantilla. Su afán era sólo uno: llamar a Corinne, su abuela, y darle la buena nueva..., aunque todavía fuera incierta y no las tuviera todas consigo.

Su abuela se congratuló por la noticia. No era nada frecuente que su yerno se mostrara de acuerdo con las propuestas de su nieta sin oponer ninguna objeción. Pero lo cierto era que aquella idea resultaba brillante, y habría sido un error por parte de Derek no reconocerlo. Cortaron la comunicación después de prometer que se reunirían en breve y tras el ofrecimiento de Corinne de brindarle toda la ayuda que precisara.

\* \* \*

El domingo por la mañana, Julia conducía su Mini turquesa por la M-25 camino de casa de su Nana. Iba repasando todo lo que había hecho el día

anterior, intentando sin éxito encontrar algo remarcable que contarle a esa mujer que tanto quería. Pero ¿qué había de especial en adecentar su apartamento? ¿O en prepararse un sándwich de pavo asado con lechuga y mostaza para comer? ¿O en dejarse los ojos frente al ordenador buscando información para la fiesta que tenía que preparar? Sólo la hora y media que había pasado en la piscina del polideportivo de su ciudad podía tener algún interés, aunque tampoco demasiado.

Nadar los sábados era lo más memorable que hacía en toda la semana. Era su momento. Dentro de la burbuja que creaba el agua, era totalmente feliz. La monotonía del sonido de sus brazos golpeando el líquido, sin nada externo que la distrajera, le daba una paz inigualable. En aquellos momentos en que el movimiento mecánico se hacía cargo de su cuerpo podía dejar la mente en blanco para, de repente, llenar su imaginación de un millón de ideas, un sinfín de planes que lo más probable fuera que no llegara a realizar nunca, pero que la colmaban de ilusión...

Y luego estaban las pesadillas. Algo de lo que seguro no le iba a hablar a Nana.

Después de la reunión con su padre y de la amable conversación con su abuela, tuvo la vana esperanza de que las imágenes nocturnas que desasosegaban sus noches no aparecieran de nuevo. Se equivocó. No le habían dado tregua; la habían atormentado tanto la noche del viernes como la anterior. Siempre igual de desgarradoras, siempre sin una explicación, siempre dejándola con esa sensación de querer saber qué pasaba a continuación, aunque temiera enterarse...

Aparcó frente a la casa de ladrillo marrón de la que había sido su cuidadora poco más de media hora después de haber salido de su piso. Cogió el ramo de tulipanes multicolores que había comprado esa mañana y su bolso y se enfrentó sonriendo a la agradable mañana que había tenido a bien aparecer ese día.

Abrió la cancela del pequeño pero frondoso patio frontal y caminó los

escasos ocho pasos que la separaban de la puerta de entrada. Desde allí, mientras esperaba que Nana abriera, cerró los ojos extasiada al percibir el inconfundible aroma del pastel de carne que tanto le gustaba. Un instante después, una mujer madura, notablemente más alta que ella, lucía una radiante sonrisa y la abrazaba con cariño.

—Pasa, Julia —dijo haciéndose a un lado—. Te estábamos esperando.

El pequeño vestíbulo tenía un arco a la izquierda que comunicaba con el salón comedor, en el que las esperaba una mesa espléndidamente preparada.

—¡Vaya, Nana! ¡Te has lucido más de lo habitual! —alabó gratamente impresionada—. Y eso es harto difícil.

—Bueno, tenemos que celebrar algo —dijo la mujer con una sonrisa que se borró en cuanto pudo examinarla con detenimiento—. ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? Tienes muy mala cara.

—Pues yo la veo preciosa —la contradijo una voz masculina desde el umbral de la puerta que daba a la cocina.

Un hombre alto, musculado y atractivo la miraba sonriente con una fuente de hortalizas asadas en las manos. Buscó un espacio en la ya atiborrada mesa y la depositó entre una elegante jarra de cristal llena de agua y un bol con puré de patatas. Después se volvió hacia ella manteniendo la sonrisa y extendiendo una mano en su dirección.

—Pero bueno, ¿dónde se ha metido la adolescente con ortodoncia que conocí hace años? —preguntó Keith retóricamente mientras le estrechaba la mano en un gesto tan cordial como enérgico.

—Supongo que he crecido desde entonces —contestó Julia encogiéndose de hombros.

—Sí, lo has hecho. —La recorrió de arriba abajo con los ojos sin ningún disimulo—. Te lo puedo asegurar.

—Chicos, a la mesa —los interrumpió la dueña de la casa, que llevaba entre las manos una cazuela de barro recién salida del horno—. La comida está lista.

Y Julia agradeció que el pastel de carne y riñones distrajera lo suficiente a Nana como para que no volviera a preguntarle si se encontraba bien.

## Capítulo 3

—Así que has decidido volver al Reino Unido después de... ¿cuántos años?  
—preguntó Julia tras haber sucumbido a la tentación de una segunda ración de pastel de carne y riñones.

—Casi nueve años. Toda una vida.

—Y una aventura, imagino.

—Sí, ¿por qué no decirlo? —admitió Keith con una graciosa mueca.

—¿Té? —los interrumpió Nana.

—Por favor —contestaron los dos a coro. Se miraron con complicidad y sonrieron.

—Ahora lo traigo. —Gemma se levantó de la mesa para ir a la cocina.

—¿Cómo fuiste a parar a Nueva York? —Julia apoyó el codo en la mesa y la mejilla sobre la mano abierta, esperando su respuesta.

—Fue una casualidad, supongo.

—Cuenta —pidió muy interesada.

—Fui a la Universidad de Edimburgo porque allí tenían un programa de psicología realmente bueno y... —encogió los hombros— también porque mis padres vivían bastante cerca; una manera de economizar, ya me entiendes.

—Sí, sí —asintió con la cabeza.

—¿En serio quieres que te aburra con esta historia?

—No me aburres y, sí, quiero que me lo cuentes..., por favor.

—En fin, cuando acabé la carrera...

—*Cum laude* —se oyó desde la cocina, lo que provocó una nueva sonrisa en los dos jóvenes.

—Cuando acabé la carrera —repitió él— me ofrecieron una beca para realizar un máster en Estados Unidos, concretamente en la Universidad de Columbia. Ambos centros tenían un proyecto conjunto —contó distraído mientras amontonaba las migas de pan que habían caído sobre el mantel durante la comida—, y yo era un buen candidato debido a mis notas —añadió algo avergonzado.

—Unas notas excelentes —presumió Nana volviendo con una bandeja donde llevaba una tetera y las tazas para los tres.

—Gracias, tía Gemma. —Keith le cogió la bandeja de las manos a su tía para dejarla sobre la mesa—. Tú siempre has sido mi mayor apoyo.

—No es cuestión de apoyo. Se trata sólo de constatar un hecho —reafirmó la mujer con la tetera ya en la mano.

—¿Y qué pasó una vez allí? —Julia no se dejó distraer del tema que le interesaba.

—¿Qué va a pasar? —contestó Nana por su sobrino—. Que volvió a sacar las mejores notas de todo el grupo del máster, claro.

—Tía —le advirtió Keith levantando una ceja admonitoria y sonriendo—, parece que quieras venderme al mejor postor —bromeó.

—No es eso, es simple y llanamente que estoy muy orgullosa de ti.

—Por favor, Nana, no lo distraigas, que, si no, no me cuenta la historia —rogó Julia con voz lastimera.

—Está bien, lo siento —se disculpó la mujer alzando las manos en señal de derrota. Terminó de servir el té, le echó a su taza una nube de leche y se sentó a la cabecera de la mesa, entre los dos, para escuchar la historia, aunque ya la conociera.

—Como ha dicho mi tía, saqué las mejores notas de mi grupo del máster —repitió las palabras de Gemma un poco cohibido—, y por ese motivo la universidad me propuso a mí cuando la policía de Nueva York solicitó el asesoramiento de un experto en psicología.

—¿Has trabajado para la policía?! —preguntó Julia abriendo

desmesuradamente los ojos.

Nana se levantó de su silla.

—Voy a recoger la cocina —dijo—. Esta parte ya la sé —y la vieron desaparecer por el hueco de la puerta.

—Sí —contestó él cuando volvieron a quedarse solos bajando los ojos como si tratara de olvidar algo desagradable—. Era mi último año de máster y ya había empezado a trabajar en la consulta de uno de mis profesores como adjunto cuando me llegó la propuesta. Me pareció un reto tener que tratar con mentes tan desequilibradas como para cometer un crimen, así que acepté.

Había en su voz una mezcla de satisfacción y abatimiento que Julia no llegó a comprender.

—¿Y cuánto tiempo trabajaste con ellos? Supongo que no puedes contarme nada de lo que hacías allí, ¿verdad?

—Cierto. A pesar de no ser ya asesor de la policía, tengo un... —entornó los ojos y frunció los labios—, digamos, pacto de silencio. En cuanto al tiempo que presté mis servicios en los diferentes cuerpos de seguridad..., fueron casi cinco años.

—¡Guau! Eso es...

—Sí, muchísimo tiempo, sí —confirmó Keith.

—¿Y por qué decidiste dejar aquello y regresar al Reino Unido? —volvió a inquirir deprisa—. Uy, perdón. Debes de pensar que soy una cotilla con tanta pregunta.

—No te preocupes, entiendo la curiosidad. No es nada nuevo —afirmó Keith con un gesto evasivo de la mano—. Verás, hacía tiempo que me rondaba la idea. Principalmente porque echaba de menos esto, pero también porque estaba hastiado de tratar con gente amoral, personas que no apreciaban la vida ajena, individuos sin escrúpulos que no dudaban en ser violentos con otros seres humanos, muchas veces por puro placer... Realmente ya no podía más...

Algo en su voz le dijo a Julia que había más, pero no se atrevió a indagar.

Lo miró directamente a los ojos intentando adivinar, sin conseguirlo, de qué se trataba. Keith le devolvió la mirada, clara, limpia; ladeó la cabeza hacia la cocina, oteando desde su posición qué hacía su tía, y luego volvió a engarzar sus ojos con los de ella. Presentía que Julia quería saber más de la historia, así que siguió contándola.

—El primer año que estuve en comisaría, ya de manera permanente, tuve que hacerme cargo de un muchacho de catorce años que había violado y matado a una compañera de curso —empezó a narrar con voz carente de entonación—. Yo estuve trabajando con él, intentando averiguar qué lo había llevado a hacer algo así. —Sonrió sin ganas—. No te aburriré con los detalles, sólo te diré que aconsejé que no se lo juzgara como a un adulto, que se lo metiera en una institución mental y que se revisara su caso al cumplir los dieciocho. —Julia, expectante, no se atrevía a decir una palabra, temiendo un desenlace de todo menos feliz—. Durante los cuatro años posteriores acudí al centro donde estaba recluido para hacer un seguimiento de su caso, hasta que, cuando alcanzó la mayoría de edad, hubo una nueva vista y fui llamado de nuevo ante la jueza. —Se removió en su asiento, intentando encontrar una posición cómoda, y suspiró antes de continuar—. Todos los informes de los médicos que lo habían tratado hablaban de una clara mejoría; yo estaba convencido de que sus inclinaciones homicidas habían desaparecido totalmente..., pero todos nos equivocamos. Una semana después de obtener la libertad, nos llamaron desde su domicilio. —Tragó saliva—. Al volver del trabajo, su padre se encontró a su mujer y su hija de quince años salvajemente violadas y apuñaladas. La niña apenas respiraba cuando llegaron los servicios médicos; la madre... no lo superó.

—¿Y el chico? —se atrevió a preguntar Julia con un hilo de voz.

—Con el cuchillo que había utilizado con ellas, se había atravesado el cuello, seccionándose la carótida. —Meneó la cabeza abatido—. Ese día decidí que ya era suficiente.

Se quedaron en silencio durante un tiempo. Keith, sintiendo cierto alivio al



haber confesado algo que ni siquiera había sido capaz de contarle a su familia; Julia, dejando que se filtrara en su mente todo el horror que él había vivido. Nana llegó en ese instante para romper su momento de meditación.

—Chicos, estáis muy callados —se extrañó. Se secó las manos en el delantal y después se lo quitó, dejándolo sobre el respaldo de una silla vacía.

—Hemos estado hablando hasta hace un segundo, tía Gemma.

—¿De qué, si se puede saber? —Apartó de la mesa la silla que había ocupado momentos antes, se sentó y los miró alternativamente.

—De mi trabajo en Nueva York —dijo Keith sin faltar a la verdad.

—¿No le has contado a Julia los planes que tienes para el futuro? —Comprobó la temperatura de la tetera y, al encontrarla todavía caliente, se sirvió una nueva taza—. Ella puede darte ideas para promocionarte y atraer clientes.

El gato atigrado de Nana apareció en ese momento, se subió al regazo de su dueña, dio un par de vueltas sobre sí mismo y luego se acomodó sobre él.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó Julia jugueteando con el colgante que llevaba al cuello.

—Quiero abrir una consulta aquí, en Londres. —Se mesó el pelo y la miró. Sabía que ella tampoco podía olvidar la conversación mantenida antes de que apareciera la dueña de la casa—. Inicialmente iba a hacerlo en Escocia, pero Dunfermline es una ciudad pequeña y Edimburgo es demasiado turística..., así que pensé que Londres y tía Gemma eran una buena opción.

—Pues Londres es demasiado caro —sentenció Julia encogiéndose de hombros.

—Supongo que sí. De todas formas, no era mi intención establecerme en el centro de la ciudad, más bien en la periferia..., aunque antes debo encontrar un sitio donde vivir. —Sonrió dejando ver un hoyuelo en la mejilla que a Julia le pareció arrollador—. Tía Gemma ha sido muy amable de acogerme en su casa, pero no quiero ser una carga para ella por mucho tiempo.

—No eres ninguna carga —rebatíó Nana con dulzura mientras acariciaba la cabeza de su mascota—. Me alegra mucho que estés aquí. Además, acabas de llegar, no has tenido tiempo de molestarme —rio divertida.

—Aun así, tengo que empezar a buscar dónde vivir. —Sonrió de nuevo, dejando a Julia noqueada—. Pero sin prisas.

Sin pretenderlo, una idea comenzó a formarse en la mente de Julia. ¿Y si...? Tenía que hablar con su abuela.

\* \* \*

Julia se despidió de sus anfitriones pasadas las cinco de la tarde. Después de la conversación tan estremecedora que había mantenido con Keith, los dos habían intentado que la charla fuera más amena. Nana no conocía la terrible experiencia que había vivido su sobrino y ambos deseaban que siguiera siendo así.

Sin dejar de pensar en la historia macabra que le había contado Keith y, ¿por qué no decirlo?, en él también, llegó a casa.

Encendió la luz de la sala y la televisión para que le hiciera compañía. Fue a su habitación y se quitó la chaqueta de punto, la camiseta y los vaqueros que llevaba, lo recogió todo y fue a la ducha. Cuando salió con su albornoz blanco y una toalla del mismo color enrollada en la cabeza, todavía era temprano para meterse en la cama, y como no tenía intención de cenar después del atracón que se había pegado a la hora de comer, abrió su portátil, cogió una libreta y un bolígrafo y buscó información sobre las costumbres de principios del siglo XIX.

Por más que lo intentó, no consiguió centrarse; la sordidez de cuanto le había referido Keith se filtraba en cada palabra que leía. Decidió que no tenía sentido seguir por más tiempo, y además estaba cansada; no haber dormido adecuadamente las dos noches anteriores le estaba pasando factura.

Preparó el vestuario que se pondría al día siguiente: un vestido de manga

corta verde musgo, ajustado hasta la cintura con la falda de vuelo, una americana un tono más claro y unos zapatos negros de medio tacón. Acto seguido, fue al salón, apagó el televisor, al que no le había prestado la más mínima atención, hizo lo mismo con la luz y volvió a su dormitorio deseando descansar por una noche.

No lo logró. La voz de Keith narrando una y otra vez su experiencia le martilleó la mente durante horas..., y cuando por fin consiguió quedarse dormida, de nuevo el grito desgarrador que la perseguía por las noches se filtró en sus sueños.

El lunes empezó como todos los días: ducha, café y una tostada, viaje en coche hasta la estación de metro... Sólo una cosa lo diferenciaba de otros tantos lunes, y era la esperanza de que su padre diera luz verde a su plan para la fiesta.

Henry la saludó con su cortesía habitual y ella le contestó, también como solía, con una inclinación de la cabeza. Subió a su despacho y repitió su rutina diaria: colgó su chaqueta y su bolso en el armario, encendió el ordenador, levantó los estores... Y justo cuando tomaba asiento, apareció Maggie con una taza en la mano.

—Buenos días, Julia. He pensado que te apetecería un té.

—Muchas gracias. —Tomó la taza de sus manos y le dio un pequeño sorbo.

Esperaba que su secretaria se marchara enseguida, pero no lo hizo. Por el contrario, ésta se sentó al otro lado de la mesa, retorciéndose las manos y sin atreverse a soltar lo que quería decir.

—¿Necesitas algo, Maggie?

—Verás, tu padre me ha contado tu idea para la fiesta de aniversario.

—¿Y? —Tensó la mandíbula tratando de disimular su desagrado.

—Sólo quería que supieras que me parece una propuesta brillante.

—Muchas gracias. Aunque no sé si estarás tan entusiasmada si mi padre decide llevarla a cabo.

—¿Por qué? —se extrañó Maggie alzando las cejas cómicamente.

—Porque, si al final se decide por Crystal House Park, voy a tener mucho trabajo y, en consecuencia, tú también.

—No me importa. Me parece maravilloso revivir la época de los grandes bailes y las reuniones sociales, ya sabes.

—Sí, ya sé.

—Bueno, si no quieres nada más...

—Sí, una cosa. Necesito que llames al encargado de producción y me lo pases.

—Ah, sí, ¿es por el nuevo color de pintalabios? —supuso la secretaria.

—Efectivamente.

Maggie se levantó para marcharse, pero cuando estaba a la altura de la puerta, se volvió y la miró contenida.

—¿Algo más, Maggie?

Ella desanduvo el camino recorrido y volvió a sentarse en el mismo sitio que había ocupado un momento antes.

—Sé que no te hace feliz que salga con tu padre...

Julia se removió incómoda en su asiento y desvió los ojos a la pantalla, como si allí estuvieran todas las respuestas del universo.

—Julia, por favor, mírame.

Lentamente, ella arrastró la mirada hasta encontrarse con la de su secretaria.

—¿Qué quieres decirme?

—Sólo quiero que sepas que, a pesar de lo que pienses, estoy enamorada de él. —Julia resopló audiblemente, sin creerla—. Es cierto. Lo amo. Y me siento fatal porque pienses que estoy con él por otra cosa.

—Maggie, podría ser tu padre, ¿has pensado en eso?

—¿Y qué? No lo busqué, simplemente pasó.

—Ya. —Chasqueó la lengua, dándole a entender a su secretaria que no la creía.

—¡Es cierto! Y también lo es que te admiro y admiro el trabajo que haces —dijo como un ruego—. Desde que estoy con tu padre te comportas de una manera evasiva y fría y eso me está martirizando.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé, si quieres que sea sincera. Pero me aterra que ya no tengamos el trato cómodo y afable del que disfrutábamos antes.

—Es muy difícil no pensar que te acuestas con el jefe para sacar tajada.

—Pero no es así, ¡de verdad! Sigo siendo la misma y sigo queriendo ser tu amiga. —Ante la expresión escéptica de Julia, añadió—: Al menos, me gustaría que volvieras a confiar en mí. No te he dado motivos para que no lo hagas. Mi lealtad sigue intacta, te lo aseguro... —Se levantó de nuevo y, antes de dirigirse a la salida, la miró—. Créeme, porque estoy siendo totalmente sincera.

Después de aquella declaración, Maggie abandonó el despacho dejando a Julia pensativa. ¿Sería cierto lo que le había dicho? ¿Podía una mujer joven estar por amor con un hombre que le doblaba la edad? No lo creía. De todas formas, su padre era propenso a interesar a mujeres jóvenes y hermosas, y le constaba que a más de una le había roto el corazón, según manifestaban una vez terminada la relación.

Bien, no quería pensar en cosas que escapaban a su control. Tenía demasiado trabajo entre manos y suficientes nervios concomiéndola como para ocuparse de algo más en ese momento. Esperaba que su padre no tardara en darle una respuesta con la decisión que había tomado. Tanto en un caso como en el otro, habría mucho que hacer, pero si finalmente ganaba Ascot, entonces no tendría ni un minuto libre en los meses siguientes.

Retomó la estrategia sobre las ventas de la laca de uñas que había empezado a esbozar el viernes. Se lo había impuesto como un reto: ese producto tendría éxito de nuevo como ella se llamaba Julia McDougall.

Estaba ensimismada en plena faceta creativa cuando sonó el teléfono. Era Maggie.

—Jackson al aparato —le comunicó y le pasó la llamada.

Julia se entretuvo con el encargado de producción intentando que le precisara con exactitud el color del producto que estaban a punto de sacar al mercado. Necesitaban un nombre impactante para llamar la atención de las compradoras, así como definir el tipo de público al que dirigirían la campaña publicitaria. Estaba escuchando con atención lo que le decía Jackson cuando entró Maggie tras un toque en la puerta. Julia la miró extrañada con la frente fruncida y las manos con las palmas hacia arriba, sin entender, mientras su secretaria le hacía señas desesperadas para que colgara y la siguiera.

—Jackson —lo interrumpió en medio de una parrafada sobre texturas y matices—, tenemos que posponer esta llamada, me ha surgido algo. —No sabía de qué podía tratarse, pero la insistencia de Maggie le decía que era importante.

—De acuerdo —aceptó su interlocutor—. Llámame cuando puedas. Todavía queda tiempo hasta que el producto esté listo para su distribución.

—Gracias. Perdona la brusquedad, pero adiós. —Pulsó el botón que ponía fin a la llamada y se volvió hacia Maggie—. ¿Dónde está el fuego?

—Tu padre te ha llamado por la línea interna para que subas a su despacho y, al no poder contactar contigo, me ha llamado a mí.

—¿Sabes para qué?

—No me lo ha dicho. Sólo me ha advertido que era urgente que subieras. —Se le iluminó la cara a causa de la ilusión—. Me parece que es por lo de la fiesta.

—¿Tú crees?

—Sí, estoy casi segura. Anda, sube.

Julia se levantó deprisa, con una sonrisa esperanzada bailando en los labios.

—Deséame suerte —le pidió a su secretaria al pasar junto a ella.

—Creo que no la necesitas, pero suerte.

Tiró del corpiño de su vestido para ajustarlo a sus formas, se alisó la falda

con las manos y salió con paso decidido a encontrarse con su padre.

## Capítulo 4

Golpeó la puerta y aguardó a que le dieran permiso para entrar. En vez de eso, fue su hermano quien abrió.

—Pasa —le ordenó haciendo un gesto con la cabeza.

—Hola, Pete. Papá —saludó al entrar.

Tomó asiento en un sillón cercano al que ocupaba Derek, y Pete la imitó.

—¿Y bien? —preguntó Julia al ver que ninguno de los dos hombres hablaba.

—He revisado los documentos que me entregaste el viernes.

—¿Y bien? —repitió.

—Has hecho un trabajo exhaustivo para el poco tiempo del que disponías, hay que reconocerlo. —Derek parecía satisfecho, cosa que le agradó profundamente.

Su hermano, en cambio, le dedicó una mirada desdeñosa, como si dudara de que ella pudiera ser capaz de hacer algo bien.

—¿Qué has decidido? —dijo dirigiéndose a su padre, obviando el gesto de Pete.

—Lo he consultado con tu hermano y, finalmente, hemos decidido que el fin de semana en Ascot es la mejor opción.

—Sí, yo también lo creo —afirmó mostrando lo satisfecha que estaba.

—No es que a mí me entusiasme la idea —intervino Pete—. Sabes que odio ese lugar. Pero, sopesando los pros y los contras, estoy de acuerdo con papá en que será un buen gancho publicitario.

—No entiendo la aversión que sientes por Crystal House Park, Pete —refutó ella—. Es un sitio precioso.



—Yo no lo recuerdo así. Y no creas que se me escapa que organizar la fiesta allí es llevar la celebración a tu terreno. Aquello es tuyo, no nuestro.

—Pero ¿de qué hablas? Si es mío, aunque todavía no lo sea en realidad, es de la familia. Además, sólo se trata de una gala, no es que vayamos a trasladarnos a vivir allí.

—Por suerte —escupió Pete.

Derek los miraba con cautela mientras paseaba la cucharilla por la taza de té que tenía en las manos. Temía una explosión de mal genio, del que era propenso su primogénito, y que no pudieran hablar más del tema. Por suerte, Pete se contuvo.

—¿Qué tienes planeado? ¿Cómo vas a enfocar el asunto? —quiso saber su padre.

—Aparte de lo que te mostraba en el informe, tengo varias ideas pensadas.

—¿Por ejemplo? —Pete la miró por encima del borde de su taza esperando su respuesta.

—He pensado que se podría lanzar una línea cosmética conmemorativa.

—¿Eres tonta? —espetó Pete dejando de un golpe la taza sobre el plato—. Una línea no se improvisa así como así.

—Ya lo sé. Conozco perfectamente cómo funciona la empresa —contestó Julia airada—. Mi idea es reeditar, por llamarlo de alguna manera, los productos con los que la compañía empezó a trabajar hace cuarenta años.

—¿Algo así como volver a los orígenes? —preguntó Derek incorporándose en su asiento—. No está mal. Apenas sin gasto, hacemos una campaña *vintage*, nos promocionamos y hacemos un homenaje a nuestros primeros diseños.

Pete gruñó por lo bajo. Le molestaba darle la razón a su padre, pero debía admitir que era una idea brillante..., aunque procediera de su hermanastra.

No es que Pete odiara a Julia, no era odio exactamente, pero sentía un rencor palpable hacia ella. Cada vez que la veía no podía evitar evocar cuando llegó a casa en brazos de Patricia, con el padre de ambos rodeando los

hombros de su mujer y mirando con orgullo a aquel bulto que se movía inquieto en el regazo de la joven madre. Recordaba el momento en que dejó de ser el centro de atención de Derek, perdiendo también el interés exclusivo que recibía de su madrastra, que hasta ese instante lo había tratado poco menos que como a un rey. Y menos mal que lo había hecho, ya que al niño de casi once años que era cuando la conoció no le gustó que le impusieran una madre nueva, adorando como adoraba él a la suya. En su mentalidad infantil, culpó a Patricia de la marcha de su madre, culpó a su padre por haber escogido a aquella mujer frente a la hermosa dama que le había dado la vida. Resentido con todos, sólo le faltó que, unos meses más tarde, cuando había comenzado a aceptar la situación, llegara Julia a sus vidas y su existencia volviera a sufrir un cambio drástico. Con el tiempo llegó a querer a su hermana pequeña y logró perdonar a su padre, sí. En cambio, no fue tan indulgente con Patricia.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —Pete la miró con gesto desafiante mientras se servía un poco más de té—. A partir de este momento empieza la cuenta atrás y tendrás muchos hilos que mover, me imagino.

—Sí, tengo muchas cosas de las que ocuparme y problemas que solucionar. Pero no me preocupa.

—Espero que no falles. —Sus palabras parecían una amenaza.

—Pete —Derek negó con la cabeza y frunció las cejas—, no.

—No digo nada raro, papá —se defendió él—. Sólo quiero que entienda que nos jugamos mucho en este evento.

—Lo sabe. —Miró a su hija inquisitivamente, dio un sorbo a su té, dejó con delicadeza la taza sobre la mesa y añadió—: ¿Verdad, Julia?

—Sí, claro que lo sé.

—Bueno, pues si ya está todo hablado, será mejor que vuelvas a tu despacho —sugirió Pete.

—Sí, claro. Sólo tengo una cuestión más —dijo ella poniéndose en pie y situándose tras el sillón que había ocupado.

—¿Qué cuestión? —quiso saber Derek.

—Voy a tener que pasar una temporada en la mansión para adecuarla, por tanto, no estaré por aquí durante un tiempo. —Julia creyó percibir un suspiro de satisfacción procedente de su hermano—. ¿Quién se ocupará de mi trabajo?

—Puede ocuparse Maggie —propuso Derek.

Julia lo reprobó con la mirada, aun a riesgo de que su padre se enfadara.

—No. Ella tendrá mucho que hacer con todo lo que yo le vaya pidiendo —argumentó mientras sus dedos se cerraban fuertemente sobre el respaldo del sillón.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Julia —terció Pete—. Esa chica no está preparada para llevar la imagen corporativa de la empresa, ni siquiera siguiendo las directrices que le marque ella.

Derek lo fulminó con los ojos, pero no lo rebatió. En el fondo, sabía que tenía razón.

—¿A quién propones? —le preguntó entonces a Julia.

—Tengo un par de candidatos. Cuando me haya decidido, os lo comunicaré. Sólo quería que supierais que, si me implico al cien por cien en esta aventura, tendré que dejar un poco de lado el resto de mis tareas temporalmente. —Pensó un momento y continuó—: Eso no quiere decir que me desvincule de las campañas que tengo entre manos, claro está. Sólo que mi sustituto será el que lleve el grueso del trabajo. Por supuesto, bajo mi supervisión.

—De acuerdo, entonces. Cuando lo tengas decidido, nos informas. Si a nosotros también nos parece bien, no habrá más que hablar.

Julia bajó los escalones de dos en dos. Estaba deseando llegar a su mesa para poder llamar a su abuela. Era preciso que le diera las llaves de Crystal House Park, le contara los secretos de la casa y la asesorara como sólo ella sabía hacer.

—¿Dígame? —Julia oyó con satisfacción la voz de Corinne tras tres tonos.

—Buenos días, abuela.

—Querida, qué gusto oírte.

—Sí, también lo es para mí.

—¿Se puede saber el motivo de tu llamada a esta hora del día en la que tendrías que estar con las cejas pegadas al ordenador? —Su tono conspirativo le arrancó una sonrisa a Julia—. ¿No será que tu padre ha accedido a dar la fiesta en la casona?

—¡Sí! —exclamó entusiasmada. Y pasó a contarle los planes que tenía y lo que necesitaba de ella.

—Por supuesto. Ven a recoger las llaves cuando quieras. Te explicaré lo que necesites saber cuando estés aquí.

—Gracias, abuela.

—No tienes por qué dárme las. Esa casa es tuya, ya lo sabes.

—Todavía no —bromeó Julia enrollándose un bucle de su melena roja entre los dedos.

—Porque tú no quieres, te lo he dicho muchas veces.

—Ya discutiremos eso en otro momento, abuela. Te veré esta tarde, si te va bien.

—Por supuesto, querida. Ahora te dejo para que sigas trabajando.

—No, abuela, espera. —Recordó de repente a Keith—. Tenía que pedirte otra cosa.

—Tú dirás.

—Verás, ¿te acuerdas de Keith, el sobrino de Nana que se fue a estudiar a Estados Unidos?

La mujer hizo un esfuerzo por recordar. No le costó mucho trabajo.

—Sí, claro que me acuerdo, ¿qué pasa con él?

—Ha vuelto al Reino Unido para afincarse en Londres.

—¿Y?

—Me preguntaba si tendrías algún apartamento vacío para alquilar o si tienes previsión de tenerlo.

—Esto sí que es una casualidad —dijo Corinne—. Precisamente va a quedar desocupado uno en tu mismo edificio. El arrendatario vuelve a Manchester, de donde es oriundo, a final de este mes.

—¡Qué buena noticia! ¿Te importaría hacerle una entrevista a Keith? Si te parece que puede ser un buen candidato...

—Querida, si es sobrino de Nana y además viene recomendado por ti, no es necesaria ninguna entrevista. Me fío de vosotras.

—Gracias, abuela.

—De nada, querida, de nada. —Corinne sonrió complacida—. Nos vemos esta tarde.

—Hasta luego, abuela.

Apenas había tenido tiempo de colgar el teléfono cuando unos golpes en la puerta le anunciaron una visita. Era Maggie de nuevo.

—¿Qué te ha dicho Derek? —Parecía ansiosa por conocer la respuesta—. Al final, ¿qué ha decidido?

A Julia no le hizo gracia su curiosidad, pero trató de disimular lo mejor que supo.

—Tenemos que empaparnos de historia —dijo como única respuesta.

—¡Qué bien! Felicidades, Julia.

—Gracias. Ahora toca trabajar de lo lindo.

—Lo que haga falta —se ofreció notablemente ilusionada tomando asiento—. ¿Qué quieres que haga?

Pasaron lo que quedaba de mañana repasando las anotaciones que había ido tomando Julia, modificando algunas y profundizando en otras. Para la hora de comer ya se habían repartido las tareas y habían trazado un plan de trabajo. Satisfechas, salieron juntas a comer. Julia tuvo que reconocerse a sí misma que Maggie estaba dándole todo por el proyecto. Quizá se hubiera equivocado con las intenciones de su secretaria. De todas formas, no bajaría la guardia por el momento.

La comida fue amena y estuvo salpicada de propuestas. Lo que no se le

ocurría a una lo pensaba la otra. Era sorprendente lo deprisa que brotaban las ideas cuando se estaba tan motivada como ellas. Aun así, ambas coincidieron en afirmar que tendrían que averiguar un sinfín de cosas que, a buen seguro, se les estaban escapando.

A pesar de lo deseosas que estaban de retomar el tema de la fiesta, al volver a la oficina, Julia se obligó a continuar la conversación que había quedado postergada esa mañana con el jefe de producción. Durante la misma, no sólo hablaron de colores, texturas y posibles nombres, Julia también le habló de su propósito de volver a poner en el mercado los productos que habían servido de lanzamiento de la empresa cuarenta años atrás. Jackson no pudo estar más de acuerdo con la iniciativa y, como su padre había apuntado, afirmó que sumarse a la moda *vintage* sería un valor añadido.

La hora de salida la pilló desprevenida. Entre la conversación con Jackson y los arreglos de la campaña para reavivar las ventas de la laca de uñas que había perdido adeptas, se le había pasado la tarde sin darse cuenta. Tenía que darse prisa si no quería llegar muy tarde a casa de su abuela, en Barnes. Desde allí todavía tendría un buen trecho hasta la suya, y tampoco era plan de llegar avanzada la noche a casa teniendo que trabajar al día siguiente.

Justo cuando iba a salir, apareció Maggie.

—Venía a despedirme.

—De acuerdo. Yo también me voy.

—Me ha gustado mucho que volviéramos a ser un equipo, Julia.

—También a mí —repuso, y a pesar de lo que sentía con respecto al idilio de su padre y Maggie, en esta ocasión no mentía.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Para entonces ya estaban en el hall de entrada del edificio. No sabía realmente si quería conocer la respuesta, aun así, Julia se vio obligada a preguntarle:

—¿Hoy no vas a quedar con mi padre?

—No. Hoy ha quedado con Pete y algunos empresarios para cenar. De todas formas, no nos vemos todos los días, tienes que saberlo.

—Perdona. En realidad, no es de mi incumbencia —reconoció ajustándose el asa del bolso al hombro.

—Sí, Julia. Lo es. Yo soy tu secretaria y él es tu padre.

—Bueno, no quiero hablar de ello. Vuelvo a pedirte disculpas por preguntar. —Inclinó la cabeza a modo de despedida y salió del inmueble sin añadir nada más, dejando a Maggie de pie, viendo cómo se perdía calle arriba.

Tomó el metro hasta Hammersmith y, desde allí, se subió al bus que la llevaría hasta la casa de su abuela en Barnes, un precioso barrio residencial que parecía ajeno al bullicio del centro de Londres. Su abuela se había trasladado allí desde Ascot poco después del fallecimiento de su única hija, la madre de Julia. Corinne no hablaba de aquel desafortunado suceso y ella había respetado su silencio. Tanto su padre como su abuela eludían sus preguntas las pocas veces que se atrevía a hacerlas. La muerte de su madre era un auténtico misterio para Julia. Apenas recordaba a la mujer que le había dado la vida; ella era muy niña cuando ocurrió, y suponía que era el miedo a dañar sus sentimientos lo que mantenía a todos con la boca cerrada. Aun así, conforme había ido creciendo, había sentido más curiosidad por cómo se desarrollaron los acontecimientos. Sin pretenderlo, recordó las pesadillas que la abordaban todas las noches. ¿Habría oído algo en aquella ocasión? Y, si era así, ¿por qué sólo hacía seis meses que la atormentaban esos detestables sueños? No, estaba desvariando y dejando volar la imaginación; una cosa y otra no podían estar relacionadas. Seguro.

El edificio blanco, bordeado de un bonito jardín del que sobresalía una palmera datilera —un árbol extraño para el frío clima londinense y que, aun así, se mantenía en perfectas condiciones—, apareció ante ella al doblar una esquina. Sonrió. Aquella casa le traía gratos recuerdos de su niñez. Había

pasado grandes temporadas allí cuando su padre, por motivos laborales... o de faldas, la había dejado al cuidado de Corinne.

Llamó al timbre y el sonido de las campanadas del Big Ben resonaron dentro. Un instante después, Penny, el ama de llaves, le abrió la puerta con una sonrisa radiante.

—La señora me dijo que vendrías —indicó la mujer haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Me alegro de verte. ¿Cuánto hacía? ¿Un mes?

—No me riñas, Penny. He estado algo liada.

—¿Dónde está mi nieta favorita? —se oyó una voz detrás de ellas.

—Soy tu única nieta, abuela.

—Aunque no lo fueras, seguirías siendo mi nieta favorita —atajó. Se acercó a Julia y la besó en la mejilla—. Anda, pasa, querida. Penny ha preparado té y *scones*. —Ante la mirada de extrañeza de la joven, agregó—: Sí, ya sé que es un poco tarde para merendar, pero conozco tu predilección por sus *scones*.

—Gracias, abuela. Me muero por probarlos.

Pasaron al salón, una gran estancia con enormes ventanales en dos de los muros que conferían al ambiente una agradable luminosidad. Los muebles, clásicos y elegantes, así como los colores cálidos de las paredes, la hacían acogedora y cómoda. Era un lugar entrañable que a Julia le llenaba la cabeza de recuerdos.

Penny sirvió el té en unas delicadas tazas de porcelana adornadas con flores y se lo ofreció, primero a Corinne y luego a Julia. Finalmente, tomó la suya propia y se sentó en uno de los sillones que quedaba frente al sofá que ocupaban abuela y nieta.

—¿Así que Derek ha claudicado? —preguntó Corinne llevándose de forma elegante la taza a la boca.

—Parece ser que sí —contestó Julia satisfecha con uno de los dulces de Penny en la mano—. Ascot era la mejor opción, y él lo sabe. No ha tenido más remedio que rendirse a la evidencia.



—¿Y qué opina Pete? —En esta ocasión la expresión de Corinne se tensó. Conocía la incómoda relación que vivían su nieta y su hermanastro.

—No estaba contento con la idea —mordisqueó el *scone* que tenía en la mano y habló después de masticarlo con cuidado—, pero coincidió con mi padre en que era algo innovador que nos daría una publicidad extraordinaria, a la vez que sorprendente. Nadie que acuda a la fiesta la olvidará fácilmente.

—Eso es cierto —coincidió Corinne—. ¿Te dijo algo más?

—Me advirtió que no puedo fallar. Y no lo haré.

—Lo sé, querida, lo sé. Y yo te ayudaré en todo lo que pueda para que así sea. —Corinne se recostó sobre el respaldo del sofá, giró el cuerpo hacia su nieta y le sonrió—. Y ahora, dime qué tienes pensado.

Durante media hora estuvieron comentando los pormenores que, hasta el momento, tenía pensados Julia. Salvo algún apunte, Corinne estuvo de acuerdo con todas sus propuestas. Su abuela le prometió que intentaría reunir toda la información que pudiera conseguir para pasársela después a ella. También Penny se comprometió a ayudarla en todo lo que estuviera en sus manos. Para cuando decidió que era hora de marcharse a casa, habían acordado que Penny se encargaría de buscar al personal del servicio que se precisara, que Corinne hablaría con su modista para que confeccionara los vestidos para ellas tres y para Nana, y Julia continuaría con todo lo demás.

—Voy a buscar las llaves de Crystal House Park —dijo su abuela cuando ya se disponía a irse—. Y, de paso, te daré también las del piso que quedará libre en tu edificio para que se las entregues a Keith.

—Gracias, abuela. Aunque todavía no le he dicho nada sobre el apartamento. Tendré que llamarlo.

—No me has hablado de él. ¿Qué tal es? Lo recuerdo como un buen chico, atento y educado..., y muy guapo.

—No puedo añadir mucho más a tu descripción. Sólo lo vi ayer en casa de Nana.

—Bueno, eso cambiará a partir del mes que viene, supongo. —La voz de

Corinne adquirió un tinte conspirativo.

—¡Abuela! —se quejó la joven poniéndose la chaqueta verde que acompañaba su vestido.

—¿Qué? —replicó la mujer—. Sólo digo que, siendo vecinos, os veréis a menudo.

—Eres incorregible. —Alzó las manos en señal de rendición.

Corinne sonrió complacida mientras rebuscaba en el cajón de la cómoda de la entrada hasta dar con dos juegos de llaves.

—Me pondré en contacto con los Gallagher para que tengan la mansión preparada antes de tu llegada —anunció mientras se los entregaba—. Creo que están todas. Si tienes algún problema, dímelo e intentaré solucionarlo.

—No te preocupes, abuela. Todavía soy capaz de acudir a un cerrajero si hace falta —bromeó.

Unos minutos después estaba en la calle, dirigiéndose a la parada de bus. Le quedaba un largo camino hasta casa.

## Capítulo 5

Lo primero que hizo Julia al subir al bus fue llamar a Nana. Tenía que ponerse en contacto con Keith para informarlo sobre el apartamento que le alquilaría su abuela, si él estaba de acuerdo, claro, y no tenía otro modo de hacerlo si no era a través de su antigua cuidadora.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Gemma una vez oyó lo que quería Julia—. Keith ha salido.

—Sí, es mala suerte. —Sintió una punzada de decepción. Le apetecía mucho volver a oír su voz—. ¿Me puedes hacer un favor, Nana?

—Los que quieras.

—¿Podrías darle mi número y decirle que me llame?

—Por supuesto, preciosa.

—¡Ah! Y no le digas de qué se trata. Me gustaría darle la noticia personalmente.

—Ningún problema. Has sido rápida encontrándole un piso. Esperaba disfrutar un poco más de su compañía.

—En realidad, Nana, aunque tenga las llaves, pasará un tiempo hasta que finalmente se mude.

—Sí, supongo —dijo la mujer no muy convencida—. Y, cambiando de tema, ¿te ha dado ya una respuesta tu padre?

—Uy, sí, y es fantástica.

—Nos vamos a Ascot —sentenció Nana encantada.

—Lo has adivinado.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —se ofreció al igual que lo habían hecho Maggie, Penny y su abuela.

Julia sonrió divertida. A ese paso, al final de la semana tendría un ejército de ayudantes y le faltarían ocupaciones que darles.

—En cuanto piense en qué puedes ayudarme, te lo diré.

—Bien, jovencita, te dejo. Estaba en plena escena de un asesinato y las musas me van a abandonar si no continúo escribiendo.

—Claro. Vuelve a tu novela. Hablamos, Nana.

—Adiós, Julia.

Después de dos transbordos y casi hora y media de trayecto, llegó a la estación de Enfield pasadas las ocho de la tarde. Cogió su Mini y condujo hasta su edificio. Aparcó frente a la puerta y subió a su apartamento entre cansada y satisfecha; había sido un día muy productivo.

Nada más cruzar el umbral fue hasta su habitación, donde colgó en el pomo de la puerta el bolso que había llevado ese día, después de sacar el móvil y el iPad. Se desnudó por completo, dejando cada pieza que se quitaba minuciosamente ordenada, y se dirigió al baño con la intención de meterse en la ducha. En el preciso momento en que metía un pie bajo el chorro de agua, sonó su teléfono.

—¡Oh, vaya! ¿Quién será ahora? —dijo para sí.

Dudó un instante entre responder o devolver la llamada más tarde; finalmente, se decidió por lo primero. Se adentró en su cuarto como Dios la trajo al mundo y cogió el móvil.

—¿Dígame? —preguntó curiosa al no reconocer el número.

—¿Julia? —Una voz profunda y varonil se oyó a través de las ondas.

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Keith. Mi tía me ha dicho que querías hablar conmigo.

—¡Ah! Hola, Keith. Sí. Verás, me preguntaba si todavía seguías buscando apartamento.

—Sí. De ayer a hoy no ha habido muchos cambios —dijo en tono jocoso.

—Ya —sonrió. Extrañamente, se ruborizó por estar hablando con Keith sin ropa, como si él pudiera adivinarlo—. El caso es que a final de mes queda

vacío un piso en mi bloque. Pensé que igual te interesaba.

—¡Vaya! Eso sí que es tener suerte. Claro que me interesa. Cuenta, cuenta.

—Mi abuela es la dueña de este inmueble y de otros repartidos por la ciudad. Hoy he hablado con ella por si tenía alguno libre y me ha dicho que uno de los inquilinos de mi edificio lo deja, como te he dicho, a final de mes.

—Me interesa muchísimo. Tía Gemma me estuvo contando dónde vivías, y me parece una buena zona para establecerme.

—Perfecto, porque tengo las llaves. —Retiró la colcha de la cama y se sentó sobre las sábanas—. Si quieres, en cuanto se vaya el inquilino actual, vienes y te lo enseño.

—Me parece bien, aunque, si el precio es adecuado y puedo permitírmelo, no habrá mucho más que decir.

—Perfecto. Pues te aviso cuando puedas verlo. —Iba a colgar cuando la voz de Keith se lo impidió.

—De todas formas, no es necesario que esperemos hasta el mes que viene para vernos. Podríamos quedar un día..., no sé, después de tu trabajo, y tomar una copa o salir a cenar.

La cara de Julia se iluminó de alegría; le había caído muy bien el sobrino de Nana y no le importaba en absoluto pasar tiempo con él.

—¿Te va bien el viernes?

—Perfecto —aceptó él de buen talante, aunque agregó bajando el tono de voz—: Pero se me va a hacer eterna la espera.

¿Estaba coqueteando Keith con ella? Eso no podía ser, se dijo. A ella no le pasaban esas cosas, ¿no?

—Entonces, hasta el viernes —se despidió alegre.

—Hasta el viernes —dijo el joven con tono seductor—. No te olvides de mandarme la ubicación de tu empresa. Ahora ya tienes mi número.

—No lo olvidaré.

Se quedó allí sentada, desnuda, desconcertada, mirando el smartphone que

tenía en la mano, sin comprender lo que había pasado. Lo que sí estaba claro era que ese viernes tenía una cita.

\* \* \*

El martes pasó casi inadvertido: puntualizó las pocas dudas que quedaban para el relanzamiento de la laca de uñas maldita, organizó un encuentro en persona con Jackson a fin de aunar estrategias de cara a la salida al mercado del nuevo lápiz de labios y la reedición de los productos con los que se estrenó la empresa hacía cuarenta años y revisó currículos intentando dar con el mejor candidato para cubrir su puesto de forma interina por un tiempo.

El miércoles lo dedicó a entrevistarse con los candidatos que había preseleccionado el día anterior, a trazar con Maggie un plan de acción de cara a la fiesta, acordando plazos para asegurarse de que todo se desarrollaba en el momento previsto, y a delegar en otros compañeros los temas que necesitaban menos supervisión por su parte.

El jueves fue un día de organización y toma de decisiones, entre ellas, que el domingo se desplazaría a Crystal House Park para una primera toma de contacto. Tal vez permanecería allí unos días porque no podía dejar al azar los temas que quedaban pendientes. El único cambio que percibió con respecto a los días anteriores fue un ligero nerviosismo ante la llegada del viernes.

Y por fin llegó el último día de trabajo de la semana. Las disposiciones que habían quedado suspendidas en el aire durante los días anteriores necesitaban ser tomadas inaplazablemente. También tenía que dejar su mesa limpia de tareas. Además, Maggie le había hablado de una empresa de iluminación que hacía bombillas led imitando la luz de las velas y cuya documentación tenía que revisar. Sin olvidar que aún no le había enviado la ubicación de la empresa a Keith... Y todo aderezado con un hormigueo nervioso rondándole el estómago que no la dejaba centrarse.

Sí, se sentía extraña. No era frecuente que un hombre la invitara a salir. Tampoco era frecuente para ella sentirse tan cómoda con una persona del sexo opuesto. Y aún menos frecuente era que se le alterara el pulso, se le revolucionara el corazón y su estómago sufriera el ataque de cien mil mariposas por la idea de tomar una simple copa con un varón. Había sido evidente la complicidad que se había creado entre ambos tras la confesión de Keith, pero no era sólo eso, estaba segura.

Intentó hacer memoria y recordar las veces que se habían visto aquellos veranos en que él iba a visitar a Nana, para intentar hallar el origen de esa conexión. Sólo encontró la fascinación de una adolescente con ortodoncia por un joven alto, delgado y algo desgarbado que la trataba con simpatía y sin condescendencia. Pensar en aquel Keith joven le devolvió la sensación de euforia que había sentido entonces y que, al parecer, se repetía otra vez. Por chocante que le pareciera, aquel chico recién salido de la pubertad y el hombre en el que se había convertido le gustaban. Mucho más de lo que ella había sido capaz de reconocer hasta ese momento. Era curioso que durante tantos años no hubiera vuelto a pensar en él y, al encontrárselo de frente de nuevo, todo aquel bullicio de sensaciones volviera de repente.

A pesar de no poder concentrarse en el trabajo como solía, terminó sus asuntos a la hora del cierre. Apagó el ordenador, recogió sus cosas y se preparó para salir del despacho. Maggie apareció en la puerta en aquel preciso momento.

—Venía a despedirme de ti —dijo la secretaria esbozando una sonrisa—. Esperaré tus mensajes con las fotos de la mansión y con las disposiciones que creas necesario hacer. Si se me ocurre alguna cosa que pueda ayudarnos, te lo comunicaré.

—Gracias, Maggie. De momento, con los frentes que tenemos abiertos, ya tienes trabajo de sobra —afirmó ella poniéndose la chaqueta—. Y, desde luego, si una vez esté allí pienso en algún detalle que se nos haya escapado, ya te lo diré.

—De acuerdo, entonces —aceptó la secretaria reacomodando un mechón de su rubia cabellera—. Disfruta en Crystal House Park, no dediques todo el tiempo a trabajar, que nos conocemos.

—Lo intentaré, gracias —sonrió agradecida—. Y ahora, me voy ya. Me esperan.

Maggie levantó una ceja sorprendida.

—Pues disfruta de tu cita.

—Gracias, lo haré.

Bajó la escalera intentando reprimir el entusiasmo. No era bueno que Keith descubriera la ilusión que le hacía volver a encontrarse con él. Porque lo cierto era que sí se la hacía. Mucha. Cuando llegó a la recepción, lo vio a través de los cristales. Estaba de espaldas, consultando su teléfono móvil, lo que le dio la oportunidad de estudiarlo bien sin que él se percatara. Era todavía más alto que aquel chaval que había conocido años atrás. Su cuerpo era, asimismo, más contundente; los músculos que no se apreciaban entonces eran bien visibles ahora. Quedaba claro que se había convertido en un hombre tremendamente atractivo, algo que podía llegar a ser peligroso para ella si se descuidaba.

Se vio a sí misma reflejada en el gran espejo de la entrada. Ella también había cambiado desde aquella época. Saltaba a la vista que ya no era una cría, sino una mujer. No obstante, viéndose, no podía determinar si el paso del tiempo había sido tan benévolo con ella como lo había sido con Keith. Era cierto que tenía un porte refinado, una cara agradable y un cuerpo bien definido, pero ¿era eso suficiente? Sin querer pensar más en ello, se alisó con las manos el vestido rosa palo, ligeramente entallado en la cintura, y se sacudió la chaqueta, también rosa, para ofrecer el mejor aspecto posible a su cita. Cuando estuvo conforme con la imagen que le devolvía el espejo, salió a encontrarse con Keith.

Al oír el murmullo de la puerta vidriada a su espalda, Keith se volvió esperando encontrarse con Julia. Demasiadas veces se había decepcionado ya



al encontrarse con otra persona saliendo del edificio, pero esta vez estuvo de suerte. Abrió momentáneamente los ojos de par en par al verla aparecer y esbozó una sonrisa satisfecha un instante después.

—La espera ha valido la pena —manifestó elevando la mano en su dirección mientras ella bajaba los cuatro escalones del portal para cogérsela.

—¿Llevas mucho rato aquí? —preguntó preocupada sintiendo cómo la sangre le bullía en las venas.

—No. Pero no me habría importado aguardar toda la noche si la recompensa era verte.

—Muy amable —¿Cómo? ¿Lo estaba haciendo de nuevo? ¿Estaba flirteando con ella? Ante tal perspectiva, el rostro de Julia sufrió un súbito enrojecimiento.

—Muy sincero —contrarrestó él con un teatral gesto que acabó con sus labios sobre el dorso de la mano de Julia.

—Y muy galante —bromeó ella ruborizándose todavía más.

—¿Y bien?, ¿dónde vamos a tomarnos esa copa? —preguntó Keith cambiando radicalmente de tema.

—Aquí cerca hay un pub. —Señaló el final de la calle con el brazo—. También sirven cenas, por si nos apetece tomar algo más tarde. —Ahí estaba de nuevo ese rubor incómodo y difícil de ocultar.

Con delicadeza, Keith posó la palma de su mano en la cintura de Julia, incitándola a caminar en la dirección que ella había indicado. Anduvieron el corto camino hablando de banalidades: del tiempo, de la cantidad de turistas que se apiñaban en la cercana Oxford Street..., tonterías que a ninguno de los dos les suscitaban el menor interés, pero que les servían para dejar al silencio de lado.

El Glove era un local amplio, con un largo mostrador al fondo del que sobresalían varios surtidores de cerveza de distintas marcas. En los extremos, donde los enormes ventanales dejaban ver el exterior, tres escalones elevaban una tarima que bordeaba el resto de la sala. Allí, unos bancos forrados de la

misma moqueta que el suelo, circundaban unas mesas de mayor tamaño que las que, dispuestas sin un orden aparente, llenaban gran parte de la superficie baja del establecimiento.

Como todavía no había mucha concurrencia, pudieron elegir una mesa en la parte superior que quedaba algo escondida tras una columna.

—¿Qué quieres tomar? —inquirió Keith mientras ella se quitaba la chaqueta.

—No suelo beber... ¿Una cola? —Él no contestó. La miró de reojo indicándole su disconformidad—. Está bien, tú ganas. Una cerveza —accedió elevando la comisura de los labios.

—Eso está mejor —acordó él con una sonrisa divertida—. No te muevas de aquí. —Entornó los ojos a la vez que la señalaba con el dedo—. Vuelvo enseguida.

El corazón de Julia comenzó a dar volteretas en su pecho mientras lo veía alejarse. Además de atractivo, Keith había resultado ser un seductor efectivo y tremendamente divertido.

Sin saber qué hacer mientras esperaba, sacó el móvil del bolso y lo consultó sin demasiado entusiasmo. De haber algún mensaje, sin duda sería del trabajo. Para su sorpresa, no fue así. Sin dejarse llevar por la moda de las abreviaturas, su abuela le había escrito:

Ya he hablado con la señora Gallagher. A partir de mañana, lo tendrás todo preparado para tu llegada. Te mando su número personal por si quieres ponerte en contacto con ella. Ya sabes, querida, si necesitas cualquier cosa, Odile y su marido estarán encantados de ayudarte. A mí, ya sabes que me tienes completamente a tu disposición. No olvides divertirte, aunque estés trabajando.

En un segundo mensaje le enviaba el teléfono del ama de llaves, tal como le había anunciado. Estaba guardándolo en su lista de contactos cuando apareció Keith con sendas jarras de cerveza. A Julia le pasó la más oscura y él se quedó la otra. Se sentó frente a ella, tomó el vaso para darle un buen

sorbo y la miró por encima del borde; después, con parsimonia, dejó la pinta sobre la mesa y, sin dejar de mirarla como un felino a su presa, se lamió la espuma que se había quedado adherida a su labio superior y dijo:

—Cuéntamelo todo sobre ti.

## Capítulo 6

—No hay mucho que contar sobre mí —dijo Julia con una risilla nerviosa—. Ya conoces lo más destacable de mi vida.

—Sólo lo que es de dominio público, lo que sabe todo el mundo. Yo quiero que me cuentes quién es Julia McDougall en realidad.

—No sé qué quieres que te diga.

—Empecemos por algo sencillo. ¿Aficiones?

—Bah, soy muy poco original para eso.

—Deja que sea yo quien lo juzgue. —Juntó las manos a la altura del pecho con gesto penitente—. Por favor.

—Está bien. —Alzó los hombros cohibida al tiempo que paseaba el índice de arriba abajo de su jarra, atrapando pequeñas gotas de humedad—. Me gusta leer, el cine, la música, nadar...

—Sé más explícita. —Apoyó el codo en la mesa y la barbilla sobre su puño—. Último libro, película y canción. De la natación hablaremos luego.

—El último libro que he leído ha sido *Un hueco en la pared*, de tu tía. Si no lo has leído todavía, te lo aconsejo.

—Gracias —le sonrió como un niño malo—, lo tendré en cuenta.

—La película, *Good Time* de los hermanos Safdie. Y en cuanto a canción..., eso es más difícil —reconoció pensativa acariciándose la nariz—. *What He Wrote* de Laura Marling, aunque la que más escucho últimamente es *I Don't Really Care*, de... —Se paró en seco por miedo a su reacción al conocer el nombre de la cantante.

—¿De quién?

—Prométeme que no te reirás.

Él se puso dos dedos sobre el corazón y, con un gesto ceremonioso aunque bromista, dijo:

—Te doy mi palabra.

—Se llama Julia McDougall. —Bajó los ojos a su cerveza y, para disimular su vergüenza, le dio un largo trago sin mirar a Keith—. No es muy conocida y la canción es vieja, pero me gusta —se justificó al acabar el sorbo.

—Vaya, ¿así que hay otra Julia McDougall corriendo por ahí? —Ella contestó elevando un hombro—. Seguro que tú eres mil veces más guapa.

Su respuesta consistió en un rubor que le bajó por el cuello y le alcanzó el nacimiento del pecho.

—Así que eres una intelectual, ¿no?

—No te creas —rebatió ella logrando superar el apuro que sentía—, también soy muy friki. Tú me has preguntado por lo último que había visto o escuchado.

—Ah, ¿sí? —se incorporó en el asiento inclinando el cuerpo sobre la mesa—. ¿Friki de Marvel o de DC?

—De *El señor de los anillos*.

Keith soltó una sonora carcajada que precedió a una discusión amistosa sobre qué saga o héroe era la mejor.

Aprovechando que ese día había una oferta en el pub de dos platos de *fish and chips* al precio de uno, decidieron pedir eso para cenar. En realidad, era una burda excusa para seguir juntos, y ambos lo sabían. Mientras degustaban el bacalao rebozado, hablaron de todo un poco: los planes que tenía Keith para montar su consulta de psicología o en qué consistía el trabajo que realizaba Julia en la empresa familiar, entre otras cosas. En un momento dado, él pareció recordar algo y así lo hizo notar.

—No has llegado a contarme por qué te gusta nadar —rumió con los ojos entornados al tiempo que la señalaba con una patata frita que se llevó a la boca al terminar de hablar.

Julia bajó los ojos a su plato casi vacío y, desde allí, los deslizó por la superficie de la mesa primero, siguiendo por el torso de Keith, para acabar engarzándolos con los de él.

—No sé si puedo explicártelo sin correr el riesgo de que creas que soy muy rara.

—Te lo aseguro, he visto y oído de todo en Nueva York, dudo que me asusten los motivos de una joven de buena familia para que le guste nadar.

Julia entornó los ojos y frunció la frente. Le molestaba mucho que la gente la juzgara por su apellido. Pero el comentario sobre sus orígenes que había hecho Keith la decepcionó aún más.

—Se ha hecho tarde. —Se levantó intentando ocultar la incomodidad—. Me ha encantado pasar este rato contigo, Keith.

—¿Te vas? ¿Tan pronto? —No entendía qué había pasado, pero estaba claro que Julia estaba irritada.

—Todavía me queda un largo viaje en metro hasta casa —se justificó sacando el monedero de su bolso.

Keith la cogió de la muñeca, impidiéndoselo. Él se puso también de pie y la encaró.

—He dicho algo que te ha fastidiado, estoy seguro, pero no quiero que te vayas sin que me digas qué es, por favor. Somos amigos, ¿no?

—No es nada.

—Sí, sí lo es. Lo que sea que haya dicho, discúlpame. Ha sido sin querer... ¡Ah! Ya sé de qué se trata.

—Te digo que no es nada.

—Perdona, Julia. No quería ningunearte y, desde luego, no creo que tus razones sean menos importantes que las de nadie. Me has malinterpretado, te lo aseguro.

—No...

—Por favor —la miró con una súplica en los ojos—, quédate un poco más. Deja que enmiende mi error.

La voz, la mirada, la postura de su cuerpo, todo le indicaba a Julia que era sincero. Suspiró con los ojos cerrados mientras meneaba la cabeza antes de abrirlos de nuevo y fijar las pupilas en las de Keith.

—Está bien.

Un tanto tensos, volvieron a sus asientos y siguieron con la cena. Él tomó nota mental de que a ella no le gustaba que la enjuiciaran por sus lazos familiares. Más bien, parecía molestarle. Eso le llamó la atención; no era algo frecuente en la alta sociedad, donde todas las hijas de *familias bien* juegan esa baza como mano ganadora.

—Me ibas a contar el porqué de tu afición por nadar —tanteó Keith intentando recobrar el ambiente distendido del que habían disfrutado hasta entonces.

—¿Estás seguro de que te interesa? —preguntó ella en tono frío.

—Completamente —aseguró mirándola directamente a los ojos—. Segurísimo.

—Está bien —concedió. Era imposible negarle algo cuando la estaba mirando de aquella manera tan franca—. Sumergirme en el agua me transmite paz. Me envuelve, me aísla del mundo, me permite reencontrarme conmigo misma y con mis pensamientos más remotos. Me dejo llevar por el movimiento, que ya es reflejo en mí, y abro la mente a toda idea que decida acudir a ella. —Encogió los hombros e hizo un mohín con los labios—. No se me ocurre mejor manera de definirlo.

—Sin duda, es muy buena manera de hacerlo —aseguró Keith impresionado—. ¿Nunca has pensado por qué necesitas ese retraimiento?

—No, no me lo he planteado. —Volvió a encoger los hombros, algo que parecía hacer con frecuencia—. ¿Para qué? Me siento bien dentro de la piscina, no necesito analizar nada más.

Keith no añadió nada durante un rato. Para disimular su silencio meditabundo, terminó con las últimas migajas que quedaban en su plato sin quitarle los ojos de encima a Julia. Su confesión sobre lo que sentía al nadar

le había suscitado muchas incógnitas que le gustaría resolver. Se dio cuenta de que ya no le quedaba nada más que meterse en la boca; era el momento de reanudar la conversación y lo sabía.

—No me has hablado de tus amigos... o de tu novio.

—No, no lo he hecho —admitió ella poniendo los cubiertos sobre el plato—. Sólo puedo llamar amigas de verdad a mi abuela y a tu tía, los demás son simples conocidos. En cuanto a novio..., en realidad, nunca he tenido ninguno.

—¿Ni en la facultad? —Keith abrió unos ojos como platos, atónito—. No puedo creerlo. ¿Se han quedado ciegos todos los ingleses?

—Muy amable, gracias, pero no creo que ésa sea la razón. —A pesar de lo interesada que estaba en la charla, le sobrevino un bostezo que intentó ocultar, pero que a Keith no le pasó desapercibido.

—Voy a tener que darle la razón a tía Gemma.

—¿Por qué lo dices?

—Me aseguró que te veía fatigada, y al parecer es cierto.

—¿Lo dices por el bostezo? Tendrás que disculparme. En realidad... —Sin saber por qué, iba a hablarle de las pesadillas, pero lo pensó mejor—. Bueno, supongo que será porque esta semana he tenido mucho trab...

—Dijo que hace tiempo que no pareces la misma, que estás agotada, aunque trates de disimularlo.

—Parece que no soy tan buena como imaginaba tratando de despistar a Nana.

—O será que te conoce mejor de lo que pensabas.

—Supongo que sí —admitió haciendo su gesto habitual con los hombros.

—Ya sé que acabamos de conocernos, como aquel que dice, pero ¿por qué estás tan cansada? Y no me digas que es por el trabajo.

—No duermo bien últimamente —confesó al fin, frunciendo los labios.

—¿Por qué?

—¿Qué te parece si te lo cuento de camino al metro? —preguntó



indicando la puerta del establecimiento con la cabeza—. De verdad que se ha hecho tarde.

—Vamos.

A pesar de la intriga por saber el motivo por el cual Julia no dormía bien, fue consciente de que ella había buscado una distracción para no hablar del tema. Lo respetaría por el momento; sólo insistiría en caso de ser necesario.

La húmeda y fresca noche primaveral de Londres contrastaba notablemente con el cálido interior del pub. Julia se subió la solapa de su americana en un baldío intento de protegerse de las inclemencias del tiempo. Keith, por su parte, se bajó las mangas de la camisa antes de ponerse su jersey color burdeos. No obstante, no aceleraron el paso. Todavía no estaban preparados para separarse.

—¿Qué haces el fin de semana? —preguntó él con ganas de que la velada no acabara aún.

—Mañana tengo un día ajetreado —contestó la joven pasando las palmas de las manos por sus brazos para entrar en calor—. Por la mañana toca limpieza; luego iré a la piscina un buen rato y, al volver, tengo que preparar la maleta. El domingo me voy.

—¿Te vas? —En su voz se mezclaron la sorpresa y la decepción.

—Sí. Es por un tema de trabajo. Voy a Crystal House Park. ¿Te acuerdas de aquello?

—¿Cómo olvidarlo? Pero ¿qué vas a hacer allí?

Julia le contó por encima su idea de hacer la fiesta de aniversario de la empresa en aquella casa, así como la temática de la misma. A él le pareció una idea brillante y muy original. Mientras hablaban, a ella se le ocurrió algo disparatado y no pudo por menos que compartirlo con él.

—¿Qué haces la semana que viene? —inquirió parándose de repente en mitad de la acera y poniéndose frente a Keith con una gran sonrisa en los labios.

—No sé, tú dirás —contestó él contagiado por su buen humor—. ¿Qué se

te ha ocurrido?

—¿Te apetecería venir conmigo a Ascot? Seguro que piensas en mil cosas en las que yo no he caído. —Dando pequeños saltitos como muestra de una excitación nada frecuente en ella, agregó—: Venga, será divertido. —En cuanto se dio cuenta de lo que hacía, bajó la vista al suelo algo avergonzada—. A no ser que tengas algo que hacer.

—Salvo aburrirme como una ostra mientras tía Gemma escribe su nueva novela, no.

—¿Te apuntas?

—Por supuesto —sonrió, mostrando de nuevo el encantador hoyuelo de su mejilla—. Hace años que no piso aquello.

—Decidido, entonces. —Julia le devolvió la sonrisa—. Te recogeré el domingo a las diez de la mañana. Trae ropa cómoda; habrá mucho que hacer.

—Sin problemas.

Juntos viajaron en metro hasta Euston Station y allí se separaron. Algo compungidos, se despidieron antes de tomar cada uno un tren distinto con destino a sus hogares, pero tranquilos porque tenían la seguridad de que no tardarían en verse de nuevo.

## Capítulo 7

Faltaban tres minutos para las diez cuando Julia aparcó frente a la casa de Nana. Ni siquiera tuvo oportunidad de llamar; antes de haber empujado la verja para entrar, ya se había abierto la puerta y la dueña de la casa la esperaba en el zaguán.

—Oh, jovencita, no sabes cuánto te agradezco que hayas invitado a Keith —le dijo la mujer cogiéndole las manos con cariño.

—¿Menos de diez días y ya estás cansada de mí, tía Gemma? —Él apareció por detrás de su tía con una mochila al hombro y una pequeña bolsa de viaje en la mano.

—No seas tonto —refunfuñó de broma Nana—. Sabes que estoy encantada de que estés en mi casa, Keith, es sólo que me apena ver cómo te aburres. Apenas sales, y si lo haces es para pasear hasta el parque y allí sentarte en un banco con el mismo libro que lees en casa. —Lo miró significativamente—. Estar al aire libre, con alguien acorde a tu edad que te va a dar mucho en que pensar, es infinitamente más divertido que pasarte las horas mirando cómo aporreo mi ordenador.

—¿Me vas a dar mucho en que pensar? —Se volvió hacia Julia sonriendo; esas palabras habían sido las únicas que había escuchado realmente del discurso de tía Gemma.

—Pues sí. Voy a utilizar tu mente y tu cuerpo. —En el mismo momento en que salieron esas palabras por su boca se dio cuenta del doble significado que podían encerrar. Colorada como un fresón y con la mano en la boca, trató de explicarse—: Quiero decir..., vamos que... allí habrá que...

—Tranquila, Julia, te he entendido perfectamente —dijo él mientras se

dirigía al coche tras besar en la mejilla a Gemma. Al pasar por su lado, no obstante, le dedicó una media sonrisa canalla—. Puedes utilizar cualquier parte de mí que necesites.

No era justo, no, no lo era. Con una frase, una caída de ojos o una simple sonrisa, Keith era capaz de crear un desbarajuste en su, normalmente, tranquilo organismo. Además de injusto, era peligroso para su estabilidad emocional. Aun así, debía reconocer que le gustaba ese cosquilleo que le recorría el cuerpo cuando estaba junto a él. Parecía mentira que, después de tantos años, la atracción que sintió por él siendo una adolescente siguiera intacta.

Nana se despidió de ellos con la mano y esperó a que el coche se perdiera al final de la calle para entrar en su casa. Luego fue a la cocina a prepararse una infusión. Mientras esperaba que hirviera el agua, sacó unas galletas de jengibre de una lata metálica con estampado de flores que depositó en un plato de porcelana, se hizo con una taza en la que metió un saquito de té, llenó de leche la jarrita —ambas cosas a juego con el plato, por supuesto— y lo colocó todo sobre una bandeja. A continuación, se fue a su despacho, una salita pequeña, coqueta y luminosa, y se sentó frente a la pantalla de su ordenador, cuyo cursor parpadeaba en ese momento sobre su última palabra escrita. Mordió una galleta, le dio un sorbo a su bebida y descansó los dedos sobre las teclas para empezar a escribir de nuevo. Pero no pudo hacerlo. Sin pretenderlo, se abstrajo con lo ocurrido el viernes anterior por la noche, cuando Keith llegó a casa después de su cita con Julia.

—Tenías razón, tía Gemma. —Su sobrino se dejó caer en el sofá junto a ella, que estaba viendo «El show de Graham Norton» en la televisión.

—Por supuesto, querido —bromeó Nana desviando su atención hacia él—. Aunque me gustaría saber en qué exactamente.

—Julia me ha confesado que no duerme bien últimamente.

—¿Te ha dicho por qué? —preguntó preocupada.

—No. Ha utilizado un pretexto para desviar mi atención. —Chasqueó la

lengua—. Supongo que con la esperanza de que me olvidase.

—Típico de Julia guardárselo todo para sí —dijo ella meneando la cabeza de lado a lado—. Esa jovencita no sabe pedir ayuda.

—¿Sabes? Me ha pedido que la acompañe la semana que viene a Crystal House Park y he aceptado su invitación.

—Bien hecho, hijo —aprobo dándole un par de palmadas en la mano. Luego añadió—: ¿Harías algo por mí? Intenta averiguar qué le pasa, por favor.

—No te preocupes, haré todo lo que esté en mi mano.

Después de haberla visto esa mañana, Gemma había constatado que la falta de descanso de Julia no parecía haber mejorado. Las manchas oscuras bajo sus párpados lo corroboraban.

\* \* \*

—¿Sabes cuánto tiempo hay hasta Ascot? —preguntó Keith con la intención de iniciar una conversación.

—Según el navegador, unos cincuenta minutos. Una hora a lo sumo.

—¿Visitas la casa muy a menudo?

—No todo lo que querría —admitió ella moviendo los hombros—. Intento ir, como mínimo, tres o cuatro veces al año.

—¡Qué lástima! Una casa tan hermosa y tan desaprovechada.

—Tienes razón. Aunque mi abuela también la visita de vez en cuando.

—Hablando de tu abuela, no sé nada sobre el alquiler —abrió los ojos desmesuradamente y se volvió hacia ella de forma histriónica—, ni siquiera sobre el piso. Igual quieres meterme en un antro y yo sin enterarme —bromeó con voz de ultratumba.

—No, está en mi mismo edificio —se defendió ella imitando su voz sepulcral—, y yo no viviría en un cuchitril.

—Bueno —volvió a su tono normal—, si es así, me quedo más tranquilo.

Julia encendió la radio. La voz armoniosa de Adele cantando *One and Only* se coló entre ellos, por lo que bajó el volumen para que no interfiriera en la conversación.

—Si se parece al mío, no es muy grande, sesenta metros cuadrados más o menos —dijo Julia sin perder de vista la carretera—. Tiene un salón comedor bastante grande con cocina americana, un baño de buen tamaño y dos habitaciones. Yo utilizo la más pequeña como despacho.

—Parece muy agradable —admitió él mirándola de reojo.

—Lo es.

Durante unos minutos, se dedicaron a escuchar la música que salía por los altavoces sin mediar palabra. Al rato, Keith retomó la charla.

—Estaba pensando que, si es suficientemente grande, podría utilizar esa habitación para montar mi consulta.

—Pues sí. Es una gran idea. Te ahorrarías otro alquiler, por lo menos al principio.

—Me gusta. Y también me gusta el hecho de contar con una amiga en el inmueble —confesó volviendo la cabeza para mirarla—. Es duro vivir en un sitio en el que no conoces a nadie.

—Sí, es cierto. Recuerdo cuando me mudé a Enfield. No fue fácil, aunque si quieres que te sea sincera, sigo sin conocer apenas a nadie allí. Los dependientes de la tienda que hay al final de la calle y a los vecinos, pero a éstos sólo de pasada; los típicos «hola» y «adiós» que compartes al entrar o salir del edificio.

—Por lo que me dijiste el otro día y lo que me cuentas hoy, deduzco que te cuesta abrirte a los demás. —Tenía muchas ganas de saber cosas sobre ella, así que se atrevió a preguntar—: ¿Cómo es que no tienes amigos de tu edad?

—No sé. No es fácil llevar mi apellido y estar segura de por qué los demás se acercan a ti, si por otros motivos o por quien eres en realidad.

—¿Y los que tienen nombres tan ilustres como el tuyo? —inquirió con curiosidad achinando los ojos mientras miraba su perfil.

—La mayoría son muy superficiales o se creen superiores al resto de los humanos. No me va ese tipo de gente.

—Me alegro —dijo gratamente satisfecho por su respuesta.

Siguieron el viaje compartiendo algunas anécdotas que vivieron en el colegio tanto el uno como el otro. Julia hablaba con desdén de las chicas que habían ido al internado con ella. Según sus palabras, sólo pensaban en ropa, en maquillaje —cosa que ya en aquel entonces aprovechaba ella para promocionar los productos que fabricaba su familia— y, sobre todo, en los chicos. Para sus compañeras, los estudios eran un simple trámite para encontrar un hombre tan rico o más que ellas y casarse para no hacer nada en la vida salvo dedicarse a sí mismas. Eso, según le dijo a Keith, era algo que ella no podía concebir. Para ella era importante formarse, tener una preparación por sí misma sin necesidad de depender de nadie. No quería estar con un hombre por no tener otra alternativa.

Keith, por su parte, le contaba historias sobre su equipo de rugby y la manera en que celebraban las victorias... cuando las había. Se notaba el cariño con el que hablaba de sus viejos camaradas. Lamentablemente, Julia no había sentido nunca nada igual. Tenía la sensación de haber sido siempre una alienígena entre las jóvenes que vivían con ella entonces, y de alguna manera continuaba sintiendo lo mismo con la gente que la rodeaba en general.

Llegaron a la gran cancela de entrada de la mansión cuando estaban a punto de dar las once. La verja, negra con remates dorados, se alzaba majestuosa frente a su coche. A ambos lados de la misma, sendos muros de piedra roja escondían cada uno una puerta de idéntica manufactura que la entrada principal. En la pared de la derecha, a la altura de la ventanilla del coche, estaba el interfono para solicitar el acceso. A los pocos instantes de haberlo accionado, la puerta metálica se abrió, dándoles paso al camino de gravilla bordeado de césped que llevaba hasta la casa.

—Hacía años que no venía y continúa pareciéndome un espectáculo —se

maravilló Keith mirando a todos lados—. La fuente es majestuosa, los árboles siguen tan frondosos como los recordaba, las esculturas..., todo es magnífico.

—Eso creo yo —afirmó orgullosa mientras conducía hasta el pie de la escalera que daba acceso a la mansión.

Los señores Gallagher los esperaban con una amplia sonrisa frente a la enorme puerta de caoba que daba paso a la casa.

—Bienvenida, señorita. —Odile se acercó con los brazos estirados, dispuesta a abrazarla como hacía cuando Julia era pequeña.

John estrechó la mano de Keith y dejaron que las mujeres se pusieran al día mientras ellos sacaban el equipaje del maletero. Luego entraron los cuatro juntos en el hogar de los Powers, la familia materna de la joven.

—He preparado un asado para comer, espero que le guste —informó la señora Gallagher.

—Seguro que sí, pero no tendría que haberse molestado. Cualquier cosa habría estado bien. Además, no me trate de usted, Odile, se lo he dicho muchas veces.

—Oh, sí, claro. Perdona, Julia, es que te veo tan mayor que me cuesta ver en ti la niña que eras. —Miró a Keith y añadió—: Tu novio, supongo.

Ellos se miraron sonriendo y negando con la cabeza a la vez.

—No, Odile. No sé si se acordará de él. Es Keith, el sobrino de Nana.

—¡Claro que me acuerdo de ti! —dijo la mujer volviéndose hacia el aludido—. Tú también has cambiado mucho y te has convertido en todo un hombre. Y muy guapo, cabe decir.

—Señora Gallagher —la saludó Keith por fin—. Usted, en cambio, está tal y como la recordaba, preciosa.

—¡Oh, qué adulador! —La mujer se sonrojó como una colegiala—. No te esperaba, así que no había preparado ninguna habitación para ti. Lo haré enseguida.

—No se preocupe, puedo hacerlo yo —se ofreció él.



—Ni hablar. —El ama de llaves frunció el entrecejo señalándolo con un dedo—. ¿Qué pretendes?, ¿dejarme sin trabajo? —bromeó.

—Nada más lejos de mi intención, señora.

—Odile, puedes llamarme Odile —le indicó con una sonrisa—. Te arreglaré la habitación verde, la que hay junto a la de Julia, ¿te parece bien?

—Cualquiera estará bien, gracias.

El señor Gallagher, que había asistido mudo a aquel intercambio de frases, les indicó con la mano el camino hacia el salón.

—Descansen un rato mientras termina de hacerse el asado —dijo con su acostumbrada profesionalidad—. Les prepararé un aperitivo, si les apetece.

—No, John, gracias. De momento estamos bien.

—No duden en pedir cualquier cosa que deseen —repuso marchándose hacia la cocina con su mujer.

—¿Te apetece dar un paseo por el jardín? —preguntó Julia cuando se quedaron solos.

—Mucho. Necesito estirar las piernas después del viaje.

—Pues vamos.

Unos minutos más tarde caminaban sobre la hierba que se extendía como un manto uniforme delante de la casa. El día era claro y la temperatura agradable, el olor a naturaleza les llegaba de todas partes. Era un regalo disfrutar de todo aquello. De repente, sin meditarlo siquiera, Julia se quitó las manoleínas y, con un suspiro de placer, deslizó los pies por las hebras que le cosquilleaban las plantas.

—Tengo la sensación de estar en el edén ahora mismo —afirmó poniendo los brazos en cruz.

—Esto es precioso, sí —corroboró él. No obstante, Julia detectó duda en su voz.

Dejó de mover los pies y se lo quedó mirando inquisitivamente.

—¿Pero?

—No hay peros. —La contempló desde su altura, obligándola a levantar la

cabeza para mirarlo a los ojos—. Esto es magnífico, sobre eso no cabe duda.

—¿Pero?

—Nada. —Volvió las palmas de las manos hacia el cielo.

—Keith, por favor.

—¡Está bien! —se rindió él al fin—. El sitio es precioso, me gustaba cuando era joven y sigue pareciéndome muy hermoso. El problema no es el lugar.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que no creo que puedas albergar a mucha gente en la propiedad.

—¿Por qué? Está la casa anexa y...

—No es sólo eso, Julia. —Le puso una mano en el hombro para reconfortarla antes de soltarle la bomba—. ¿Dónde piensas meter los caballos si no tienes establos? ¿Cuánta gente necesitará montura? ¿La casa tiene todos los lavabos que se necesitan para tanta gente? Ésos son algunos de los problemas que veo a bote pronto, sin contar con que necesitarás carruajes para no romper el ambiente con vehículos actuales o que tendrías que prescindir del agua corriente si quieres ser fiel a la época.

Conforme Keith iba enumerando las pegas que encontraba a su plan, Julia empalidecía más y más, hundiéndose de hombros. Se había dejado llevar por el entusiasmo y sólo había pensado en la parte más llamativa y superficial de la fiesta, sin adentrarse en los inconvenientes logísticos que podía presentar su idea. Tenía que pensar, reestructurar el plan inicial, pero sin renunciar a él completamente; le gustaba demasiado como para darse por vencida a la primera de cambio.

—No había caído en todo eso —reconoció abatida.

—No te preocupes, buscaremos una solución. Si sigues creyendo que ésta es la mejor opción —colocó la mano libre sobre el otro hombro de la chica—, te ayudaré en todo lo que pueda.

Con una inmensa sensación de frustración, ella asintió sin mirarlo. No

podía fracasar. Había comprometido su prestigio frente a su padre y su hermano y nada la decepcionaría más que no estar a la altura delante de ellos.

En silencio, volvieron a la casa. Julia, todavía con los zapatos en la mano, se detuvo delante de la escalera para volver a ponérselos.

—Comamos —dijo al acabar de calzarse. Era una mujer positiva y no se iba a dejar llevar por los contratiempos—. Después afrontaremos las cuestiones que has expuesto con tanto criterio.

—Sí, comamos. —Apoyó su mano en el final de la espalda de Julia—. No vamos a darnos por vencidos por una tontería —bromeó—, ¿verdad?

—Verdad.

## Capítulo 8

Después de una sobremesa más corta de lo que a los señores Gallagher les habría gustado, Julia y Keith salieron para recorrer toda la finca, esta vez con libreta, bolígrafo y tablet en mano para poder ir tomando notas de todo lo que se les fuera ocurriendo.

La propiedad disponía, además de la mansión, de cuatro edificaciones más. De espaldas a la residencia principal se hallaban dos casas destinadas a albergar a los invitados. Algo más alejada, casi llegando a la entrada de la hacienda, se distinguía una más, aunque de dimensiones más humildes, que era la que habitaban los señores Gallagher. Y, por fin, anexa al edificio principal, y como colofón de aquel magnífico conjunto, sobresalía una nave cubierta por una gran cúpula acristalada que escondía la piscina de tamaño olímpico que hacía las delicias de Julia. Asimismo, había algunas construcciones más pequeñas que antiguamente habían servido como cobertizo.

A pesar de la cantidad de espacio disponible, era preciso hacer recuento de todas las estancias que podrían usarse como dormitorio. También necesitaban buscar las mejores localizaciones en las que construir, aunque fuera de manera temporal, tanto una zona extra para acomodar a los invitados como un lugar adecuado donde resguardar a los caballos alquilados. Y, por supuesto, volver a estudiar la lista de asistentes para que todo cuadrara.

Con las cosas más claras, a falta de recorrer a conciencia los cuatro edificios para saber la cantidad de espacio con el que realmente contaban, volvieron a la residencia. Empezaba a oscurecer y ya poco podían hacer ese día. Por la mañana reemprenderían el trabajo, esta vez en el interior.

Suponían que sólo recorrer las habitaciones de la mansión ya les llevaría una buena cantidad de tiempo, quizá más de una jornada. Tenían un arduo trabajo por delante.

Tras una frugal cena, se retiraron al salón para charlar un rato.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Julia delante del aparador antes de sentarse.

—¿Por qué no? ¿Qué hay por ahí? —Se acercó por detrás de ella y miró por encima de su hombro lo que escondía el mueble bar.

—Oporto, jerez, ginebra, vodka, whisky... —enumeró conforme leía las etiquetas.

—Un whisky solo —eligió señalando la última botella que le enseñaba Julia—, que se note que soy escocés.

—Bien, entonces whisky para ti y oporto para mí —dijo mientras llenaba los vasos.

Durante el tiempo que tardaron en saborear sus bebidas e incluso algo más, hablaron de las notas que habían tomado y discutieron sobre las opciones más convenientes para solucionar los problemas que se desplegaban ante ellos.

—Creo que es hora de retirarnos —anunció Keith al observar cómo Julia se llevaba las manos a la boca para esconder un bostezo—, pareces agotada. Mañana seguiremos con esto.

—Sí, será lo mejor. Las letras empiezan a bailar delante de mis ojos —bromeó volviendo a bostezar.

Se separaron frente a la habitación de Julia. La de Keith estaba justo al lado.

—El primero que se despierte que llame a la puerta del otro, ¿te parece bien? —propuso él antes de separarse.

—He quedado con Odile para que nos avise a las siete y media. —Hizo su característico gesto de encogerse de hombros—. Espero que no te moleste que no lo haya consultado contigo.

—En absoluto. Hasta las siete y media, entonces.

—Hasta mañana.

Julia entró en su dormitorio y, después de desnudarse, se metió en la ducha del baño anexo. Se fue a la cama inmediatamente después. Estaba tan cansada que se quedó dormida nada más apoyar la cabeza en la almohada.

A Keith le costó un poco más conciliar el sueño. Repasó los acontecimientos del día y reconoció que le gustaba mucho estar con Julia. Era preciosa, inteligente y simpática; a pesar de eso, le extrañaba que una mujer tan brillante fuera tan solitaria. Además, estaba el tema de sus problemas para dormir, del que ella parecía no querer hablar.

La casa estaba en calma, el silencio sólo era roto por el tictac del viejo reloj de la sala que a ellos les pasaba desapercibido debido a la profundidad de su sueño. De repente, un chillido al otro lado de la pared sacó a Keith del estado de sopor en el que se encontraba. Al principio no supo identificar lo que lo había despertado; hasta que oyó un nuevo alarido no se dio cuenta de que era Julia la que gritaba. Salió de su habitación rápidamente y entró en la de ella sin pararse a llamar siquiera.

La encontró sentada en la cama, con los ojos muy abiertos, sudando y visiblemente alterada.

—¿Qué ha pasado, Julia?

—Otra vez la pesadilla —barbotó con la respiración agitada—. Pero esta vez ha sido peor. Mucho peor.

—¿Quieres contármelo? —pidió suavemente. Ella afirmó con la cabeza, sin poder hablar todavía—. No te angusties, cuando puedas. Yo no me voy a mover de tu lado.

Le costó recobrar la tranquilidad. Keith la abrazaba intentando darle paz. Cuando lo consiguió, Julia empezó a hablar:

—Hace unos seis meses, y sin motivo aparente, empecé a tener pesadillas.

—¿Seis meses llevas así?! —La separó de su cuerpo para mirarla a pesar de la escasa luz.

—Más o menos, sí.

Keith volvió a encerrarla entre sus brazos.

—¿Quieres hablarme de ellas? —pidió con mucho tacto mientras le acariciaba suavemente la espalda.

—¿Ahora? —preguntó ella tensándose.

—Si quieres, sí. Pero si prefieres hacerlo en otro momento...

—Lo prefiero, si no te importa.

—Está bien. —Hizo ademán de levantarse de la cama, pero Julia, cogiéndolo de la muñeca, se lo impidió.

—¿Podrías quedarte conmigo? —Era más una súplica que una pregunta.

Él no contestó. Con un movimiento de la mano, separó el edredón, se acomodó junto a ella y la atrajo hacia sí. Keith, vestido sólo con unos calzoncillos de algodón, fue plenamente consciente del calor que desprendía el cuerpo de Julia, del delicioso aroma que expelía su melena pelirroja, de su aliento acariciándole la piel del antebrazo con que la rodeaba... Y con esas sensaciones tan placenteras, se durmió de nuevo.

\* \* \*

Unos suaves golpes en la puerta los obligaron a abrir los ojos. Estaban tan entrelazados como cuando se habían quedado dormidos.

—Buenos días —susurró ella mirándolo con una sonrisa tímida.

—Buenos días —correspondió Keith con otra complacida. Le acarició la mejilla con el índice y murmuró—: Creo que lo mejor es que vaya a mi cuarto a vestirme.

—Sí, será lo mejor —aceptó algo decepcionada. Debía reconocer que había estado más serena desde que él se había metido en su cama—. No queremos que los Gallagher se hagan una idea equivocada de esto —concluyó señalándolos a ambos.

—A mí no me importa lo que puedan pensar —dijo él convencido,

mirándola con intensidad.

No obstante, se levantó y fue hacia la puerta. Ojeó a un lado y a otro del pasillo y, cuando estuvo seguro de que no había nadie a la vista, salió cerrando la puerta tras él.

Quince minutos más tarde se reencontraron en la cocina, donde Odile había preparado el desayuno para los dos.

—¿Usted no almuerza con nosotros? —inquirió Julia sentándose a la mesa.

—Oh, no. Nosotros ya lo hemos hecho hace rato. —La mujer llevó la tetera a la mesa y les sirvió una taza a cada uno—. Y ahora, comed.

Terminó de servir lo que había preparado: huevos revueltos, salchichas y beicon y los dejó solos.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —quiso saber Keith mientras cortaba un trozo de salchicha.

—Yo empezaría por la casa de invitados, ¿qué opinas tú?

—Perfecto. Pero antes me gustaría hablar de lo que ha pasado esta noche.

—Aquí no, por favor. —Se sirvió un poco de leche en el té antes de proseguir—. No quisiera que nos oyeran los Gallagher.

—De acuerdo, pero no me voy a olvidar —le advirtió—. En cuanto no haya nadie cerca, hablamos.

Julia aceptó con la cabeza antes de dar buena cuenta de lo que tenía en el plato. Después de acabar con todo lo que les había preparado Odile, recogieron la mesa entre los dos y se dispusieron a visitar la vivienda situada a espaldas de la mansión.

La casa, que ya querrían muchos tener como residencia habitual, estaba a escasos cien metros del edificio principal. Aunque menos ostentosa que la que presidía el conjunto, era regia, elegante y de buen tamaño. Nada más entrar, abrieron las contraventanas para que penetrara la luz del exterior.

—¡Vaya! —exclamó Keith mirando alrededor—. ¡Esto es una chulada!

—Sí, es verdad. No recordaba que fuera tan bonita. Vamos a



inspeccionarla a fondo.

—Espera —pidió cogiéndola por la muñeca al ver que se iba—. Antes tenemos que hablar.

Julia lo miró temerosa. Era consciente de que él no pararía de insistir hasta que le contara sus pesadillas, así que se dio por vencida y se dejó caer en uno de los sillones de la sala.

—¿Qué quieres saber?

—Todo. Cuéntame qué es lo que te sobresaltó ayer.

Julia tomó aire y lo dejó salir lentamente.

—Siempre se repite el mismo sueño —dijo sin mirarlo—. Estoy plácidamente dormida y, de repente, oigo un chillido espantoso de mujer que me despierta sobresaltada. Después de eso, rodeada de un silencio sepulcral, salto de la cama y comienzo a recorrer la casa, habitación por habitación, intentando encontrar a la mujer que ha gritado, pero nunca lo consigo. — Parecía revivir cada sensación conforme la contaba—. La casa está desierta y destartalada, y yo, cada vez más desesperada por encontrar a la mujer, abro la última puerta convencida de que debe de esconderse allí. Sin embargo, lo que encuentro es sólo una luz cegadora, y nada más. De la mujer, ni rastro. Y a mí me queda grabada la angustia de saber que alguien me necesita y que yo no puedo ayudarlo.

—¿No sospechas quién puede ser esa mujer?

—No. Nunca la veo. Aunque, últimamente, percibo una sombra que me acecha, pero tampoco puedo definir quién o qué es. Sé que está ahí, pero no puedo distinguirla.

—¿Se te ocurre qué pudo desencadenar esos sueños?

—He intentado recordar si hubo algo, algún detonante que los produjera, pero no he logrado encontrar nada.

—De acuerdo, no te preocupes de momento. —Cogió sus manos y las acarició con el pulgar—. Prométeme que, si recuerdas algo, o si tus pesadillas cambian de alguna manera, me lo dirás.

—Te lo prometo.

—Y otra cosa —dijo muy serio, mirándola fijamente a los ojos—. Sea la hora que sea, llámame si lo necesitas, si quieres hablar o simplemente saber que alguien está ahí para ti... —Julia bajó los ojos a sus manos engarzadas y asintió con la cabeza—. Prométemelo también —exigió dulcemente.

—Te lo prometo —musitó.

—Está bien —dijo él liberando sus manos—. Y ahora, vamos a ver qué encontramos por aquí.

Casi cinco horas más tarde, manchados de polvo de arriba abajo y habiendo encontrado verdaderas maravillas escondidas entre esas cuatro paredes, fueron a comer. Odile les había advertido que comerían a la una y cuarto. Tenían el tiempo justo de adecentarse un poco y sentarse a la mesa. Durante la mañana, únicamente habían parado un momento para tomar una taza de té que les había llevado la señora Gallagher, por lo que, debido al ejercicio, removiendo trastos entre otras cosas, estaban hambrientos.

—Yo creo que, como te he dicho antes, podemos habilitar las habitaciones del sótano para hospedar a más invitados —sugirió Keith en mitad de la comida—. ¿Tú qué crees?

—No dejo de darle vueltas —afirmó ella cuando acabó de masticar lo que tenía en la boca—. ¿No se sentirían un poco relegados?

—Según cómo se mire. Siempre se les puede vender como el lugar más tranquilo de la casa o algo por el estilo.

Julia asintió, otra vez con la boca llena. Bebió para acabar con los restos de comida y entonces habló.

—Me gusta tu manera de pensar. Sacas siempre una solución de la chistera..., aunque hayas sido tú el que planteara inicialmente el problema.

—Ya ves, tengo esa cualidad —bromeó él—. Ahora en serio. Con algunos de los muebles que hemos encontrado en el desván, los que están en mejores condiciones, se podrían decorar, como mínimo, un par de cuartos.

—Tienes razón. Es que hemos hallado piezas increíbles —se maravilló

ella con el tenedor a medio camino a la boca—. No sé qué hacían arrinconadas allí arriba.

—Ya verás cómo la parte que todavía nos queda por revisar tiene cosas que nos van a sorprender tanto o más que lo que ya hemos encontrado.

Habían hecho inventario de todo lo que hallaban, así que, mientras degustaban el delicioso guiso de carne que Odile había cocinado para ellos, hablaron sobre sus descubrimientos. No fue hasta acabar el postre que se dispusieron a volver a la carga con sus pesquisas. Parecía que ese día sería imposible hacer nada más que dedicarse a la casa de invitados, donde aún quedaba parte del trastero por mirar.

Antes de salir, Julia se disculpó para poder hablar por teléfono con Maggie. La secretaria contestó enseguida a su llamada y se interesó de inmediato por lo que su jefa había estado haciendo.

—¡Ni te lo puedes imaginar! Y eso que apenas hemos empezado —le explicó la pelirroja entusiasmada—. De todas formas, no te llamaba por eso.

—Tú dirás, Julia.

—Necesito que localices en los alrededores alguna empresa de alquiler de carruajes. Hemos pensado que no podemos permitir que los automóviles de los invitados rompan la ilusión de estar a principios del siglo XIX.

—¿«Hemos»? —Que Julia hubiera hablado en plural llamó su atención.

—Sí, mi amigo Keith y yo —reconoció ella cerrando los ojos al percatarse de su desliz.

—Nunca me habías hablado de él —intentó sonsacarla Maggie.

—¿Tenía que hacerlo? —preguntó seca.

—No, claro que no —dijo la secretaria sonando culpable.

—Bien. —Cambiando de tema, volvió al motivo de su llamada—: Como te decía, necesito que contactes con alguna empresa de alquiler de coches de caballos, berlinas, carros, faetones... Cualquiera nos serviría.

—Tomo nota.

—¡Ah! Y también me gustaría que volvieras a repasar la lista de invitados

—pidió. De repente, se le había ocurrido una manera de solucionar el problema del espacio—. Divídela en dos: los imprescindibles y los *forzosos*. ¿Harás eso por mí?

—Claro. ¿Para cuándo lo necesitas?

—Cuanto antes, por favor.

—De acuerdo. Te llamaré en cuanto lo tenga listo. Por cierto, ¿cuántos carruajes tienes pensado alquilar?

—De momento no lo sé. Dependerá de las listas que confeccionemos —dijo pensativa—. Una última cosa, Maggie.

—Di.

—De esta conversación, ni una palabra a nadie, por favor. Sobre todo a mi padre.

—Tranquila, no le diré nada.

—Adiós, Maggie, seguimos en contacto.

—Adiós, Julia.

Acabada la conversación, Maggie se quedó mirando el aparato durante un buen rato. Derek le había pedido que lo informara de todo lo que Julia le fuera adelantando sobre el proyecto y, con su petición, ella la había puesto en una disyuntiva que no sabía cómo resolver.

## Capítulo 9

Aquella fue una tarde provechosa en la que, aparte de trastos inservibles que amontonaron con el fin de deshacerse de ellos, también se toparon con enseres que, si bien eran anacrónicos con la época que querían reproducir, retocándolos un poco les podrían ser de mucha utilidad.

Revisando los cajones de una cómoda encontraron fotos y documentos que databan de principios del siglo xx, a los que dedicaron buena parte del tiempo que pasaron en la casa. Algunos carecían de importancia, pero otros eran verdaderas joyas históricas.

—Ésta es una de las ventajas de que la mansión haya pertenecido a un mismo dueño durante tanto tiempo —señaló Julia—, que se pueden encontrar tesoros ocultos que han permanecido olvidados por muchos años.

—Me extraña que nadie haya mirado por aquí en todo este tiempo —se extrañó Keith observando el documento de compra de un coche de caballos—. Sólo este papel puede valer una fortuna.

—¿Qué te parece si apartamos lo que pueda ser de valor? —preguntó Julia retirándose un mechón de la cara con el dorso de la mano—. Igual podemos costear parte de la fiesta con lo que saquemos. Después de los inconvenientes que señalaste ayer, empiezo a estar preocupada por el presupuesto. Por nada del mundo quiero que mi padre o mi hermano tengan algo que reprocharme.

Keith asintió lentamente con la cabeza mientras sacaba un pañuelo de papel de su bolsillo y se acercaba a ella.

—Te has tizado la cara —susurró y, con una delicadeza exquisita, le frotó la mejilla manchada.

—Gracias —musitó ella casi sin aire. Estaban tan cerca que el aliento de

uno podía beberlo el otro.

Lentamente, Keith retiró la mano de su rostro, pero todavía permaneció unos instantes mirándola a los ojos. Esa chica ejercía un magnetismo en él que le resultaba difícil rehuir. Le gustaban las mujeres. Mucho. Pero lo que sentía por Julia, a pesar del poco tiempo que hacía que la conocía como adulta, iba más allá de una simple atracción. Se mezclaban la curiosidad, la admiración, la fascinación... Tendría que autoanalizarse con respecto a eso.

Eran ya las siete cuando volvieron a la mansión. Tenían prácticamente todo el trabajo hecho en el primer edificio que habían inspeccionado. Sólo faltaba redistribuir el mobiliario, retirar lo inservible y hacerse con lo necesario para terminar de ponerlo a punto. Estaban satisfechos por la labor desarrollada ese día, a pesar de que los había dejado extenuados.

—Voy a darme una ducha. Necesito quitarme de encima el polvo y el cansancio —dijo Keith restregándose la cara.

—De acuerdo, nos vemos para la cena, entonces.

—¿Adónde vas? —se extrañó.

—Voy a aprovechar que tengo una piscina inmensa para mí sola. —Encogió los hombros y sonrió—. No puedo dejar pasar esta oportunidad, ¿no te parece?

—Qué lástima no haberlo pensado —se entristeció, haciendo un divertido gesto con la boca—. De haberlo hecho, podría acompañarte.

—No te ofendas, Keith, pero prefiero nadar sola, ya te lo dije. —Esbozó una sonrisa de disculpa—. Además, tengo mucho en lo que pensar.

—Lo entiendo. —Logró disimular su decepción sin alterar ni un ápice su rostro—. Nos vemos luego. —Sin añadir nada más, entró en su habitación y cerró tras de sí.

Después de ducharse, Keith se unió a Odile en la cocina. Le gustaba trastear entre fogones, por eso le pidió al ama de llaves que lo dejara ayudarla. La mujer, entre complacida y asombrada, le dio unas patatas para que las pelara, que utilizaría más tarde para hacer puré como

acompañamiento a la carne que estaba asando. Un tiempo después apareció John, que había estado podando unos setos. Se lavó las manos y se dispuso a poner la mesa para los cuatro. En ese momento oyeron a Julia entrando en la casa y subiendo la escalera; probablemente iba a ducharse y a arreglarse para la cena. Un rato después se reunió con ellos. Para entonces, la cena ya estaba lista.

—¿Qué se te ha ocurrido? —le preguntó Keith mientras la señora Gallagher servía la comida.

—¿Cómo dices?

—Mientras nadabas, ¿qué se te ha ocurrido? —le aclaró.

—¡Ah, eso!

—Ajá.

—He estado dándole vueltas a todo lo que me dijiste ayer —comenzó a decir mientras cortaba un pedazo de carne.

—¿Y?

—Señor Gallagher —Julia se dirigió a John como si no hubiera oído a Keith—, ¿usted no conocía a un hombre que montaba carpas para eventos?

—Sí, Conrad. ¿Por qué, señorita Julia?

Mirando de nuevo a Keith, explicó:

—No sé si es factible o no, pero he pensado que, tal vez, se podría montar una gran carpa para albergar a los caballos. Seguro que al conocido de John se le ocurre la manera de hacerlo. He recordado que en la esquina suroeste de la propiedad hay unas pequeñas edificaciones que antiguamente se utilizaban como caballerizas. Si se pudiera adaptar una estructura temporal, tendríamos resuelto el tema del establo, al menos en parte.

—Se lo puedo preguntar, si es lo que quiere —se ofreció solícito el hombre.

—Se lo agradecería mucho, John. —Éste asintió con la cabeza—. Por otra parte, esta mañana se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de hacer dos

grupos de invitados. Unos pasarían aquí viernes y sábado y los otros vendrían sólo al baile.

—Parece una buena solución, pero tendrás que sopesar muy bien a quién invitas a una cosa y a la otra —apuntó Keith y, seguidamente, se metió el tenedor lleno de puré de patatas en la boca.

—Sí, eso lo tengo claro. —Julia lo imitó y empezó a comer.

Los Gallagher los miraban alternativamente al uno y a la otra sin dar su opinión. Les gustaba la idea, pero no estaban seguros de que pudiera llevarse a cabo.

—¿Y el tema de los lavabos? —Keith siguió con el interrogatorio mirándola fijamente. Quería saber hasta qué punto le había servido su tiempo dentro del agua.

—Lo he estado meditando y no veo más salida que poner unas letrinas portátiles —admitió sin demasiado entusiasmo.

—Bueno, de ser así... —Keith frunció los labios y los movió de lado a lado mientras pensaba—. De ser así —repitió al fin—, siempre se pueden maquillar.

—¿Maquillar? —se sorprendió Odile, que en ese momento iba a beber agua—. ¿Cómo?

—No sé —confesó él antes de pinchar un trozo de carne con el tenedor—. Algo se nos ocurrirá —concluyó.

De repente, como movida por un resorte, Julia levantó la mirada de su plato para, inquieta, fijarla en Odile y luego en John.

—¿Y *Splinter*? —preguntó con voz angustiada—. ¡Dios mío! ¿Cómo puedo haberme olvidado de él?

—¿*Splinter*? —preguntó Keith a su vez, sospechando de quién podía tratarse.

—Mi perro, mi border collie. ¿Lo recuerdas? —inquirió dedicando a Keith apenas una mirada para volverla de nuevo a la señora Gallagher—. ¿Odile?

El ama de llaves bajó los ojos a la mesa, sin atreverse a hablar. Fue su



marido quien contestó.

—Murió hace un mes y medio —informó ceremonioso—. Lo siento, señorita Julia.

—¿Y por qué no me lo dijeron? —espetó dolida porque no se lo hubieran comunicado y terriblemente triste por la pérdida, cosa que reflejaba claramente su voz—. ¡Era mi perro desde que tenía doce años!

—Lo sabemos, señorita Julia —siguió John—. Se lo comunicamos a su abuela y fue ella quien decidió que era mejor que no supiera usted nada hasta que fuera inevitable.

—¿Por qué? ¿Acaso cree que soy todavía una niña y que no puedo enfrentarme a la muerte? —preguntó a nadie en particular—. Pues se equivoca. Todos se equivocan.

—Julia —intervino Keith, haciendo de abogado del diablo—, hace un mes y medio. ¿No te parece que, de haber venido antes, estarías ya enterada?

—¿Qué quieres decir? —Se revolvió con una actitud agresiva nada propia de ella.

—Sólo pretendo que entiendas que tal vez, y sólo tal vez, tu abuela pensó que, puesto que no venías muy a menudo a verlo, sería una tontería disgustarte con algo que ya no tenía remedio —reflexionó sabiamente—. *Splinter* ya estaba muerto, era imposible que pudieras hacer algo por él.

—No sé... Quizá tengas razón, pero... yo debería haberlo sabido en su momento y no un mes y medio después —insistió con tozudez.

Keith entornó los ojos. Por alguna razón, que no le hubieran hablado de la muerte de su perro representaba para ella algo más que el simple hecho en sí. Parecía encerrar el convencimiento de ser siempre la última en enterarse de las cosas, la que todos protegían por miedo a su reacción... Como si todo el mundo la siguiera tratando, tal como ella misma había insinuado, como a una niña. Él podía entender ese razonamiento, había visto de primera mano la atención que le prestaba su tía Gemma, su preocupación por ella, algo que, con veintisiete años, Julia ya no necesitaba. Tomó nota mentalmente de

abordar el tema con ella en otro momento. Le interesaba mucho su opinión al respecto.

Después de aquella tensa escena, la cena continuó en un silencio incómodo. Julia se sentía defraudada, ninguneada. Siempre había tenido la sensación de que le ocultaban cosas, incluso de niña había sido así. El ejemplo que más la martirizaba era que nunca le habían hablado de la muerte de su madre. Nadie. A sus incansables preguntas sobre el asunto, siempre recibía la misma respuesta: fue un desgraciado accidente. No más explicaciones, no más detalles. Siendo una adolescente, había buscado información en la hemeroteca, pero no había conseguido averiguar nada concreto. Los periódicos hablaban de la muerte de Patricia McDougall, nacida Powers, como un accidente ocurrido en extrañas circunstancias. Según la prensa, la policía había abierto una investigación y había llegado a la conclusión de que, efectivamente, se trataba de un hecho fortuito y lamentable. Por ese motivo, habían abandonado sus pesquisas. Sin embargo, que no le hubieran dado razones exactas de lo sucedido siempre había dejado a Julia con la impresión de que le escondían algo horrible.

Al acabar, ayudaron a los Gallagher a recoger los restos de la cena. Después, con los enseres recogidos, el matrimonio se despidió de ellos hasta el día siguiente.

—¿Quieres que tomemos algo mientras hablamos? —sugirió Keith con las manos en los bolsillos mientras abandonaban la cocina.

—No. Si no te importa, voy a irme a la cama. Estoy agotada.

—Como quieras —aceptó, aunque habría preferido charlar un rato a solas con ella—. Yo también iré a dormir; al igual que tú, estoy derrotado.

Subieron la escalera juntos y se detuvieron ante la habitación de Julia, tal y como habían hecho la noche anterior. A ella se la veía tan apesadumbrada que Keith no pudo reprimirse por más tiempo de hablar.

—Si me necesitas durante la noche —dijo levantando la barbilla de Julia para que lo mirara—, no tienes más que llamarme. Estoy aquí al lado, no lo

olvides.

—Gracias, Keith. —Encogió ligeramente los hombros de esa manera tan suya—. Espero que no te ofendas, pero preferiría no tener que acudir a ti.

—Lo entiendo. Yo también querría que durmieras sin interrupciones molestas. Sin embargo, si nuestros deseos no son satisfechos —bromeó para quitar hierro a la situación—, por favor, avísame.

La joven se despidió con un gesto de la cabeza dándole a entender que, de necesitarlo, acudiría a él. Sin embargo, no tenía la menor intención de hacerlo. Estaba acostumbrada a bregar con esas pesadillas desde hacía tiempo y, a pesar de lo reconfortada que se había sentido la noche anterior compartiendo cama con Keith, no pensaba darle la imagen de una niña asustada. Tenía que demostrarle que era lo suficientemente fuerte como para poder aguantar una noche más.

Cuando se despertó de madrugada, sudando y con la respiración entrecortada, estuvo tentada de cambiar de opinión. Aquélla había sido una de las peores ensoñaciones que había sufrido. La sombra que pocos días antes había empezado a aparecer no sólo la había observado como en ocasiones anteriores; esa noche había ido más allá. La había perseguido en su carrera desesperada, pisándole los talones hasta tal punto que, en el sueño, creyó notar sus dedos sobre la espalda.

Estaba sentada en la cama con las manos fuertemente aferradas a su cabeza, intentando recobrar la calma sin demasiado resultado, cuando un toque apenas audible en la puerta la alteró todavía más.

Sin esperar respuesta, Keith entró en su habitación. Esa noche llevaba puesto el pantalón de pijama, pero nada más. Iba descalzo, con el pelo apuntando en todas direcciones y los ojos apenas abiertos. Sin mediar palabra, separó el edredón, se tumbó junto a ella, la atrajo por la espalda hacia su pecho y, bostezando, volvió a cerrar los ojos dispuesto a dormir de nuevo.

—Pero ¿cómo...? —intentó preguntarle ella. Él se lo impidió poniendo el

índice sobre sus labios desde atrás.

—Chis. Mañana hablaremos. Tengo mucho sueño. Y tú también —y con esa afirmación categórica hecha con voz adormilada, dio por finalizada la cuestión.

Sin embargo, al amanecer no tocaron el tema. Al menos, durante las primeras horas del día.

Aquella mañana, Keith no se apresuró a salir de la habitación de Julia, aunque tampoco se entretuvo más de la cuenta. Estaba claro que no le importaba lo que pensara el matrimonio Gallagher sobre su relación con ella.

Después de vestirse, cada uno en su cuarto, bajaron a desayunar. Odile y John sí los esperaron para compartir ese rato con ellos ese martes. Una vez recogidos los restos del almuerzo, salieron animados hacia la casita que quedaba detrás del edificio central. Aunque magnífica, era más pequeña que la que habían visitado el día anterior. No obstante, estaba algo más descuidada, como si no se le prestara tanta atención como a las otras.

—¿Por dónde empezamos? —Julia, con las manos en las caderas, miró a todas partes con curiosidad.

—Tú mandas —contestó Keith con una cómica reverencia.

—Pues, entonces —hizo su gesto característico con los hombros—, primero nos encargamos de ver la planta baja y las habitaciones. Luego, si nos da tiempo antes del mediodía, podemos dedicarnos al sótano. Si no, por la tarde nos centramos en él y en el desván. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Manos a la obra.

Todas las estancias de aquella casa eran de tamaño más reducido que las que habían examinado la víspera. A pesar de eso, no habría problemas en ubicar algunos invitados en ella. El piso inferior, el que había usado el servicio en otro tiempo, sería de gran utilidad también. Estuvieron de acuerdo en que sería un buen lugar para alojar a los periodistas. Como todas las habitaciones estaban amuebladas, sólo necesitarían hacer unos pequeños

retoques en la decoración para conseguir darle al conjunto la sensación de haber viajado atrás en el tiempo.

Mientras volvían a la casa principal para comer, Julia, que durante toda la mañana había estado dándole vueltas al asunto, se decidió a preguntarle.

—Keith, ¿cómo supiste anoche que había tenido otra pesadilla?

—Intuía que, aunque te había arrancado la promesa de hacerlo, no me llamarías en caso de que te asaltara un nuevo mal sueño —dijo parando antes de llegar a la escalera de entrada y poniendo sus grandes manos sobre los hombros de Julia—, así que dormí con un ojo abierto —bromeó.

—Keith, por favor. —Desechó la idea con la mano—. En serio, ¿cómo lo supiste?

—Supongo que no eras consciente, pero se te escaparon pequeños gritos. Por supuesto, nada que ver con los de la noche anterior y, a pesar de eso, lo suficientemente alarmantes como para que yo, que estaba alerta por si acaso, los oyera.

—Gracias —se limitó a decir bajando los ojos al suelo.

—No tienes que agradecerme nada. —Apartó una mano de su hombro para colocarla bajo su barbilla, obligándola a alzar la cabeza—. Ha sido un auténtico placer volver a dormir contigo —declaró, y en sus ojos se reflejaba la verdad de sus palabras.

## Capítulo 10

Llegaron a la casa cada uno ensimismado en sus pensamientos, sin saber que se acercaban mucho a los del otro. Después de haber compartido con ella las últimas dos noches, de haber sentido la suavidad de su piel bajo sus dedos, su tentador y fresco aroma, sus suspiros involuntarios durante el sueño..., Keith no podía evitar imaginar cómo sería probar su boca mientras jadeaba, acariciar su cuerpo despierto para él, hundir sus manos en su melena cobriza o perderse en su interior. Pero también reconocía que se había despertado más que nunca su vena profesional. Quería..., no, necesitaba saber el motivo por el que las noches de Julia se veían alteradas por unos sueños que, tal como había podido comprobar, eran aterradores.

A ella la asaltaban las mismas reflexiones. Despertar por las mañanas con Keith había sido muy agradable y, a la vez, turbador. Se le erizaba el vello del cuerpo al pensar en su proximidad en la cama. Sin ir más lejos, unos momentos antes, cuando la había cogido por los hombros, toda ella se había estremecido. Llegó a pensar que las piernas no la obedecerían cuando tuviera que subir los escalones de la mansión. Le gustaba mucho Keith. Mucho. No sólo era guapo, que lo era a rabiar, sino también atractivo, simpático, inteligente, bromista, buen conversador, atento... Y se preocupaba por ella. Nunca ningún hombre le había prestado tal atención. Le habría gustado ser capaz de soltarse la melena y ser lo suficientemente valiente como para pedirle que esa noche la comenzara y la acabara con ella. No lo haría, claro. Valoraba demasiado la amistad que estaba floreciendo entre ellos.

\* \* \*

Terminaron de degustar el succulento salmón al vapor preparado por Odile antes de volver a sus quehaceres. Durante la comida, el matrimonio les había pedido permiso para ausentarse al día siguiente; sus nietos representaban una obra de teatro en la escuela con sus compañeros y ellos querían estar con los niños y disfrutar de su actuación.

—Por supuesto —había aceptado Julia sin dudar—. Disfruten mucho y hagan muchas fotos para que las veamos después.

—Gracias, Julia. —Odile le sonrió agradecida—. Os dejaré preparadas todas las comidas del día, así sólo tendréis que calentarlas y no perderéis un tiempo que podéis ocupar con lo que estéis haciendo.

—No se moleste, Odile —objetó Keith.

—Oh, no es ninguna molestia, en serio.

—De acuerdo, entonces.

Ya en la buhardilla de la casa que estaban inspeccionando ese día, cada uno se dedicó a revisar los bártulos distribuidos por toda la sala.

—Tú ocúpate de los trastos de ese lado —pidió Julia—. Yo lo haré con los de éste. Ojalá tengamos la misma suerte que tuvimos ayer y encontremos algo que valga la pena vender.

Así lo hicieron. Cada uno, absorto en su rincón de la estancia, rebuscaba lo que pudiera ser útil de una manera o de otra. En un momento dado ella encontró un baúl de madera que unas cinchas de cuero rematadas en una cerradura oxidada mantenían cerrado.

—Keith, por favor, ¿puedes ayudarme con esto?

En un segundo, él se plantó a su lado. Su ropa, un vaquero desgastado azul y una camiseta más desgastada aún, también de color azul, estaba tiznada de polvo y mugre. Aquel cuarto no se había visitado en años, mucho menos limpiado, y parte de la suciedad que se amontonaba se les había quedado pegada en las manos y las prendas que vestían.

—A ver, deja que lo intente yo —pidió él agachándose delante del baúl.

La cerradura estaba dañada, pero se mantenía fuertemente cerrada. Keith tuvo que utilizar un utensilio de hierro que encontró por allí tirado para conseguir abrirla. Dentro había varios vestidos pasados de moda desde hacía tiempo, telas polvorientas y dos cajas de metal que en su día habían contenido galletas.

—Gracias, Keith. Ya me encargo yo de esto.

—Yo voy a seguir con lo mío. —Indicó con la cabeza el sitio que estaba comprobando él y, dedicándole una sonrisa, regresó allí.

Julia fue sacando con cuidado todo lo que había en el baúl. Por suerte, las polillas no habían hecho estragos en su contenido; es más, todo parecía estar en buenas condiciones. Los vestidos no les iban a servir para la fiesta, pero era posible que algún coleccionista estuviera interesado en ellos. Parecían haber sido confeccionados sobre los años treinta o cuarenta, eran de buena factura, elegantes, y se conservaban muy bien, teniendo en cuenta los años que tenían. Uno llamó su atención especialmente: era un traje de fiesta de un verde eléctrico que quitaba el hipo. Lo apartó del resto de las cosas que tenía revisadas con la intención de probárselo una vez limpio. Las telas, todas ellas de una gran calidad, también podrían ser útiles, aunque en ese momento no se le ocurría para qué. Cuando acabó con todo aquello, abrió la primera caja. Guardaba un puñado de fotos en blanco y negro que estudió con curiosidad. No reconoció a nadie, pero sin lugar a dudas se habían tomado en Crystal House Park. Le dio la vuelta a la primera del montón; sólo había una fecha: 25 de mayo de 1940. Dedujo que aquellas personas debían de ser sus antepasados, probablemente sus bisabuelos. Estudió los rostros con mayor atención y fue entonces cuando se dio cuenta de que existía un cierto parecido familiar en la cara de la mujer.

—Keith, no te lo vas a creer. —Julia desprendía entusiasmo cuando lo llamó—. Acabo de encontrar unas fotos antiguas de mis bisabuelos.

—Mmm.

—¿Me has oído?



—Sí, sí, perdona. Es que estoy intrigado con algo. Luego me lo enseñas, ¿de acuerdo?

—Claro. Yo voy a ver qué esconde la segunda caja.

—Perfecto —dijo él distraído.

A Julia le sorprendió encontrar una serie de cartas atadas con una cinta de raso rosa. La caligrafía era pulcra y elegante, los trazos firmes daban la impresión de haber sido escritos por alguien instruido. Leyó el nombre del destinatario: Julia Powers, la madre de su abuela, supuso. Julia llevaba su nombre en recuerdo de ella. Lo que le llamó la atención fue el remitente: Jonathan Parker.

Iba a sacar una de las cartas de su sobre cuando Keith la llamó alarmado.

—¿Qué pasa? —preguntó ella acercándose.

—Mira con lo que me he topado. —Señaló un cajón de un canterano.

—¿Qué es?

Sin contestarle, él levantó el falso fondo del cajón. Ambos se inclinaron para ver qué contenía. La luz entraba sesgada por la ventana y les costó distinguir su interior. Parecía que se trataba de una serie de documentos que Keith se apresuró a sacar. Los miraron con curiosidad; tenían aspecto de ser importantes. Se sentaron en el suelo, uno junto al otro, y se dividieron los legajos.

El primero que leyó Julia era un contrato de propiedad de un terreno en Enfield; no le costó imaginar que se trataba del solar donde estaba edificado el piso en el que ella vivía. El siguiente era un resumen de valores bursátiles. Fue el tercero el que la dejó sin habla.

—¿Julia? —se extrañó él al comprobar lo inmóvil que se había quedado—. ¿Qué pasa?

—Mira. —Le tendió el documento.

Él lo leyó con calma, pero a cada palabra que leía, la rigidez lo atenazaba más.

—Pero ¿y esto?

—Nunca lo habría imaginado —admitió ella al borde del llanto.

Por lo que decía aquel papel, su padre había accedido a casarse con su madre por una buena cantidad de dinero; a cambio, él se comprometía a no pedir más compensación económica en el futuro. En el contrato había también una cláusula por la que Derek estaba obligado a no tocar un penique del dinero que recibiera un posible heredero, es decir, ella.

Sin poder remediarlo, una lágrima silenciosa se deslizó por su mejilla, dejando a su paso un surco entre la suciedad de su rostro. Empezaba a entender muchas cosas: el rechazo de su padre, que nunca hablara de su madre, la antipatía que se tenían su abuela y él... Se le presentaban muchas incógnitas y sólo había una persona a quien acudir para que las resolviera: Corinne.

—Tiene que haber una explicación —intentó tranquilizarla Keith.

—Puede, pero ¿cuál? —preguntó señalando el papel que él sostenía en sus manos.

—No lo sé, pero lo averiguaremos juntos. Te lo prometo.

Después de aquel hallazgo, Julia no tenía fuerzas para continuar. De todas formas, ya eran más de las cuatro y media de la tarde. Decidieron dejarlo todo como estaba y terminar al día siguiente. Pero Keith no quiso marcharse de la casa sin llevarse consigo aquellos documentos que tan bien habían sido escondidos. Tenía intención de estudiarlos mientras Julia nadaba. Porque ese día más que nunca Julia necesitaba nadar.

\* \* \*

Aquella tarde, mientras ella estaba en la piscina —en parte, por la insistencia de él— y después de haberse dado una larga ducha, Keith se dedicó a leer los pliegos que había llevado consigo. No sólo el contrato de boda que ya habían leído era alarmante, hubo otro en concreto que concentró toda su preocupación. Redactado como si se tratara de otro acuerdo legal, esta

vez no vinculante, había un escrito datado con fecha bastante posterior al primero y firmado por el abuelo y el padre de Julia. En él se reiteraba que, por ningún motivo, ni Julia ni su patrimonio peligrarían jamás por culpa de Derek. Por su parte, Kenneth Powers mantendría un secreto que no se mencionaba en el escrito pero que parecía ser de gran gravedad. Tras la lectura de aquello, Keith concluyó que era mejor que Julia no supiera de su existencia. Al menos, de momento. Antes quería averiguar de qué misterioso asunto podía tratarse. No obstante, recordó lo mal que se había sentido la joven al saber que se le había ocultado la muerte de *Splinter* y dudó de la conveniencia de su decisión. También evocó aquella misma tarde, cuando habían descubierto el contrato de boda de los padres de ella. La palidez de sus mejillas, el asombro bañado de dolor... No, decididamente no le escondería por mucho tiempo su descubrimiento.

La cena fue silenciosa. Los Gallagher no entendían qué había podido pasar. Dedujeron que tal vez se trataba de una discusión entre enamorados. Odile había sabido disimular muy bien, pero los chicos no la habían podido engañar: habían dormido juntos las dos noches que habían pasado allí. No entendía su intento de ocultar lo que pasaba entre ellos, pero era demasiado prudente y profesional como para meter las narices donde no la llamaban. John, que había hablado sobre el asunto con su mujer, pensaba igual que ella. Allá los jóvenes con sus misterios. Si ellos preferían continuar disimulando, él no iba a ser el que los descubriera. El matrimonio se despidió en cuanto acabaron de cenar; el ambiente estaba enrarecido y no querían estar en medio de aquella tormenta emocional.

Ya solos, y sin ganas de hablar, de mutuo acuerdo decidieron acostarse. Julia se debatía entre lo que había pactado consigo misma esa tarde y la necesidad de gozar de la compañía de Keith. Se sentía triste, dolida y contrariada. Estaba segura de que aquella noche su pesadilla sería más cruenta que nunca. Finalmente, optó por callar. Se lamería las heridas en soledad. Al fin y al cabo, Keith no iba a estar ahí para siempre, ¿no? Era

mejor no acostumbrarse demasiado a él. ¡Y, a pesar de esa certeza, pensó que daría lo que fuera porque la rodeara con sus brazos esa noche!

—Julia —dijo él al llegar al piso superior—, creo que esta noche será mejor que duerma contigo.

—No es necesario —se precipitó a decir. No obstante, un gran alivio le inundó el pecho de forma secreta—. Puedo apañármelas sola.

—Es posible —concedió él ladeando la cabeza—. Pero soy yo el que no sabe si podrá hacerlo.

Había tanta verdad en sus ojos que Julia no se resistió. En realidad, no necesitó que él insistiera. La petición de Keith era la excusa perfecta para sucumbir a sus propios deseos. Con una sonrisa, accedió a lo que él demandaba. Y, con una sonrisa, él le manifestó su alegría.

Keith desapareció dentro de su propia habitación mientras ella hacía lo mismo en la suya. Apenas tres minutos más tarde se abrió de nuevo la puerta de la joven. Keith, con el pantalón de pijama que llevaba la noche anterior, entró decidido pero en silencio. La encontró a punto de meterse en la cama. El conjunto de pantalón corto y camiseta de tirantes que él había intuido las dos noches que había dormido abrazado a ella ahora estaba ante sus ojos, cubriendo el cuerpo delicado y esbelto de Julia. Toda una visión. Si a oscuras le había parecido de ensueño, con luz resultaba una fantasía hecha realidad. Estuvo a punto de expresar lo que sentía, pero supo contenerse a tiempo. En ese momento, lo que Julia necesitaba era un hombro en el que apoyarse, no un hombre salido que quisiera aprovecharse de su vulnerabilidad. Aun así, no pudo impedir que una parte de su cuerpo cobrara vida propia. Tendría que mantenerse suficientemente alejado de ella para que no notara su erección.

Se acostaron cada uno por su lado de la cama rodeados de un silencio tenso.

—¿Quieres que ponga música hasta que nos durmamos? —preguntó ella con la vista fija en el techo de la habitación—. A veces, cuando me cuesta dormir, lo hago.

—Como tú prefieras. De todas formas, me extrañaría mucho que nos costase dormir.

—¿Tú crees? —dudó Julia ladeando la cabeza hacia él.

Keith la miró a los ojos. Al hacerlo le quedó claro que una parte de su anatomía no parecía dispuesta a descansar tan fácilmente. Tal vez la música lo ayudara a enfriar la sangre.

—¿Qué vas a poner?

—Música para relajarse.

—Entonces, adelante.

Minutos más tarde, envueltos en las suaves notas de *A Thousand Years* de Christina Perri, ambos miraban el techo sin poder conciliar el sueño. Al acabar la primera canción empezó a sonar la melodiosa guitarra inicial de *Let Me Sign*.

—Keith —susurró Julia volviendo la cabeza para mirarlo—, ¿puedes abrazarme?

Sin necesidad de hablar, él se volvió hacia ella, la giró para acomodar su espalda en su pecho y la abrazó por detrás, intentando mantener su excitación alejada de Julia. Pero, al sentir la distancia que los separaba, ella se removió lentamente hasta quedar encajada contra su cuerpo. No le costó entender por qué él no la había atraído hacia sí igual que lo había hecho las otras noches. Giró la cabeza entre sorprendida y emocionada y le besó la comisura de los labios; la posición en la que estaba no le daba mayor libertad.

—Buenas noches, Keith —dijo antes de volver a su postura inicial.

Sin previo aviso, Keith la movió hasta dejarla atrapada entre el colchón y su cuerpo.

—Si vas a darme un beso de buenas noches —advirtió con voz ronca—, que sea uno de verdad —y arrasó con su boca la de ella con la fuerza de un tren de mercancías.

Después de la sorpresa inicial que la dejó momentáneamente paralizada, Julia se unió con ganas y fuerza a la arrolladora caricia de sus labios. Cuando

sus bocas se separaron, la intensidad de sus miradas dejaba patente el deseo que los dominaba a ambos. Se sonrieron conscientes de lo que sentía el otro, pero Julia fue cobarde y, empujándolo suave pero firmemente, lo colocó de nuevo en su sitio, se volvió hacia el borde de la cama y apoyó la coronilla sobre el pecho de Keith.

—Buenas noches —ronroneó como una gatita satisfecha.

—Buenas noches —gruñó él.

Aquella madrugada, el grito de su sueño fue menos agudo, la sombra apenas una ilusión, la luz parpadeó como un brillo lejano y el miedo casi no existió. Para Julia, aquella fue una de sus mejores noches en muchísimo tiempo. Para Keith, no. Tener a esa chica tan pegada a él, sintiendo en todas sus terminaciones nerviosas la intensidad de su presencia, puso a prueba su aguante como nunca antes. Sólo consiguió algo de paz cuando, al notar la respiración acompasada del sueño de Julia, deslizó la mano bajo su camiseta y, con la palma abierta sobre su estómago, sintió la calidez y la suavidad de su piel.

## Capítulo 11

Cuando Keith se despertó aquella mañana, estaba solo en la cama. Desde la cocina le llegaba el delicioso aroma del beicon friéndose y la voz dulce de Julia cantando una melodía. Se desperezó todavía tumbado y se levantó para ir a su cuarto a vestirse. Al entrar en la cocina encontró a la joven trasteando entre fogones, entonando una canción que él no reconoció. Vestía un pantalón corto de color verde militar y una camiseta que había visto días mejores. Estaba para comérsela allí mismo, sobre la mesa preparada para el desayuno; habría sido un delicioso manjar.

—Veo que estás más contenta hoy.

—Sí —afirmó ella elevando los hombros—. He decidido que no vale la pena amargarse antes de conocer los motivos que llevaron a los hombres de mi familia a firmar un contrato tan turbador.

—Una buena decisión.

—Eso creo yo —dijo ella poniendo sobre la mesa lo que acababa de cocinar—. Hoy hablaré con mi abuela. Necesito respuestas.

—Creo que será lo mejor —afirmó Keith sirviéndose un poco de beicon frito.

Julia se sentó a la mesa llevando un bol con huevos revueltos. Puso una porción en el plato de Keith y otro poco en el suyo y empezaron a comer.

Ninguno de los dos habló del beso incendiario que se habían dado la noche anterior, pero ambos eran conscientes de que no podían quitárselo de la cabeza. Keith se moría por repetirlo. Ella también. Para quitarse de encima ese sentimiento de necesidad que la embargaba, Julia empezó a hacer planes para ese día.

—Si no te importa —dijo entre bocado y bocado—, antes de volver al desván de la casa pequeña, haré unas llamadas. La primera, como te he dicho, a mi abuela. Pero, además de hablar con ella, tengo que ponerme en contacto con mi secretaria para ver cómo andan las cosas por el despacho.

—Si quieres —dijo él antes de meterse un trozo de pan con mantequilla en la boca—, yo puedo ir adelantando trabajo.

—Como prefieras. Si vas tú primero, te rogaría que revisaras las cartas que dejé por allí encima. Siento curiosidad por saber quién escribía a mi bisabuela y por qué ella guardó esa correspondencia.

—Claro, sin problemas. —Sonrió de medio lado antes de proseguir—. Pero ¿crees que no tienes suficientes quebraderos de cabeza como para añadir uno más?

—Sí. Supongo que tienes razón. —Rio bajito tapándose la boca—. Haremos una cosa, si crees que puede ser otro misterio, lo dejaremos aparcado por un tiempo.

—Será lo mejor. Todavía hay demasiados asuntos que resolver. No podemos olvidar para qué estamos aquí: la fiesta es lo primero. —Se guardó para sí que, en realidad, lo primero para él era averiguar el porqué de sus pesadillas.

—Bien, pues las dejaremos aparcadas hasta tenerlo todo resuelto. Pero de lo del contrato..., eso no lo voy a dejar pasar.

—De acuerdo. ¿Por qué no vas a hacer tus llamadas mientras yo me ocupo de todo esto? —dijo señalando con el brazo lo que había sobre la mesa—. Cuando acabes, te estaré esperando en la buhardilla de la casa pequeña.

Julia dejó a Keith encargado de recoger los restos del desayuno mientras ella subía a su habitación a recoger su móvil, que tenía allí cargando. Sentada a los pies de la cama, con el aparato en la mano, dudó de a quién debía llamar primero. Decidió hablar con Maggie en primer lugar.

Su secretaria la informó de que le había enviado un correo electrónico con una propuesta para las dos listas de invitados que le había encargado.



Asimismo, le dijo que el publicista estaba trabajando en la campaña de relanzamiento de la laca de uñas, en la de la nueva línea de pintalabios y también en la de la reedición de los productos con los que debutó la empresa. Maggie le aseguró que le enviaría en un correo diferente un borrador con las ideas que había esbozado la empresa de publicidad. También le preguntó cómo le iban las cosas por Crystal House Park, a lo que ella contestó con evasivas. Sólo le reveló las condiciones en las que se encontraban las dos casas que habían revisado, le hizo un pequeño apunte sobre las cosas que creía indispensables para ambientar un buen escenario de Regencia y poca cosa más. Cuando la charla estaba en su momento más distendido, Maggie le pregunto por Keith, así, como por descuido, pero Julia no cayó en su trampa, sólo le dijo que estaba siéndole de gran ayuda. Y no mentía. En absoluto.

Una vez acabada la conversación con su secretaria, se preparó para afrontar la charla con su abuela, que Julia creía fundamental. Desde la tarde anterior, un millón de preguntas se agolpaban en su cabeza y necesitaba algunas respuestas para recobrar la calma. Tomó aire un par de veces, cerró los ojos apretando los puños, se levantó de la cama y se sentó en el sillón frente a la ventana que daba al enorme jardín antes de marcar el número de Corinne. Esperaba que estuviera ya despierta; sólo eran las nueve y cuarto y su abuela solía dormir hasta tarde. Pero no iba a amilanarse por esa tontería. Aquél era un tema que no podía esperar más.

Fue Penny, el ama de llaves de su abuela, la que contestó.

—Buenos días, Julia —dijo la mujer con aquel tono tan correcto que usaba siempre—. ¿A qué se debe que llames tan temprano?

—Necesito hablar con mi abuela —informó con firmeza—. ¿Está despierta?

—Sí. Pero deberías llamar dentro de quince minutos. Está dándose una ducha.

—Está bien —aceptó sin ganas—. Avísala de que la llamaré transcurrido ese tiempo.

Con fastidio, dejó el smartphone sobre la mesita auxiliar que había junto al sillón donde estaba sentada. Miró a todas partes buscando una ocupación. Enseguida pensó en los mensajes que le había mandado Maggie y fue a buscar su iPad, que había guardado en la mesilla de noche. En el camino se fijó en la cama todavía deshecha; le pareció percibir el masculino olor de Keith y el vello del cuerpo se le erizó. Cuando la besó en ese mismo sitio la noche anterior, estuvo a punto de sucumbir. Todavía se maravillaba de haber sido tan fuerte como para aguantarse las ganas.

Se sentó sobre el colchón y pasó la palma de la mano por las sábanas en el lugar donde había dormido él. Agachó la cabeza y aspiró con fuerza. Ese hombre la atraía como el flautista de Hamelín haciendo sonar su música. Y, a pesar de su propósito de no iniciar nada con él que pudiera poner en peligro su amistad, sabía que lo iba a tener muy difícil para conseguirlo. Se incorporó agitando la cabeza. No debía distraerse de lo que tenía que hacer, y pensar en Keith y en el beso que le había dado no se lo ponía fácil.

Volvió al sillón y consultó su correo electrónico. Allí estaban los dos emails que le había enviado Maggie y varios más. Leyó de pasada los otros y prestó atención a los de su secretaria. Los bocetos de las campañas para los productos de la empresa que le había mandado le parecieron muy acertados; sin duda el publicista había captado su idea a la primera. Después repasó las listas y tuvo que admitir que Maggie había hecho un gran trabajo. Salvo por unos cuantos nombres, estaban perfectas.

Al acabar con su correo se dio cuenta de que ya había transcurrido el cuarto de hora y algunos minutos más. Volvió a mentalizarse y, ante todo, buscó la manera de formular las preguntas que se moría por hacer.

—Hola, querida —respondió Corinne al segundo tono—. ¿Qué pasa? ¿Algún problema con la propiedad?

—No, abuela. El problema no es la propiedad.

—Tú dirás. —La mujer, al oírla, cambió el tono de voz. Ahora sonaba alerta.

—¿Por qué el abuelo y mi padre firmaron un contrato antes de la boda con mi madre?

—¿De dónde sacas esa tontería?

—No intentes engañarme, abuela. Lo he visto —afirmó Julia con seguridad mientras se dejaba ir sobre el respaldo de su asiento.

—¿Dónde has visto eso? —Corinne sonaba asustada, aunque su buena educación le impedía mostrar su estado de ánimo.

—Estaba escondido en el falso fondo de un cajón de un mueble arrinconado en la buhardilla de la casa pequeña —explicó pausadamente a pesar de lo nerviosa que se sentía.

—Es una larga historia —empezó a decir su abuela—. No creo que sea un tema para tratar por teléfono.

—Sí, supongo que no lo crees —afirmó con acritud, volviendo a incorporarse en el sillón—. Aun así, necesito algunas respuestas y no puedo esperar.

—Verás, tu madre era una mujer muy sensible... y muy caprichosa. No se parecía en nada a ti en ese aspecto.

—¿Y eso qué tiene que ver con el contrato?

—Ése fue el motivo por el que se redactó.

—Abuela —espetó poniéndose en pie—, ve al grano, por favor.

—Tu madre conoció a Derek en una fiesta y se fijó en él de inmediato. Tu padre todavía es un hombre atractivo, pero entonces era arrebatador, un auténtico casanova.

—¿Y? —Estaba expectante, y todo lo que le estaba contando Corinne no respondía a sus interrogantes.

—Después de aquella fiesta, Patricia hizo lo imposible por volver a encontrarse con él. Una y otra vez. —Corinne inspiró con fuerza. Era doloroso recordar todo aquello—. Derek no le hizo caso al principio, pero era un hombre al fin y al cabo, y tu madre podía ser muy persistente, te lo aseguro. Una noche, supongo que cansado de darle largas a una jovencita

preciosa que se le ofrecía sin reparos, acabó por acostarse con ella. —A través de la línea telefónica se oyó un gemido de sorpresa—. Patricia acababa de cumplir los veintiún años y no tenía mucha experiencia con los hombres. A esa noche le sucedieron otras. Ella creyó estar enamorada de Derek, y tal vez lo estaba a su manera, ¿quién sabe? Pero no era un enamoramiento fundamentado en el cariño o el amor. Él se dejó querer, sin dejar de frecuentar a otras mujeres, claro está.

—Típico de mi padre —escupió.

—No lo culpes, querida. Para él era un pasatiempo que se le había ofrecido en bandeja, ¿por qué iba a obstinarse en rechazarlo?

—¿Qué pasó entonces?

—Tú —soltó helando la sangre en las venas de su nieta—. Patricia se quedó embarazada de ti. Como puedes entender, Kenneth no podía dejarlo pasar. Por aquel entonces, la empresa de tu abuelo paterno, que ya dirigía tu padre, empezó a tener problemas financieros. Mi marido no lo pensó demasiado; le propuso un trato que, dadas las circunstancias, Derek no podía rechazar. Además del dinero, estaba en riesgo su prestigio. Que se supiera que había dejado embarazada a una jovencita de la alta sociedad no era bueno ni para él ni para su negocio. Además, la obstinada de Patricia les juró a los dos, a tu padre y al suyo, que si Derek no se casaba con ella, todo Londres se enteraría de que el hijo que esperaba era suyo.

—Ahora entiendo muchas cosas —dijo Julia desconsolada—. Ésa es la razón por la que mi padre no me ha querido nunca.

—No, querida, no te lledes a engaño. Tu padre te quería. Te quiere. Es sólo que...

—¿Qué? —preguntó ella sin parar de dar vueltas por la habitación con la sensación de que le faltaba el aire.

—Nada, no es nada —murmuró apenada—. Sólo piensa que no es por falta de cariño por lo que tu padre es tan frío contigo.

—Entonces ¿qué es?

—Las circunstancias —contestó Corinne en un susurro triste—. Sólo las circunstancias.

Julia no quiso ahondar en el tema. Tenía mucho en que pensar. Su madre había resultado ser una persona frívola y volátil, mientras que su padre se vio forzado a un matrimonio que no deseaba. Estaba segura de que ése era el motivo de su alejamiento crónico de ella. Sin embargo, Corinne le había asegurado que no era así, ¿a qué se referiría su abuela?

Hacía una mañana espléndida, aunque fresca, que amenazaba con lluvia a lo lejos. Antes de salir de la mansión, Julia se cambió el pantalón corto por uno largo y cogió una chaqueta de felpa. Pasó por la habitación de Keith con la intención de recoger un jersey para él también. Sobre la mesilla de noche estaba el legajo de papeles que habían recogido de la casa pequeña el día anterior. El folio que estaba a la vista y tapaba los demás no le sonaba de nada. Se inclinó para observarlo y distinguió la rúbrica de su padre. No tuvo voluntad de leerlo. En ese momento tenía demasiadas preocupaciones y no quería llevarse nuevas sorpresas. Después, cuando estuviera más calmada y hubiera digerido la información ofrecida por su abuela, regresaría a por él y lo estudiaría con calma.

Distinguió a Keith al fondo del desván nada más entrar. Estaba amontonando unos trastos que parecían inservibles. El solo hecho de saber que él estaba allí, ayudándola de manera desinteresada, la animó un poco. Parecía mentira, especialmente en alguien como ella, que la reconfortara tanto su presencia cuando hacía pocos días que lo conocía. Agradecía mucho el apoyo que le estaba prestando, no sólo con el tema de las casas, sino también con los inconvenientes que se le estaban poniendo delante y que ella no esperaba encontrar. Le daba soluciones, no le importaba escuchar sus problemas, le ofrecía consuelo por las noches, cuando sus sueños se tornaban pesadillas. Y luego estaba el tema del beso. No es que ella tuviera mucha experiencia con los hombres, pero estaba segura de que Keith la había besado con una pasión que nunca antes había conocido. Recordaría algo así.

—¡Ya estás aquí! —exclamó él al volverse y verla parada bajo el marco de la puerta.

—Sí. Perdona mi tardanza.

—No te preocupes, he estado entretenido —bromeó señalando el montón de bártulos a su espalda.

Julia le tendió el jersey anaranjado que le había llevado y él rehusó con la cabeza.

—Gracias, pero no lo necesito. El ejercicio me ha ayudado a entrar en calor. Pronto a ti también te sobraré la chaqueta, ya lo verás.

Ella buscó un sitio no demasiado sucio donde dejar la prenda y se acercó a él. Keith se sorprendió al ver el semblante consternado que mostraba.

—¿Quieres contármelo? —Julia no necesitó que le aclarara a qué se refería y asintió con la cabeza—. Vamos a la sala, estaremos más cómodos —afirmó cogiendo su mano y sacándola de allí.

Sentados en unos cómodos sillones tapizados de una vistosa tela de flores, Julia vomitó todo lo que había oído de labios de su abuela. A cada palabra se sentía más pequeña e insignificante. Saber que era el fruto de un loco capricho de su madre y de un padre aprovechado estaba afectándola más de lo que imaginaba. Añadir, además, que sin pretenderlo había sido la culpable de un matrimonio de conveniencia echaba más sal a las heridas.

Keith la escuchó en silencio, dejándola volcar en él toda su frustración y su desengaño. La cogía de la mano, acariciándole suavemente el dorso con el pulgar, con el mudo deseo de atraerla hacia sí y demostrarle que había alguien que se alegraba de que todo hubiera ocurrido de aquella manera porque el resultado era ella. Estaba loco por tomarla en sus brazos y decirle que aquello carecía de importancia; que, en ocasiones, las personas tomaban un camino equivocado, pero que la consecuencia no tenía por qué ser un error, que ella era de todo menos un error. Sin embargo, no dijo nada. Sólo escuchó. Era lo que Julia necesitaba.

A pesar de lo triste y contrariada que estaba, fue capaz de terminar su

relato sin derramar una sola lágrima. En algunos momentos estuvo a punto de dejarse llevar por el intenso dolor que sentía, pero consiguió controlarse. Que lo hiciera, y de la manera tan estoica en que lo hizo, alertó a Keith. Julia había demostrado una gran fortaleza a pesar de su decepción, pero él intuía que, en realidad, no sabía cómo gestionar la gran pena que la asolaba por dentro.

Permanecieron sentados en silencio frente a frente durante un tiempo. Él, deseando abrazarla, ella anhelando que lo hiciera.

Al rato, Keith observó cómo ella cerraba los ojos, inhalaba una profunda bocanada de aire y encogía los hombros.

—¿Seguimos? —dijo con voz calmada, como si su mundo no se hubiera visto azotado por una tempestad de noticias abrumadoras.

—Cuando tú quieras.

Acabaron en poco más de una hora. Keith había adelantado mucho el trabajo y quedaba poco por hacer. Entre las cosas que iban a conservar se encontraba el canterano en el que habían encontrado los inquietantes contratos, un par de lámparas de bronce y el baúl que escondía las cajas con las fotos. Del resto guardarían una mesa rústica de madera noble, unos cuantos cuadros y una bicicleta que sería, como poco, de los años cuarenta.

—Deberíamos contactar con algún anticuario, ¿no te parece? —sugirió Keith frotándose las manos para limpiarlas de polvo.

—¿Por qué no lo hacemos esta tarde? —Fue más un ruego que una pregunta.

—Seguro que en algún pueblo de los alrededores encontramos alguno —convino él meciendo la cabeza de arriba abajo—. Si quieres, podemos ir a ducharnos y nos vamos —dijo al ver el estado en el que se encontraban sus ropas y las de ella—. Podemos comer algo por ahí.

—¿No se enfadará Odile?

—No —contestó sin la menor duda.

Así lo hicieron.

Montados en el Mini de Julia, buscaron por los pueblos vecinos, empezando por el más cercano, Sunningdale, hasta acabar en Farnborough. En el primero dieron con un coleccionista que enseguida se interesó por las vestimentas halladas en el baúl y por unas muñecas de porcelana que había encontrado Keith esa misma mañana mientras la esperaba. Comieron en un pub de Bracknell, pero por más que preguntaron por las tiendas, allí no hallaron ningún interesado en antigüedades.

Conforme pasaba la tarde, Julia iba recobrándose cada vez más. En apariencia, claro. Keith no las tenía todas consigo cuando mostraba esa falsa normalidad. Estaba decidido a hablar con ella esa noche y conseguir arrancarle lo que realmente sentía. Ella lo necesitaba y él también.

No fue hasta que llegaron a Camberley que consiguieron dar con un anticuario. El hombre, un señor maduro de edad parecida a la de Derek, y que en su tiempo debió de ser el terror de las damas a juzgar por cómo adulaba a Julia, no dudó en comprometerse a inspeccionar todo lo que tenían, incluso lo que ellos creían basura, aunque no mostró un interés desmedido. Fue cuando le indicaron la dirección a la que tendría que dirigirse cuando su actitud cambió.

—¿Es usted amiga de la familia? —preguntó con mal disimulada curiosidad.

—Más que eso —sonrió Julia mirando a Keith de reojo—. Soy la nieta de la dueña.

El semblante del hombre se ensombreció, o eso le pareció detectar a Keith, atento como siempre a lo que pasaba a su alrededor.

—¿La hija de Patricia Powers?

—Patricia McDougall —puntualizó ella.

—Yo conocí a su madre.



## Capítulo 12

El anticuario, que se presentó como Alan Smith, los invitó a una taza de té en la trastienda de su establecimiento. Mientras lo preparaba, empezó a hablarles de Patricia.

—Conocí a su madre en una fiesta benéfica que se celebró en Farnborough. —Su voz reflejaba la añoranza de tiempos lejanos—. Toda la gente importante de los alrededores estaba concentrada allí. —Se acercó a la mesa de principios del siglo xx a la que ellos estaban sentados portando una bandeja con tres tazas y una tetera de un juego muy elegante—. Su madre destacaba entre todas las chicas que asistían al evento. Era preciosa, con su pelo rojizo y sus labios sonrosados, casi tanto como usted.

Julia se ruborizó, poco acostumbrada a los halagos. Además, no estaba nada de acuerdo con aquella afirmación. Había visto fotos de su madre y estaba convencida de que su belleza no era comparable a la de Patricia. Para disimular su incomodidad, dio un sorbo a su bebida y esperó a que Alan siguiera con su relato.

—Los hombres de todas las edades que estábamos en aquella sala caímos rendidos a sus pies sin remedio. Era hermosa, distinguida, simpática, y la rodeaba un aura de elegancia y estilo natural que era imposible ignorar. —Negó con la cabeza—. Como una abeja a la miel, me acerqué a ella y le pedí un baile. A principios de los noventa, las cosas todavía funcionaban así.

—Supongo que no se negaría, ¿no es cierto? —intervino Keith dejando su taza vacía sobre la mesa.

—No. Ni tampoco se negó a que saliéramos a dar un paseo por el parque que se abría frente al palacete donde se celebraba la fiesta. —Desvió la

mirada hacia la puerta que daba a la tienda para volver a posarla en Julia después—. Tampoco lo hizo cuando la besé. Yo estaba eufórico; yo, un madurito sin nombre ilustre ni una gran riqueza, había sido el elegido de la mujer más maravillosa que había visto en mi vida.

—Pero algo pasó, ¿no? —volvió a interrumpirlo Keith.

—Sí —admitió cabizbajo—. A partir de esa noche nos vimos un par de veces más. Creí que las cosas entre nosotros avanzaban, que podíamos plantearnos una relación porque estábamos bien juntos; más que bien, diría yo. Y, de repente, todo se vino abajo. —Se rascó la mejilla izquierda con la mano contraria mientras continuaba—. Una noche, la aguardaba en el lugar donde nos habíamos citado. Esperé durante horas, pero no apareció. Al día siguiente la llamé, pero la mujer que se puso al teléfono me dijo, después de hacerme esperar una eternidad, que ella no estaba interesada en hablar conmigo. Estuve insistiendo durante una semana, siempre sin éxito. Al cabo de ese tiempo, apareció aquí, en mi tienda, para advertirme que si no dejaba de llamarla daría aviso a la policía para solicitar una orden de alejamiento. Como pueden entender, yo no podía creer lo que estaba oyendo, no tenía sentido, y así se lo dije. Ella utilizó un tono despectivo para decirme que lo que habíamos tenido había sido un error y que había conocido al hombre de su vida. —Acto seguido se dirigió a Julia para puntualizar—: Su padre. No volví a saber de ella más que por la prensa. Sólo una vez, ya casada, se acercó a buscar una cuna para usted porque las modernas le parecían demasiado anodinas. Le vendí la más hermosa que tenía, y ésa fue la última vez que la vi. Años más tarde, después de su trágica muerte, su abuela vino con la camita y se la recompré.

—Al parecer, no sé nada de mi madre —dijo Julia con pesar—. En estos días estoy conociendo a Patricia McDougall más que en toda mi vida.

—Usted era muy pequeña cuando murió. No tuvo tiempo de saber mucho sobre su madre —puntualizó Alan.

Julia asintió sin palabras. Cada cosa que averiguaba sobre Patricia le daba

una imagen de ella que nunca habría imaginado: frívola, voluble y caprichosa. No era la mujer que ella había creado en su imaginación... Ni se le acercaba.

Se despidieron del anticuario poco después. Era la hora del cierre y su familia lo esperaba en casa. No obstante, acordaron que iría el viernes de esa semana a estudiar los enseres que ellos habían desechado; si había alguno que le interesara, se lo compraría.

Hicieron el trayecto de regreso en un riguroso silencio, sólo roto por el rodar de los neumáticos sobre el asfalto. Keith, que era quien conducía porque ella no estaba en condiciones de hacerlo, no se atrevió a poner música siquiera; sabía que Julia necesitaba meditar. En poco más de veinticuatro horas había descubierto más de sus orígenes que en toda su vida. Y lo cierto era que no se trataba exactamente de revelaciones agradables.

Aparcaron a la puerta de la mansión. Al salir del coche, Keith se acercó a ella e hizo lo que deseaba hacer desde que se había levantado por la mañana: la abarcó hasta hacerla desaparecer en sus brazos. La besó en la coronilla meciéndola al mismo tiempo, diciéndole sin palabras que podía contar con él. Julia levantó la cabeza del abrigo de su pecho y se enfrentó a su mirada agradecida. Así, abrazados, entraron en la propiedad.

Corinne los sorprendió cuando traspasaron el umbral. Estaba sentada en el sillón orejero del vestíbulo que se utilizaba para descalzarse. Nada más verlos, se puso de pie y fue hacia ellos.

—¿Dónde has estado, querida? Llevo horas esperándote. —Levantó la vista hacia Keith, que le dedicó una sonrisa forzada—. Joven.

—Abuela, ¿qué haces tú aquí? —Julia la miró sorprendida mientras él saludaba a Corinne con la cabeza.

—Tenemos una conversación a medias. No te he contado cómo ocurrieron las cosas, cómo cambió Patricia cuando naciste, cómo su relación con tu padre fue diferente tras tu llegada...

—Si me disculpan —la interrumpió Keith—, creo que ésta es una charla

que deben mantener en privado. —Sonrió en dirección a Julia y añadió—: Voy a ducharme antes de preparar algo de cena. Supongo que se quedará a pasar la noche, ¿no es cierto, señora Powers?

—Sí, señor... —Miró a Julia con desaprobación por no haber tenido la delicadeza de presentarlos.

—Oh, abuela, disculpa mi torpeza. Imagino que recuerdas a Keith Bennett, el sobrino de Nana.

—Pero, muchacho, qué cambiado estás. Eras un jovencito encantador y, por lo que veo, te has convertido en un hombre muy apuesto —aseveró mirándolo con aprobación—. ¿Cómo es que estás aquí, si no te molesta que te lo pregunte?

—No, señora, no me molesta en absoluto. Su nieta me pidió que la acompañara —aseveró. Y, con una inclinación de la cabeza, desapareció escaleras arriba.

Las dos mujeres permanecieron en silencio durante un instante, mirando la escalera por donde acababa de desaparecer Keith. Pasados unos segundos, Julia lo rompió:

—¿Vamos a la sala, abuela? Estaremos más cómodas.

—Por supuesto, querida —dijo la mujer poniéndose en pie sin dificultad. A pesar de su edad, se mantenía en un estado físico envidiable.

Se acomodaron en sendos butacones junto a los ventanales que daban al inmenso jardín delantero de la propiedad. Entre ellas, una mesa redonda de madera oscura cubierta por un mantelito de encaje que rememoraba tiempos lejanos.

—Querida —comenzó a decir Corinne—, cuando hemos hablado esta mañana no he terminado de contarte toda la historia.

—No creo que haya mucho más que contar, abuela. Mi madre era una frívola, una mimada y una veleta.

—No puedes hablar así de mi hija, no es justo —la defendió Corinne—. Es cierto que estaba muy protegida, especialmente por tu abuelo. Piensa que

era nuestra única hija, la niña de nuestros ojos.

—Era una consentida que no pensaba en nadie más que en sí misma.

—¿Cómo puedes hablar así de tu madre? Además, su comportamiento cambió totalmente cuando se casó con tu padre. Él venía con una mochila a cuestas, Pete, y Patricia tuvo que hacerse cargo de un preadolescente y sobrellevar un embarazo complicado a la vez y sin ayuda. Maduró de repente. Especialmente cuando naciste tú. —Julia la miró sin disimular su escepticismo—. Sí, no me mires así. Tu madre se volcó en tu cuidado. Te adoraba. Te llevaba a todas partes consigo. Te quería hasta la locura. Quizá fue eso... —Calló de golpe.

—Quizá fue eso, ¿qué?

—Tal vez fue eso lo que la cambió —improvisó Corinne. No quería hablar más de lo estrictamente necesario. Había demasiadas cosas que ocultar—. ¡Y Derek, oh...! Derek te miraba como si no hubiera nada en el mundo más bonito que tú. Incluso conseguiste que el matrimonio de tus padres se volviera real y no una pantomima, como había sido desde que se casaron. Y Pete por fin tuvo una familia que se ocupara de él y que le diera el cariño que necesitaba.

—Hoy he conocido a un hombre, Alan Smith.

—¿Y?

—Mi madre le dio esperanzas, salió con él en varias ocasiones y, cuando se cansó, le dio la espalda sin contemplaciones.

—Imagino que eso ocurrió antes de conocer a Derek, antes de quedarse embarazada, de hacerse cargo de un jovencito que necesitaba su protección, antes de que tú nacieras... En definitiva, antes de madurar.

—Todo lo que me cuentas está muy bien —Julia se enderezó en su asiento y fijó la mirada en la de su abuela—, pero no quita el hecho de que fui un accidente.

—Un accidente que la cambió para mejor, no lo olvides.

En ese momento se oyó a Keith bajar la escalera y dirigirse a la cocina.

Ambas miraron la puerta como si pudieran divisarlo, aun sabiendo que no era así.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Corinne señalando en su dirección con el mentón.

—Le pedí que me ayudara.

—¿No tiene nada mejor que hacer?

—No, de momento no. Hasta que pueda instalarse en el piso que va a alquilarte y pueda montar su consulta, está libre.

—¿A qué se dedica?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Porque te lo estoy preguntando a ti —sentenció su abuela con su tono más autoritario.

—Es psicólogo —contestó Julia a regañadientes—. Estuvo trabajando unos años en Nueva York, pero ha decidido volver al Reino Unido para seguir ejerciendo en su país.

—¿Te gusta?

—¡Abuela! —La pregunta de Corinne la ruborizó. ¿Qué debería contestarle? Si era sincera, tenía que decir que sí, pero en ese momento no le apetecía serlo—. Es un amigo de la infancia sin nada que hacer que se ha ofrecido a colaborar conmigo, eso es todo.

—Pues es un joven muy atractivo. Mucho —afirmó volviendo a mirar hacia la puerta—. Y, además, parece inteligente y dispuesto.

—Estoy de acuerdo. —Evidentemente, se guardó que también besaba muy muy muy bien—. Sin mencionar que está siendo de una gran ayuda.

Corinne no añadió nada más, pero le quedó claro que, aunque Julia pretendiera ocultarlo, el sobrino de Gemma le gustaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

\* \* \*

Esa misma tarde, en la sede de la empresa McDougall & Co., en Londres, Maggie se debatía entre ser fiel a Julia o a Derek. Su jefa le había pedido que mantuviera en secreto su idea de las dos listas, al menos de momento, mientras que Derek le había encomendado la misión de averiguar todo lo que hacía su hija en Crystal House Park. Buscando un punto intermedio, decidió contarle a su amante exclusivamente los temas relacionados con la organización de la fiesta, cosas como el alquiler de caballos o de vestuario. No quería levantar la liebre antes de tiempo sobre algo que Julia todavía no tenía decidido.

Subió los escalones que la separaban del despacho de dirección, pero antes de llegar a la puerta notó que ésta estaba abierta. Procedentes del interior se oían dos voces: la de Derek, como era de esperar, y la de Pete, algo comprensible también. Se detuvo antes de quedar frente a la madera que la separaba de ellos porque oyó algo que llamó su atención.

—¿Crees que podría encontrar algún documento comprometido? —La voz de Pete encerraba incertidumbre y desasosiego.

—No, ya te lo he dicho. —Derek parecía cansado de repetir lo mismo una y otra vez—. Todos los papeles desaparecieron con la muerte de Kenneth.

—¿Estás seguro?

—Pete, ¿quieres dejar de preocuparte? —dijo categórico el padre dando un golpe sobre la mesa—. Tu hermana nunca sabrá nada de aquello.

—Mejor que sea así. Sería terrible para la empresa que averiguara... Creo que no ha sido buena idea que vaya allí a meter las narices.

—Es su casa. Más pronto que tarde iba a hacerlo de todas maneras. Pero ya te confirmo que no hay nada de lo que preocuparnos. —Maggie creyó oírlo beber algo que parecía whisky, debido al tintineo de los hielos en el vaso—. No obstante, para conocer todos sus movimientos, le he pedido a su secretaria que me informe de todos sus pasos.

—Te la tiras, ¿no?

—Sí. —Sonó satisfecho de sí mismo—. Es buena en la cama —agregó

complacido—. Aunque últimamente me parece que se está haciendo ilusiones, la pobre. Cuando todo esto acabe y ya no la necesite como espía — bromeó—, le pondré las cosas claras. No quiero que tenga una idea equivocada de lo que significa para mí.

—Un buen polvo —dedujo su hijo.

—Eso es. Mientras el sexo sea sólo eso, puede ser divertido. Cuando empiezan con las tonterías..., me aburren.

Maggie ya no quiso seguir escuchando. Decepcionada y dolida, desanduvo el camino hasta su mesa. Ella creía que él... Pero, claro, ¿cómo un hombre como Derek McDougall iba a amarla a ella? Para alguien de su nivel, una secretaria no era más que un simple entretenimiento, un juguete de usar y tirar. Pensar que había sido tan idiota de enamorarse de su jefe la sacó de quicio. Por suerte, había descubierto su jugada antes de traicionar a Julia. Ella, a pesar de ser su hija, nada tenía que ver con el director de la empresa. Maggie se convenció de ello después de lo que había oído. Nada.

Sabía que Derek le pediría información sobre lo que había hablado con Julia. Como tenía pensado, sólo le revelaría lo estrictamente imprescindible. Pero no se dejaría sonsacar nada de lo que averiguase o de lo que le contase Julia en secreto, ni siquiera durante el magnífico sexo que, seguro, seguirían compartiendo. Porque, a pesar de la opinión que Derek había demostrado tener de ella, Maggie se dijo que no iba a dejar de disfrutar de «un buen polvo», como había dicho él. Eso sería lo único que le permitiría tener de ella. Protegería su corazón para que ese hombre no le hiciera más daño del que ya le había causado con las palabras que, a escondidas, lo había oído pronunciar. Ahora sabía dónde debía focalizar su lealtad y, desde luego, no era en el director de la empresa.

Media hora más tarde, observó cómo Pete se dirigía a la escalera que daba a la calle, sin duda con la intención de abandonar el edificio. Instantes después, la luz de su extensión telefónica se encendía en la línea directa de dirección.



—Maggie, ¿puedes subir? —La pregunta de Derek era un mero formalismo.

—Ahora mismo voy.

Abrió su carpeta, sacó de ella un par de folios que se aseguró de dejar a buen recaudo y subió la escalera. Sabía lo que él esperaba de ella, pero también tenía claro lo que debía hacer.

## Capítulo 13

—Este *Shepherd's pie* está delicioso —dijo Corinne después de limpiarse los labios con pequeños golpecitos de servilleta.

—No es mérito mío —se excusó Keith—. La señora Gallagher lo dejó preparado, yo sólo lo he horneado.

—Y muy bien, por lo que he podido comprobar, querido. —Corinne le dedicó una sonrisa cortés antes de volverse hacia su nieta—. Hablando de la señora Gallagher, no la he visto en todo el día.

—Ella y su marido han ido a ver una representación infantil en la que intervenían sus nietos.

—Oh, los hijos de Graham, sí. Deben de ser ya casi unos adolescentes.

Una extraña sensación de pánico se cruzó en los ojos de Julia. Oír ese nombre le heló la sangre y le produjo un escalofrío que le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Siempre había sido así, desde que ella recordaba. Sólo oír su nombre la descolocaba, pero era mucho peor cuando lo veía. Recordaba al hijo de los Gallagher y la manera en que fijaba sus ojos en ella, siempre acechando, siempre observando en silencio. Pestañeó varias veces con la intención de borrar aquella imagen de su memoria e intentar, a la vez, que ni su abuela ni Keith se percataran de su turbación.

—No sé, abuela. No nos han comentado mucho más, aparte de que los iban a ver al teatro.

—Bueno —dijo entonces la mujer cambiando de tema—, ¿qué habéis encontrado de interés, aparte de los documentos? ¿Algo útil para la fiesta?

—Sí —contestó Keith—. Algunos muebles, lámparas, telas...

—Y un baúl con fotografías y cartas anteriores a la segunda guerra

mundial —concluyó Julia.

—Interesante. ¿Qué decían las cartas? ¿A quién iban dirigidas? —se interesó Corinne.

—A la madre del abuelo, creo. —Encogió los hombros como solía hacer—. No las he leído, pero las tengo arriba, en mi habitación. Se las enviaba un hombre del que nunca os he oído hablar.

—Si quieres, yo puedo leerlas e informarte de lo que dicen después. Así no desperdicias el tiempo —se ofreció la mujer.

—Perfecto. Siento curiosidad, la verdad.

—Decidido entonces. Me las llevaré a casa mañana, cuando me vaya, y te llamaré si hay algo interesante que comentar.

—Me parece bien. Aun así, me gustaría leerlas cuando tenga tiempo libre.

—Como quieras.

Para entonces, la cena ya había acabado y Corinne dio muestras de cansancio. Con un movimiento elegante, se puso en pie y se excusó.

—Queridos, nos veremos mañana por la mañana, antes de que vuelva a Londres —anunció colocando la silla en su sitio contra la mesa—. Me retiro ya, y os aconsejo que no tardéis mucho en seguir mi ejemplo.

En cuanto se quedaron solos, se dispusieron a recoger.

—Una gran señora, tu abuela —afirmó Keith con admiración mientras enjuagaba los platos para meterlos en el lavavajillas.

—Sí que lo es —acordó ella pasando un paño por la superficie de la encimera.

—¿Estás más tranquila después de haber hablado con ella? Se ha tomado muchas molestias para aclararte el asunto del contrato.

—Debo reconocer que sí. Me ha contado cómo fueron las cosas después de que mis padres se casaran y cómo cambiaron con mi nacimiento.

—Me alegro. —Con la máquina llena y los platos lavándose, Keith le sugirió—: ¿Qué te parece si vamos a pasear un rato por el jardín? Todavía no es muy tarde y hace una noche espléndida.

Cogieron unos jerséis, porque aunque la noche era apacible había refrescado, como era lógico en aquella época del año, y salieron al enorme jardín moteado de árboles que se abría frente a la puerta principal. Durante un rato, caminaron disfrutando del silencio de la noche, roto tan sólo por el ruido de sus pasos al pisar la hierba y el ulular de un búho lejano. La brisa alborotaba el cabello de Julia mientras andaban entre las hileras de setos que daban paso al resto de la parcela. La luna, que brillaba con fuerza, les iluminaba el camino ofreciéndoles un paisaje con matices de distintas tonalidades de gris. Al fondo, la luz de la ventana de los Gallagher apuntaba a que ya habían regresado de su excursión al teatro. En la punta opuesta del terreno, el par de edificaciones menores que le recordaron a Julia que las debían visitar. Se sentían cómodos y en paz en aquel maravilloso vergel.

De repente, Keith se detuvo frente a la fuente en cuyo centro se encontraba una estatua de Diana y sonrió divertido.

—La última vez que estuve en Crystal House vine aquí a ver esta estatua. Yo sabía que tardaría en volver, si es que algún día lo hacía, ya que estaba a punto de comenzar mis estudios en la universidad, y daba por hecho que sería más difícil poder desplazarme hasta aquí; ya sabes: amigos, estudios, chicas... —recordó con cierta melancolía—. Me gustaba todo esto tanto, me gusta tanto —se corrigió—, que vine a pedirle a la diosa que me concediera volver algún día, cuando el tiempo y la vida me dieran una tregua. Y aquí estoy de nuevo —levantó la cabeza para ver la figura de mármol que desde el centro del estanque los estudiaba, altiva, con su mirada vacía—, delante de Diana, junto a una preciosa, aunque algo atormentada, mujer, para darle las gracias por haberme concedido mi deseo como una buena hada madrina.

—Sabiendo que atiende a peticiones, tendré que pedir algo yo también.

—¿Por ejemplo? —preguntó Keith desviando sus ojos hasta Julia.

—Que la fiesta sea un éxito —encogió los hombros—, que no me escondan más secretos, que se acaben de una vez las pesadillas... No sé, podría solicitar tantas cosas...

—Julia, ¿confías en mí? —preguntó de repente Keith sujetándola por los hombros.

—Sí... —Lo miró sin comprender a qué venía esa pregunta—. En principio, sí. ¿Por qué?

—¿Dejarías que intentara averiguar por qué sueñas lo que sueñas?

—¿Qué pretendes hacer?

—Hipnotizarte.

Julia reculó para alejarse de él llevándose la mano al pecho, como si la hubiera golpeado en ese mismo sitio. Keith dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo algo decepcionado.

—¿Pretendes hurgar en mi subconsciente? —inquirió con tono escandalizado.

—Sólo si tú quieres y sólo para saber qué oculta.

—No, no. —Negó vehementemente con la cabeza al tiempo que hablaba.

—Sólo pretendo ayudarte.

—No.

—Por favor. No puedes seguir noche tras noche con la angustia que he podido ver en ti.

—No.

Empezó a caminar con decisión hacia la casa, pero Keith la retuvo agarrando su muñeca y tiró de ella hasta pegarla a su pecho.

—Hagamos un trato. —Ella no contestó y él continuó hablando—: Sólo intentaremos averiguar qué motivó las pesadillas, ¿te parece?

Julia seguía atemorizada y mirándole el pecho en vez de a la cara. Por fin, después de unos instantes de duda, enfrentó sus ojos con los de él, todavía sin haber tomado una decisión.

—Grabaré toda la sesión con mi móvil para que te convenzas de que no hago nada más que lo que acordemos.

—¿No será peligroso? Quiero decir, ¿y si lo que descubres es terrible? ¿Y si...?

—Nada puede ser peor de lo que ya es, ¿no te parece?

—¿Solamente intentarías buscar el motivo que dio pie a esta locura? —preguntó empezando a ceder.

—Te lo prometo. Sólo trataré de averiguar qué desencadenó que empezaras a atormentarte por las noches. Todo está en tu subconsciente. Lo que quiero es sacar a la luz qué hay detrás de esas pesadillas.

—Has dicho que te limitarías a conocer el motivo por el que empezaron los sueños.

—Sí, claro que sí. Sólo eso, te lo juro. Si más adelante te sientes con fuerzas o ya no aguantas más...

—¿Me aseguras que es una práctica inofensiva? ¿Sabes cómo se hace? —Sin saber por qué, cada vez era más proclive a consentir aquello que Keith le proponía.

—Sí y sí —contestó observando cómo su resistencia menguaba.

—¿Cuándo lo haríamos?

—Si tú quieres, esta misma noche. —Prefería que fuera así. No quería arriesgarse a que se arrepintiera.

—Está bien —claudicó ella hundiendo los hombros—. Vamos.

La noche se estaba volviendo más fresca por momentos. El viento, que cuando salieron era una simple brisa, empezaba a arremolinarse a su alrededor. Julia se abrazó a sí misma intentando defenderse del frío. Keith, al verla, pasó un brazo por sus hombros y la apretó contra su cuerpo. Así, caminando abrazados y a buen paso, no tardaron en alcanzar la mansión de nuevo.

Tratando de no hacer ruido para no despertar a Corinne, fueron directamente al salón y cerraron las dos hojas del portón para conseguir la privacidad que necesitaban.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Julia notablemente nerviosa.

—Lo primero es que te tranquilices —pidió Keith llenando una copa de oporto y ofreciéndosela.

Después de servirse otra copa para él, se sentó a su lado y le cogió las manos dedicándole una radiante sonrisa.

—En serio, confía en mí.

—Confío. ¿Crees que dejaría que cualquiera se metiese en mi sesera? — Meneó la cabeza de lado a lado contestándose ella misma—. No, no lo haría nunca. Pero, por extraño que parezca, siento que puedo confiar en ti. Me siento segura y en paz contigo a mi lado. Y es tan extraño, teniendo en cuenta que apenas nos conocemos...

—A mí me pasa algo parecido. Me siento cómodo, a gusto junto a ti —y cambiando de tono de voz añadió—: atraído por cómo eres...

Julia pareció ponerse todavía más nerviosa por lo que sugerían sus palabras, así que dio un sorbo a su vino intentando ocultarlo. Él, al darse cuenta, cambió de tema.

—Ah, por cierto, se me olvidó decirte que antes, cuando subí a mi habitación, hablé con tía Gemma.

Las palabras de Keith consiguieron concentrar su atención en la llamada y no en lo que estaban a punto de hacer.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha preguntado por ti, por lo que hemos hecho, por los Gallagher...

—Me habría gustado hablar con ella.

—A ella también le habría gustado hablar contigo.

—Mañana la llamaré.

—Bien.

Se quedaron en silencio; un silencio tenso, mirándose a los ojos sin atreverse ninguno de los dos a dar el primer paso. Por fin, Keith se levantó del sofá el tiempo justo para ponerse de rodillas frente a ella y tener sus ojos a la misma altura que los suyos.

—No lo alarguemos más, ¿te parece?

—Supongo que...

—Si no estás decidida, lo dejamos —repuso sin convencimiento—. Pero

creo que saber a raíz de qué comenzaron tus pesadillas puede ayudarte a deshacerte de ellas, a comprender por qué se producen... Aunque no lleguemos al fondo de lo que significan.

—Adelante —concedió asintiendo con la cabeza mientras inspiraba con fuerza.

Lentamente, Keith se puso en pie y extendió la mano en su dirección; ella la tomó y se levantó, atendiendo el mínimo movimiento que hizo él con los dedos.

—Ven, siéntate aquí —dijo ofreciéndole una silla que había retirado de la mesa con la mano que le quedaba libre.

Ella obedeció con expresión intranquila pero resuelta. Keith la ayudó a acomodarse en el asiento, asegurándose de que su espalda quedaba totalmente pegada al respaldo. La miró con una sonrisa tranquilizadora antes de hacerse con otra silla y colocarla justo frente a la de ella.

—El teléfono —le recordó Julia.

—Es cierto. —Lo sacó del bolsillo lateral de su pantalón, buscó la aplicación de grabadora y volvió a mirarla—. Cuando estés preparada, empezaré.

Julia cerró los ojos y respiró pausadamente, infundiéndose ánimos para iniciar la sesión de hipnotismo. Cuando los abrió, su determinación era absoluta.

—Vamos con esto de una vez.

Keith puso en marcha la grabación, la miró y comenzó a hablar con voz lenta, como entonando un mantra. Repetía la misma frase una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, consiguiendo así que en la mente de Julia se fuera instalando paulatinamente una blanca paz. Una vez estuvo seguro de haberla llevado al estado de trance que necesitaba para hacerla recordar, Keith dejó de decir la frase y, cambiando el tono de su voz, empezó a preguntarle.

—¿Recuerdas el momento en que comenzaron tus pesadillas?

—Sí.



—¿Cómo empezaron?

—De repente.

—¿Recuerdas qué habías hecho ese día?

Julia frunció el ceño, intentando recordar, pero enseguida lo relajó.

—Era sábado. Por la mañana me había ocupado de limpiar la casa. El baño estaba más sucio de lo normal y tuve que emplearme a fondo para dejarlo perfecto.

—¿Qué hiciste después? —indagó. Dudaba de que la limpieza de un baño hubiera sido el motivo que desencadenara esos sueños traumáticos.

—Me hice una ensalada para comer; no tenía mucho apetito.

—¿Qué más?

—Preparé la mochila para ir a la piscina, como cada sábado. Nadé algo más de una hora, me duché allí mismo y volví a casa dando un rodeo. La tarde era muy agradable para ser octubre y no me apetecía encerrarme en casa.

—¿Qué pasó cuando volviste? ¿Habías quedado con alguien?

—No. Pero sí hablé con Nana. Me dijo que estaba a punto de publicar su nueva novela y que necesitaba asesoramiento para hacer una presentación inolvidable. Quedamos en que nos veríamos al día siguiente. —Respiró hondo, frunciendo exageradamente el ceño—. Luego llamé a la abuela. Me preguntó si tenía pensado venir a la mansión ese fin de semana, porque los Gallagher acababan de telefonarla para informarla de que no estarían en la casa y que, si necesitábamos ir, no olvidáramos las llaves.

—¿Y entonces?

—Me preparé un té y estuve trabajando un rato hasta que se hizo la hora de la cena.

Keith se masajeó la frente con las dos manos. De momento, nada de lo que le había dicho Julia indicaba el motivo de sus temores nocturnos. Parecía un callejón sin salida.

—¿Qué hiciste después?

—Seguía sin hambre, pero me conozco y sabía que, si no comía algo decente, más tarde acabaría engullendo cualquier tontería, así que me preparé un bol de cereales al que añadí maca, chía y leche y me lo comí frente al televisor mientras veía una película. —El ceño de Julia volvió a fruncirse—. No sé el título, no lo recuerdo... —De repente, por su rostro pasó una expresión de terror y empezó a balbucir como si fuera una niña.

—¿Julia? Julia, ¿qué pasa? ¿qué ves? —Durante unos segundos, ella siguió diciendo frases sin sentido, hasta que Keith le cogió la mano—. Tranquila, estoy aquí, estoy aquí, contigo. Dime, ¿qué ves?

—Un hombre está junto a un cadáver y, a sus pies, una mujer pide clemencia —relató en un susurro aterrorizado—. El hombre, que la apunta con una pistola, le dice a la mujer: «Si dices una sola palabra, te liquido a ti también» —concluyó con la respiración entrecortada.

—¿Pasó algo más?

—No, no, pero esas palabras...

—Está bien. Ya está bien. Lo dejamos. Esas frases debieron de afectarte mucho..., quizá te recordaron alguna experiencia... —Si por él hubiera sido, habría seguido investigando en los recuerdos de Julia, pero la veía demasiado alterada. Además, se lo había prometido. Ya conocían qué había motivado los sueños. Ahora tocaba averiguar qué significaban.

Con calma, Keith empezó un nuevo mantra, pronunciando cada sílaba con cuidado, asegurándose de que Julia atendía a su voz. Poco a poco, ella pareció volver del trance y parpadeó varias veces hasta abrir los ojos por completo.

—¿Ya está? —preguntó algo aturdida.

—De momento, sí.

Como era consciente de todo lo que había sucedido y había dicho durante su hipnosis, lo miró desconcertada.

—¿Qué significa todo eso?

—De momento, no lo sé, pero juntos lo averiguaremos, no te preocupes —

le aseguró mientras detenía la grabación—. Aquí tenemos toda la sesión, por si necesitamos consultarla.

—¿Cómo es posible que recuerde lo que ha pasado mientras estaba en trance?

—Porque he creído que sería mejor no ahondar demasiado en tu subconsciente. Solamente lo necesario para hacerte revivir aquel día. De todas formas, de lo que se trata es de que recuerdes.

—¿Qué pasaba en esa película que...?

—No. Ahora no es momento de preocuparse por eso; ahora toca descansar.

Julia abrió los ojos de par en par y lo miró asustada de nuevo.

—Esta noche no puedes venir a mi habitación.

—¿Por qué? Si me necesitas, iré, claro que iré.

—No puedes. Mi abuela está durmiendo en la casa, y si se entera...

Keith se rio con ganas, pero no replicó.

## Capítulo 14

Temerosa de que la atacaran las pesadillas una noche más, Julia no durmió. De madrugada, estuvo a punto de sucumbir al sueño, pero recordar a su abuela al otro lado del pasillo la desveló nuevamente. Durante su vigilia tuvo tiempo de pensar, de meditar sobre lo que habían descubierto Keith y ella mediante la hipnosis a la que la había sometido él. Por más que se esforzaba, no conseguía ubicar esas palabras en otro contexto que no fuera aquella película sin nombre. Agotada por el sueño y la incesante reflexión, decidió distraerse cogiendo un volumen de la biblioteca y leyendo un rato para evitar así quedarse dormida. Salió de su dormitorio con sigilo y caminó de puntillas por el pasillo hasta la escalera. No había alcanzado el primer escalón cuando una mano se apoyó en su hombro.

—¿Adónde vas? —le susurró Keith mirándola de arriba abajo. El pantaloncito de su pijama dejaba muy poco a la imaginación y a él lo complació mucho lo que mostraba.

Julia le indicó que guardara silencio llevándose el índice a los labios y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera. No hizo falta encender la luz de la biblioteca, los primeros rayos de sol entraban a raudales por las ventanas que abarcaban una de las paredes. Nada más cruzar la puerta, Keith la abrazó, mirándola desde su altura para descifrar su rostro.

—¿Has vuelto a soñar?

—No. No he dormido por miedo a tener una pesadilla y alertar a mi abuela..., y para que tú no sintieras la necesidad de actuar como mi paladín contra mis fantasmas nocturnos.

—¿Tan terrible sería que tu abuela me descubriera en tu habitación?

—Acabamos de conocernos, Keith.

—No, eso no es cierto.

—Yo era una niña la última vez que te vi en esta casa. —Intentó alejarse de él, pero Keith se lo impidió—. Se puede decir que acabamos de conocernos.

—Sin embargo, no es así. Y, aunque lo fuera, ¿qué tiene de extraño que un hombre y una mujer adultos compartan la cama si a los dos les apetece?

—Nada, supongo que no tiene nada de particular, pero no me negarás que no es necesario que mi abuela piense que nos acostamos nada más conocernos.

—Te preocupa lo que piense de ti, ¿no es cierto?

—Un poco, sí. Como te dije, nunca he tenido novio y mi abuela lo sabe. Sería extraño que de repente...

Él quiso rebatir su argumento, pero decidió no hacerlo, aunque no terminara de entender su pudor. Por otra parte, Julia tenía razón, no hacía falta que Corinne creyera que se acostaban juntos. Primero, porque no era cierto, al menos de momento, y segundo porque Julia ya bregaba con demasiados quebraderos de cabeza como para sumar uno más a la lista. Pero en cuanto sus pesadillas se acabaran, se aclarase el tema de los contratos y las cuestiones de la fiesta estuvieran más avanzadas, haría todo lo que estuviera en su mano para que eso se hiciera realidad.

—Como tú digas —aceptó no sin fastidio, soltando su cuerpo muy despacio después de besarla en la sien—. ¿Qué venías a hacer aquí? —preguntó cambiando de tema mientras miraba las paredes llenas de libros.

—Venía a buscar algo que leer. Tenía miedo de quedarme dormida.

—¿Tu abuela sabe algo de tus sueños?

—No. Ni Nana tampoco. No quiero preocuparlas.

—Tal vez ellas conozcan qué puede originarlos y logran ayudarte —aventuró él acercándose a un estante y revisando los títulos que acogía.

—Tal vez, quién sabe... Aun así, no quiero decirles nada. Las conozco y

sé que se inquietarían demasiado.

Quizá fue el cansancio, o las preocupaciones que sentía, o una mezcla de las dos cosas, pero la expresión de Julia se entristeció. Keith, a unos pasos de ella, no pudo remediarlo; aquella vulnerabilidad que se entreveía en el rostro de la joven lo empujó a acercarse de nuevo a ella, volver a tomarla en sus brazos y besarla de una manera feroz. Por alguna razón que no lograba entender, necesitaba consolarla y demostrarle que podía contar con él. Julia no tardó en responder a su beso, necesitada como estaba de todo lo que él le ofrecía. Como si fuera su tabla de salvación, se aferró a sus hombros y entreabrió los labios permitiéndole la entrada a su lengua. El primer roce fue suficiente para desencadenar un baile frenético entre sus bocas. Apretándola más contra su cuerpo, la alzó del suelo para ponerla a su altura sin dejar ni un instante de besarla. Ella, desesperada por acercarse aún más, le rodeó la cintura con las piernas y se entregó sin vacilación a aquella lucha apasionada. Las manos de Keith se deslizaron suavemente por su cintura hasta aferrarse a sus nalgas, provocando que el deseo de uno se mezclara con la avidez del otro. Con cada suspiro, con cada jadeo, sus cuerpos se exigían más y más. Keith tenía la dolorosa urgencia de sentir la delicadeza de su piel contra la suya propia, y notaba cómo ella se deshacía por la misma necesidad. Sin pensarlo, se encaminó al banco de la ventana, donde había unos cojines que le conferían aspecto de sofá y, con ella apoyada sobre uno de ellos, comenzó a acariciar sus pechos haciéndola suspirar con cada caricia. En ese momento, cuando estaban a punto de perder la razón, se oyó cómo se abría la puerta de entrada. Odile acababa de llegar.

Frustrados, se separaron de inmediato. Julia, ruborizada como una colegiala; Keith, maldiciendo por lo bajo. Esperaron a que la señora Gallagher entrara en la cocina y se deslizaron hasta la escalera que daba a las habitaciones con cuidado de no ser oídos. Al llegar al dormitorio de Julia, Keith hizo un intento de entrar, pero ella no se lo permitió. Lo apartó con la mano, negando a la vez con la cabeza mientras miraba con cautela el cuarto

de Corinne al final del pasillo como explicación a su negativa. Keith juntó las manos en señal de ruego, pero ella volvió a reiterarse en su negativa. Hundiendo los hombros, él se dio por vencido. Aun así, antes de perderse dentro de su alcoba, la besó en la boca para dejarle claro que aquello no había acabado.

Nada más cerrar la puerta, Julia se apoyó en la madera y se inclinó hacia delante. Tenía mil cosas danzándole en la cabeza y, ahora, debía sumarle el inesperado deseo que le despertaba Keith. Y era agradable saber que él sentía lo mismo por ella. Era alentador, pero poco conveniente. Antes de dejar que las pasiones se adueñaran de ella, necesitaba poner orden en la debacle en que se estaba convirtiendo su rutina. Le gustaba tener las cosas controladas y, en ese momento, había muchas que escapaban a su control. Respiró con fuerza antes de impulsarse con las manos para alejarse de la puerta. Se dirigió al baño dispuesta a darse una buena ducha que le aclarara las ideas y la despejara. Una noche en vela no era, ni de lejos, la mejor alternativa para tener la mente lúcida. Antes, sin embargo, conectó su reproductor de música. Escuchar sus canciones favoritas siempre la tranquilizaba, y los acordes que salieron por los altavoces parecieron obrar su magia inmediatamente. Tras la ducha, se secó el pelo sin demasiado esmero, se vistió de forma sencilla —al fin y al cabo, lo que le deparaba el día era seguir buscando tesoros escondidos en la buhardilla— y se dirigió a la cocina.

Corinne charlaba animadamente con la señora Gallagher, que estaba terminando de preparar el desayuno. Al notar su presencia, las dos mujeres se volvieron en su dirección.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? —se interesó su abuela.

—Sí, mucho —mintió—. ¿Y tú?

Se acercó a la silla donde se sentaba Corinne y le dio un beso en la sien.

—Muy bien. Ya no recordaba lo cómoda que es mi cama aquí.

En ese momento, Odile apagó el fuego y cogió una fuente con huevos, beicon, tomates fritos y alubias que dejó en medio de la mesa, que ya estaba

preparada para tres comensales.

—Espero que esté todo a su gusto, señora —dijo dirigiéndose a Corinne—. Ahora mismo les traigo el té.

—¿Puede ser café para mí? —La voz de Keith, desde la puerta, las hizo volverse hacia él.

—Por supuesto. —La señora Gallagher le sonrió e hizo un ademán con la cabeza antes de volverse de nuevo hacia los fogones y preparar lo que él le había pedido.

—¿Has dormido bien, joven? —le preguntó Corinne al recién llegado.

Keith le dedicó una mirada furtiva a Julia antes de contestar.

—Mucho, gracias. Espero que usted también haya descansado.

—Oh, sí. Ha sido agradable volver a esta casa. Hacía meses que no lo hacía. —Se sirvió de la bandeja que había preparado Odile y agregó con una sonrisa—: Lástima que no pueda quedarme más tiempo. Dentro de una hora vendrá un taxi a recogerme. Debo coger el tren a Londres de las diez y veinte si quiero llegar a tiempo para comer.

—¿Te vas ya, abuela? —El anuncio de Corinne sorprendió a Julia. Esperaba poder seguir hablando con ella sobre el tema que la había llevado a Crystal House.

—Sí —afirmó después de limpiarse los labios con su servilleta de hilo—. Ya sabes que Penny se preocupa por mí si me ausento durante mucho tiempo de casa.

Era una excusa, y todos lo sabían. Seguramente, una vez aclarado el asunto de los contratos —sólo según el criterio de Corinne—, no deseaba volver a discutir sobre ello, y si se quedaba, estaba convencida de que el tema saldría de nuevo a colación. Como aquélla era una conversación que la incomodaba, la señora Powers se dirigió al ama de llaves sin darle la oportunidad a Julia de discutir su decisión.

—Odile, Julia me comentó que ayer fueron ustedes a ver una obra de teatro de sus nietos.



—Sí, señora. Los niños actuaban en una función del teatro de su colegio.

—Deben de estar muy mayores ya.

—Sí, señora. Colin ya tiene doce años y la pequeña Eva está a punto de cumplir nueve.

—Y su hijo, ¿está bien? ¿Le va bien en el trabajo?

—Oh, sí, señora. Muy bien. Sigue muy agradecido de que lo recomendara en el hipódromo —afirmó con gratitud—. Hace unos meses lo ascendieron y ahora es jefe de contabilidad de todo el complejo —concluyó con orgullo.

La sensación que había paralizado a Julia dos días antes volvió a aparecer. No entendía qué era lo que la inquietaba tanto al pensar en ese hombre, pero no podía evitar sentirse así siempre que oía su nombre o pensaba en él.

Su abuela, ajena a su desasosiego, continuó hablando de Graham.

—Me alegro. Siempre me han gustado los hombres que saben aprovechar una oportunidad. Y, al parecer, el joven Gallagher ha sabido emplear la que le ofrecí.

—Sí, señora. No ha hecho nada que pusiera en peligro la confianza que depositó en él. Estará siempre en deuda con usted.

—Si ha sabido escalar en la empresa con su trabajo, yo ya me doy por satisfecha.

Keith, nada acostumbrado a ese trato tan formal, se sentía fuera de lugar. Escuchando a aquellas dos mujeres, le daba la sensación de haber viajado en la máquina del tiempo y haber aterrizado en el siglo XIX. Tal vez Julia no iba tan desencaminada al pretender montar un baile inspirado en aquella época en Crystal House. Aunque el servilismo de Odile le chirriaba demasiado, no dejaba de hacerle gracia esa especie de distanciamiento social que parecía tan cómodo para ellas. Con una media sonrisa, se metió un trozo de pan con mantequilla en la boca, buscando inconscientemente a la vez la mirada de Julia. Al verla pálida y turbada, se inquietó. Decidió esperar a estar solo con ella para preguntarle el motivo de su actitud.

—Querida, ¿no comes? —Corinne, a pesar de estar conversando con

Odile, se había dado cuenta de que Julia no había tocado el plato.

—No tengo apetito, abuela.

—Pues deberías comer un poco. Como siempre he mantenido, el desayuno es la comida más importante del día; con todo lo que tienes que hacer en la casa, tu jornada va a ser larga y necesitas estar bien alimentada.

—Ya comeré algo en otro momento, abuela, no te preocupes. Además, acabo de recordar que debo hacer una llamada. —Buscó una excusa convincente, ya que, verdaderamente, tenía que llamar a su secretaria.

Corinne la miró reprobándola con los ojos. Durante años, había ejercido de madre de su nieta, dado que ella no tenía una y las «novias» de su padre no merecían ese nombre. Aunque hacía mucho tiempo que no hacía uso de su autoridad, en ese momento no tuvo inconveniente en hacerlo.

—Me parece muy bien que tengas una llamada que hacer. Entiendo que no tengas apetito..., pero hasta que te hayas bebido tu taza de té y te hayas comido una tostada, como mínimo, no voy a permitir que te levantes de la mesa.

—Pero abuela...

—No rechistes, querida. Si quieres ir a hacer esa llamada, ya sabes lo que tienes que hacer.

Odile debía de estar acostumbrada a ese tono autoritario de su jefa, porque no movió ni una pestaña, pero Keith, que no lo había oído ni siquiera de sus padres, sintió que se le revolvían las tripas. Entendía que la señora Powers se preocupara por su nieta, pero Julia era una mujer de veintisiete años que bien podía tomar la decisión de no desayunar si no le apetecía. Además, sospechaba que su inapetencia se debía al aturdimiento que había detectado momentos antes en ella. De todas formas, y a pesar de verse tentado de hacerlo, no dijo nada. Se limitó a observar la reacción de Julia: las fosas de su nariz dilatadas revelaban lo molesta que estaba por la regañina recibida, los dientes apretados hablaban de enfado contenido, sus verdes y enormes ojos echaban fuego por la impotencia de no poder rebatirle a su abuela... Y, a

pesar de todo, su mano fue hasta el plato que tenía delante, cogió la tostada que había sobre él y la untó de mantequilla antes de llevársela a la boca. Keith sintió admiración por ella; el respeto que le tenía a su abuela era muy superior a la rabia que le despertaba que la tratara como si todavía fuera una niña.

Acabado el trozo de pan, Julia se excusó y se fue a su habitación, donde se había dejado el móvil. Keith la vio irse con envidia. Le habría gustado poder acompañarla y salir de esa cocina que rezumaba a clasismo. Sin embargo, no lo hizo. Como buen psicólogo, le gustaba estudiar el comportamiento de aquellos que lo rodeaban, no para juzgarlos, pero sí para comprenderlos. Y en el comportamiento de esas dos mujeres había mucho que observar.

Julia cerró la puerta de su habitación en cuanto la traspasó. Sobre la mesilla, conectado a la red eléctrica, estaba su smartphone. Buscó el contacto de Maggie y se puso en comunicación con ella.

—Buenos días, Julia. ¿Qué tal va todo? —preguntó la secretaria aliviada por poder hablar con su jefa.

El día anterior, después de escuchar a padre e hijo y de plantearse su relación con Derek, deseó con todas sus fuerzas poder confiarle a Julia lo que había oído. Aunque no sabía de qué papeles o documentos hablaban, si es que existían, eran lo suficientemente importantes como para que sólo la idea de que Julia los encontrara los pusiera en alerta.

Poco después de que Pete dejara la oficina, Derek la había llamado a su despacho. Maggie tenía muy claro para qué la requería. Se dijo que, si eso era todo lo que iba a conseguir de su jefe, al menos intentaría sonsacarle información que pudiera serle útil a Julia. Por desgracia, no tuvo suerte en su intento..., aún.

—Buenos días, Maggie. —Julia se sentó sobre la cama y se echó hacia atrás, quedando con los pies en el suelo y el cuerpo tumbado sobre el colchón —. Sí, todo bien. Ayer vino mi abuela a pasar la noche. Teníamos cosas de que hablar.

No sabía por qué le había contado eso. A ella qué más le daba si tenía que hablar con Corinne o no. Pero, por alguna extraña razón, sintió la necesidad de decírselo. Su secretaria recordó enseguida la conversación que había escuchado a hurtadillas la tarde anterior y tuvo la intuición de que ambas cosas estaban relacionadas. Así que, a pesar de haber decidido no hablarle a Julia de aquella charla, no pudo evitar hacer alguna insinuación.

—¿Algo que ver con la casa? ¿Algún secreto oculto que hayas encontrado en el desván? —Lanzó la sonda en tono de broma para que Julia no sospechara.

—Algo de eso hay, sí —admitió ella sin profundizar en el tema—. Bueno, vamos a lo que importa.

Se zambulló en temas laborales mientras Maggie, que la escuchaba tomando notas, se preguntaba qué sería lo que había encontrado Julia y de qué manera podría afectar a su familia o a la empresa. Por un momento volvió a sentirse tentada de contarle la conversación entre su padre y su hermano, pero concluyó que esperaría un poco a ver si en ese tiempo conseguía averiguar algo más del asunto.

Terminaron acordando que volverían a hablar al día siguiente si no era necesario hacerlo antes. Julia estaba a punto de salir de su cuarto cuando sonaron unos golpes en su puerta. Era su abuela.

—Querida, he venido a despedirme. Mi taxi ya ha llegado. —La mujer le cogió las manos cariñosamente y continuó—: Si necesitas volver a hablar conmigo de cualquier cosa, no dudes en llamarme. Y, por favor, no pienses más en ese contrato. Me gustaría que entendieras a tu abuelo y que disculparas a tu madre. Te quería más que a su propia vida, te lo aseguro.

—Está bien, abuela. Lo intentaré.

Bajaron la escalera y se despidieron junto al vehículo que esperaba a Corinne. Ésta, antes de introducirse en el coche, se acercó a su nieta y la besó en la mejilla mientras le suplicaba con la mirada que tuviera en cuenta sus palabras, a lo que ella respondió con una imperceptible inclinación de la

cabeza. Se quedó allí parada hasta que perdió de vista el automóvil, con lo que su abuela le había dicho palpitando en su memoria pero sin tener claro si podría hacerle caso.

## Capítulo 15

Cuando se volvió para dirigirse a la casa, se topó con Keith, que, desde la puerta, la observaba sin decir nada. Al llegar a su altura, Julia le sonrió.

—¿Qué?, ¿trabajamos un poco?

—¿Qué planes tienes para hoy? —le respondió él con otra pregunta a la vez que se hacía a un lado para dejarla entrar.

—Supongo que deberíamos empezar por la casa grande, pero no me apetece encerrarme entre cuatro paredes.

—¿Qué propones?

—Aprovechando que la mañana es tan clara, ¿qué te parece si vamos a las antiguas caballerizas? —planteó con una mirada traviesa—. Así comprobaremos si es posible o no montar una carpa supletoria y si se puede alojar allí a los caballos que alquilemos.

—Buena idea. Nos irá bien andar un poco.

Comenzaron el paseo en un cómodo silencio sólo interrumpido por el canto de algunas aves. Caminaban uno junto a la otra, rozándose las manos al andar, con descuido. No habían avanzado más de cincuenta metros cuando Keith entrelazó sus dedos con los de Julia, sin alboroto, simplemente porque era lo que deseaba hacer. No hizo falta mirarla a los ojos para saber que ella estaba de acuerdo en ese contacto, tan inocente pero tan cargado de significado.

—¿Has recordado dónde habías oído la frase que desencadenó tus pesadillas? —preguntó Keith poco después.

—No. Lo he intentado durante toda la noche, pero no he tenido suerte.

—No te preocupes. En algún momento acudiré a tu memoria, ya lo verás.

—No sé si quiero saberlo. Me asusta un poco, para serte sincera.

—Pero es imprescindible que te acuerdes de qué las pudo originar. Es lógico pensar que no fue una película lo que las causó. Si quieres que se acaben, debes buscar de dónde salieron inicialmente.

—¿Y si no me gusta lo que descubro?

Keith meditó sus palabras durante un instante. El trauma que le habían producido a Julia esas palabras debió de ser muy grande para que, al oírlas de nuevo, hubieran desencadenado esa sucesión de malos sueños que la tenía tan alterada. Estaba deseando volver a someterla a una sesión de hipnosis y descubrir así el principio de todo, pero una vez visto cómo le había afectado la primera vez, pensó que era más prudente esperar el momento oportuno para proponérselo de nuevo. Lo que tenía claro era que deseaba ayudarla a acabar con aquella situación, pero forzarla no ayudaría en absoluto. Mientras tanto, decidió que permanecería a su lado todo el tiempo que hiciera falta para atenuar en todo lo posible sus pesadillas. Dormir con ella había resultado de gran ayuda, así que seguiría haciéndolo. Al fin y al cabo, no sólo Julia se beneficiaba de ello. A él le encantaba abrazarla mientras estaban tumbados en la cama. En realidad, no sólo en la cama. En ese preciso instante, estaba deseando hacerlo de nuevo.

No entendía qué era lo que le sucedía con ella, pero desde que la había visto en casa de su tía se había sentido atraído por ella. Y en los días que habían pasado juntos, esa atracción había crecido como la espuma. No obstante, fue después de besarla cuando quedó totalmente hechizado por ella. Necesitaba acabar con todo lo que la abrumaba —sueños inquietantes, documentos turbadores, descubrimientos desconcertantes, fiestas agotadoras...— para poder comenzar algo con ella; algo que estaba germinando, pero que no podía florecer mientras los nubarrones que la amenazaban no desaparecieran del horizonte.

Llegaron a su destino después de caminar durante diez minutos a paso lento, sin prisas.

—Ahí las tienes. ¿Qué te parecen? —inquirió ella señalando con la mano libre las dos estructuras que tenían delante.

—¡Ya recuerdo! ¿Aquí no guardabais un asno hace años? Me gustaba mucho ese animal. Era tozudo, pero de buen talante.

—¡No me puedo creer que te acuerdes de *Donkey*!

—¡Claro que me acuerdo! Una vez logré montarlo y salir a pasear con él. —Keith estalló en carcajadas—. No había dado más de diez pasos cuando se cansó de mí y empezó a cocear hasta tirarme al suelo. Sin importarle que yo estuviera allí despatarrado, comenzó a comer hierba, tan tranquilo. Me costó lo mío devolverlo a su establo, y a consecuencia de aquello estuve una semana sin poder sentarme. Fue muy divertido.

—Yo no lo vería así de haberme pasado a mí —aseguró Julia, contagiada por su risa—. Nunca me atreví a acercarme mucho a *Donkey*. Mi abuela me había dicho que mordía y yo no tenía ganas de saber si era cierto o no. — Luego, con un gesto de la cabeza, añadió—: ¿Vamos?

No tardaron mucho en constatar que aquellas antiguas cuadras podrían ser de utilidad. No podrían albergar a todos los animales que necesitarían alquilar, pero, con la carpa que tenían pensado montar, habría suficiente espacio para todos. O eso esperaban.

Una vez terminada la inspección, y con la tranquilidad de saber que una cosa estaba más o menos solucionada, volvieron a la mansión. No se apresuraron en llegar. Antes decidieron pasear por el jardín, que, a esas alturas del año, empezaba a brotar llenando el escenario de un delicioso aroma a flores. Al llegar al lago que partía la propiedad en dos, se detuvieron un rato para contemplar los peces que se movían por sus aguas en busca de alimento. Aquel hermoso estanque ofrecía una imagen sosegada que llenaba de paz a quien lo contemplaba. No obstante, y puesto que tenían trabajo pendiente, regresaron a la casa, aunque sin demasiadas ganas.

Keith se dio cuenta de que Julia caminaba cada vez más despacio conforme se acercaban a la mansión. Parecía como si temiera volver a



encerrarse entre sus cuatro paredes y se preguntó cuál sería el motivo. Si le hubiera preguntado a ella, no habría sabido qué responder. Lo único que sabía Julia era que, sin ninguna explicación lógica, había ciertas zonas de la vivienda que le causaban desasosiego. De hecho, en alguna de sus estancias ni siquiera se había atrevido a entrar en toda su vida. El desván era una de ellas; el ala izquierda, que desde hacía años no se usaba, la otra.

Al entrar, se dirigieron directamente a la cocina para alertar a Odile de que estaban de vuelta.

—Os avisaré cuando la comida esté lista —les dijo con el cuchillo con el que troceaba zanahorias en la mano.

—Gracias, señora Gallagher. Estaremos en... —Julia miró a Keith y le preguntó—: ¿Por dónde empezamos?

—Estaremos en el desván —contestó él por ella.

—Entonces, necesitaréis la llave. Esperad un momento, enseguida os la traigo.

Antes de empezar con la inspección, Julia hizo una parada en su cuarto. El día anterior se le había llenado el pelo de polvo y telarañas y no quería que le volviera a ocurrir. Se hizo una cola de caballo, se anudó un pañuelo viejo en la cabeza y se unió a Keith, que la esperaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¡A por ello! —bromeó él dándole un suave codazo en las costillas.

Ella se fingió divertida y le sonrió. Lo cierto era que la asustaba lo que pudiera encontrar en aquel cuarto lleno de trastos y cachivaches.

La sala no se diferenciaba mucho de las que habían visitado los días anteriores, salvo por su tamaño y, tal vez, la pátina de polvo que lo envolvía todo y que parecía más espesa que las otras. Las ventanas apenas si permitían el paso de la luz debido a una capa de mugre que las cubría; por lo demás, era muy parecida: muebles amontonados, baúles antiguos, espejos deslucidos, cuadros tapados por telas blancas para protegerlos de la suciedad... Julia buscó a su alrededor hasta encontrar una especie de paño sobre uno de los muebles. Al cogerlo, una lluvia de pequeñas partículas blancas escapó de él,

llenando el espacio en torno a ella de una nubecilla polvorienta que le provocó un estornudo a la joven.

Mientras Keith empezaba a buscar entre los enseres guardados allí, Julia aprovechó para pasar el paño por los cristales de las ventanas, consiguiendo con cada pasada una mejor iluminación del lugar y alguna que otra *tosecilla* más. Una vez tuvo los vidrios más o menos limpios, se dirigió a donde estaba Keith.

—¿Algo interesante?

—Esto es una mina. La cueva de Alí Babá —contestó fascinado—. Sólo he podido mirar lo que esconde este rincón y ya he encontrado material para llenar una tienda de antigüedades. Hay de todo, desde figuras de *art déco* hasta una lámpara de sobremesa de Tiffany con el pie de cobre.

—¿En serio? —Julia se inclinó hacia la estantería que Keith tenía delante para comprobar lo que le decía.

—Yo no soy un entendido en arte, pero esto debe de valer una pequeña fortuna.

—Por desgracia, no podemos utilizar nada de todo esto en la fiesta. Crearía un anacronismo de más de cien años —se lamentó encogiéndose de hombros.

—Sí, lo sé. Aun así, pienso que es una lástima que estas bellezas estén aquí escondidas de la vista y llenándose de suciedad.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si las apartamos para buscarles un sitio en la casa una vez haya acabado el tema del aniversario?

—Buena idea. La verdad, aunque sacarías mucho dinero vendiendo todo esto, sería una pena deshacerse de objetos tan bonitos.

—Bueno, tú sigue por aquí, que yo miraré lo que hay en esa cómoda.

Durante más de media hora, cada uno estuvo a lo suyo. Cuando encontraban algún objeto digno de mención, se lo enseñaban al otro y decidían qué hacer con él: utilizarlo para el evento que tenían que preparar, guardarlo para más adelante o, directamente, reservarlo para Alan Smith, el

anticuario. Siguiendo esa pauta, Keith llamó la atención de la joven al encontrarse con un retrato de gran tamaño que había descubierto apoyado en una de las paredes, detrás de mil bártulos.

—Julia, ¿puedes venir? He encontrado algo que creo que querrás ver.

Ella, acucillada al otro extremo del desván, se levantó echándose la mano a la espalda; llevaba tanto tiempo en aquella postura que la tenía entumecida. Se acercó a donde se encontraba él sacudiéndose el polvo de las manos y, al llegar, le sonrió.

—A ver, ¿con qué te has tropezado?

Keith se apartó a un lado para que pudiera ver el cuadro y, al hacerlo, la sonrisa de ella se le heló en los labios. Allí pintadas estaban las figuras de una bellísima mujer de cabello cobrizo y ojos verdes, muy parecidos a los de Julia, y una niña de pelo rojo y espeso, con los mofletes sonrosados salpicados de pecas. Ambas miraban al espectador con sendas sonrisas reluciendo en sus rostros: la de la madre, satisfecha; la de la niña, feliz. Julia se quedó sin habla. No recordaba haber visto nunca ese retrato, pero reconocía, y muy bien, a las dos modelos.

—¿Por qué crees que escondieron este cuadro, Julia?

Ella no contestó inmediatamente. Tenía los ojos fijos en la pintura, en la sensación de cariño y tranquilidad que mostraban sus caras, en los pequeños detalles que había plasmado el pintor, como el pato de peluche que se distinguía detrás de la escena principal... Le costó un tiempo recomponerse antes de poder contestar.

—No tengo ni idea. —Se apoyó sobre una mesa baja sin dejar de menear la cabeza—. No puedo entender que lo escondieran como a un trasto viejo. No puedo imaginar a quién se le ocurriría subirlo aquí —concluyó con los ojos húmedos.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó Keith volviendo a apoyar el cuadro contra la pared y yendo hacia ella después.

Julia retrajo los hombros sin contestar. En ese momento, lo único que tenía

claro era que no lo iba a dejar allí pudriéndose. Al final le dijo:

—Lo más probable es que lo lleve a mi apartamento, ya buscaré un sitio donde colgarlo allí.

—¿Quieres que lo dejemos por un rato, Julia?

—No. Sabía que era probable que encontrara recuerdos de mi madre. De hecho, lo temía. Pero encontrarme con ella de frente y a tamaño natural ha sido un *shock*, no te lo negaré. Aun así, no soy una niña y dudo que un descanso cambie lo que siento. Además, debo seguir con lo que he venido a hacer a Crystal House. No tengo tiempo ilimitado... Ya sabes, la empresa —remató con indecisión.

—Como quieras.

Keith no estaba de acuerdo con su decisión, ni muchísimo menos, pero no era quién para obligarla a hacer algo que no deseaba; no obstante, cuando ella lo necesitara, cuando su ánimo decayera, él estaría a su lado para reconfortarla y prestarle todo su apoyo.

Siguieron con lo que estaban haciendo, cada uno en un rincón del desván, hallando maravillas entre cosas inservibles, sorprendiéndose a cada momento de los objetos que estaban almacenados allí.

Justo cuando Odile subía para avisarlos de que la comida estaba lista, Julia reparó en un gran bulto que había entre dos ventanas, oculto tras una sábana. Antes de bajar, decidió averiguar de qué se trataba. Tiró del lienzo y apareció un magnífico armario de tres puertas, todas ellas labradas de forma espectacular. Estuvo tentada de abrirlo y olvidarse de comer, pero Keith insistió en que lo dejara para más tarde.

—No se va a mover de aquí. Y lo que esconde, tampoco. Así que será mejor que vayamos a lavarnos, comamos algo y descansemos un poco, que buena falta nos hace.

—De acuerdo —aceptó renuente—. Pero prométeme que será lo primero que miremos al regresar.

—Como quieras. —Señaló la puerta con la mano y la siguió cuando la

traspasó ella.

Aquel día, la señora Gallagher se había esmerado. Una vez limpios, después de una ducha regeneradora y un cambio de ropa para librarse de la suciedad que se les había pegado, se sentaron a la mesa de la cocina y esperaron a que Odile sacara del horno una bandeja con una pieza de rosbif y varios platos más pequeños con deliciosos acompañamientos. Un auténtico festín. Esa mujer era una cocinera espectacular, y cada día lo demostraba superándose a sí misma.

Keith atacó su plato con glotonería. El trabajo de la mañana lo había dejado famélico y aquel banquete se merecía el reconocimiento que le estaba dando él. En cambio, Julia se limitó a probarlo a duras penas y a remover la comida en el plato.

—Odile —la mujer estaba dando buena cuenta del asado, pero levantó la vista hasta fijarla en ella—, en el desván hemos encontrado un cuadro de mi madre sosteniéndome en sus rodillas.

—Ah, sí. Una pintura muy hermosa. La recuerdo bien.

—¿Por qué está ahí? ¿Quién mandó subirla? ¿Lo sabe?

El ama de llaves bajó los ojos sin decir nada. Unos segundos más tarde, volvió a mirarla a ella.

—Fue tu abuela. No podía resistir ver la imagen de tu madre presidiendo el salón; era un recordatorio continuo y doloroso de su pérdida, la pérdida de su única hija.

Julia meditó un instante, debatiéndose en formular una pregunta que nunca se había atrevido a hacer. Al cabo de unos segundos, se arriesgó.

—¿Cómo murió mi madre, Odile? —Le tembló la voz cuando pronunció esas palabras—. Nunca nadie ha querido contármelo.

La mujer fijó la mirada en ella con aflicción, sin atreverse a contestar aquella difícil pregunta. Cuando Julia ya sospechaba que no le respondería, la mujer habló:

—Mira, Julia, no soy yo la que tiene que hablarte de lo que ocurrió aquella

tarde. De todas maneras, lo que sí te diré es que fue algo muy desagradable e inesperado que nos conmocionó a todos.

—Eso no me dice nada, Odile. Necesito que sea más concreta —rebató la joven enfadada.

—Lo sé, pero si quieres conocer más detalles tendrás que dirigirte a tu abuela, a tu padre... o a tu hermano. Ellos te informarán mejor que yo.

—¿Puede decirme al menos quién estaba en casa ese día? ¿Qué pasó o quién la descubrió?

—No puedo hablar más del tema, en serio. No soy quién para pasar sobre el deseo de tu familia —zanjó Odile sin darle opción a réplica.

A partir de ese momento, y hasta que se levantaron de la mesa para volver al desván, la comida transcurrió en el más absoluto y tenso mutismo. Keith, que había permanecido en silencio desde que Julia inició su batería de preguntas, no cesó de mirarla a hurtadillas, preguntándose qué le pasaba por la cabeza y si aquella negativa, no sólo de la señora Gallagher, sino también de los suyos, la afectaría de alguna manera.

Odile se negó a que la ayudaran a recoger la mesa cuando ellos se ofrecieron a hacerlo. En cambio, los animó a que volvieran a sus quehaceres, aduciendo que ella se bastaba para encargarse de la cocina y que ellos tenían mucho trabajo arriba.

Lo primero que hicieron al llegar fue abrir el armario que había despertado el interés de Julia. Dentro encontraron una gran variedad de vestidos elegantes, algunos con encaje, otros tornasolados, y los más llamativos, estampados con pequeñas florecitas. También había vaqueros de talle alto, jerséis amplios de colores naturales, trajes de chaqueta... Había un vestuario completo de buena calidad y marcas prestigiosas. Julia sacó uno al azar y se lo puso delante. Enseguida se dio cuenta de que esa ropa había pertenecido a Patricia, y a punto estuvo de que se le cayera de las manos. Keith, atento a sus reacciones, se apresuró a recogerlo antes de que llegara al suelo.

—Esta ropa era de mi madre —declaró ella en un susurro.

—Me lo he imaginado. ¿Qué piensas hacer con todo esto? —preguntó haciendo un gesto con la cabeza en dirección al armario.

—No lo sé. De momento... me gustaría revisar las prendas una por una. Igual, incluso me quedo con alguna para usarla yo. Se lleva lo *vintage* —trató de bromear sin ningún éxito.

—¿Estás segura? —inquirió Keith con cautela.

Ella lo miró como si no entendiera lo que le decía.

—Por supuesto —dijo al fin con total determinación.

Siguieron rebuscando entre los enseres de la fallecida, removiendo cajones y apartando cajas de zapatos. Precisamente eso estaba haciendo Keith cuando una columna de cajas se abalanzó sobre ellos y se estrelló en el suelo. Los zapatos quedaron todos esparcidos, algunos incluso volaron con el golpe y aterrizaron a varios metros de distancia.

—Lo siento —se lamentó Keith ocupándose de recogerlos a toda prisa—, le he dado un golpe sin querer.

—No te preocupes, no tiene importancia —dijo poniéndose ella misma también a recoger el estropicio—. Keith —añadió como al descuido—, detrás de ti, a la altura de tu hombro, hay una sandalia.

—Gracias, Julia. —Al volverse para cogerla, tropezó con algo.

Él pensó que era otro zapato y se agachó a recogerlo. No se trataba de calzado. Era un cuaderno con las cubiertas blancas con topos de diversos colores. Su primera intención fue abrirlo, pero, sospechando que podría contener algo personal, prefirió dárselo a Julia. Efectivamente, era algo personal. Según le dijo ella sobrecogida, se trataba del diario que había estado escribiendo Patricia durante años.

—Puede que esto te aclare quién era tu madre —afirmó él con tono profesional.

—¿Te importaría que lo leyéramos juntos? —preguntó Julia, temerosa de su respuesta.

—Sabes que no —y sin que él mismo pudiera o quisiera refrenarse, la

encerró entre sus brazos al comprobar su alivio.



## Capítulo 16

Con la excusa de entregar una documentación, y aprovechando que Derek no estaba en el edificio, Maggie se coló en su despacho. No sabía qué podía estar buscando, sólo tenía la intuición de que en aquel lugar debía de existir algún indicio que explicara por qué los dos McDougall temían que Julia encontrara... eso que no sabía qué era.

Sabiendo que el secretario de Derek no estaba, ya que había acompañado a su jefe, miró a todas partes para cerciorarse de que no hubiera gente alrededor cuando se escabullera dentro de la oficina. No quería que nadie controlara el tiempo que pasaba dentro y pudiera sospechar o, peor, informar a Derek de su inexplicable visita. Dudaba que lograra encontrar algo. Había estado en ese cuarto cientos, miles de veces, con Derek a solas, y también en reuniones junto con otros miembros de la plantilla o cuando Julia la necesitaba en algún encuentro con su padre, y nunca había visto nada sospechoso. Claro que en aquellas ocasiones no buscaba nada concreto..., y en ese momento tampoco. Simplemente había ido a lanzar el sedal con la esperanza de que picara algún pez. Pero ¿dónde lanzarlo? ¿Y qué tipo de pez podría capturar?

Empezó por las estanterías y los armarios que Derek tenía tras su mesa. Allí no encontró nada de su interés, aunque reparó en unos papeles que llamaron su atención: tratados con empresas que nada tenían que ver con la cosmética o la perfumería... Legajos que le sonaron a algo sórdido, sin comprender por qué. Les hizo unas fotografías con su móvil y los dejó en el sitio exacto de donde los había sacado.

Después de eso, rebuscó en el armario de las bebidas e incluso por el hueco que quedaba entre los brazos de los sillones y el asiento antes de

dedicarse a lo más obvio: la mesa. En los cajones, donde se amontonaban los catálogos de productos, muestras y más cosas relacionadas con la empresa, también halló la propuesta que le había hecho Julia para la fiesta. La ojeó por encima, advirtiendo que había algunas anotaciones con la letra de Derek en los márgenes. Para su sorpresa, también halló una pistola, por suerte descargada; las balas estaban dentro de una caja de munición en el mismo cajón.

Finalmente se dedicó a la superficie del escritorio y, contra todo pronóstico —ya que estaba a plena vista—, se topó con algo que le extrañó. En la primera hoja de un taco de notas adhesivas estaba escrito el nombre de un banco con el que ella sabía que no trabajaban y el de la persona de contacto. Tal y como había hecho antes, fotografió el papel.

Antes de salir, echó una ojeada a la habitación, por si se le había pasado algo por alto. Convencida de que no era así, salió con cuidado de no hacer ruido. Por desgracia, durante el tiempo que había permanecido allí dentro, Pete había vuelto de la reunión a la que había asistido esa mañana.

—¿Qué hacías en el despacho de mi padre? —espetó, asustándola.

—Oh, no te había visto. He venido a dejar unas notas sobre la conversación que he mantenido hoy con tu hermana. —Maggie se alegró de haber tenido la precaución de crearse esa coartada por si la pillaban.

—Eso podía esperar a que él volviera. No hace falta que te deslices en su oficina como una ladrona —soltó con desprecio—. Además, estoy seguro de que a mi padre le encanta que entres cuando está él..., ya sabes, para... charlar amigablemente contigo.

—Bueno —tartamudeó. El comentario de Pete le había helado la sangre—, no sé a qué hora tiene pensado volver y supuse que le gustaría leer mis notas, si por casualidad llega después de que me haya ido.

—Procura que no se vuelva a repetir. No olvides cuál es tu sitio: eres una secretaria, de mi hermana, además, y en este piso sólo tienes que aparecer

cuando se te requiera —concluyó remarcando las palabras de la forma más hiriente de la que fue capaz.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella después de tragar saliva sonoramente.

—Más te vale.

Volvió a su mesa con el corazón martilleándole las costillas. Se había librado por los pelos. Esperaba que Pete se hubiera tragado su trola; había intentado sonar convincente, pero con él nunca se sabía.

Con disimulo, procurando no llamar la atención de ningún compañero, sacó su teléfono y buscó las fotos que había hecho. Las miró un instante y enseguida lo volvió a meter en el bolsillo de su pantalón. Era más seguro tratar de averiguar algo sobre lo que había descubierto en su casa que hacerlo en la oficina. Y no sólo porque alguien pudiera descubrirla, sino porque el departamento de informática controlaba las consultas que se hacían en internet y no podía arriesgarse a que la descubrieran.

\* \* \*

A pesar de que se morían de ganas de hojear el diario que habían encontrado, siguieron mirando en el interior del armario. Sin atreverse a admitirlo, Julia esperaba encontrar otro libro con anotaciones de su madre, pero no tuvo suerte. Después de repasar todas las prendas que contenía aquel mueble, y habiendo decidido que se quedaría algunas para usarlas ella misma, cerró las puertas y se apoyó cansadamente en ellas.

—No me apetece seguir más por hoy —dijo refiriéndose al desván—. ¿Qué tal si lo dejamos?

—Sin problemas.

—Me apetece darme un baño en la piscina, ¿te importa si te dejo solo durante una hora?

Keith no se molestó. Sabía que, para ella, nadar era una válvula de escape, como se lo había confesado en más de una ocasión, así que negó con la

cabeza antes de hablar.

—En absoluto. Mientras tú nadas, yo volveré a ducharme —se miró las manos, que estaban cubiertas de suciedad—, y después le echaré una ojeada a la biblioteca. Por lo poco que he podido comprobar, tiene títulos muy interesantes.

Se despidieron al llegar a sus habitaciones y cada uno se fue por su lado.

Mientras se duchaba, Keith recordó los besos que le había dado a Julia. Tenía una boca perfecta para ser besada, pero no era sólo por eso que lo había hecho. No. Le gustaba Julia y esa dualidad que la caracterizaba. Por un lado, era una mujer decidida, activa y resuelta... Pero, por otro, era un ser vulnerable y solitario que necesitaba protección. Él se la daría porque se sentía inclinado a hacerlo y porque ella despertaba en él un aluvión de sentimientos que no se veía capaz de controlar. Y tampoco quería hacerlo. Por primera vez en sus treinta y un años, había encontrado una mujer a la que deseaba más allá de la mera atracción física. Una mujer que ocultaba misterios que se moría por conocer..., y no sólo en lo que se refería a sus pesadillas.

Le habría gustado comenzar a leer el diario de Patricia, pero le pareció una falta de respeto hacia Julia. Aun así, lo que sí se permitió hacer fue observar su letra. Era clara, redonda, casi infantil, con trazo firme y decidido. Sin proponérselo, empezó a analizar a la persona que lo había plasmado en el papel: en aquellas pocas líneas que había estudiado, sin entrar en detalles de lo que dijera el texto, la letra mostraba un carácter abierto, indómito, caprichoso y egoísta... Sin embargo, en algunos rasgos se podía detectar camuflado un atisbo de inseguridad.

Julia estaba deseosa de conocer los secretos que su madre ocultaba en aquel cuaderno. Precisamente por eso había decidido nadar. Necesitaba calmarse; aquel día se había visto desbordada por las emociones. Otra vez. Tal vez era la falta de sueño, pero se inclinaba a pensar que se debía a haber descubierto retazos desconocidos de la vida de su madre. Y, por si eso no

fuera suficiente, había que sumarle que desde que había llegado a Crystal House no había parado de ir de un sobresalto a otro. Estaba descubriendo facetas de la vida de Patricia Powers McDougall y de su propia familia que ni siquiera podría haber llegado a imaginar. Estaba desbordada. Sólo había una cosa que la anclaba a sí misma y le ofrecía un poco de paz y consuelo: Keith. Él, con su aplomo y su comprensión, estaba resultando un bálsamo para su espíritu.

Reconfortada por el repetitivo movimiento de sus brazos y piernas luchando contra el agua, consiguió atemperar su ánimo. El recuerdo de los labios de Keith sobre los suyos también la ayudó. Cuando consideró que su talante había vuelto a ser el de siempre —o casi—, se acercó a un extremo de la piscina e, impulsándose con los brazos, salió de ella.

Se cubrió con el albornoz que había llevado y se enrolló la cabeza con una toalla. De esa guisa volvió a la mansión, dispuesta a darse una ducha para eliminar el cloro que se le había adherido al cuerpo. Al llegar a la puerta de su dormitorio se encontró con Keith, que llevaba ya un rato esperándola con el diario de su madre en la mano.

—¿Mejor? —preguntó él, separándose de la pared donde estaba apoyado.

—Mucho mejor, gracias —respondió a media voz mientras notaba que enrojecía.

Detestaba haberle mostrado a Keith su faceta más frágil, aquella que guardaba bajo siete llaves para que nadie pudiera acceder a su parte más secreta. Aun así, y a pesar de que apenas lo conocía, se alegró de que hubiera sido él y no otra persona quien había estado con ella en esos momentos de debilidad.

—¿Quieres que entre contigo? —Keith señaló con la cabeza la puerta cerrada—. ¿O sigues necesitando estar sola?

—Si me das unos minutos..., me gustaría asearme.

—Por supuesto. Avísame cuando estés lista. —Le sonrió antes de dar media vuelta para regresar a su habitación.

—¡No, espera! —exclamó ella cogiéndolo del brazo—. Si no es mucho pedir, ¿te importaría esperarme en la habitación mientras me ducho?

Keith no contestó. Alargó la mano hasta la manija de la puerta y la abrió dándole paso a ella primero.

Realmente Julia se apresuró a estar lista, porque Keith a duras penas había tenido tiempo de contemplar el paisaje que se veía a través de las puertas francesas de la habitación cuando ella salió del baño. Se había vestido con un pantalón suelto de algodón color morado y una camiseta lila de tirantes. Se dirigió hacia donde estaba él, que se había dado la vuelta quedando de espaldas a los cristales, y se paró a menos de un metro.

—¿Qué prefieres?, ¿lo hacemos aquí o en la biblioteca?

Por un segundo, Keith pensó que hablaba de hacer el amor y su entrepierna bailó dentro de sus pantalones. Pero duró sólo eso, un segundo. Los ojos de Julia, fijos en el diario que descansaba sobre una mesa auxiliar, lo sacaron de su error.

—En la biblioteca mejor. —Teniendo en cuenta los derroteros por los que había ido su imaginación, sería mejor mantenerse alejados de una cama.

—Vamos, pues. —Julia cogió el cuaderno y salieron con determinación.

A mitad del primer tramo de escaleras, Keith recordó algo y se detuvo en seco.

—Julia, ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirió con el ceño ligeramente fruncido.

—Claro, tú dirás —contestó con una sonrisa al tiempo que se volvía para mirarlo, dos escalones por encima de ella.

Él la observó desde arriba. Tal como estaban, ella quedaba a la altura de su cintura, y la imagen volvió a cimbrarle el sexo. Sacudió la cabeza para deshacerse de esos pensamientos lujuriosos. En esos momentos, había otras cosas que tratar... Más tarde ya se vería.

—No he podido evitar fijarme en que te has alterado mucho esta mañana, durante el desayuno, cuando tu abuela y la señora Gallagher hablaban.

La sonrisa de Julia se congeló. Para evitar que él viera su turbación, volvió a mirar al frente y siguió bajando escalones.

—No es la primera vez que me doy cuenta de que hay algo en lo que dice Odile que te perturba. Me puedes decir de qué se trata, no tienes nada que temer conmigo, lo sabes.

Julia llegó a la planta baja sin contestarle, pero algo en su actitud le dijo a Keith que tuviera paciencia, que no tardaría en hacerlo. No se equivocó. En cuanto puso un pie en el suelo, se volvió hacia él con expresión desconcertada.

—No lo sé. Bueno, sí y no. ¿No es de locos? —preguntó al aire mientras reemprendía el camino hacia la biblioteca—. Siempre que sale a relucir el nombre del hijo de los Gallagher, Graham... —se paró con las manos extendidas sobre la manija de la puerta doble que daba paso a la sala—, siento un escalofrío que me atenaza y me hiela la sangre. —Abrió las dos hojas a la vez y entró por delante de Keith—. Sé que no es algo racional, pero ha sido así desde que yo recuerdo. Es un miedo visceral. Un miedo paralizante. Cuando oigo su nombre me vienen a la cabeza sus ojos duros y su mandíbula apretada...

A medida que hablaba, iba poniéndose cada vez más pálida; el sudor empezó a perlarle la frente y el labio superior, sus hombros se retraían como queriendo encerrarse en sí misma, se retorció las manos y comenzó a hiperventilar. Keith se asustó. No podía imaginar que su pregunta derivara en un ataque de ansiedad. Y lo último que necesitaba Julia en esos momentos era angustiarse más. Corrió los dos pasos que lo separaban de ella y la abrazó con todas sus fuerzas, transmitiéndole a través de sus brazos su comprensión, su apoyo, su... ¿cariño? Sí, su cariño también. En tan sólo unos días, Julia había conseguido meterse debajo de su piel. Llamarlo amor sería aventurado, pero ese sentimiento que asomaba cuando estaba junto a ella se le parecía mucho.

—Estoy contigo, Julia. No permitiré que nadie te haga daño. Tranquila,

cielo, tranquila. Te tengo —comenzó a susurrarle con la cara enterrada en su cabello—. Te tengo.

Julia alzó el rostro y lo miró suplicándole que la ayudara a hacer desaparecer esa angustia que la carcomía por dentro y que se había intensificado debido a lo vivido en los últimos días. Y él hizo aquello que le salía de las entrañas para mitigar su agonía: la besó.

Permanecieron abrazados, con sus bocas unidas y sus corazones chocando entre sí al respirar, entregándose con cada latido un poco de sus almas, hasta que ella apoyó las palmas en el pecho de Keith y, a regañadientes, se separó de él.

—Gracias —murmuró—. No tenías por qué sentirte obligado a consolarme.

Él se envaró al oírla. Le cogió las manos, que todavía descansaban sobre su pecho, y la acercó a él de nuevo hasta tenerla a un suspiro de distancia.

—¿De verdad crees que me he visto obligado? —preguntó dolido—. Julia, que me gustas no es ya un secreto para ti —la apretó más contra su cuerpo, dándole valor a sus palabras—, pero, además, eres mi amiga, y si necesitas desahogarte, volcar en alguien tus frustraciones y tus miedos, un hombro sobre el que llorar..., voy a estar aquí para ti. Siempre.

Así los pilló Odile cuando se acercó a llevarles un té con pastas: abrazados. A la mujer se le escapó una sonrisa ladeada al verlos separarse a toda prisa, como si no hubieran estado pegados segundos antes. Dejó la bandeja sobre la mesa auxiliar situada entre dos grandes sillones orejeros y se volvió al irse. En ese momento reparó en el diario que se le había caído de las manos a Julia cuando Keith la abrazó. Estaba a los pies de la joven, que, con la excitación del momento, se había olvidado de él.

—¡Vaya! Hacía muchos años que no veía ese diario.

—¿Lo conoce? —La voz de Julia sonó ansiosa y sorprendida a la vez.

—Oh, sí. La señorita Patricia siempre iba con él a todas partes cuando era una jovencita.



Esa información acrecentó las ganas que tenía de leer las palabras que su madre había derramado en aquel cuaderno.

—Ya veo... Gracias por el té, Odile —dijo con la intención de que la mujer se diera por aludida y abandonara la biblioteca.

—De nada —respondió ella captando la indirecta.

Una vez solos, y con el beso que se acababan de dar todavía fresco en la memoria, Julia miró a Keith ruborizada y, sonriéndole, le indicó que se sentara en el sillón opuesto al que iba a ocupar ella.

—¿Empezamos? —sugirió él.

—Sí.

Recogió el diario del suelo, ofreciéndoselo a él, se sentó en su sillón y sirvió las tazas antes de animarlo a comenzar la lectura.

—¿Seguro que deseas que sea yo quien lo lea?

—Sí, por favor. No sé qué vamos a descubrir sobre mi madre y tampoco si yo seré capaz de leerlo sin que me tiemble la voz.

—Sabes que podemos dejarlo para cualquier otro momento, ¿verdad?

—¡No! —exclamó Julia casi sin aliento—. Una vez he descubierto su existencia, no puedo esperar más a saber qué dice.

—Si crees que no puedes con ello, pararé en cuanto me lo digas —sentenció. No quería agravar el estado de tensión en el que se veía inmersa. Ya había tenido demasiados sobresaltos para tan pocos días.

## Capítulo 17

La primera anotación mostraba a una Patricia enfadada porque, en vez del viaje a París que había pedido, sus padres le habían regalado un «espantoso colgante de oro blanco con una esmeralda y este estúpido diario» para su decimoquinto cumpleaños. Después de eso, y durante meses, ningún comentario más.

La segunda vez que la jovencita Powers escribió en su libreta también fue para quejarse de «una injusticia», según sus palabras. La hermana mayor de una compañera de clase, Melania, iba a organizar una fiesta para celebrar su mayoría de edad. Según decía, había suplicado a sus padres que la dejaran ir, pero éstos se habían negado «porque no creen oportuno que alguien tan joven como yo vaya a un baile de mayores. Menuda idiotez». Durante media cuartilla, Patricia despoticaba por todo y sobre todos.

Un nuevo silencio —esta vez de una semana, según la fecha que figuraba en el encabezamiento y que, comparada con la anterior pausa, era un lapso de tiempo muy corto— precedió a una nueva acotación.

Esa vez, al parecer, el motivo que la impulsó a escribir se debía a que Melania había confesado que en la fiesta a la que no la habían dejado ir a ella se había acostado con uno de los invitados de su hermana después de fumarse un porro que había caído, no sabía cómo, en sus manos. Por lo que contaba su amiga en clase, y que ella repetía sobre el papel, la experiencia había sido nefasta, dolorosa y abochornante. Mientras el chico se lo hacía, el resto, incluida su hermana, vitoreaban y animaban al muchacho a que siguiera más y más.

Llegados a ese punto, Keith levantó la cabeza y miró a Julia con

preocupación, pero ella le hizo un gesto para que siguiera leyendo, a pesar de que era una sórdida descripción de lo que casi se podría llamar una violación en grupo. Aun con una sensación de repulsa que le constreñía el estómago, estaba decidida a oír todos los pensamientos de Patricia, por duros que fueran. Él meneó la cabeza, nada convencido de continuar. Habría votado por descansar un rato, tal vez incluso cenar, antes de volver a la lectura del diario, pero comprendió la necesidad de ella y siguió leyendo.

Espaciadas entre ellas por algunas semanas, siguieron unas cuantas notas más con las tonterías carentes de importancia típicas de una adolescente y que precedían a otra que los dejó consternados a ambos:

«Melania ha vuelto de su curso en Suiza. Tenía mala cara y estaba todavía más delgada que de costumbre. Todas las chicas nos hemos acercado a saludarla, pero estaba en plan gilipollas, como si no quisiera saber nada de nosotras. ¿Te lo puedes creer? Pero no deja de ser amiga mía, ¿no? Y por eso, y también porque me moría de curiosidad, a la hora del recreo he ido a hablar con ella yo sola, y en cuanto me ha visto, se me ha echado al cuello y se ha puesto a llorar como si se le hubiera muerto el perro. Le he insistido e insistido para que me contara qué le pasaba hasta que he logrado que me confesara que no había ido a Suiza ni a ningún sitio. Ha estado encerrada en casa de unos tíos suyos, en Exeter. ¡Buff, menudo muermazo! Pero eso no es todo. Cuando le he preguntado por qué la habían llevado allí tanto tiempo, que si había matado a alguien o qué, me ha soltado la bomba: el tipo que la folló en el cumpleaños de su hermana le había hecho un bombo. Jajaja, la muy idiota. Encima de puta, imbécil. Eso le pasa por acostarse con un tío antes que yo y por no enterarse de nada cuando hablan en clase de sexualidad. La señorita Preston nos dijo muy claro que siempre hay que usar condón, y la muy tonta va y deja que se la metan sin más.»

A Keith le costó terminar de leer. No podía creerse la falta de empatía, el cinismo, la frivolidad y el egoísmo de esa muchacha. ¡Qué diferente era de su hija! Esperaba que en las páginas que les quedaban por delante el relato no

fuera tan sórdido. Levantó los ojos del bloc y los posó sobre Julia. Estaba demudada, entrelazando fuertemente las manos sobre su regazo y luchando contra las lágrimas. Decidió que ya tenía bastante por un día, que no necesitaba padecer esa tortura por más tiempo, y cerró el diario.

—Suficiente —sentenció levantándose de golpe.

—Pero... —Julia lo miró aturdida, sin comprender de qué hablaba.

—Por hoy se ha acabado. El diario no se va a mover ni va a cambiar lo que está escrito en él. Pero necesitas descansar de tantas emociones. Hoy ha sido un día lleno de ellas.

—Pero, Keith, yo...

—Lo sé. Sé que estás deseosa de conocer la parte del alma de tu madre que encierra este cuaderno —lo agitó en el aire para remarcar sus palabras—, pero es preciso que descanses, que asimiles todo lo que has conocido de ella hoy, que lo digieras antes de poder seguir.

—Pero... —insistió con los ojos vidriosos, a punto del llanto.

—Confía en mí, Julia, por favor, confía en mí.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de la joven en contra de su voluntad. Detestaba parecer débil a pesar de que, en muchas ocasiones, era así cómo se sentía. De todas formas, no se sintió tan atormentada por hacerlo delante de Keith como si su público hubiera sido cualquier otra persona. Él le pedía su confianza..., pero en realidad ya la tenía.

—De acuerdo, lo dejaremos por hoy.

—Y solamente lo retomaremos en el momento en que estés preparada —le advirtió agachándose para ponerse a su altura, muy cerca de su rostro—. Llevas toda la vida sin saber quién era tu madre..., puedes esperar unos cuantos días más.

—Está bien..., tú eres el profesional —bromeó en un intento desesperado de desprenderse de la angustia que la recorría de arriba abajo.

—Sí, lo soy. Y también soy tu amigo. —La miró directamente a los ojos diciendo con ellos que era mucho más que eso para él—. Nunca te pediría

algo que te perjudicara.

—De acuerdo —aceptó ella con un gesto de la cabeza.

Sin perder el contacto visual, se limpió con un dedo la lágrima rebelde que había alcanzado su barbilla y le dedicó una tímida sonrisa. Él se la devolvió comprensivo, se puso en pie y le ofreció la mano para que también ella se levantara de su asiento.

—Vamos a ver qué delicia nos ha preparado Odile para cenar, ¿de acuerdo?

Ella respondió con otro gesto de la cabeza. Se sentía agotada y no precisamente por el ejercicio realizado a lo largo del día; era un cansancio emocional, un cansancio del alma. ¿Quién era realmente Patricia McDougall? ¿Quién era su madre, aquella mujer que había estado idealizando durante toda su vida?

\* \* \*

La cena fue silenciosa. Apenas intercambiaron unas cuantas palabras entre ellos, no porque no tuvieran nada que decirse, sino porque no tenían fuerzas para hablar, sobre todo Julia. Cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos: ella preguntándose, una y otra vez, qué había de cierto en todo lo que sabía de su madre antes de esa visita a Crystal House; Keith elaborando mil planes y estrategias que pudieran ayudar a Julia a pasar ese mal trago, sin olvidar que tenía que solucionar el tema de sus pesadillas.

John y Odile los miraban de reojo sin comprender su comportamiento. Habían llegado ilusionados, podría decirse que hasta felices... Sin embargo, en el transcurso de los cuatro días que llevaban allí, ese buen talante se había ensombrecido, especialmente en Julia. Imaginaban que la precipitada visita de Corinne tenía algo que ver, pero no podían entender de qué forma. Lo habían hablado entre ellos y lo único que se les ocurría era que, quizá, la joven había descubierto facetas de su madre que sólo unos pocos conocían. Y

si era así se compadecían de ella, porque la mayor parte de su vida Patricia había sido un ser insufrible.

Se despidieron de los Gallagher después de ayudarlos a recoger los restos de la cena. Entonces, el matrimonio se fue, dejándolos solos en la mansión.

—Creo que me voy a la cama —declaró Julia encogiéndose de hombros—. Estoy muy cansada.

—¿No te apetece que hablemos un poco de todo lo que has averiguado hoy?

—Prefiero no hacerlo. —Hizo un mohín con los labios negando con la cabeza al mismo tiempo—. Será mejor pedirle ayuda a la almohada antes.

—Como quieras. Vamos a dormir, entonces.

La cogió de la mano y se encaminó hacia la escalera. No paró de andar hasta llegar al dormitorio de Julia. Ella supuso que ahí se despedirían, pero no fue así.

Keith entró en la habitación detrás de Julia y cerró la puerta al traspasar el umbral. Ni loco iba a dejarla sola esa noche. Ella lo necesitaba a su lado. Y la simple idea de abandonarla en ese momento se le hacía insoportable. Además, tenía un motivo oculto que lo empujaba a desear pasar la noche con ella: poder abrazarla durante horas, rozar su piel, aunque sólo fuera con los brazos y, quizá, si tenía suerte, volver a besarla y emborracharse con su sabor.

Las miradas que cruzaron, cuando Julia se volvió para enfrentarlo, fueron fuego puro. Él estaba desesperado porque todo aquel embrollo se aclarara de una vez por todas para poder confesarle el deseo que sentía por ella, a pesar de que intuía que ella ya lo había adivinado. Y ella... ella estaba loca por dejarse llevar por la pasión que reflejaban los ojos de Keith, lo único y maravillosamente positivo que había encontrado desde que estaba de vuelta en la casa familiar.

Sin intercambiar palabra, él cogió el borde de su camiseta y tiró de él hacia arriba hasta quitársela por la cabeza. Después, sin dejar de mirarla pero

todavía en silencio, desabrochó el primer botón de su vaquero, y luego otro..., y cuando llegó al tercero, Julia, presa de la fascinación, sacudió la cabeza para recobrar la compostura.

—¿Qué haces, Keith? —preguntó sin poder apartar los ojos de él.

—Prepararme para dormir, claro —respondió con un susurro—. No querrás que duerma vestido, ¿no?

—Pero... ésta no es tu habitación —señaló aunque fuera obvio.

—Ya, es la tuya. Por eso voy a dormir aquí.

—¿Keith? —Julia entornó los párpados e hizo un gesto interrogante con las manos.

—Está muy claro. Voy a dormir contigo.

—¡Ah! No, no hace falta. —Pero su expresión decía lo contrario.

—Sí, sí que la hace. —Se acercó a ella y la tomó de las manos—. Si normalmente tienes pesadillas, imagina qué puede pasar hoy, que llevas una noche en vela a tus espaldas. Estás agotada, con la cabeza llena de un montón de información que ha hecho tambalear los cimientos de todo lo que habías creído durante toda tu vida, y tienes los sentimientos a flor de piel... Si esta noche te acechan las pesadillas, quiero estar aquí para reconfortarte.

—Pero... —se quejó sin convicción.

—No, Julia. No hay peros que valgan. Voy a dormir contigo porque lo necesitas y porque...

—¿Por qué...?

—Porque yo también lo necesito —reveló a su pesar. No quería que Julia se sintiera presionada de ninguna manera, pero no podía mentirle.

—¿Tú? —Miró sus manos entrelazadas.

—Sí, yo —y bajó la cabeza hasta que su boca se encontró con la de ella.

No fue consciente de la importancia de su gesto hasta que sintió los labios dulces y suaves de Julia bajo los suyos. Todos los buenos propósitos que se había impuesto sobre la conveniencia de esperar se disolvieron como un terrón de azúcar en el café. Guio las manos de Julia hasta su propia espalda a

la vez que las suyas volaban a la de ella para estrecharla más contra su cuerpo. Julia, embriagada por la caricia, abrió los labios para recibir su lengua. Seducida por su sabor, sólo fue consciente de que aquél no tenía nada que ver con los besos que se habían dado con anterioridad; era salvaje, hambriento y prometía mucho más.

Comenzó a deslizar las manos por la espalda desnuda de Keith, deleitándose con la solidez de sus músculos bajo sus dedos, disfrutando de la calidez de su piel hasta que tropezó con el pantalón. En un alarde de osadía, Julia introdujo los dos índices entre la tela y, con suavidad, la ayudó a resbalar junto a la ropa interior, que no llegó a tocar el suelo, quedando arremolinada alrededor de los pies de Keith. Él, de una patada, terminó de quitársela.

Julia, por su carácter y su forma natural de ser, no tenía mucha experiencia con los hombres. No porque no lo hubiera necesitado, claro, sino porque le costaba fiarse lo suficiente de alguien como para compartir un momento de abandono y pasión... Y eso a ella no le solía ocurrir casi nunca; de hecho, sólo le había pasado en dos ocasiones, y con el mismo chico, durante su tiempo de estudiante en la facultad. La experiencia había ido muy bien, o al menos eso era lo que ella había creído... Por desgracia, aquella persona en quien había depositado su confianza la defraudó, revelándoles a sus amigos todo lo que había hecho con ella en la cama. Aquello desembocó irremediablemente en dos cosas: a corto plazo, su aislamiento total, huyendo de la mofa de algunos de sus compañeros que la ridiculizaban por haber llegado virgen a la universidad. Después, y hasta esa fecha, su retraimiento, su desconfianza visceral, su miedo a volver a ser objeto de las burlas ajenas.

Pero, por alguna razón que se le escapaba, confiaba ciegamente en Keith. Tal vez era que se conocían, aunque fuera muy superficialmente, desde que eran niños. O quizá se debiera al hecho de ser el sobrino de Nana, cosa que, de por sí, ya era un motivo para creer en él. O puede que fuera por todo el apoyo que le había ofrecido desde el momento en que le pidió que la



acompañara a Crystal House Park... O, lo que parecía más probable, porque ese hombre, y ningún otro, había desatado un deseo hirviente en sus venas que sólo él podía sofocar. Su sentido del humor, sus inteligentes aportaciones, su sinceridad, sus besos... y, por qué negarlo, su físico, coronado por un rostro que la dejaba embobada, habían terminado por derrumbar su muro de desconfianza. Por todo eso estaba siendo tan audaz y distinta de cuanto solía.

Porque Keith era distinto de todos los hombres que había conocido.

Porque sentía que su preocupación era genuina y su deseo por ella tan imperioso como el suyo propio.

Porque sus besos eran sinceros y generosos y sus palabras francas y alentadoras.

Keith no podía dar crédito a su suerte. Lo que no hubiera siquiera imaginado que pasaría, por más que lo deseara, ahí estaba. Julia acababa de hacerle una clara invitación. Y él la iba a aceptar. ¡Por supuesto que la aceptaría! Estaría loco si no lo hiciera. Llevaba soñando con algo así desde que había pasado la primera noche abrazado a ella. En su fuero interno sopesaba si deberían esperar, pero su cuerpo y la determinación que mostraba Julia eran claros. Y no iba a ser él precisamente quien los contradijera. Solamente lamentaba una cosa, y era que ella llevara todavía tanta ropa encima. Pero eso era algo que iba a remediar enseguida.

—Ahora me toca a mí.

Se separó lo justo para mirarla de arriba abajo y emitió un ronroneo sordo ante la imagen que tenía delante. Julia, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos, lo miraba con ojos suplicantes como no lo había mirado antes. Las otras ocasiones en que la había besado no mostraba el deseo ardiente que revelaba en ese momento. Su cuerpo parecía vibrar por la necesidad de ser tocado, sus manos se movían inquietas por las ganas de acariciar la piel del hombre que tenía delante. Julia era un regalo para sus sentidos y todavía lo iba a ser más.

Estiró las manos hasta los tirantes de la camiseta que llevaba ella y, con suavidad, los deslizó por sus brazos hasta que sus pechos quedaron al descubierto. Eran pequeños, redondos, coronados por una areola oscura que contrastaba con la palidez de su piel. Eran perfectos. Contuvo las ganas de acariciarlos, de besarlos y lamerlos como le apetecía hacer. En cambio, se limitó a admirarlos como si de un cuadro se tratara. Cuando sus ojos quedaron satisfechos, puso su atención en el pantalón que le cubría las piernas. Si por él hubiera sido, lo habría roto en mil pedazos. Sin embargo, sujetó su impulso y lo bajó con delicadeza, acompañándolo con las manos a lo largo de sus muslos y arrodillándose ante ella al llegar a sus pies. La ayudó a desprenderse de la prenda, aguantándose las ganas un poco más. Julia lo miraba desde su altura, respirando de manera acelerada, anhelante.

Keith ya no lo pudo soportar por más tiempo. La aferró por las nalgas y acercó su boca al vértice de sus muslos. Las braguitas eran un inconveniente, pero no le importó. Comenzó a besarla delicadamente pero con glotonería, acariciándola con la nariz en el punto más sensible de su anatomía, consiguiendo así que ella exhalara un gemido de placer. Ese sonido fue el detonante para que la lujuria tomara las riendas de su voluntad. La diminuta prenda que lo separaba de su piel debía desaparecer. Y, sin miramientos, la rasgó de un lado. Inmediatamente, la tela cayó, dejando al descubierto un triángulo de rizos caoba que dejó a Keith sin aliento.

La miró a los ojos, todavía de rodillas, y comprobó que ella estaba tan expectante como él mismo. No esperó más. Se levantó de un salto y se perdió en sus labios.

## Capítulo 18

Aquella noche no hubo pesadillas. Lo que sí hubo fueron susurros compartidos, gemidos placenteros y orgasmos demoledores. Julia, que apenas recordaba lo que era estar con un hombre, supo sin temor a equivocarse que el sexo compartido con Keith había sido como alcanzar el nirvana. Era imposible que su rudeza delicada, su ávida generosidad y su entrega absoluta tuvieran competencia. Con sus besos ardientes y la maestría de sus dedos le había arrancado espasmos gloriosos, pero cuando bailó dentro de ella..., desató tal volcán en sus venas que creyó que se convertirían en lava.

Felices por las horas compartidas, iniciaron la jornada como hacían todos los días: con un buen desayuno preparado por Odile.

Las horas que siguieron fueron apacibles. Volvieron al desván y, salvo por algún pequeño sobresalto al encontrar objetos que habían pertenecido a Patricia, o incluso a ella misma, el día se desarrolló en completa tranquilidad.

Concluyeron su repaso a todos los enseres que escondía la estancia con una sensación de euforia. A pesar de que sus besos y sus caricias los obligaron a interrumpirse más de mil veces, habían conseguido que el día fuera productivo. Hallaron una gran cantidad de piezas útiles para la decoración de la casa principal y las aledañas. Al acabar, y para su satisfacción, tenían prácticamente todos los elementos necesarios para transformar aquella hacienda del siglo XXI en una de principios del XIX. Con lo que habían descartado esperaban obtener unas buenas ganancias, cuando Alan Smith, el anticuario, se las comprara. Y, con el beneficio que sacaran, podrían hacerse con los detalles que todavía faltaban.

Por la tarde, después de dar por concluida la revisión del desván, y tras

una ducha que los dejó como nuevos, salieron a pasear por la propiedad. Cogidos de la mano, anduvieron por los senderos que se abrían en el parque. Llegaron al lago, donde permanecieron unos minutos observando a los peces saltar alegremente. Después, viraron para encaminarse a la plazoleta desde donde la diosa Diana lo vigilaba todo a su alrededor. Se acercaron a la arboleda para ocultarse entre la vegetación y así poder besarse a sus anchas. Disfrutaron de su mutua compañía, envueltos en una sensación de plenitud y de paz.

De camino de vuelta a casa, Keith decidió arriesgarse a proponerle algo que le rondaba por la cabeza desde hacía dos días.

—Julia. —Se paró en medio del prado y se encaró a ella.

—¿Sí, Keith?

—No sé cómo empezar...

—No me asustes, por favor. Te has puesto muy serio.

Él le tomó las manos y le acarició los nudillos con los pulgares.

—No es nada malo, te lo prometo. —Rozó sus labios en un beso corto antes de seguir—. Pero me gustaría plantearte algo que no sé si te gustará.

—¿De qué se trata? —preguntó ella cada vez más inquieta.

—Ven, sentémonos en ese banco. —Tiró de ella hasta donde había indicado e hizo que se sentara.

—Sabes cómo crear expectación —afirmó Julia sentándose muy recta y cruzando las piernas por los tobillos.

—Verás, he estado pensando que deberíamos hacer una nueva sesión de hipnosis. —Le puso un dedo sobre los labios cuando ella intentó rebatirle—. Sólo de esa manera conseguiremos llegar al origen de tus pesadillas.

—Pero esta noche ya no las he sufrido —replicó a través del dedo que le impedía hablar con libertad.

—Es cierto —acordó él liberando su boca—. Pero ¿qué pasará cuando no esté a tu lado? ¿Qué pasará cuando vuelvas a dormir sola? No, Julia, no has

solucionado nada. Solamente has conseguido una tregua. Pero el problema sigue ahí —concluyó rozándole la frente.

—Tengo que pensarlo. Me aterra lo que podamos descubrir.

—Lo sé. Pero es preciso poner fin a esto.

Ella no contestó. Tenía que valorar qué era mejor: seguir como hasta ese momento o enfrentarse a sus fantasmas.

Se levantó de un salto y emprendió el regreso a la mansión.

\* \* \*

Maggie había pasado parte de la noche haciendo averiguaciones. En internet había localizado el banco cuyo nombre había descubierto en el despacho de Derek. Al parecer, era una entidad bancaria de élite con sucursales en todo el mundo, incluidas Suiza y las islas Caimán. En cuanto al hombre de contacto, se trataba de un caballero del que sólo había conseguido encontrar dos fotografías. En las dos se lo veía de costado, lo que dificultaba que se lo reconociera, e iban acompañadas de la típica y sosa anotación al pie. Nada de su pasado. Nada de sus actividades. Nada.

Como esa línea de investigación se cortaba ahí, se centró en buscar los nombres que aparecían en el documento que también había hallado en el despacho de su jefe. De algunos no localizó ninguna información, y no le extrañó. Con un equipo casero sólo se podía acceder a una búsqueda limitada. Los datos confidenciales estaban capados para el ciudadano de a pie, que es lo que era Maggie precisamente. Sin embargo, tuvo más suerte con otros nombres. Dio con un artículo de sociedad que mencionaba a algunos de los hombres que aparecían en los papeles de Derek y adjuntaba sus fotos. Una en concreto la sorprendió: la imagen mostraba a un grupo de hombres y mujeres charlando amigablemente. Derek y Pete estaban en el centro, luciendo una amplia sonrisa y mirando directamente a la cámara. Detrás de ellos, un mozo

de cuadra paseaba a un bello caballo castaño mientras un jinete lo seguía subido a su montura.

Aquello no tenía mucho sentido para ella. ¿Qué hacían sus jefes en un hipódromo? Que ella supiera, no eran aficionados a la hípica... Claro que siempre podía tratarse de una reunión de negocios disfrazada de encuentro social.

Llegado a ese punto, miró el reloj de su ordenador. Se había hecho muy tarde ya, seguiría al día siguiente. Todavía le quedaban nombres que investigar para descubrir el vínculo que los unía a los McDougall.

Dejó las notas que había recopilado dentro de un dossier y lo metió en el cajón de su escritorio, debajo de otros papeles sin importancia, escondiéndolo de miradas curiosas. No quería que Derek, si se le ocurría aparecer por allí, pudiera verlas y le reclamara explicaciones.

\* \* \*

Los señores Gallagher se retiraron temprano a su casa. La cena había consistido en ensalada y embutidos, por lo que dejarlo todo en orden no les llevó mucho tiempo. Ya no albergaban ninguna duda de que Julia y Keith eran algo más que amigos. La manera en que se miraban o cómo rozaban sus manos al pasar uno cerca del otro cuando creían que ellos no se daban cuenta les había resultado muy esclarecedora. Dejarlos solos era casi una obligación; que se prodigaran carantoñas, o lo que quisieran, sin tener que reprimirlas por culpa de su presencia en la casa era lo que merecían.

Mientras caminaban hacia su hogar, John maldijo por lo bajo.

—La niña lo va a averiguar, Odile.

—No lo creo, John. Todo lo que pasó aquella tarde está encerrado bajo cincuenta llaves y enterrado en lo más profundo de su memoria.

—Lo sé. Aun así..., ese amigo suyo...

—¿Keith, el sobrino de Gemma? No tienes de qué preocuparte. Él no sabe

nada. Y dudo que sospeche algo. No tiene por qué.

—Es posible, pero no me quedaré tranquilo hasta que se vayan.

—Ni que fuera la primera vez que la niña ronda por aquí —lo amonestó Odile, dándole un ligero empujón con el codo.

—No, es cierto. Pero es la primera vez que mete las narices por ahí, y cabe la posibilidad de que averigüe lo que no debe —afirmó preocupado.

—Tranquilo. El señor, antes de morir, se encargó de eliminar cualquier vestigio de lo que ocurrió, y dudo que Derek o Pete hayan dejado ninguna pista que la haga sospechar —afirmó su mujer, dando por zanjada la discusión.

\* \* \*

Julia seguía dándole vueltas a la propuesta que le había hecho Keith cuando subieron a su habitación. No podía negar que la intrigaba qué podrían descubrir si se sometía a otra sesión de hipnosis. Pero, por otro lado, la aterraba lo que pudieran destapar. Aunque, en realidad, si lo pensaba objetivamente, la primera vez no había sido tan traumática como había imaginado a priori. Eso sí, la había dejado con más dudas que antes. Ciertamente era que gracias a esa técnica conocía el origen de los sueños que la atormentaban, pero por qué aquellas palabras habían desatado un rosario de noches en vela seguía siendo un enigma.

Sin preguntar siquiera, Keith entró en el cuarto que, sin habérselo propuesto de antemano, compartía con Julia. Sabía que ella no dejaba de meditar sobre la idea que él había sembrado en su cabeza, y estaba cada vez más convencido de que debían llevarla a cabo. Ahondar en su cerebro les revelaría qué le había ocurrido para que se viera azotada de esa manera por las pesadillas. De todas formas, no pensaba insistir. No quería que por su cabezonería se estropeará aquello que estaba surgiendo entre ellos, fuera lo

que fuese. Además, Julia tenía criterio suficiente para decidir qué hacer al respecto.

La observó moverse por el dormitorio, recogiendo el poco desorden que habían organizado después de la ducha, y la siguió con la mirada cuando sacó del armario una camiseta para dormir. Pensó que era una tontería que se la pusiera porque él no tardaría en quitársela. Pero, por otro lado, imaginó que resultaría divertido hacerlo; desnudarla con sus propias manos sería un placer añadido a lo que tenía pensado hacer con ella.

La vio desaparecer en el baño mientras él se deshacía de la camiseta azul que llevaba y empezaba a desabrocharse los vaqueros. Un botón, dos... Al tercero no pudo más y entró tras ella.

La encontró frente al espejo, con las manos aferradas al lavamanos, mirando su imagen sin moverse. Al notar su presencia, se volvió hacia él.

—¿Y qué pasará si no me gusta lo que descubro? —Su característico tic la hizo encoger los hombros.

—No lo sé. Lo afrontaremos juntos si se da esa circunstancia —le aseguró él acercándosele por detrás para rodearle la cintura con los brazos.

Miraron el reflejo de su abrazo, que capturaba su atención de una manera hipnótica. Él, mucho más alto, apoyaba la barbilla en la cabeza de Julia, y ésta descansaba la suya sobre su pecho.

—Me gusta mucho lo que veo —confesó Keith depositando un beso en su cuello.

—Y a mí —dijo ella dándose la vuelta y aferrándose a él, extrañada de sí misma por la confianza que depositaba en él.

Pasaron unos instantes allí, quietos, entrelazados, sintiendo mutuamente los latidos del corazón del otro en su propio pecho, acariciándose con su aliento, hablándose con el alma.

Sin mediar palabra, Keith la soltó, la cogió por la muñeca y tiró de ella para llevarla a la habitación.

—Vernos juntos, reflejados en el espejo... —No se atrevió a confesarle



que lo había removido por dentro.

—A mí me ha pasado igual —reveló ella, intuyendo lo que él intentaba decir.

—Pero ahora quiero más, mucho más de ti.

Y con el primer beso ya le dejó claro a qué se refería.

## Capítulo 19

La mañana amaneció sombría y amenazaba lluvia. Aun así, algún rayo de sol se escabullía entre las nubes e incidía en la habitación que había sido testigo de su noche de pasión.

Julia, acurrucada entre los brazos de Keith, despegó los párpados poco a poco y una sonrisa de satisfacción relució en su rostro. Por segunda noche consecutiva, se había perdido entre gemidos de placer; su cuerpo agotado le recordaba todas y cada una de las caricias que la habían hecho vibrar. Esa noche, las pesadillas no habían tenido cabida en aquella cama.

Miró al hombre que había conseguido tanto de ella en tan poco tiempo. Dormía plácidamente, mostrando un rostro relajado, apacible y feliz, y se preguntó si era gracias a ella que se veía así. De pronto, sin pretenderlo, el recuerdo de la propuesta que le había hecho Keith la tarde anterior se filtró en su mente. A pesar de que él estaba seguro, ella no estaba convencida de volver a permitirle que se colara en su subconsciente. Desde que él la acompañaba por las noches, no había vuelto a sufrir ninguna pesadilla y se ofuscaba pensando que ya les había puesto fin definitivamente. Claro que debía admitir que Keith tenía mucha más experiencia en temas psicológicos, y si él creía que era necesario, tal vez debería acceder.

De momento, no obstante, dejó aparcada la idea. Ya se enfrentaría a ella de nuevo cuando surgiera la ocasión. Y estaba segura de que se presentaría. Keith se había mostrado muy decidido al exponerla y sin duda volvería a persistir en ponerla en práctica.

Con mucho cuidado, procurando no despertarlo, intentó desasirse de sus brazos. Pero el movimiento, aunque leve, lo espabiló.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó con la voz roca por el sueño—. Quédate conmigo.

—Es tarde —se excusó ella. No obstante, la tentación de compartir de nuevo la cama con él fue muy fuerte.

—¿Y qué? —rebatió él aferrándola con sus brazos hasta ponerla bajo su cuerpo.

—La señora Gallagher...

—A estas alturas, Odile ya sabe lo que pasa en esta habitación, ¿no crees?

Julia se ruborizó hasta el nacimiento del pelo. Sabía que Keith tenía razón, pero ser consciente de que aquella mujer que la conocía desde niña estuviera al corriente de sus devaneos la azoraba.

—Tenemos que... —volvió a excusarse.

—Después.

Y, bajando la cabeza, Keith la besó con esa pasión enardecida que ponía cada vez que sus bocas se juntaban.

\* \* \*

Bajaron a desayunar un buen rato más tarde. En la cocina los esperaban sendos platos repletos de comida y los señores Gallagher, que, sentados a la mesa, los miraron sonriendo; a pesar de la ducha que habían compartido, seguía impresa en sus rostros la huella de su pasión.

John no tardó en levantarse, dispuesto a ocuparse de sus quehaceres.

—Señorita Julia... —dijo al pasar junto a ella.

—Julia, por favor —le recordó la joven.

—Perdón, Julia. Si precisan de alguna ayuda, o quieren que mueva algún mueble, no tienen más que decirlo.

—Muchas gracias, John. De momento nos las arreglamos bien entre los dos. —Meditó por un momento y añadió—: Aunque es posible que entre hoy y mañana tengamos que contar con usted.

—Lo que sea necesario, señ..., quiero decir, Julia.

—Hoy vendrá un anticuario para tasar los muebles y los objetos que hemos descartado. No sé si se llevará algo hoy o no. De ser así, a lo mejor tiene que echarnos una mano.

—Cuando quiera, Julia.

—Su mujer me tutea, ¿no le parece que usted podría hacer lo mismo?

El hombre no contestó. Bajó la mirada seguida de una inclinación de la cabeza como despedida y desapareció por la puerta de la cocina que daba al jardín.

—Mi marido es muy tímido, Julia. Además, es de la vieja escuela. Para él, los jefes siempre son los jefes y opina que hay que tratarlos con respeto.

—Si sólo fuera su marido... —susurró Keith para sí, recordando el trato que le había dispensado la mujer a Corinne.

—¿Decías algo? —Julia se volvió en su dirección, interrogándolo con la mirada.

—Nada, nada —contestó con una sonrisa ladina flotando en sus labios.

—Pues puede decirle de mi parte que no me ofende si me tutea. Es más, lo prefiero —dijo la joven, centrando de nuevo su atención en el ama de llaves.

—Se lo diré —aseguró la mujer asintiendo con la cabeza y poniéndose en pie—. Ahora, si me disculpáis.

—Una cosa más, Odile. ¿Puede darme las llaves de las habitaciones del ala izquierda de la casa, por favor?

La señora Gallagher pareció vacilar un segundo. Nadie lo habría notado a no ser que Keith no estuviera siempre pendiente de lo que pasaba a su alrededor. En más de una ocasión había percibido gestos y expresiones en esa mujer que resultaban enigmáticos. A veces la había encontrado mirando disimuladamente a Julia con cierta suspicacia. Algo que era más frecuente tras la visita de Corinne. Desde entonces, las miradas fugaces se habían intensificado. Parecía evidente que esa mujer escondía algo, así como su

marido. A él también lo había descubierto observando a su joven ama de reojo alguna que otra vez.

Meditó sobre el asunto mientras Odile le entregaba el manajo de llaves a Julia sin demasiado entusiasmo y concluyó que, seguramente, se debiera a que el matrimonio estaba acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo en la propiedad. Tener a la dueña rondando por ahí era más que una molestia, un fastidio. Lo más probable era que su paz cotidiana se viera interferida con la presencia de Julia y, por extensión, con la suya. Estando solos, la pareja era ama y señora de Crystal House, pero con la verdadera propietaria merodeando y registrándolo todo...

—¿Vamos? —Julia lo arrancó de sus cavilaciones.

—¿Qué? Ah, sí, sí. Vamos —aceptó poniéndose en pie—. ¿Por dónde empezamos?

Recorrieron, habitación por habitación, la parte de la casa que solía permanecer cerrada, aprovechando la intimidad de cada estancia para besarse furtivamente. Entraban en una dependencia, observaban qué había y cómo estaba decorada y anotaban los cambios que se debían realizar para acomodarla a sus necesidades. Llevaban más de la mitad del ala revisada cuando se detuvieron frente a una puerta.

—¿Qué pasa? ¿No entramos? —se extrañó Keith al ver que Julia no introducía la llave correspondiente en la cerradura.

Al no obtener respuesta, la miró. Ella mantenía los ojos muy abiertos y fijos en la manija, perdido todo rastro de color de sus mejillas; la mano que sostenía la argolla con el puñado de llaves le temblaba levemente y su pecho se agitaba de manera desmedida. Al mirarla a la cara lo sorprendió ver una gota de sudor resbalando por su sien.

—Julia, ¿te encuentras bien? —La giró cogiéndola por los hombros y, al ver su expresión pálida, la atrajo hacia su pecho y la rodeó con los brazos—. Chiss, tranquila, cariño, tranquila. Estoy aquí contigo.

—Es la habitación de mi madre..., no puedo —sollozó ella—. Todavía no

puedo.

—¿Qué no puedes, Julia?

A Keith lo atormentaba verla en ese estado y necesitaba saber qué pasaba por su cabeza para poder comprender su comportamiento.

—Todavía no puedo cruzar esta puerta —repuso con voz entrecortada—. Tengo que mentalizarme para poder hacerlo.

—Está bien, no hay prisa... Ya entraremos cuando estés preparada —acordó mientras su mano continuaba acariciándole la espalda.

—Pero sí que hay prisa. Todo esto —dijo separando la mejilla del pecho de Keith y fijando sus ojos en los de él— tiene que estar revisado antes del domingo. El lunes, sin falta, debo reincorporarme al trabajo.

—¿Y qué pasa si no lo haces, Julia? —La besó en la frente y fue bajando lentamente hasta la nariz, donde depositó otro beso juguetón—. A diario estás en contacto con tu secretaria, quien te informa religiosamente de todo lo que debes saber sobre el trabajo. Además, dejaste las cosas bastante encauzadas antes de venir, me lo has dicho tú misma. No pasará nada si retrasas un día o dos tu vuelta.

Julia apoyó de nuevo la frente en el pecho de Keith y suspiró sonoramente antes de hablar.

—Tienes razón, no soy tan imprescindible como yo me empeño en pensar. Además —volvió a mirarlo y en sus ojos ya no había temor, sino más bien audacia—, aquí hay cosas que me interesan mucho... —Se alzó sobre la punta de los pies y le reclamó un beso que él estuvo encantando de darle.

—Ahora, señorita McDougall, ¿qué es lo que quiere hacer? —preguntó cuando se separaron—. ¿Seguimos revisando dormitorios o nos encerramos en uno?

—Oh, Keith, no seas malo —pidió Julia dándole un ligero golpe en el brazo—. La señora Gallagher está abajo y nos podría oír.

—¿Y?

—¡Keith!

—¡Está bien! ¿Qué propones? —A pesar de la reprimenda, no pudo evitar mover repetidamente las cejas en un gesto cargado de segundas intenciones.

—Keith —volvió a advertirle señalándolo con el índice.

—Vale, vale. ¿Seguimos, entonces? —Deshizo el abrazo con el que la tenía presa y adelantó un pie hacia la siguiente estancia cerrada.

—¿Qué te parece si lo dejamos de momento y leemos un poco más del diario de mi madre? —lo detuvo ella, poniendo la palma abierta sobre su estómago.

—Me preguntaba cuándo querrías volver a él —afirmó él con una sonrisa.

—Éste es un buen momento, ¿no te parece?

En ese preciso instante, el smartphone de Julia empezó a sonar. Ella miró a Keith con una disculpa en los ojos y descolgó: era Maggie. Antes de apartarse para darle intimidad, él le cogió las llaves de la mano y franqueó la puerta que ella no se había atrevido a abrir momentos antes.

Maggie la llamaba simplemente para hablar con ella. Como excusa, le explicó los últimos avances de la campaña publicitaria para el lanzamiento al mercado del nuevo pintalabios, nada que no le hubiera dicho ya. Ante la pregunta de Julia de cómo iba el otro tema, el del relanzamiento de la primera línea de productos que había sacado la empresa al mercado, ella le contestó que todo andaba por buen camino.

En realidad, Maggie habría deseado confesarle el resultado de sus últimas pesquisas en relación con los papeles que había descubierto en el despacho de Derek, pero como no le había dicho nada con anterioridad, prefirió guardárselo para sí. En el momento en que supiera más, ya la pondría al corriente. Ésa era su idea. Pero mientras tanto, escuchar la voz amiga de su jefa la descargaba parcialmente de la presión que sentía por todo lo averiguado. Con respecto al banco y el nombre al que iba asociado, no había conseguido hallar más información. Sin embargo, en cuanto a los hombres que aparecían en el otro documento, sí había tenido suerte. Al menos, en parte. La noche anterior, dispuesta a recabar más detalles sobre ellos, había

vuelto a navegar por internet en busca de información sobre cada uno de los nombres de los tres individuos que había logrado identificar el día anterior. No era mucho, y sin embargo representaba un gran logro teniendo en cuenta lo que se decía de ellos en uno de los tabloides.

Según el artículo que había leído, eran hombres de negocios. Negocios turbios. Negocios muy turbios. El periodista había obtenido información confidencial según la cual los tres sujetos eran socios en una compañía de importación de alimentos tropicales, aunque sospechaba que no era eso lo único con lo que comerciaban. También hablaba sobre una agencia de modelos. Según las indagaciones del periodista, no todas las mujeres que trabajaban para ellos disponían de la documentación en regla.

Con cada frase que Maggie había leído se había ido escamando un poco más. Pero hubo una cosa que terminó de alarmarla: siempre conforme a lo que el reportero afirmaba, el grueso de los ingresos de la sociedad que dirigían se obtenía gracias a una sala de alterne con sede en el Soho londinense. El artículo también dudaba de que todas las chicas que trabajaban allí lo hicieran por voluntad propia. El reportaje acababa lanzando al aire una idea siniestra: la mafia se había hecho un hueco entre la alta sociedad británica.

Con toda esa información martilleándole la cabeza, se planteó un sinfín de preguntas: ¿qué hacían sus jefes con esos tipos que no eran de fiar? ¿En qué estaban metidos Derek y Pete? ¿Estaría al tanto alguno de los dos de la clase de negocios que manejaban esos *personajes*? Ésas y muchas más cuestiones le bullían en la cabeza, y habría sido una liberación para ella poder formularselas a Julia...

Sin embargo, lo que hizo después de preguntarle por sus avances en Crystal House y de comentar algunas nimiedades fue colgar, quedándose con un sabor amargo en los labios por culpa de la información no compartida.

\* \* \*



Mientras Maggie y Julia hablaban, Keith echó una ojeada a la que había sido la habitación de Patricia. Aquel dormitorio semejaba un mausoleo en su memoria, un altar que no se había tocado más que para mantenerlo inmaculadamente limpio. De todas maneras, y a pesar de la pulcritud, se respiraba un ambiente lúgubre en aquella estancia. Reprimió la tentación de abrir cajones o revolver en el armario. Por más interés que le suscitara saber qué escondían esas cuatro paredes, creía firmemente que era Julia quien debía hurgar entre todos los enseres del dormitorio cuando dejara atrás ese pavor que parecía inspirarle.

Atento a lo que se decía en el pasillo, en cuanto detectó que la charla llegaba a su fin, salió a encontrarse con ella.

—¿Todo bien en la oficina? —preguntó alzando la comisura de los labios.

—Perfectamente.

—Bien. —Se acercó a ella, engarzó sus brazos y añadió—: Pues vamos a ver qué nos cuenta tu madre.

## Capítulo 20

Llevaban más de diez páginas leídas y no habían descubierto nada nuevo sobre Patricia. Al menos, nada que las anteriores anotaciones no les hubieran desvelado ya. La chica que escribía el diario era un ser egoísta y egocéntrico, con nula empatía hacia los demás y hasta cruel en algunas de sus declaraciones. Como cuando se burlaba de una compañera que había acudido a clase con un feo grano en la frente y la describía como un rinoceronte cornudo, por ejemplo. O cuando a otra chica la habían descubierto escribiendo en su libreta el nombre de un muchacho que le gustaba. En esa ocasión, Patricia la había tildado de ñoña e ingenua. A su parecer, el joven en cuestión jamás se fijaría en alguien con tan poco atractivo como aquella «cuatro ojos con dentadura de Tiburón», en alusión al asesino con los dientes de acero de las películas de James Bond.

A cada página leída, a Julia se le caía más el alma a los pies. Su madre era un ser maligno disfrazado de jovencita encantadora, y lo peor del asunto era que, aparentemente, nadie se percataba de la negrura que esa pequeña dictadora encerraba en su interior. Su abuela le había asegurado que, con los años, Patricia había cambiado. Según su opinión, su madre debía de haberse sometido a una lobotomía para transformarse del pequeño monstruo que se vislumbraba en sus escritos a una persona con algo parecido a los sentimientos. Era terrible descubrir que no sólo sus compañeras eran diana de sus insultos; ni aquellos que trabajaban en la casa en aquel tiempo — incluidos los Gallagher— ni sus propios padres se libraban de su pluma mordaz. Para ella eran crueles y desalmados porque no le concedían todo lo que les exigía.

Keith la miró después de haber leído un pasaje, especialmente dañino, referido a su abuela. Julia estaba tensa, con los dientes apretados y las manos fuertemente entrelazadas sobre su regazo.

—¿Quieres que lo dejemos? —preguntó cerrando el diario.

—No, gracias. —Le dedicó una sonrisa cansada—. Todavía queda mucho por leer y ya me estoy acostumbrando a la idea de que mi madre era un ser horrible, a pesar de lo que me aseguró mi abuela.

—Si ella dice que tu madre cambió, debe de ser cierto, ¿no crees? —Rodó hasta situarse sobre ella, aguantando su peso con los brazos extendidos—. Corinne no te engañaría —concluyó depositando un suave beso en la punta de su nariz.

—Sí, claro que lo haría. Lo haría para no ensuciar la memoria de su hija y para que yo tuviera una imagen más agradable de mi madre. —Le acarició la mejilla, rasposa por la incipiente barba, para consolarse ella misma con el contacto de su piel—. Lo haría por el bien de todos.

—Démosle la oportunidad a Patricia de redimirse, ¿quieres? —Bajó la cabeza y la besó para confortarla.

La unión de sus labios con los de Keith le erizó la piel, por más que la intención del joven fuera inocente. Sin embargo, para Julia aquel roce fue como alcanzar un oasis de comprensión y cariño, lo que la llevó a responder a aquella caricia poniendo todos sus sentidos en devolver el beso. Un pequeño choque de sus lenguas fue la excusa para desencadenar una danza frenética de sus bocas. Julia le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo a ella deseosa de abandonarse a una vorágine de sensaciones que sólo Keith sabía desatarle.

Él, aceptando gustoso la invitación, se separó apenas de ella para quitarse la camiseta por la cabeza antes de volver a besarla. Con una mano abarcó uno de sus pechos, recreándose en torturar el pezón. Al notarlo duro y sensible, reptó hasta alcanzarlo con la boca y lo mordisqueó a través de la ropa. Su recompensa fue oír el suspiro de placer que se formó en la garganta de Julia y notar cómo se removía deseosa debajo de su cuerpo. Abandonó aquella perla

perfecta dejando la marca húmeda de su boca en la tela para concentrarse en el otro pezón. Empezaba a saborear su dureza cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Julia? —se oyó la voz de Odile amortiguada por la madera—. La comida ya está preparada.

Julia puso los ojos en blanco y contuvo un gruñido de frustración a la vez que Keith se volteaba, quedando boca arriba con un brazo tapándole los ojos.

—Deme un minuto y bajo, Odile.

—¿Avisas tú a Keith? —preguntó el ama de llaves, a sabiendas de que él se encontraba allí.

—Sí, no se preocupe. Yo lo aviso.

Cuando oyeron los pasos de la señora Gallagher alejándose, se miraron con la respiración alterada y, sin poder remediarlo, se echaron a reír a la vez.

—Creo que será mejor que vayamos —dijo Julia con su característico movimiento de hombros.

—Supongo que sí —acordó Keith sin demasiado entusiasmo—. Pero antes sería conveniente que te cambiaras de camiseta —añadió señalando la prenda.

—¿Por qué? Al bajar la vista, descubrió un surco oscuro en el centro de cada uno de sus pechos. Sorprendida, se llevó una mano a los labios y se contestó ella misma—: Por la huella de tu boca en mi camiseta, ya veo.

Se puso en pie, se dirigió al armario y rebuscó dentro de un cajón hasta encontrar qué ponerse sin que Keith le quitara los ojos de encima. Al verlo tan absorto en ella, negó con la cabeza.

—Ah, no, amiguito. No pienso desnudarme delante de ti... —aseguró moviendo el índice de lado a lado, aunque lo estaba deseando—. Nos esperan en la cocina, y si lo hago... —pensó en las consecuencias y casi estuvo tentada de pasar de todo— dudo que lleguemos a ir.

—Me vas a matar —susurró él con los ojos entornados y oscuros.

—No por mucho tiempo, te lo prometo. —Al advertir su expresión lobuna,

se le escapó un gemido entre los labios ligeramente entreabiertos.

—Te tomo la palabra. —Se levantó de un salto, fue hasta ella y le acunó la cara con las manos antes de besarla—. Y voy a recordártelo muy pronto.

Volvió a besarla y, con mucho esfuerzo, salió de la habitación cerrándola con una mano y reacomodándose una punzante erección con la otra.

Extrañamente, ese día, los señores Gallagher les preguntaron por su trabajo. Hasta ese momento habían hecho algún comentario aislado, pero nunca habían demostrado verdadero interés. En esa ocasión, sin embargo, les preguntaron por las habitaciones revisadas y por si lo habían encontrado todo en orden. Hasta llegaron a ofrecerles su ayuda.

Las sospechas que albergaba Keith acerca de que el matrimonio ocultaba algo aumentaron. Parecía como si temieran que Julia hallara algo que les perjudicara a ellos, o incluso a ella misma. Ninguno de los dos le había hablado al matrimonio de lo que habían descubierto en los desvanes de las otras casas. Sólo sabían, porque Odile lo había visto, que Julia tenía en su poder el diario de su madre. Y, según creía él, al menos con lo que llevaban leído, no había nada que pudiera perjudicar a nadie salvo a la propia Patricia.

\* \* \*

Pasaron la tarde repasando el resto de las estancias del ala izquierda de la casa a excepción de la de Patricia. Como había ocurrido con las anteriores, las habitaciones presentaban un aspecto lo bastante clásico como para poder representar una cámara de principios de siglo XIX sin demasiado esfuerzo. Unos cuantos cambios sin importancia y estarían adaptadas para dar la sensación de haber viajado en el tiempo.

Al acabar, bajaron a reunirse con Odile, extrañados de que Alan no hubiera dado señales de vida. Ella los informó de que el anticuario había llamado por teléfono para disculparse por no poder pasarse ese día y había dicho que lo haría la mañana siguiente. Ante su contrariedad, el ama de llaves

se ofreció a prepararles un té con pastas que ellos aceptaron encantados. Después de terminarse la deliciosa merienda, pasearon durante más de media hora por los alrededores de la finca hasta que el fresco de la tarde les aconsejó volver a la casa, entre otras cosas porque a Julia le apetecía ir a nadar un rato y no quería que el frío la desanimara.

—¿De verdad no te molesta que vaya a la piscina? —se interesó.

—Preferiría que nos encerráramos en tu dormitorio, si quieres que sea sincero. Pero, no, no me importa que vayas.

Secretamente, decidió que mientras ella se perdía en el agua, él lo haría en el que había sido el cuarto de Patricia. No había tenido tiempo de revisarlo a fondo y prefería hacerlo antes de que Julia se decidiera a entrar.

—Volveré en menos de una hora —anunció la joven cuando estuvo lista.

—Aquí me encontrarás —soltó con una sonrisa traviesa reluciendo en su rostro y arqueando las cejas varias veces.

—Eso espero. —Lanzó un beso al aire y, dando media vuelta, se alejó de él.

En cuanto Julia dejó la casa para dirigirse al pabellón de la piscina, Keith sucumbió a la curiosidad, a pesar de lo que había pensado horas antes. Cogió las llaves que todavía no habían devuelto a la señora Gallagher y fue derecho a la habitación que en su día ocupó Patricia. Intentó ser cauteloso para evitar que Odile o John lo descubrieran. No quería interrupciones ni que nadie metiera las narices en su búsqueda de no sabía qué.

A pesar de que la luz del día había bajado de intensidad, Keith no encendió ninguna bombilla, solamente lo haría en caso de ser imprescindible. Con sumo cuidado, empezó a abrir cajones. En el primero encontró los típicos chismes que suelen guardarse en un dormitorio: cremas de todo tipo —más que caducadas—, un viejo despertador de campana, piezas de bisutería... En definitiva, nada de relevancia.

El segundo cajón escondía un ejemplar, casi intacto, de la primera edición de *Los pilares de la Tierra* junto con otros dos libros más manoseados. Les

echó una ojeada rápida y, entre las hojas de uno de ellos, *Diez negritos* de Agatha Christie, encontró una nota escrita con la misma letra que la del diario. En ella solamente se leía: «Estoy preocupada. Esto puede acabar mal». Parecía una reflexión hecha a sí misma, como cuando uno pintarrajea en un papel mientras está hablando por teléfono, algo que se escapa de la mente sin que uno sea consciente de ello. Y, aun así, Patricia lo había guardado. ¿Por qué?, se preguntó Keith. Tal vez la respuesta era tan simple como que había utilizado el trozo de papel como punto de libro, pero no le pareció plausible. No, su nariz de psicólogo le decía que ahí había una motivación, pero no lograba encontrarla. Se metió la nota en el bolsillo antes de continuar con la inspección de la habitación.

El resto de los cajones no contenían más que ropa interior, cosméticos, fotos familiares y alguna joya. Nada de lo que había hallado explicaba el tremendo pavor que le producía a Julia esa habitación. Instintivamente, miró su reloj de pulsera y se dio cuenta de que el tiempo se le echaba encima, así que se afanó en seguir su registro. Sabía que era más que conveniente acabar con lo que estaba haciendo antes de que Julia volviera de su baño.

De repente le llamó la atención que, hasta el momento, no había encontrado rastro de ningún objeto masculino que pudiera pertenecer al padre de Julia; ni una triste maquinilla de afeitar o un pañuelo perdido. Nada. O Derek había sido extremadamente escrupuloso en vaciar sus pertenencias o nunca había habido nada suyo allí. Otra cuestión que se le planteaba: ¿qué tipo de relación mantenía el matrimonio McDougall?

Abrió el armario y un insoportable olor a naftalina le abofeteó las fosas nasales hasta tal punto que tuvo que girar la cara. No obstante, y a pesar del desagradable tufo, su afán por saber lo llevó a mirar en el interior del ropero. Después de la cantidad de vestidos y trajes de mujer que había en el desván, no había imaginado encontrar tanta ropa allí dentro: zapatos perfectamente alineados en la base del mueble, elegantes atuendos mezclados con prendas

informales, sombreros, chales, chaquetas... Un vestuario digno de una emperatriz.

Distinguió dos cajas en el altillo: una grande y pesada que resultó contener un ajuar de bebé, probablemente de Julia, pulcramente doblado y envuelto en papel de seda —lo que recalca la importancia que todo aquello tenía para Patricia—. Al fondo de la caja, un objeto brillante captó su interés. A pesar del cuidado que puso al sacarlo, la pieza plateada tintineó con un alegre sonido; observó el sonajero con atención y encontró un nombre grabado: «Julia». No se había equivocado, aquella caja guardaba las ropitas de una Julia recién nacida. Una inmensa ternura le contrajo los labios en una sonrisa. Recordaba a la niña pelirroja, risueña y tímida que era cuando él la conoció, pero imaginársela de bebé...

Lo dejó todo como lo había encontrado y miró dentro de la otra caja, muchísimo más pequeña. Allí encontró joyas —algunas de gran valor, otras claramente diseñadas para una niña— y un albarán de una joyería, que guardó en el bolsillo junto a la nota que había encontrado en el libro. Seguramente era una tontería, pero lo investigaría de todos modos por si acaso.

Por último, abrió el único cajón que tenía el armario y encontró varias cartas de Derek dirigidas a Patricia escondidas entre pañuelos y medias de seda. Estuvo tentado de encender la luz y pararse a leerlas, pero su buen juicio lo hizo desistir. Ni tenía tiempo ni creía estar en el derecho de invadir de esa manera la intimidad de la familia. Aguardaría hasta que Julia fuera capaz de entrar en esa habitación, a que se encontrara con la correspondencia y a que decidiera si él era merecedor de conocer los secretos que guardaba.

Salió de allí tan sigilosamente como había entrado, se escabulló hasta su cuarto y cogió algo de ropa para cambiarse. Después, como si fuera la cosa más natural del mundo, entró en el dormitorio de Julia para darse una ducha.

En el mismo instante en que el agua comenzaba a caer sobre él, se abrió la puerta de la habitación para dar paso a una Julia enfundada en un mullido



albornoz blanco. Sonrió al oír la voz desafinada de Keith cantando a todo pulmón una vieja canción de los Rolling Stones. Sacudió la cabeza divertida. Nunca imagino que Keith, cuya voz le parecía de lo más sexy, cantara tan mal. Sonriendo, se introdujo en el baño sin hacer ruido, disfrutando de la serenata que salía de la ducha durante un par de segundos.

—¿No se supone que debemos guardar las formas mientras los Gallagher estén en la casa? —lo sorprendió metiendo la cabeza a través de una rendija de la mampara.

—¡Dios, qué susto me has dado! —exclamó él dejando de cantar de golpe y llevándose una mano al pecho—. No te he oído entrar.

La miró apreciativamente. Estaba preciosa, con el pelo mojado enmarcándole el rostro como un marco de bronce, con su verde mirada risueña y los labios curvados en una sonrisa tentadora. Keith no se resistió. Alargó su mano mojada y le agarró la manga del albornoz

—¿Vienes?

Sin necesidad de contestar, ella desanudó el cinturón, dejando ver la parte frontal de un insulso bañador de natación que, en su cuerpo, se convertía en la más tentadora pieza de lencería. Se bajó muy lentamente primero una manga, dejando al descubierto uno de sus redondeados hombros, e hizo lo mismo con la otra después, en un sensual *striptease* que encendió la sangre en las venas de Keith. Él ya no aguantó más, abrió de golpe la mampara, la cogió por las muñecas y tiró de ella hasta hacerla chocar con su pecho bajo el chorro de agua antes de besarla con ganas.

En ese momento sonó el teléfono de Julia y ella, instintivamente, desvió la cabeza en dirección al dormitorio.

—Ni se te ocurra —sentenció Keith apretándola contra su cuerpo.

—Puede ser importante —bromeó ella con una sonrisa perversa bailando en sus labios.

—Aunque se caiga el mundo —apuntó. Y la volvió a besar.

Si se cayó el mundo, ya no lo supieron ni les importó.

## Capítulo 21

Maggie dejó sonar el teléfono hasta que un pitido le indicó que la comunicación se había cortado. Nerviosa, dejó el aparato sobre su soporte y comenzó a estrujarse las manos. Necesitaba hablar con Julia. Era imperativo que le contara lo que había descubierto. Estaba asustada por las implicaciones que su hallazgo pudiera tener para su jefa, para la empresa y, también, para ella misma por haber metido las narices donde no la llamaban.

La cosa había comenzado esa misma mañana con el anuncio de Derek y Pete de que se marchaban a una reunión. Extrañada porque nadie había hablado antes de esa cita, ella les había dicho que ninguno de sus ayudantes había comentado una palabra al respecto. Irritado, el mayor de los McDougall le había recordado que no tenía por qué dar explicaciones sobre sus cambios de planes. Pete había sido más explícito:

—Métete en tus asuntos de mierda y deja de entrometerte en los nuestros, joder.

Después de esa desagradable despedida, e intrigada por el motivo de ese encuentro misterioso, Maggie se armó de valor y decidió seguirlos.

Mientras los dos McDougall esperaban en la calle la llegada del chófer con su coche, ella se inventó una excusa que darles a sus compañeros para salir de la empresa sin levantar sospechas. Esperó en el vestíbulo, al abrigo de una columna, hasta que los hombres se subieron al vehículo. En ese momento, ella salió al exterior y llamó al primer taxi que pasó por delante.

—Siga a ese Mercedes —exigió como si estuviera en una película de acción.

El conductor la miró por encima del hombro con una pizca de diversión,

puso en marcha el taxímetro y arrancó.

El auto de los McDougall, delante de ellos, avanzaba sin prisas por las calles de Marylebone hasta que llegó al Westway. Una vez allí, aumentando la velocidad, rodeó Bayswater, Westbourne Green y Notting Hill, obligando al taxista a hacer lo mismo si no quería perderlo. En la rotonda del polideportivo de Westway, viró a la izquierda para tomar la A-3220 hasta que ésta se convirtió en Warwick Road, justo en el límite del barrio de West Kensington. A esas alturas, el chófer ya había tenido algún que otro problema para seguirle los pasos al Mercedes; no obstante, continuaba tras él. Al llegar a la barriada de Clem Attlee Court, el coche giró a la derecha y siguió directo hasta Fulham. Después de unos minutos más, finalmente se detuvo frente a un elegante pub llamado The White Horse.

Durante todo el trayecto, Maggie se debatía entre la necesidad de seguirlos y averiguar adónde iban y la conveniencia de dar media vuelta y volver al despacho. No entendía qué había motivado su arrebató por seguirlos. Al fin y al cabo, sólo acudían a una reunión, como cualquiera del centenar a las que habían asistido desde que ella trabajaba en McDougall & Co. Sin embargo, algo en la manera de anunciarla, o tal vez las incógnitas que se habían instalado en su cabeza desde que había entrado a hurtadillas en el despacho de Derek, la habían empujado a hacer la locura que estaba cometiendo.

Lo que iba a hacer a partir de ese momento aún no lo tenía decidido. No podía aventurarse a entrar en el local sin riesgo de ser vista. Aunque tampoco tenía sentido quedarse en la calle sin saber qué pasaba dentro del establecimiento. Estaba intentando dilucidar qué hacer cuando Derek y Pete salieron del coche y se reunieron con unos hombres que los esperaban en la entrada del pub. Sin problemas, Maggie reconoció a dos de ellos de inmediato: se trataba de los supuestos mafiosos sobre los que había estado leyendo. Su intuición había sido acertada, pero ¿qué debía hacer a continuación?

Despidió al taxi a una manzana del local y caminó hasta la acera de

enfrente. Era lo más cerca que se podía permitir estar. Por suerte, el grupo escogió una mesa junto a una ventana desde la que ella podía distinguirlos sin problemas y a la vez no correr el riesgo de ser descubierta.

Le resultó relativamente fácil fotografiar con su móvil todos los movimientos de los hombres. Cómo se estrechaban las manos, cómo se intercambiaban golpes amistosos en el hombro, cómo tonteaban con la camarera, cómo Derek le daba a la chica un azote en el culo provocando un ataque de risa en los demás...

Durante más de veinte minutos no vio otra cosa que camaradería entre lo que parecía un puñado de amigos sin apreciar nada que pudiera resultar ni remotamente sospechoso. Les sirvieron la comida y fue entonces cuando notó un movimiento extraño. Pete sacó un sobre de su cartera y lo deslizó por encima de la mesa hasta que uno de los desconocidos lo tomó y le echó un vistazo. Aparentemente satisfecho con lo que encontró, hizo un gesto de asentimiento y le pasó a su vez un dossier que Pete examinó ante la mirada de todos. Él, también contento con el contenido, por lo que se intuía de su gesto, asintió con la cabeza. A partir de ahí, continuaron comiendo como si tal cosa.

Maggie había tomado instantáneas de cada movimiento, así como de todos los congregados. Satisfecha con el resultado de su investigación, abandonó su escondrijo para dirigirse a la boca de metro más cercana. No podía hacer nada más y ya llevaba demasiado tiempo fuera de la oficina.

Durante todo el camino de regreso, no dejó de darle vueltas a lo que había visto. Por eso, al llegar a su despacho, siguió su intuición y se decidió a examinar la contabilidad. Si alguien preguntaba, siempre podía aducir que necesitaba consultar algún presupuesto de publicidad para compararlo con el que estaba preparando en ese momento. Un argumento pobre, pero no del todo descabellado.

Dedicó media tarde a tal menester sin encontrar nada reseñable. Estaba claro que lo que fuera que los McDougall estaban tratando con aquellos tipos no quedaba reflejado en las cuentas de la corporación. Se sintió tentada de

volver a deslizarse dentro del despacho de Derek, o incluso en el de Pete, pero desterró la idea. Ellos volverían en cualquier momento, y si la sorprendían allí dentro tendría muchos problemas para justificarse. Concluyó que lo haría a la primera ocasión que se le presentara. En su anterior incursión no pensó en inspeccionar la caja fuerte. No sabía si podría hacerlo, dado que no conocía la contraseña, pero siempre podía intentarlo. Cada vez estaba más convencida de que aquellos dos estaban metidos en negocios muy turbios y algo la impulsaba a saber qué era, a pesar de su temor a ser descubierta.

Por todo eso, habría deseado hablarle a Julia sobre la vinculación de su padre y su hermano con miembros de la mafia —cosa que cada vez le parecía una posibilidad más real—, pero la falta de respuesta se lo impidió. Así que, una vez en casa, movida por la necesidad de compartir con su jefa sus inquietudes y el resultado de las pesquisas que había realizado, le escribió un correo en el que no omitió ningún detalle. Adjuntó las fotografías que había tomado, incluidas las que había hecho en el despacho de Derek días atrás, el enlace del artículo donde se hablaba de aquellos individuos... No se guardó nada en el tintero. Una vez enviado, apagó su ordenador, recogió sus cosas y, después de despedirse de los pocos compañeros que quedaban en su planta, se fue a casa.

\* \* \*

Tras la ducha apasionada con la que se habían homenajeado mutuamente, se vistieron entre arrumacos para la cena.

—Ha sido una locura lo que hemos hecho. Los Gallagher han podido oírnos —dijo Julia mientras se abrochaba la cremallera del vaquero.

—Ha sido delicioso. Me vuelve loco comerme tus jadeos con mis besos. —Le dedicó una mirada llena de intención desde donde estaba, agachado anudándose los cordones de las deportivas.

—¿Sabes que eres un poco gamberro?

—Sí. —Se puso en pie y la atrapó entre sus brazos—. Al menos, en lo que se refiere a ti.

—Me pasa algo parecido contigo. Me convierto en alguien audaz cuando estoy junto a ti.

—Ni te imaginas cómo me pone eso —susurró con los ojos cerrados y aspirando el aroma de su pelo rojo recién lavado.

—Por mucho que me tienta la idea de un nuevo asalto, debemos bajar a cenar. Odile nos espera.

—¡Está bien! —se resignó él, no sin antes darle un beso de los que hacen historia.

La cena se desarrolló plácidamente. Los Gallagher se interesaron por el trabajo que habían realizado ese día, ellos les contestaron dando algún detalle antes de preguntarles a su vez cómo les había ido la jornada a ellos. Todo muy formal. Demasiado. Casi artificial.

A Keith se le escapó un suspiro de alivio cuando el matrimonio salió por la puerta en dirección a su hogar.

—¡Por fin solos! —bromeó encerrándola en sus brazos.

—Sí. —Julia elevó la cara y le ofreció sus labios.

Lo que más deseaba él en ese momento era volver a arrastrarla hasta su habitación y hacerla chillar de placer. Pero había algo importante que había quedado pendiente y debían resolver.

—Julia, tenemos que hablar sobre la conveniencia de hacer una nueva sesión de hipnosis. Tú lo sabes y yo también.

—De acuerdo... Pero no hoy, por favor.

—Está bien. ¿Cuándo, entonces?

—Mañana, te lo prometo. Lo he meditado y he llegado a la conclusión de que tienes razón. No creo que mi situación empeore, así que me arriesgaré.

—Gracias por confiar en mí.

—Sí. Confío en ti. Creo que nunca he confiado tanto en alguien, ni

siquiera en Nana o en mi abuela.

—¡Tía Gemma! —exclamó Keith llevándose las manos a la cabeza—. Debe de estar subiéndose por las paredes por no recibir noticias nuestras.

—Mañana la llamaremos...

—¿Por qué no ahora?

—Es un poco tarde... y me gustaría comentar contigo algo que me ha venido a la cabeza mientras nadaba.

—Tienes razón cuando dices que nadar es tu momento de meditación. ¿De qué se trata?

—Es sobre algo que leímos en el contrato entre mi abuelo y mi padre.

—Tú dirás.

La cogió de la mano y la llevó hasta uno de los sillones de la sala, donde se sentó, acomodándola sobre sus rodillas.

—¿Recuerdas que hablaba del compromiso por parte de mi padre de no tocar un penique de mi patrimonio?

—Sí... ¿Y?

—Que mi padre no ha cumplido esa parte del trato —declaró Julia poniéndose en pie.

—¿Qué quieres decir? —Keith la imitó levantándose también.

—Poco antes de empezar a trabajar en la empresa familiar, Pete, mi hermano, contrajo una deuda, creo que por juegos de azar, nunca he indagado sobre la procedencia. Para pagarla, tomó dinero prestado de las arcas de la compañía. Mi padre se enfadó muchísimo con él porque la cantidad era muy elevada y ponía en serio peligro la economía de la entidad. Además, habría sido muy difícil explicarle al fisco por qué faltaba ese dinero —expuso sin dejar de mirarlo—. A mí no me dijeron nada, pero me enteré por casualidad un tiempo más tarde, después de asumir mi puesto como relaciones públicas. Para entonces, mi padre ya me había convencido para invertir en la sociedad con mi propio dinero, que, evidentemente, utilizó para cubrir el desfaldo de mi hermano.

—O sea, que tu padre no cumplió con el pacto hecho con tu abuelo.

—Exacto.

—Seguramente nunca imaginó que llegarías a enterarte de la existencia de ese acuerdo.

—Eso creo. Pero ahora estoy al corriente y no sé qué debo hacer.

Se quedaron en silencio durante mucho tiempo, allí, de pie, uno frente al otro. Por fin, fue Keith quien lo rompió.

—De momento, creo que lo más sensato es que mantengas en secreto lo que sabes. —La cogió por los hombros y la atrajo hacia sí—. Y hasta que les confieses que estás al tanto de la existencia del contrato, intenta averiguar si aquél fue un caso aislado o tu hermano ha seguido metiendo la mano en la caja de la empresa.

—Supongo que tienes razón... —acordó Julia, rodeándole la cintura con los brazos.

—Bien, no pienses más en ello ahora. —Con un dedo bajo la barbilla, le alzó la cabeza para extasiarse con su rostro—. No necesitas más preocupaciones.

Ella afirmó con la cabeza antes de elevarse sobre las puntas de los pies y reclamar su boca. Sin necesidad de palabras, Keith la condujo hasta la escalera.

Una vez en la habitación, ya desnudos sobre la cama, mientras le recorría con suavidad la piel del abdomen con la yema de los dedos después de haber hecho el amor, el joven le preguntó:

—¿Quién te ha llamado antes?

—No lo he mirado, pero ahora mismo tampoco me importa —contestó con un suspiro de deleite.

—Está bien —sonrió deslizando los dedos hasta su ombligo. De repente, se volvió para mirarla ampliando su sonrisa—. ¿Quieres que leamos unas pocas páginas del diario de tu madre?

—Prefiero hacer otra cosa —y con un descaro nada natural en ella, enredó



sus dedos en el pelo de Keith y lo atrajo hacia su cuerpo.

—Me gusta eso —afirmó él a la vez que bajaba la cabeza para que reemplazara a sus manos.

\* \* \*

Esa noche, a pesar del consuelo que le ofrecían los brazos de Keith, las pesadillas regresaron. Pero por primera vez pudo distinguir el rostro que escondía la sombra: era el de Pete, que, de manera espeluznante, se transformaba en el de Graham Gallagher. Su grito desgarrador quedó amortiguado por los labios del hombre que tenía a su lado y cuya compañía se estaba convirtiendo en imprescindible para ella.

—¿Qué ha sido eso? —Keith, sentado en la cama, le retiraba el pelo de la frente mientras estudiaba su semblante—. ¿Otra pesadilla?

—Sí —musitó Julia intentando mantener las lágrimas bajo control—. Ha sido horrible.

—Cuéntamelo. —La llevó hasta su pecho y la besó en la frente.

Ella le relató el sueño que acababa de sufrir, remarcando la aparición de Pete y de Graham poniéndole rostro a la sombra. Keith escuchaba sin decir una palabra. La consolaba con caricias y besos, mientras su cabeza no dejaba de elucubrar sobre lo que oía. Lo tranquilizaba saber que Julia se había decidido a realizar una nueva sesión de hipnosis, que esperaba que fuera suficiente para acabar con sus noches de terror. Sólo deseaba no añadirles más horror con lo que descubrieran.

A base de palabras reconfortantes y besos tranquilizadores, Keith consiguió que volviera a dormirse. Él, en cambio, se mantuvo despierto durante horas. Le preocupaba, y mucho, la virulencia de las pesadillas que afligían a Julia. Ilusamente había creído que, manteniéndose junto a ella durante la noche, conseguiría espantarlas por completo. De hecho, así había sido las veces anteriores, a pesar de todos los sobresaltos que llevaba vividos

la joven desde su llegada a Crystal House Park. Solamente tenía una explicación para el regreso de las pesadillas, y era el pánico ante la posibilidad de entrar en la habitación de Patricia.

La observaba con atención mientras su cabeza no dejaba de dar vueltas a mil asuntos, todos relacionados con ella. ¿Estaba preocupado por Julia? Sí, sin duda. ¿Quería acabar con sus pesadillas? Por supuesto. ¿Deseaba ayudarla con los problemas que la abatían? Eso, por descontado. ¿La apoyaría en todo lo que necesitara? Siempre que lo precisara. ¿Le gustaba verla feliz? Más que nada en el mundo. ¿Se estaba enamorando sin remedio de esa chica? Era un hecho. ¿Le importaba? Ni lo más mínimo.

## Capítulo 22

Los despertó el ruido de un motor acercándose a la casa. No hacía demasiado que Keith, por fin, había conciliado el sueño; el batiburrillo que tenía en su cabeza lo había mantenido parte de la noche en vela. En ese momento, lo único que le apetecía era seguir enroscado en el cuerpo cálido de Julia y dormir unas cuantas horas más.

—¿Quién será a estas horas? —se quejó la joven arrebujiándose en sus brazos y bostezando al mismo tiempo.

—No tengo ni idea —Keith se frotó un ojo con la mano libre—, pero, quienquiera que sea, podría haber venido más tarde.

No conseguían deshacerse de la modorra matutina que los mantenía con los párpados apenas abiertos, las voces roncadas y una serenata de bostezos. De repente, de lejos, les llegó la voz de Alan Smith y, como si les hubieran echado un cubo de agua helada, los dos saltaron de golpe de la cama.

—¡El anticuario! —exclamaron a la vez.

Entraron juntos al baño y, mientras uno se lavaba, el otro utilizaba el retrete, con tal naturalidad que nadie habría dicho que hacía menos de quince días que se habían reencontrado. Con una coordinación total, digna de una maquinaria suiza, se vistieron con rapidez y salieron al pasillo antes de que Odile alcanzara el último escalón para anunciarles la visita.

—Ha llegado el anticuario —dijo el ama de llaves, estudiándolos a ambos y mirando la puerta por donde habían salido juntos.

—Ya vamos —balbució Julia.

Sin poder evitarlo, se ruborizó ante la mirada escrutadora de la mujer. Al percatarse, Keith la cogió por la cintura y le dio un beso en la sien mientras

sus ojos se clavaban en los de Odile, que, no pudiendo aguantar su mirada, los apartó.

Alan los esperaba en la biblioteca, mirando a través de la ventana el parque que se abría frente a la casa. Giró sobre sus pies cuando los oyó entrar.

—Señorita Powers —se dirigió a ella con la mano extendida.

—Mi apellido es McDougall —le recordó estrechándosela.

—Disculpe mi torpeza —le sonrió antes de ofrecerle la mano a Keith—. Señor...

—Bennett, Keith Bennett. —Él la apretó y la sacudió con brío.

—Bien, pues, tras los saludos de cortesía, veamos todas esas maravillas que tienen guardadas para mí.

—¿No prefiere tomar una taza de té antes? —preguntó Julia con su tono más amable, indicándole que tomara asiento.

—No puedo negarme, ¿no es así?

Odile, que se había mantenido en el umbral de la puerta, se dio por aludida y se retiró a la cocina a preparar la infusión. Unos minutos más tarde, el ama de llaves apareció de nuevo llevando un carrito con una tetera floreada, tres tazas a conjunto y un surtido de dulces. Mientras daban cuenta del ágape, Julia y Keith conversaron amigablemente con el anticuario, quien se mostró deseoso de ver qué le tenían reservado.

—¿Vamos? —preguntó la joven cuando terminaron.

—Claro, adelante.

Salieron al vestíbulo que distribuía las dependencias de la planta baja y donde empezaba la escalera.

—¿Había estado alguna vez en la casa? —preguntó Julia, confundida al ver cómo Alan se dirigía directamente hacia la escalinata sin que nadie se lo indicara.

—¡No! —espetó él volviéndose como un resorte hacia ella—. Nunca tuve el placer.

—¿Y cómo sabe que el desván está ahí arriba? —preguntó ella intercambiando una mirada de extrañeza con Keith.

—Lo he deducido —adujo él nervioso.

—Ya veo, pero, si no le importa, preferiría empezar por las buhardillas de las otras casas.

—Claro, claro —aceptó el hombre tenso, parándose en seco en el segundo escalón.

Lo acompañaron a las dos casas anexas y, después de examinar todo lo que le habían guardado, algo que les llevó más de una hora, decidió que se quedaba con el lote completo, incluyendo todo lo que ellos habían desechado. Después, volvieron a la mansión. También allí se pasaron un buen rato revisando todo lo almacenado en el desván. Alan se mostró muy interesado por lo que habían apartado para él, e incluso por objetos que habían reservado para la decoración novecentista de la residencia. De vuelta a la biblioteca, Keith se fijó en la extraña mirada que el anticuario dedicaba al ala izquierda de la primera planta, como si esperara encontrar algo allí. El joven, al que nada le pasaba desapercibido, decidió almacenar esa información para meditar sobre el asunto más tarde. Estaba claro que Alan sí conocía la casa.

No tardaron en ponerse de acuerdo en el precio. El anticuario estuvo de acuerdo en pagar el importe que sugería Julia y no regateó. Después de firmar un contrato de compraventa, el hombre se despidió de ellos y se fue.

—¿No te ha parecido extraño su comportamiento? —preguntó Keith al pie de la escalera exterior que daba acceso al camino, observando cómo el coche del hombre lo recorría hasta la valla exterior.

—¿A qué te refieres? —Julia, a su lado, contemplaba la nube de polvo que había levantado el vehículo.

—Ha dicho que nunca ha estado en la casa y, sin embargo, se movía por ella como si la conociera —elucubró él, volviéndose para mirarla.

—Supongo que todas estas casas antiguas tienen una distribución parecida.

—Sí, podría ser... —Pero él no lo tenía tan claro.

Ya dentro de nuevo, Keith se armó de valor y abordó uno de los temas que tenían pendientes.

—Deberíamos entrar en la habitación de tu madre. Lo sabes, ¿verdad?

Julia no contestó con palabras, su gesto habitual con los hombros lo hizo por ella.

—¿Julia? —insistió él cogiéndola de la muñeca.

—Está bien —aceptó al cabo de un instante—. Aunque, ¿qué te parece si lo hacemos después de hablar con Nana?

—Sabes que no puedes retrasarlo más.

—De acuerdo..., pero no me dejes sola, por favor.

—Nunca.

Recogieron las llaves, que tenían guardadas en su cuarto y, agarrados de la mano, se dirigieron a la habitación de Patricia. Fue Keith quien abrió la puerta y le dio paso a ella. Instintivamente, Julia aferró con más fuerza su mano temblorosa a la de él antes de mover pesadamente los pies hacia el interior.

La estancia estaba tal y como la recordaba. Incluso le pareció apreciar el aroma que solía envolver a su madre, aunque no podía estar segura, porque ella solamente tenía cinco años cuando Patricia murió y podía tratarse de una mala pasada de su imaginación. Miró a su alrededor, respirando agitadamente, al borde de un ataque de histeria. Keith, notando su estado, le pasó un brazo por los hombros y la acercó a él.

—No tengas miedo. Estoy aquí. Siempre estoy a tu lado.

—No sé cómo explicarlo —reconoció ella reprimiendo el llanto—. Tengo la impresión de haber vivido una experiencia terrible en esta habitación. Sin embargo, diría que no es la que aparece en mis pesadillas, aunque no puedo asegurarlo porque nunca veo nada salvo una luz cegadora al entrar, pero la angustia que me genera es la misma que cuando sueño.

—¿Ves alguna cosa que te recuerde algo?

—Recuerdo muy vagamente a mi madre sentada en el tocador, arreglándose para salir —dijo señalando el mueble—; la suavidad de las sábanas cuando me escurría dentro de ellas algunas mañanas; a mi padre observándola desde la puerta... o besándola en el cuello mientras ella se perfumaba; a Pete..., a Pete...

—¿Qué hacía Pete?

—Lo recuerdo en un rincón, mirándola atentamente. Luego mirándome a mí y llevándose un dedo a los labios, pidiéndome silencio.

—Al parecer, almacenaste en tu memoria mucha más información de la que creías. —La estrechó más contra su cuerpo.

—Sí, es extraño, pero sí. Son imágenes sueltas; *flashes* de momentos vividos... y ninguno de ellos me atemoriza. Sin embargo, la habitación en sí..., la cama..., la alfombra a sus pies...

—Terminaremos de desentrañar todos tus recuerdos cuando te hipnotice.

—¿No íbamos a intentar descubrir solamente el origen de mis pesadillas?

—Sí, eso es lo que vamos a hacer. Y creo que esta habitación tiene mucho que ver con ellas.

—¿Cuándo tienes planeado hacerlo? —Le puso la mano en el torso y apartó la cabeza de él para mirarlo a la cara.

—Esta noche, cuando estemos a solas. —La besó en la nariz y luego en los labios—. No quiero interferencias ni que te sientas cohibida por la presencia de los Gallagher.

—Gracias. —Se puso de puntillas y le reclamó otro beso.

—Y ahora, señorita McDougall, vamos a llamar a tía Gemma. —Le dio una suave nalgada con la mano que descansaba al final de su espalda y la instó a salir.

Estaba contento, había conseguido que Julia entrara en aquel dormitorio sin sufrir un ataque de ansiedad. Había logrado que, por sí misma, sacara a la superficie recuerdos escondidos en su mente y que estuviera dispuesta a someterse a una nueva sesión de hipnosis que la ayudaría a sacar a flote

muchos más. Sí, estaba complacido como psicólogo, pero su sentimiento de satisfacción iba muchísimo más lejos porque estaba ayudando a una amiga a terminar con aquello que la atormentaba. Además, también se sentía complacido por estar cooperando en los preparativos de una fiesta que significaba mucho para ella... Y en el proceso, había tenido la enorme fortuna de encontrar a la mujer que siempre había esperado.

Si lo pensaba fríamente, era una locura. ¡Con lo pragmático que era él! Pero la fortaleza de Julia, y al mismo tiempo su vulnerabilidad, su determinación e inteligencia, esa capacidad innata de comprensión... Era cariñosa, fogosa, apasionada y preciosa; era un ser excepcional que se le había metido debajo de la piel y que necesitaba a su lado.

Al principio, la conversación con Gemma fue una sucesión de falsos reproches por su parte: que si eran unos desconsiderados, que si ya no se acordaban de ella, que si no la mantenían informada de sus avances... Pero pronto pasó a ser tan cordial como las que solían mantener. Con el altavoz activado, hablaban entre los tres, contándose los últimos acontecimientos, así como todo lo que los había atribulado desde la última vez que habían hablado.

—Nana, ¿recuerdas algún hecho extraño alrededor de la muerte de mi madre? Nunca me has contado nada sobre su accidente. —Julia meditó un segundo y añadió—: nadie lo ha hecho, en realidad.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces. No recuerdo nada especialmente raro..., a no ser...

—¿Qué? —preguntaron los jóvenes a coro.

—Recuerdo haber oído discutir a los guardeses sobre el comportamiento de su hijo y algo relacionado con que Patricia no lo iba a permitir... Aunque no puedo precisar si fue por aquellas fechas u ocurrió meses antes.

—Está bien, Nana, no te preocupes, pero si recuerdas algo más, por favor, dímelo.

—No te preocupes, cielo. Bueno, y, cambiando de tema, ¿qué tal se está



portando mi sobrino?

—Maravillosamente. —Miró a Keith extasiada. Él le acarició la mejilla con un dedo, devolviéndole la mirada—. Me está ayudando mucho. No podría haber avanzado tanto de no ser por él.

—Me alegro mucho. Al parecer, habéis hecho buenas migas.

—Ni te lo imaginas —intervino Keith guiñándole un ojo a Julia.

—Bueno, os dejo ya —dijo Nana sonriendo. Por la forma en que había hablado Keith, esa pareja se llevaba más que bien—. No tardéis tanto en volver a poneros en contacto conmigo. De todas formas, si recuerdo algo más, ya os llamaré yo.

Fue al colgar cuando Julia reparó en la llamada perdida del día anterior. Al ver que era de Maggie, dedujo que se trataba de algo relacionado con la empresa y concluyó que ya se ocuparía el lunes siguiente de saber de qué se trataba. También tenía otras notificaciones en el móvil, entre ellas, varios emails. Dudó si consultarlos, pero decidió que, igual que haría con la llamada perdida de Maggie, los atendería el lunes.

Los Gallagher se despidieron de ellos nada más terminar de comer. Odile les indicó dónde había dejado la cena, recogió los cacharros que habían ensuciado y se fueron; era su tarde libre.

—¡Al fin solos! —bromeó Keith en el momento en que perdieron de vista a la pareja—. ¿Qué vamos a hacer? —Se posicionó detrás de ella y la rodeó con los brazos.

—¿Qué tienes pensado? —contestó Julia con otra pregunta.

—Bueno..., podríamos encerrarnos en tu habitación y... —Su intención era tranquilizarla antes de comenzar la sesión de hipnosis, y perderse en su cuerpo le pareció una idea fabulosa.

—¿A qué esperamos? —Julia se desconocía cuando hablaba de esa manera, pero él incitaba su parte más traviesa.

Lo cierto era que le encantaba compartir momentos de intimidad con Keith..., aunque, en realidad, simplemente le gustaba estar con él, fuera

como fuese. Por primera vez en su vida, sentía una conexión especial con un hombre. Una conexión que le llenaba el pecho de felicidad, la mente de confianza y el cuerpo de deseo. No había estado enamorada jamás, sin embargo, lo que sentía por Keith se parecía muchísimo a lo que ella imaginaba que debía de ser ese sentimiento. Sí, se estaba enamorando de ese chico tranquilo, encantador, cordial, inteligente y guapísimo que tenía a su lado.

\* \* \*

Había anochecido cuando, exhaustos, decidieron bajar a reponer fuerzas. El sexo entre ellos era algo natural y explosivo que los dejaba satisfechos pero agotados. No les costó encontrar lo que Odile les había preparado, así que no tardaron en dar cuenta de ello. De lo hambrientos que estaban, devoraron más que comieron, aunque eso no les impidió dedicarse carantoñas mientras engullían. Recogieron entre los dos lo poco que habían ensuciado y lo metieron en el lavavajillas. En cuanto acabaron, Keith se apoyó en el electrodoméstico y se la quedó mirando con fijeza.

—Ha llegado el momento, Julia.

Ella dejó escapar un sonoro suspiro, devolviéndole la mirada. Sabía que tenía razón. Aun así, buscando una excusa para demorarlo un poco más, se atrevió a proponer lo que se le había pasado por la cabeza.

—¿No crees que es mejor leer antes un poco más del diario de mi madre?

—¿Para qué? Estás intentando posponerlo, ¿verdad? —Se incorporó para cogerla por la cintura—. Julia, si no quieres hacerlo, no lo haremos. Tienes que sentirte cómoda con la idea de que me meta en tu cabeza y trate de llegar hasta los recuerdos que te provocan esas pesadillas que no te dejan descansar. Si no estás convencida, lo dejamos.

—No, claro que estoy convencida, es sólo que...

—No temas. Al primer síntoma de que algo pueda ir mal o de que sea

demasiado doloroso para ti, pararemos.

—Confío en ti. Sé que no me pondrías en una situación difícil.

—Puedes estar segura de eso.

—De todas formas, el diario de mi madre...

—Siento tanta curiosidad como tú por saber qué escribió en él, pero dudo que pueda ayudarnos a saber qué origina tus sueños.

—Está bien..., vamos —aceptó indecisa, apoyando sus palmas en el pecho de Keith para que le transmitiera su fuerza.

A él se le llenó el pecho de felicidad cuando comprendió el grado de confianza que Julia depositaba en él. No era la primera vez que utilizaba esa técnica terapéutica, ni muchísimo menos, pero en las anteriores ocasiones había recurrido a ella por cuestiones laborales. Ésa era la primera vez que lo iba a hacer con alguien con quien tenía un vínculo personal, lo que significaba que, para él, también era una situación delicada. A pesar de estar decidido a ponerla en práctica cuanto antes, meditó durante un instante la posibilidad de hacer lo que había propuesto Julia. Tal vez no era tan mala opción leer algo de lo que había escrito Patricia, sólo lo suficiente para que la mente de la joven estuviera totalmente dispuesta a girar las siete llaves bajo las que había guardado el recuerdo desagradable que había propiciado sus pesadillas.

—¿Sabes qué? —preguntó depositando un suave beso en su nariz—. Tienes razón. Leamos el diario de tu madre durante un rato. Pero prométeme que no insistirás en alargarlo demasiado, ¿de acuerdo?

—Te qu... —Feliz porque hubiera accedido a su petición, a ella casi se le escapó un «te quiero», pero se contuvo a tiempo—. Te lo prometo.

## Capítulo 23

Acomodados en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y la luz de la habitación encendida, Keith abrió el bloc por la página en que lo habían dejado. La fecha que aparecía en la parte alta de la hoja era cinco meses posterior a la de la última entrada. En esa ocasión, Patricia hablaba de una fiesta a la que la habían invitado. Según contaba, iba a acudir «todo el mundo que importa», lo que venía a decir que habría mucha gente conocida. Para ese día, su obsesión era solamente una: perder la virginidad. Sabía que irían jóvenes interesantes y adinerados, es decir, niños de papá como ella misma, aunque ella había puesto las miras en un hombre, un amigo de su padre que le parecía muy atractivo y que, además, sabía que también le gustaba a su «amiga» Joan. Por supuesto, si una de las dos tenía que acabar en la cama con Paul era ella, porque, según su opinión, Joan no era más que una insulsa sin gracia, tan empollona y tímida que no despertaría ningún interés en él.

Al día siguiente de la fiesta, volvió a escribir en su diario para narrar cómo había ido la celebración. Según sus palabras, había sido un «desengaño total»: no había conseguido conquistar al madurito de Paul. La única nota positiva, según ella, era que tampoco Joan lo había logrado. De todas formas, frustrada por su fracaso, se lanzó a los brazos del hijo de otro conocido de su padre y acabaron encerrados en una habitación, donde Patricia perdió la virginidad con más pena que gloria, ya que el chico en cuestión fue a saco, sin tener en cuenta que era su primera vez.

«Ha sido bochornoso y nada agradable. Si esto es estar con un hombre, no entiendo a qué viene tanto alboroto», había escrito para acabar.

—Le estuvo bien empleado —declaró Julia con las cejas fruncidas y un

tono de voz seco.

—Por una vez, no se salió con la suya —acordó Keith—. Fue un baño de humildad que, quizá, la hizo cambiar de actitud.

—Sigue y lo vemos, ¿quieres?

—Vale, pero sólo una entrada más —le advirtió pasándole el brazo por los hombros y acercándola a él.

Julia asintió con un beso. Se arrebujó entre los brazos de Keith y cerró los ojos antes de animarlo a que siguiera con la lectura.

La fiesta a la que había hecho referencia Patricia en su apunte anterior era la celebración del fin de curso y comienzo del verano, cosa que daba sentido a su siguiente nota. Era una exaltada explicación sobre un viaje a España que la ilusionaba especialmente. La familia al completo se hospedaría en una casa en la Costa Brava, propiedad de unos amigos íntimos de sus padres.

«Me he comprado toda una colección de bikinis espectaculares. Los voy a dejar a todos con la boca abierta. Seguro que Katty se muere de envidia cuando me vea morena y luciendo tipo... Ella no tiene nada que enseñar, la pobre. Y cuando salgamos de marcha —Dios, Dios, permite que me dejen salir por las noches a divertirme—, voy a liarme con todos los tíos que me entren. Después del fiasco del otro día, me he informado y parece ser que la primera vez casi siempre va mal, pero que las siguientes mejora mucho la cosa. Voy a comprobarlo con los españolitos, que he leído que son muy ardientes. Va a ser un verano fantástico», finalizaba la acotación.

Cuando acabó de leer ese párrafo, Keith cerró el bloc, a pesar de que, como le pasaba a Julia, sentía mucha curiosidad por conocer el desenlace de las vacaciones de Patricia. La joven levantó la cabeza, que mantenía apoyada en su hombro, y lo miró a los ojos, consciente de que había llegado el momento y no podía demorarlo por más tiempo. Se enderezó poco a poco, dejando que su espalda reposara contra el cabecero, y le dedicó una mirada entre expectante e irresoluta.

—¿Preparada? —musitó él a la vez que arrastraba suavemente un dedo

por la delicada piel de su brazo.

—Preparada —contestó Julia, cogiendo el dedo que la acariciaba y llevándoselo a los labios.

—Pues vamos. —Se puso de pie con un impulso y alargó la mano para ayudarla a ella a hacer lo mismo.

—¿No vamos a hacerlo aquí? —inquirió sorprendida, ya fuera de la cama.

—No. Éste es nuestro espacio personal e íntimo, Julia —le explicó mientras se agachaba para anudarse las deportivas—. No es buena idea que puedas llegar a asociar lo que vamos a llevar a cabo con este cuarto. —Se incorporó y la miró serio—. Si no me equivoco, lo que vas a revivir no va a ser una experiencia agradable, y no quiero que nada perturbe tu paz aquí.

—Supongo que tienes razón —sonrió algo nerviosa—. Al fin y al cabo, tú eres el experto.

—Entonces ¿vamos? —Le ofreció su mano, animándola.

—Vamos.

Se decidieron por la biblioteca. La otra opción era el salón, pero a Keith le pareció que el ambiente sería más favorable entre libros. Nada más entrar, la dirigió hacia uno de los sillones y, cuando ella estuvo sentada, cogió una silla y la situó frente a ella.

—Tienes que estar muy tranquila, ¿de acuerdo?

—Sí, sí.

—Piensa que, si percibo el más mínimo indicio de que algo te afecta demasiado, pararé al instante.

—Keith —dijo ella inclinándose hacia delante, acercando su cara a la de él—, en este punto, creo que debemos llegar al fondo del asunto. No detengas la sesión a no ser que sea realmente necesario. Lo has dicho tú mismo, esto no va a ser agradable. Pero si quiero volver a dormir sin problemas, o al menos intentarlo, debo enfrentarme a mis fantasmas.

—¿Estás segura? —Le acarició la cara con dulzura.

—No —bromeó formando una sonrisa ladeada—. Pero no soy una

cobarde.

—Está bien. Ahora, escúchame con atención. —La ayudó a recostarse sobre el respaldo de la butaca—. Imagina una playa desierta. La arena blanca y brillante, el mar azul y transparente, la suave brisa acariciando tu piel y revolviendo tu melena. Mira las olas, su ir y venir constante, la espuma rompiendo sobre la orilla, siempre igual, siempre diferente, con un susurro tranquilo. El agua lame tus pies y se va, los lame y se va, siempre igual, siempre diferente. La humedad se mete entre tus dedos, siempre igual, siempre diferente. Cuenta las olas, despacio, disfrutando de lo que te hacen sentir, la paz, la agradable sensación, siempre igual, siempre diferente... Cierra los ojos y cuéntalas, Julia, ahora.

—Una —comenzó con voz firme—, dos —siguió titubeante—, tres —contó vacilante—, cuatro —balbució. El cinco ya no llegó.

Con un tono bajo, Keith la animó a retroceder en el tiempo.

—Mamá y yo vamos paseando por el jardín trasero de la casa —comenzó a contar como si lo viera—. Vamos hacia el bosque. Me encanta el bosque, huele bien y hay ardillas. Vamos parando a cada paso porque quiero recoger piedrecitas, piñas y otras cosas del suelo, que mamá se guarda en el bolsillo de su vestido. Con ese vestido de florecitas está muy guapa. Ella sonrío cada vez que le doy algo para que me lo guarde. —Hizo un corto silencio, tras el que sonrío—. Mamá y yo tenemos un secreto: estamos preparando una fiesta sorpresa para papá porque pronto cumplirá años. Se va a poner muy contento. Pete no lo sabe, nadie lo sabe; sólo mamá y yo.

—¿Qué pasa en el bosque, Julia?

—Estamos paseando entre los árboles, que son muy altos, mucho más que papá. —Contradiciendo la escena bucólica que estaba describiendo, arrugó la nariz como si algo le molestara—. Ahora huele muy mal aquí. Miro a mamá y veo que está enfadada. Me coge de la mano y me dice que no me separe de su lado pase lo que pase. Estoy asustada porque mamá habla fuerte y yo no he hecho nada. De repente, ya no hay árboles altos. Hay una zona con plantas

bonitas pero que huelen mal. Mamá se enfada todavía más y grita algo que no entiendo.

—¿Qué dice, Julia? ¿Lo recuerdas?

—No..., bueno, dice no sé qué de que eso es demasiado, que se ha pasado de la raya... Mamá me mira y me sonrío, pero sé que sigue enfadada. Entonces dice que volvamos a casa, que tenemos que comer. Yo digo que sí porque tengo hambre, mucha hambre. Además, me estoy mareando con ese mal olor. —Súbitamente, el rostro de la joven se alteró—. Cuando damos media vuelta para ir a casa, aparece él. Me da miedo, mucho miedo. Me escondo detrás de la falda de mamá y la agarro con fuerza para que él no me vea.

—¿Quién es, Julia? —susurró Keith intentando que no le entrara el pánico.

—Es el hijo de la señora Gallagher. Él no me gusta. Tiene los ojos siempre rojos y la piel verde, como un fantasma. Siempre me mira raro. Además, huele mal..., como las plantas que hay detrás de nosotras.

Por fin estaban sacando algo en claro. Parecía lógico pensar que Julia estaba describiendo una plantación de marihuana y el «agricultor» era el hijo de los Gallagher. Empezaba a entender por qué la joven se asustaba siempre que se lo nombraba. Aquel hombre, muchacho en aquel entonces, debía de dar una imagen aterradora para una niña tan protegida como parecía haber estado ella en aquel momento.

—¿Qué pasa ahora, Julia? —Keith repetía siempre su nombre para que tuviera un vínculo con la realidad y especialmente con él, a pesar de encontrarse en un estado de trance.

—Mamá le chilla mucho. Le grita que se lo ha advertido muchas veces y que no ha dicho nada todavía porque quiere a Odile y a John, pero que eso ha colmado el vaso. Yo sigo con miedo y me escondo cada vez más detrás de las piernas de mamá. Estoy agarrada a su falda y lloro. Ese hombre también grita ahora, y creo que va a pegar a mi mamá. Yo chilló porque tengo mucho



miedo y él parece calmarse un poco. Se agacha para mirarme, pero mamá no lo deja acercarse a mí. Dice que deje en paz a sus hijos y que, si vuelve a verlo con Pete, llamará a la policía. Entonces, él se enfada de nuevo, pero da media vuelta y se va.

—¿Qué hacéis tu madre y tú, Julia? —inquirió Keith en voz muy baja.

—Cuando ya no se ve a ese hombre horrible, mamá se agacha y me abraza. Después me da un beso fuerte, sonrío y dice que volvamos a casa.

—¿Qué pasa en la casa, Julia?

—Nada. Todo es como siempre.

Habían llegado a un camino sin salida. Tal vez ése sólo era el recuerdo fugaz de un día previo al origen de las pesadillas de la chica. Desde luego, por lo que había contado Julia, no parecía haber en él nada que las provocara. Keith estaba tensando demasiado la cuerda. Quizá lo más sensato sería dejar el tema como estaba y volver a realizar una sesión más adelante. A pesar de saberlo, algo lo empujaba a seguir. Se arriesgaba a que la memoria de Julia se colapsara y fuera imposible acceder a ella a corto plazo, pero decidió correr el riesgo. Estaban consiguiendo recuperar muchas cosas de su memoria, dejarlo en ese momento podría significar no volver al punto en el que estaban y en el que él creía que era crucial continuar para descubrir lo que la aterraba.

—¿Qué más recuerdas, Julia?

—A papá llegando con su cartera y a mamá salir corriendo para darle un beso. Pete me ha cogido de la mano y me lleva con ellos. Todos sonreímos y entramos a cenar. Odile está seria cuando nos pone la comida. Pete me acompaña a mi habitación para dormir. Pero yo no quiero y, cuando se va, me levanto de la cama y miro por la ventana. Lo veo con el hombre fantasma. Pete quiere irse, pero él lo coge por el brazo y le dice algo. Pete dice que sí con la cabeza. Entonces llega mamá para darme las buenas noches y ve que estoy mirando por la ventana y mira ella también. Me asusto porque cierra los puños y gruñe, pero luego me dice que no me preocupe, que vaya a la cama, que es hora de dormir.

Todo aquello tenía que significar algo, si no, una niña de cinco años no lo habría almacenado en su memoria.

—¿Y qué más, Julia?

—Es de día. —Sonrió—. Mamá me lleva a la piscina. Me gusta mucho ir a la piscina. Ya sé nadar, ella me ha enseñado. Luego dice que tenemos que volver a casa porque tengo los dedos arrugados. Volvemos a casa y nos vamos a comer. Mamá le dice a Odile que tienen que hablar, que su hijo hace cosas malas. —Julia frunció el ceño—. Mamá me lleva a mi habitación para que duerma, pero yo no quiero. Cuando se va, salgo de la cama y de la habitación. Me quedo en lo alto de la escalera viendo cómo mamá le dice enfadada a Odile que va a llamar a la policía, que su hijo le está haciendo cosas a Pete y que ha visto que tiene unas plantas malas en el bosque. Que ya se lo ha dicho muchas veces y él sigue igual. Odile le pide que no lo haga, que hablará con su hijo para que termine con todo eso. Pero mamá dice que no, que ya lo han discutido muchas veces y él no cambia. Odile llora y vuelve a pedirle que no llame a la policía. —Suspiró alarmada—. Mi mamá sube la escalera y corro a la habitación para que no vea que no estoy durmiendo. Luego viene a buscarme y me dice que vayamos a jugar...

—¿Qué pasa ahora, Julia?

—Estamos en el cuarto de mis papás, jugando al escondite. Yo me escondo en el armario y mamá cuenta. —Sonrió contenta—. Yo sé contar hasta treinta ya, me han enseñado papá, mamá y Pete.

Keith tenía el extraño presentimiento de que se acercaban a algo importante. No obstante, no quería forzar más a Julia, aunque ella no parecía estar alarmada. Estaba pensando en despertarla cuando volvió a hablar.

—Odile entra en la habitación sin llamar. Eso está mal, hay que llamar siempre, me lo ha dicho mi abuela. Odile le dice otra vez a mamá que no llame a la policía, pero ella contesta que lo va a hacer y que, si sigue insistiendo, los despedirá a ella y a John. Yo estoy escondida en el armario,

que huele muy bien, huele a mi mamá. No digo nada para que no sepa dónde estoy, pero yo puedo ver lo que hacen las dos.

—¿Qué hacen, Julia? —preguntó con recelo.

—Mamá grita y Odile también. Mamá le dice que salga de su habitación y coge el teléfono. —Empezó a temblar violentamente—. Odile le dice que lo suelte y coge la lámpara de la mesilla y le pega a mamá en la cabeza. Ella se cae al suelo y no se mueve. Odile suelta un grito. Yo también quiero gritar, pero, si lo hago, mamá sabrá dónde estoy. Odile tira la lámpara al suelo, junto a mi mamá, y se va. Pasa mucho rato y mamá no viene a buscarme, pero no puedo moverme o me encontrará. Tengo sueño. Mucho sueño. Me duermo...

—¿Qué pasa después, Julia?

Keith estaba sobrecogido por lo que acababa de oír. Eso explicaba los gritos que oía Julia en sus sueños, pero no revelaba por qué veía las caras de Pete y de Graham. Necesitaba saber más, a pesar de los riesgos que estaba corriendo.

—Me despierto cuando Pete entra en la habitación. Grita, llama a mamá, pero ella no contesta. Se agacha hacia ella y está todo rojo. Coge la lámpara que está junto a mamá, la mira y la vuelve a tirar. Se levanta corriendo y va a la puerta. Entonces entra el hombre fantasma, se acerca a mamá y le coge la mano, pero ésta se cae cuando la suelta. Él también está lleno de rojo por todas partes. Coge a Pete por los hombros y dice: «¿Qué has hecho?». Pete dice que nada, que él no ha sido. El hombre fantasma le dice que no se lo cree y que la ha matado por celos, pero que él no va a decirle nada a nadie. Salen de la habitación. A mí me duelen las piernas de estar agachada, ahí encerrada, y salgo con cuidado de que mamá no me vea, pero como está dormida, no me ve. Me voy a mi cuarto y me tumbo en la cama hasta que llega Odile y me dice que tengo que irme con ella a su casa. Cuando salgo de la mano de Odile, veo a papá. Está llorando. Yo no sé por qué llora, pero me pongo muy triste. Pete está junto a él, llorando también. Me ve y viene a abrazarme. Yo quiero preguntarle a papá dónde está mamá y por qué llora, pero tengo

miedo, no sé por qué, y me callo. Pete y yo nos vamos a casa de Odile, cuando empiezo a oír ruidos y a ver luces de colores. Odile nos hace correr y se pone a llorar también. Y entonces, yo también lloro.

## Capítulo 24

A pesar de que los recuerdos y la forma de ponerlos en palabras eran los de una niña de cinco años, tras la hipnosis quedaron en la memoria de Julia de forma clara. Al salir de su letargo, con la ayuda de Keith, su reacción fue la de horrorizarse con lo que habían descubierto. Odile, la dulce y siempre atenta Odile, había hecho algo impensable. De forma súbita, había descubierto cuál era el inicio de sus pesadillas. Muchas preguntas se agolpaban en su cabeza y Keith podía responder a muchas de ellas.

—¿Cómo es posible que, durante tantos años, no haya recordado nada? —inquirió Julia con las facciones desencajadas.

—Tú creías que tu madre estaba dormida, eras demasiado pequeña para conocer la magnitud de lo que habías presenciado. Por eso tu mente, aunque sabía que algo terrible había sucedido, lo enmascaró, porque no podía asimilar que una persona a la que querías hubiera perpetrado una atrocidad semejante.

—¿Por qué no dije nada? ¿Por qué nadie me preguntó?

—No dijiste nada porque no creías saber nada. Posiblemente pensaste que había sido un juego entre ellas, no lo sé. En cualquier caso, no le diste la importancia que tenía aquel hecho porque tenías solamente cinco años. En cuanto a que nadie te preguntara..., no puedo responderte. Eso tendrás que averiguarlo tú.

—¿Cómo es posible que me aterrorizara Graham y, en cambio, la verdadera asesina no? ¿Y cómo voy a desenmascararla? Han pasado veintidós años. No hay pruebas, no hay manera de sacar la verdad a la luz.

—Mi consejo ahora mismo es que hables con tu padre o con Pete. Él fue el

primero en llegar al lugar del crimen.

—¿Y por qué las palabras de aquella película desencadenaron mis pesadillas? No tiene sentido.

—Se las oirías a alguien. Tal vez no fueran dirigidas a ti, es posible que ni siquiera las oyeras ese día. A lo mejor, al oír esa frase, algo en tu psique avivó ese pasaje de tu vida que tenías fuertemente confinado en tu subconsciente.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a poder mirarla a la cara cuando la vea mañana? Esto es una locura.

—Debes comportarte como siempre. No des muestras de saber lo que ocurrió. Yo haré lo mismo. Intentaremos mantenernos lo más alejados que podamos de ella y de su marido y trataremos por todos los medios de que no sospechen que lo hemos averiguado.

—Va a ser muy difícil que pueda disimular tanto.

—Pero tienes que hacerlo hasta que volvamos a Londres. Nos iremos mañana mismo, en cuanto lo tengamos todo dispuesto, ¿de acuerdo?

—Sí. No quiero permanecer por más tiempo en esta casa mientras ellos sigan aquí.

—Por hoy ya no podemos hacer nada más. Será mejor que vayamos a dormir. —La ayudó a incorporarse.

—¿Crees que voy a poder? —preguntó ella siguiéndolo.

—Yo te ayudaré, Julia. —Se detuvo y la miró con cariño—. Estaré a tu lado.

—¿Y mañana? ¿Y pasado...? —Hizo su habitual gesto con los hombros de forma cansada.

—Seguiré estando a tu lado. —Volvió a ponerse en marcha llevándola a ella de la mano—. Hablaré con tía Gemma y le diré que me voy a tu casa unos días.

—¡Es cierto, Nana! —Paró en seco de nuevo—. ¿Cómo es que ella no estaba en casa esos días? Si hubiera estado..., tal vez no habría ocurrido

nada.

—Se lo preguntaremos cuando hablemos con ella. Ahora, vamos a descansar. Lo necesitamos. —Comenzó a ascender por la escalera con ella a su lado.

—Keith —dijo cuando llegaban al dormitorio—, no te he dado las gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—No tienes por qué dárme las.

Julia lo miró detenidamente al cruzar el umbral de la puerta. Él le llenaba el corazón, se sentía arropada y protegida estando a su lado... Estaba enamorada de él y no había sido capaz de confesárselo. Habían hecho el amor, sí, porque la atracción entre ellos era electrizante, pero no le había confesado que lo quería. Después de los acontecimientos de la noche, sentía la necesidad de declararle sus sentimientos, aun a riesgo de que él no le correspondiera.

—Keith, tengo que decirte algo.

—Mañana, Julia. Es tarde ya. —Se sentó en la cama para desabrocharse las deportivas.

—No, tengo que decírtelo ahora... o no sé si seré capaz de hacerlo — afirmó ella, situándose frente a él.

Keith se la quedó mirando. Le encantaba pasear la vista por ella, porque cada vez que lo hacía descubría algo nuevo que lo enamoraba un poco más. La vio retorcerse nerviosamente las manos con esos maravillosos ojos verdes que le iluminaban su pecosos rostro completamente abiertos, humedeciéndose los labios una y otra vez, dudando de si hablar o no... Estaba claro que lo que quería decirle era importante para ella. Le hizo un gesto con la cabeza, accediendo.

—Puedes pensar que lo que voy a decirte está motivado por todo lo que hemos vivido estos días, por los altibajos que me han sacudido o por lo que hemos descubierto esta noche. Supongo que todo ello ha tenido algo que ver, claro, pero...

—¿Pero?

—No tienes que contestar nada. No tienes que sentirte obligado a nada. No...

—Dilo de una vez, Julia, me estás asustando.

—Estoy enamorada de ti. No sé cómo ni cuándo ha pasado, pero estoy total e irremediabilmente enamorada de ti. Podría darte muchas razones..., o ninguna... Lo único que tengo indudablemente claro es que te quiero —soltó de carrerilla.

El pecho de Keith se hinchó y se deshinchó varias veces antes de que pudiera ser capaz de hablar. Ni en sus mejores sueños habría imaginado que Julia sintiera lo mismo por él que lo que él sentía por ella. ¡Lo quería! ¡Julia lo quería! De un impulso, se puso en pie y, sin pronunciar una sola palabra, fundió sus labios con los de ella, declarando con ese beso que él la amaba también.

Cuando, después de mucho, separaron sus bocas, ambos sonreían. No necesitaron grandes discursos para expresar sus emociones, sus cuerpos hablaron por ellos, y aquella noche demostraron con hechos la ferocidad de sus sentimientos.

Con lo agotados que estaban después de compartir unas deliciosas y excitantes horas de lujuria no fue suficiente como para que consiguieran sumirse en un sueño reparador. Todos los sobresaltos acumulados a lo largo de los días que habían permanecido allí habían llegado a su culmen aquella velada, primero arrancando del olvido todo lo concerniente al asesinato —en ese momento ya no había duda de que se trataba de un asesinato— de Patricia y después confesándose, a corazón abierto, el amor que sentían el uno por el otro. Habían descansado poco y mal, y todavía les quedaba el angustioso trago de encontrarse cara a cara con la verdugo de la madre de Julia: Odile.

Mientras se vestían para bajar, aunando toda la fortaleza de ánimo que fueron capaces de reunir, sonó el teléfono de Keith.

—Tía Gemma, ¿ocurre algo?



—No, qué va. Me pedisteis que os llamara si recordaba algo relevante con respecto a la muerte de la señora McDougall, ¿no?

—Sí, claro. —Accionó el manos libres para que Julia pudiera escuchar la conversación a la vez que lo hacía él—. ¿De qué te has acordado?

—No sé si tendrá algo que ver, pero cuando volví de mi viaje me llamó la atención que el hijo de los Gallagher y Pete estuvieran siempre juntos. Yo sabía que a la señora no le gustaba aquel chico, entre otras cosas porque era mayor que el joven McDougall, aparte de ser un poco conflictivo. Por eso me extrañó verlos tan unidos. Más tarde pensé que lo más probable era que se tratara de una especie de rebeldía por parte de Pete. Vamos, cosas de chicos. De todas formas, su amistad duró poco, porque algo más de un mes después del deceso de la señora, el señor decidió ir a vivir a Londres, dado que su trabajo estaba en la capital. Para él era más sencillo tener a los niños cerca por si se presentaba algún contratiempo, ya que no tenía a su esposa para ocuparse de ellos.

—¿Por qué dices que Graham era conflictivo? —quiso saber Julia.

—Bueno, era maleducado, decía palabrotas, incluso en presencia de los señores, muchas veces iba desaseado... Yo creo que, además, se drogaba, pero nunca lo supe a ciencia cierta. ¿Os ha servido de algo lo que os he contado?

—Sí, tía Gemma. Mucho —respondió lanzando una mirada de entendimiento a Julia.

—¿A qué viene este repentino interés por aquel suceso? —se interesó la mujer.

—A nada en particular —mintió Keith—. Después de pasar unos días aquí, se nos ha disparado la curiosidad por ese hecho del que no sabíamos nada ninguno de los dos.

—No hay mucho que saber. Por lo que me contó Odile cuando volví, la señora debió de desvanecerse, con tan mala fortuna que tropezó con la

mesilla de noche y la lamparita que había encima cayó con el golpe, acertando de pleno en la cabeza de la señora.

—¡Menuda casualidad! —dijo Keith. Él y Julia no salían de su asombro por la rocambolesca explicación que se había dado sobre lo sucedido.

—Sí, una fatalidad.

—Ya. —Julia, al borde de las lágrimas, negó con la cabeza mientras hablaba—. Gracias por llamar, Nana.

—Niña, ¿estás bien?

—Sí, Nana, no te preocupes. Estoy cansada, eso es todo.

—Debes reposar, pequeña. ¿Cuántas veces te lo he dicho?

—Lo haré, te lo prometo.

—Keith, por favor, ocúpate de que descanse esta chica. Parece que siempre lleve el peso del mundo sobre sus hombros.

—Por supuesto, tía Gemma —convino él mientras una de sus manos encerraba las de Julia.

—Bueno, muchachos, os...

—Una cosa más, tía Gemma —la interrumpió su sobrino.

—Tú dirás.

—Volveremos hoy a Londres.

—Ah, perfecto. Aquí te espero.

—De eso quería hablarte. Voy a pasar unos días en casa de Julia... mientras hago prospección sobre el barrio —improvisó a la vez que miraba a la joven para que apoyara su coartada—. Ya sabes, para asegurarme de que sea una buena localización para mi consulta.

—¡Vaya! —La mujer, con una intuición difícil de engañar, se sorprendió de que las cosas entre ellos fueran tan rápidas—. Bueno, pues cuando decidas volver a casa, ya me avisarás —concluyó con cierto sarcasmo.

Se despidieron de la novelista con la promesa tácita de que se telefonarían pronto.

Tras esa llamada, tenían un dato más que sumar a todo lo que ya sabían

sobre la muerte de Patricia, cosas que nadie, salvo ellos y la familia Gallagher, conocía.

Su aversión por Odile iba en aumento. Aun así, debían enfrentarse a ella una vez más. Se besaron para infundirse ánimos mutuamente y salieron cogidos de la mano de la habitación de Julia. A esas alturas, a la joven ya no le importaba si los Gallagher se enteraban de que dormía con Keith o no. El suyo era un secreto insignificante si lo comparaba con lo que ella había descubierto la noche anterior.

Así, con las manos unidas, bajaron a la cocina, donde les esperaba el ama de llaves terminando de preparar *pancakes* para el desayuno. A pesar del delicioso aroma que desprendían, a ellos les pareció un olor espantoso. Ya nada que tuviera que ver con esa mujer podía agradarles, pero sabían que tendrían que disimular para no despertar sus sospechas. Odile terminó de colocar la última tortita en la bandeja y se volvió para depositarla sobre la mesa, encontrándose de frente con ellos. Miró sus manos, que permanecían cogidas, y sonrió con la satisfacción de ver que no se había equivocado con respecto a ellos.

—Buenos días —los saludó dejando la fuente sobre la mesa—. Espero que tengáis hambre, porque he preparado desayuno para un regimiento.

—Gracias, Odile. —Fue Keith quien habló, convencido de que a ella le sería más difícil ocultar su repulsa—. Aunque lo cierto es que no tenemos mucho apetito, ¿verdad, Julia?

—No, no mucho. —Impostó una sonrisa antes de continuar—. Pero ya que Odile se ha tomado la molestia, comeré un poco. ¿Y tú?

—Claro, yo también —la secundó, sorprendido por lo bien que estaba fingiendo.

Tomaron un par de tortitas cada uno, las bañaron en jarabe de arce y las acompañaron con una taza de té. Actuaban como todas las mañanas, sin dar muestras de la desazón que los carcomía por dentro e intentando no despertar sospechas en la asesina de Patricia; ya no había opción para que la vieran de

ninguna otra manera. Al acabar, tal y como habían hecho los días previos, llevaron sus platos hasta el fregadero y antes de salir de la cocina le comunicaron al ama de llaves que se marcharían esa misma tarde.

—¿Habéis acabado con todo lo que vinisteis a hacer? —preguntó la mujer mientras enjuagaba los cacharros antes de meterlos en el lavavajillas.

—Todavía quedan algunos flecos pendientes que terminaré de organizar conforme se acerque la fecha de la fiesta —explicó Julia acercándole la última taza.

—Entonces ¿volverás pronto?

—Aún no lo sé... Todo depende de cómo se desarrollen los preparativos.

—Te estaremos esperando para cuando quieras venir.

—Gracias, Odile —dijo con una sonrisa, sacando a flote todas las cualidades de actriz que desconocía tener.

Los jóvenes volvieron al piso de arriba y se separaron al llegar a la puerta del cuarto de Julia. A pesar de haber pasado las últimas noches allí, Keith todavía tenía sus pertenencias en el que le habían asignado en primera instancia.

—No tardes, por favor —le rogó Julia con mirada angustiada.

Él le contestó con un beso antes de dirigirse a la puerta de al lado. Poco más de cinco minutos después, estaba junto a ella con su mochila lista. Para Julia fue algo más difícil empaquetarlo todo. Además de la ropa que había llevado, estaba la que había recuperado de los armarios de Patricia y que no le cabía en su ligero equipaje.

—Necesito otra maleta y no sé de dónde sacarla. No quiero preguntarle a Odile.

—Lo entiendo —asintió él acariciándole el rostro—. No te preocupes, en la habitación de tu madre vi una bolsa de viaje.

Con las llaves en la mano, que aún no habían devuelto a la señora Gallagher, se encaminaron hacia allí. Al abrir de nuevo la puerta, y con las imágenes recién recuperadas de lo que pasó la noche del asesinato, la joven

no pudo contener un gemido de dolor. Mientras Keith se hacía con lo que habían ido a buscar, ella miraba con atención el escenario del crimen. Desvió la vista hasta el armario donde había estado escondida aquella tarde, volvió a mirar la alfombra sobre la que cayó su madre y la recorrió un escalofrío. Su mente racional sabía que no tenía por qué, pero en su fuero interno se sentía culpable de haber borrado de su memoria aquellos trágicos sucesos. Si hubiera confesado en su día lo que había visto, esa mujer no disfrutaría de la vida y la libertad que tenía en ese momento. No podía volver atrás en el tiempo, pero buscaría la manera de que Odile y sus cómplices pagaran por lo que habían hecho.

## Capítulo 25

Partieron de Crystal House en cuanto terminaron de comer. Durante la mañana, después de haber empaquetado sus cosas, habían salido a pasear por el inmenso jardín, disfrutando del tiempo, que se había mostrado benévolo. Durante la caminata, se acercaron al bosque y buscaron el claro donde veintidós años antes debía de encontrarse la plantación de marihuana de Graham. Ya no quedaba ni rastro de las plantas. La tierra se había cubierto de espesos matorrales que no dejaban entrever lo que un día había provocado de forma indirecta la muerte de Patricia. Se quedaron allí, observando en silencio el lugar durante unos minutos, con el corazón encogido.

Mientras volvían a la casa, Keith le habló del resguardo de la joyería y de la nota que había encontrado en el dormitorio de Patricia, confesándole así que había entrado en él antes de que lo hicieran juntos.

—Seguramente no tiene ninguna importancia, pero, si te parece bien, me gustaría indagar un poco —le dijo llevándose a los labios la mano de Julia que mantenía encerrada en la suya—. Han pasado muchos años y es posible que sea una pérdida de tiempo; aun así, quiero intentarlo.

—Si crees que puede llevarnos a algo, adelante. —Se detuvo frente a una fuente de la que manaba agua de forma constante y se sentó en el banco que quedaba a un lado—. ¿Sabes? La nota de la que me has hablado es muy reveladora. Estoy segura de que lo que ella sospechaba que podía ocurrir no era, ni por asomo, lo que terminó pasando. Pero el mal flotaba en el ambiente y ella lo supo ver.

—Después de lo que averiguamos anoche —se sentó a su lado, sin soltarle la mano que tenía sujeta—, ¿sigues pensando que tu madre era una frívola

egoísta? Porque no me negarás que lo creías.

—Desde luego, tengo que reconocer que su comportamiento cambió con respecto al que muestra su diario —admitió apoyando la cabeza sobre el hombro de Keith—. Por cierto, debemos continuar con su lectura. Deseo conocer quién era mi madre y cómo una muchacha sin corazón se convirtió en una madre afectuosa y preocupada por el bienestar de sus hijos.

—Cuando volvamos a Londres, retomaremos la lectura. —Ladeó la cabeza para depositar un beso en la de Julia—. Vamos a tener mucho que hacer cuando regresemos —bromeó.

—Sí, mucho. Y no todo agradable.

—¿Por qué lo dices? ¿Por la conversación que debes mantener con tu familia?

—Entre otras cosas, sí. —Súbitamente, se incorporó y lo miró alarmada—. No podemos olvidar llamar a Alan. Dijo que vendría la semana que viene a llevarse los objetos que le interesaban y no estaremos aquí.

—No te preocupes por eso. Mañana lo llamaremos para comentárselo y le daremos instrucciones a los Gallagher —se le escapó un gesto de rechazo al nombrar al matrimonio— para que se hagan cargo ellos de la entrega.

—No me he atrevido a decírtelo antes, Keith, porque tal vez creas que veo fantasmas donde no los hay, pero... hay algo raro en Alan. He pensado en lo que dijiste de que miró hacia la habitación de mi madre cuando bajábamos del desván como si conociera la casa —meditó mientras volvía a apoyar la cabeza sobre el hombro de Keith—. Dijo que nunca había estado allí. ¿Por qué sólo mostró interés en aquella puerta cerrada que daba a su dormitorio?

—Tienes razón. Guarda algún secreto que tendremos que sonsacarle... Aunque, de momento, tenemos asuntos más importantes de los que encargarnos, ¿no crees?

Ese paseo los preparó para reencontrarse con el ama de llaves, que desde hacía unas horas era para Julia la persona más indeseable con la que se hubiera topado nunca. Se arrepentía de haber depositado su confianza y, ¿por

qué no decirlo?, su cariño y amistad en una persona tan falsa y dañina. Todo en esa mujer se le antojaba ahora una aberración. Y, a pesar de su aversión por Odile, que crecía por momentos, esbozó una sonrisa cuando le sirvió el asado con verduras de la comida, conversó con ella y con su marido como si siguiera ignorando su crimen y se despidió de esos dos seres malignos como si de amigos íntimos se tratara. Y Keith, que la observaba sin perder un detalle de sus gestos, se sintió muy orgulloso de ella.

No fue hasta que las figuras del matrimonio se perdieron en el retrovisor que ella exhaló un suspiro de alivio. Por fin podía dejar de fingir. Keith, a su lado tras el volante, le echó una mirada de soslayo y sonrió.

—¡Qué buena actriz se ha perdido la escena británica! —bromeó llevando su mano izquierda al muslo de Julia—. Lo has hecho muy bien. Estoy seguro de que no se les pasa por la imaginación que sabes lo que ocurrió aquella noche.

—Me ha costado horrores, no te creas.

—Más mérito todavía. —Cambió de marcha para incorporarse a la autopista y aceleró—. Oye, este coche va como la seda —dijo cambiando de tema. Quería ayudarla a olvidar, aunque fuera por unos minutos, los macabros descubrimientos que había hecho en la hacienda.

—Sí. Es mi capricho y lo cuido con todo mimo. Sé que no es un gran coche, pero...

—¿Cómo que no? Es una joyita de cuatro ruedas.

Con una conversación fluida e intrascendente durante el trayecto hasta la casa de Gemma —donde recogería algo más de ropa—, Keith consiguió aligerar el peso que sus hallazgos en Crystal House Park habían cargado sobre los hombros de la joven.

Nana los miró extrañada al verlos frente a la puerta de entrada. Su sobrino le había dicho que se quedaría unos días en casa de Julia, pero no le había anunciado que pasaría antes por allí. Contenta de verlos, porque eran dos de



las personas más importantes de su vida, los invitó a entrar acompañando el ofrecimiento con una radiante sonrisa.

—No os esperaba —confesó agachándose para coger en brazos a *Whiskers*, su gato, que no paraba de frotarse contra sus piernas—. Os prepararé un té.

Ellos se miraron con una pregunta velada en los ojos. Con un imperceptible movimiento de la cabeza, ambos aceptaron quedarse un rato.

—Perfecto, tía Gemma.

La mujer los acompañó hasta el salón, dejó al gato sobre su camita y les indicó que se sentaran antes de ir a la cocina a poner el hervidor en marcha.

—¿Te ayudo, Nana? —gritó Julia para que la oyera desde la otra habitación.

—No hace falta, jovencita. Me las apaño bien apretando un botón — bromeó la novelista, entrando de nuevo en la sala—. ¿Y bien, chicos?, ¿cómo ha ido la semana?

Keith y Julia intercambiaron una mirada cómplice. Dudaban si contarle lo acontecido en la mansión o guardarlo para sí de momento. Ganó la primera opción. Confiaban ciegamente en Gemma y en su buen juicio. Además, su mente detectivesca, ejercitada gracias a su actividad como novelista, seguro que les sería de gran ayuda.

—Sorprendente —confesó Keith cuando estuvo seguro de que Julia no se opondría a exponerle a Nana sus averiguaciones.

—¿Sorprendente? ¿Por qué? Un momento, esperad a que prepare el té — pidió la mujer levantándose cuando sonó el pitido que hacía el hervidor de agua al estar listo.

Volvió al cabo de pocos minutos, sirvió la infusión en unas preciosas tazas de porcelana y los animó a hablar.

Con todo lujo de detalles, fueron exponiendo lo ocurrido esos siete días, desde los hallazgos en las buhardillas hasta las sesiones de hipnosis a las que Keith había sometido a Julia, pasando por el encuentro con Alan y la

información que les había dado la lectura del diario de Patricia, aunque omitiendo los sentimientos que habían nacido entre ellos.

—Pero... eso es..., parece increíble. No salgo de mi asombro —aseguró la novelista cuando acabaron su relato—. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó dirigiéndose a Julia.

—Todavía no lo sé. Creo que lo primero es hablar con mi padre y con Pete. Necesito respuestas que sólo ellos pueden darme.

—¿Qué vas a hacer con respecto a los Gallagher? —quiso saber.

Keith las observaba sin intervenir, admirando el grado de confianza que existía entre las dos mujeres. No obstante, cuando se percató de que Julia se había quedado sin respuesta, habló él.

—Buscar el modo de desenmascarar a Odile y a su familia.

—Está de más decirte que, si me necesitas, aquí estoy —afirmó Gemma mientras posaba una mano sobre la de Julia.

—De momento, estaría bien que pensaras cómo puedo poner al descubierto el asesinato de mi madre, Nana —declaró la joven rogándole su ayuda con la mirada a la mujer que la había criado—. Tú tienes una imaginación muy fértil y seguro que se te ocurre algo.

—Pensaré en ello. Dalo por hecho, preciosa. —Le dedicó una sonrisa reconfortante—. Entre todos encontraremos la manera, ya lo verás.

En ese momento, su sobrino se puso en pie para dirigirse al cuarto que ocupaba en la casa.

—Voy a recoger algunas cosas. Ahora vuelvo.

Ellas asintieron con la cabeza y, en silencio, lo observaron alejarse.

—Te gusta mi sobrino, ¿verdad? —inquirió Gemma en cuanto se quedaron a solas.

—Más que eso, Nana. Me he enamorado de él.

—¡Pero si acabas de conocerlo...! Bueno, ya me entiendes.

—Sé a lo que te refieres. —Hizo su gesto típico encogiendo los hombros—. No puedo decirte cómo ha pasado, pero es cierto. Con él me siento... No

sé cómo explicarlo sin parecer cursi.

—Adelante —la instó a continuar—. A mí puedes decirme lo que quieras, no te juzgaré, ya lo sabes.

—Me siento protegida, comprendida, valorada, apoyada... Y, por primera vez, deseada —murmuró cohibida—. Es algo nuevo, algo excitante, algo que me llena como nada antes lo ha hecho. Me ha ayudado mucho con todo lo que ha ocurrido en la hacienda. No podría haberlo sobrellevado de no haberlo tenido allí conmigo.

—Lo que me dices puede ser simplemente agradecimiento, Julia.

—No, no es sólo gratitud. —Negó con vehemencia—. Se me despiertan el corazón y el alma cuando estoy a su lado. Pienso en él incluso cuando está conmigo. Y...

—¿Y?

—Y cuando me besa —se ruborizó hasta el nacimiento del pelo—, por fin me veo como una mujer y no como una niña.

—¡Vaya! Pues sí que parece que te has enamorado. —La vio asentir con la cabeza—. ¿Crees que él siente lo mismo por ti?

—Sí —contestó Keith, que había oído parte de la conversación mientras volvía a la sala—. Bueno, no es que me sienta mujer cuando la beso precisamente —bromeó—, pero a mí me pasa lo mismo cuando estoy con ella.

—Me alegro mucho por los dos. —Les sonrió con cariño—. Ambos sois muy importantes para mí, y veros felices... y juntos..., no podría desear algo mejor.

Conversaron durante un rato más, pero se les echaba la noche encima y deseaban llegar a su destino antes de que el cielo se oscureciera del todo. Antes de volver al Mini y poner rumbo a Enfield, quedaron en llamarse si alguno de ellos tenía una idea que pudiera resultar útil.

## Capítulo 26

Pocos minutos después de abandonar la casa de Gemma, y antes de incorporarse a la autopista que los llevaría al domicilio de Julia, se encontraron con un semáforo en rojo. Keith, que volvía a conducir, se detuvo a esperar el cambio de luces. Se volvió para mirarla y, como cualquier pareja de enamorados, no resistieron la tentación de unir sus bocas. El beso, que inicialmente iba a ser un simple roce, se tornó carnal en cuanto sus labios se tocaron, y tuvo que ser el claxon del coche que estaba tras ellos el que les advirtiera de que la luz había cambiado y podían proseguir. Keith puso primera, luego segunda, después tercera..., antes de reclamar la mano de Julia para sujetarla bajo la suya sobre el cambio de marchas. Necesitaba su contacto al igual que Julia precisaba del suyo.

Recorrieron parte del trayecto en silencio; no necesitaban hablar para conocer el estado de ánimo del otro. Sólo sonaban los compases que salían de los altavoces, inundando de música el habitáculo del vehículo. Habían sintonizado una emisora de éxitos de los ochenta que los envolvía haciendo que el viaje resultara todavía más agradable. Durante ese corto lapso de tiempo se olvidaron de todos los problemas que los acuciaban y disfrutaron de su mutua compañía sin pensar en nada más. De vez en cuando sus miradas se enredaban un instante, produciéndoles a ambos un calor extraordinario en el pecho y un remolino de deseo en el vientre. A pesar de la sombría situación a la que se enfrentaban, y que tendrían que solucionar todavía no sabían cómo, había brotado algo maravilloso de ese árido contexto: su amor por el otro.

Por desgracia, pronto volvieron a la realidad. Julia miraba por el

parabrisas cuando un letrero anunció que sólo quedaban tres salidas para la suya. En ese momento recordó que al día siguiente volvería a la oficina y, con ello, a la ineludible obligación de enfrentarse a su padre y a su hermano.

—Debería avisar a Maggie de que vuelvo al trabajo mañana.

—Sí, supongo que deberías. ¿Por qué no le mandas un mensaje ahora?

—Voy —dijo mientras se agachaba para coger el bolso del suelo del coche.

En un momento, ya tenía el móvil en la mano y empezaba a teclear. No había transcurrido ni medio segundo desde que enviara el mensaje cuando el zumbido del teléfono la avisó de que tenía otro entrante.

—¡Vaya! Sí que se ha dado prisa Maggie en contestar. —Sorprendida, consultó el WhatsApp. Leyó el mensaje y, al instante, miró a Keith con cara de confusión.

—¿Pasa algo? —quiso saber el joven, apartando la mirada de la carretera para fijarla en ella—. Pareces asombrada.

—Un poco sí, lo reconozco —aseguró Julia sin perder el gesto de extrañeza—. ¿Recuerdas que Maggie me había mandado un email? Pues me pide..., yo diría que en realidad me exige que lo lea antes de ir a la oficina. Que es de vital importancia.

—¿Por qué no la llamas?

—Sí, lo haré al llegar a casa. Antes, sin embargo, quiero leer ese dichoso mensaje —concluyó mientras volvía a pulsar en la pantalla de su smartphone—. La he avisado de que la llamaré dentro de un rato. Gira a la izquierda —se interrumpió al ver dónde estaban—. En la segunda a la derecha está mi edificio.

Keith tuvo la suerte de encontrar un hueco casi a la puerta del inmueble. Cuando salió del coche, mientras recogía el equipaje del maletero, alzó la cabeza para verlo bien; al fin y al cabo, iba a trasladarse a vivir allí pronto, y antes de eso pasaría unos días en casa de Julia. Se trataba de una construcción elegante de mediados de los ochenta que había soportado con éxito el cambio

de tendencias en arquitectura. Se notaba que los materiales que se habían empleado eran de buena calidad; sin embargo, carecía de ese magnetismo que tienen los edificios antiguos.

—Así que aquí es donde viviré dentro de unos días.

—Sí, y me hace muy feliz que así sea. Venga, vamos.

Entraron en el vestíbulo cargando sus equipajes y subieron los dos tramos de escaleras que los separaban del apartamento de Julia. Al llegar al primer piso, ella se detuvo y le señaló una puerta.

—Ésta es la casa en la que vivirás. Me gustaría poder enseñártela, pero tendremos que esperar un poco hasta que el inquilino actual retire todas sus cosas.

Él asintió. Lo cierto era que no tenía prisa, y menos en ese momento. Iba a compartir domicilio con Julia por un tiempo y esa perspectiva lo emocionaba más que tener su propio piso.

Tras un breve tour por la vivienda, Julia lo dejó en su habitación mientras ella iba a la sala a leer el email que le había enviado Maggie. Sentía curiosidad por saber de qué se trataba y a qué venía la urgencia.

—Puedes darte una ducha, si quieres —le dijo alzando la voz una vez sentada en el sofá con el portátil sobre sus rodillas.

—No, te espero —contestó él desde el dormitorio, empezando a sacar prendas de su mochila—. ¿Dónde meto mis cosas?

Julia dejó su ordenador sobre la mesita que tenía enfrente y fue a reunirse con él.

—Te haré sitio en un par de cajones.

—No, tranquila, esto puede esperar. —La paró agarrándola de la cintura cuando ya se dirigía a la cómoda—. Lo dejaré sobre la cama. Es más importante que averigües qué te decía tu secretaria en su correo electrónico.

Agarrada como la tenía, la estrechó todavía más contra su cuerpo y la besó, en la nariz primero y en los labios después. Luego la giró de cara a la puerta y le dio una suave palmada en las nalgas.

—Anda, ve —pidió con la voz ronca y la mirada oscura—. Ve o no podrás hacerlo.

Ella lo miró por encima del hombro divertida, le lanzó un beso que prometía muchos más y volvió a la sala, donde su portátil la esperaba.

Estaba leyendo el mensaje por segunda vez cuando Keith apareció por la puerta vestido únicamente con sus pantalones vaqueros. Ella levantó la vista de la pantalla y le dedicó una mirada cargada de incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó él sentándose a su lado y empezando a leer.

—Ya no entiendo nada. Parece que no conozco ni nunca he conocido a mi familia —aseguró con pesar—. Mi madre, a la que siempre había tenido sobre un pedestal, fue una joven malandrina sin nada en el corazón.

—Pero se reformó por ti —le recordó él, abandonando por un instante la lectura.

—Ya... —Descartó la idea con un gesto de la mano—. Mi padre se vendió por dinero. Mi abuelo vendió a su hija para evitar habladurías. Mi abuela lo toleró todo. Mi hermano se junta con malas compañías que, según este email, parece compartir con mi *papaíto*... —Contrajo el rostro desesperada—. Odile ha resultado ser una criminal, al igual que su familia, todos ellos una panda de delincuentes y cómplices, que para el caso... Y ahora... Te lo juro, ya no puedo más.

—Todo se solucionará, ya lo verás. Juntos lo lograremos —aseguró al tiempo que pasaba un brazo por sus hombros y la acercaba a él.

—Eso espero.

Se relajó un instante en los reconfortantes brazos de Keith y, al momento, se incorporó para hurgar en su bolso hasta hacerse con el teléfono.

—Tengo que hablar con Maggie.

—De acuerdo —aceptó él poniéndose en pie—. Yo iré a preparar un baño, ambos lo necesitamos.

Julia le acarició la mejilla antes de que él se separara definitivamente de ella para dirigirse al aseo. A solas, marcó el número de su secretaria y esperó

su respuesta. Dos tonos después, oyó la voz inquieta de Maggie.

—¿Julia?

—Sí, soy yo.

—¿Has leído...?

—Sí —la interrumpió—. No deberías haberte arriesgado tanto, si te llegan a descubrir... Gracias por compartir conmigo tus pesquisas.

—¿A quién se lo iba a contar si no era a ti? —preguntó de forma retórica—. ¿Qué vas a hacer?

—Hablar con ellos, por supuesto. ¿Cómo va tu relación con mi padre? ¿Puedo confesarle de dónde me llega la información?

—¡No! —respondió asustada—. Por favor, no se lo digas... Creo que tu padre se ha cansado de mí. Aunque, después de oírlo hablando con Pete..., me parece que solamente he sido una distracción para él, un objeto de usar y tirar.

—Lo siento, Maggie. A pesar de lo que pensara en un principio, creo que eres una buena chica.

—Gracias, Julia. Yo realmente lo quería, pero tengo que blindar mi corazón y no permitirle herirme más.

—Lo comprendo.

—Bueno, pues ya está todo dicho. Mañana nos veremos en la oficina. —Sonrió sin ganas—. Hay mucho trabajo esperándote.

—Me parece que tendrá que seguir esperando. Tengo cosas más importantes en las que ocupar mi tiempo ahora mismo.

—Puedo ayudarte, si quieres.

—No, Maggie. Gracias, pero no. Es algo que tengo que solucionar por mi cuenta.

—De acuerdo. De todas formas, sabes que puedes contar conmigo, si tú quieres.

—Gracias otra vez. Y ahora te dejo, que estoy agotada.

—Hasta mañana.



—Hasta mañana —se despidió con una sonrisa cansada.

En cuanto dejó el teléfono sobre la mesita y cerró el portátil, se impulsó para ponerse de pie con un suspiro. La cabeza le daba vueltas y vueltas por culpa de los acontecimientos de la última semana; sólo le faltaba lo que Maggie acababa de confiarle para angustiarse un poco más. Las revelaciones que le había hecho su secretaria la inquietaban más de lo que habría imaginado. Si su padre y su hermano estaban mezclados con la mafia podían hallarse en serio peligro, ya fuera a manos de los propios mafiosos o de la policía, que lo más probable era que los estuviera vigilando. Con cada cosa que descubría, parecía que se adentraba más y más en un laberinto del que no sabía cómo salir. En ese momento, en que su cabeza estaba a punto de estallar, oyó la voz de Keith llamándola. Él era lo único que la mantenía en paz; el único que la sosegaba; el único que le daba confianza para afrontar toda aquella debacle.

Caminó por el corto pasillo con una idea en la cabeza, convencida de que él le devolvería la tranquilidad perdida.

—Hazme el amor —le pidió en cuanto lo tuvo delante.

No hicieron falta más palabras. Keith sabía que lo necesitaba. Él también la necesitaba a ella con toda su alma. Nunca en su vida había necesitado tanto a alguien.

El baño desprendía un agradable aroma a coco, mientras que el agua caliente de la bañera producía una relajante nube de vapor. Keith se aproximó a ella, mirándola, amándola con los ojos, a la vez que su cuerpo se agitaba nervioso por sentirla. Se había deshecho del vaquero, dejando su miembro, que despertaba con entusiasmo, resguardado bajo el bóxer. Con suma delicadeza, poniendo en cada gesto todo su empeño en demostrarle lo importante que era para él, llevó las manos al bajo de su camiseta y, con una lentitud exasperante, comenzó a subirla rozándole en el camino la piel con los nudillos. Ese insignificante roce fue suficiente para hacerla suspirar y consumirse por lo que estaba por llegar. Keith le deslizó la tela por encima de

la cabeza y, al aparecer de nuevo su rostro frente a él, la besó. Fue un beso ardiente, cargado de ganas y promesas que se disponía a cumplir.

Tras la camiseta, Keith le quitó el sujetador hábilmente, dejando a su merced esos preciosos pechos que lo volvían loco. Su boca voló hacia uno de los rosados pezones que se mostraban retadores y dispuestos, provocando que un suspiro de placer escapara de los labios de Julia. Mientras le dedicaba caricias con la boca, sus manos seguían luchando por dejar el cuerpo de la joven libre de ropa. Su paciencia llegó al límite al encontrarse con el obstáculo de las bragas y, ya perdida la compostura, las rompió sin miramientos.

De un solo movimiento se quitó su propia ropa interior para que todo su cuerpo pudiera sentir sin obstáculos el de Julia. La sensación de notar sus muslos contra sus piernas, sus pechos unidos, su erección fundida a fuego sobre el estómago de ella... lo excitó hasta límites insospechados. Cada vez que hacían el amor ocurría lo mismo: se proponía deleitarse pausadamente de su suavidad, pero en cuanto sus pieles entraban en contacto, su pasión se desataba acelerada.

Volvió a lamerle los pezones, desencadenando un torrente de lujuria en los dos. Julia, aferrada a sus hombros, dio un salto y le rodeó la cintura con las piernas. Con ella en brazos, Keith se metió en la bañera. El agua cálida los acunó, calentando más si cabía sus cuerpos. No les importó que el líquido se derramara, ni que la dureza de la cerámica resultara incómoda. Estaban juntos, unidos como sólo dos amantes pueden estarlo.

Julia se hallaba al borde del orgasmo gracias a las caricias fogosas de Keith, que pasaba de mortificarle un pezón con la lengua a mordisquear el otro con cuidadoso entusiasmo a la vez que frotaba su intimidad con el pulgar. Él, al verla tan entregada, se estaba volviendo loco de deseo; se moría por entrar en ella y sentir su ardor aferrado a su sexo.

—Por favor —rogó la joven sin poder añadir nada más.

Keith, que la mantenía sujeta a sus caderas con una mano mientras con la

otra le daba placer, ya no pudo más. Agarró su miembro, henchido y palpitante, y lo dirigió a su entrada, tentándola a ella y atormentándolos a los dos. Con la resistencia al límite, empujó despacio hasta quedar enterrado por completo dentro de Julia.

Un gemido escapó de sus gargantas cuando por fin fueron uno. Al instante, él empezó a moverse lentamente, procurando alargar la agonía, convencido de que así su unión sería más placentera; pero pronto, urgido por la necesidad y espoleado por los susurros de Julia, aceleró el vaivén de sus caderas, que se hizo más rápido, más fuerte, más exigente.

—Sí, así, Keith, así —susurraba ella entre gemidos—. Estoy a punto —gimoteaba casi al límite.

—Un poco más, cariño. Aguanta un poco más —le pidió aumentando el ritmo de sus embestidas.

No tardaron en alcanzar juntos un orgasmo explosivo que les arrancó gritos de placer y los dejó laxos y felices. En ese momento no les importaba nada más que su unión. Los problemas no pesaban. Nadie ni nada podía enturbiar ese momento en el que solamente contaban lo que había ocurrido entre ellos dos.

Permanecieron mucho rato allí, en la bañera, abrazados, adormilados gracias al calor del agua y al agradable perfume diluido en ella. Keith acariciaba su espalda haciéndola ronronear, mientras ella, con la cabeza apoyada en su pecho, sintiéndolo todavía dentro, jugueteaba con el escaso vello de su pecho. Sólo cuando la temperatura empezó a ser demasiado baja como para resultar agradable se decidieron a salir de la bañera para dirigirse, todavía húmedos, a la cama.

## Capítulo 27

Julia paró el despertador en el preciso momento en que comenzaba a sonar. Estaba de espaldas a Keith, con su cuerpo pegado a su pecho y las piernas entrelazadas a las suyas. Era una sensación deliciosa, pero por desgracia debía ponerle fin. Ese día tenía una batalla difícil de lidiar.

Con sumo cuidado, intentando que él no se despertara, comenzó a deslizarse por el borde de la cama. Al primer intento, él la atrapó y la atrajo de nuevo hacia su pecho.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó soñoliento y con los ojos aún cerrados.

Julia se volteó entre sus brazos para quedar frente a él. Era un hombre magnífico. Y no sólo por lo que se veía a simple vista, sino por todo lo que quedaba oculto. Era leal, amable, apasionado, audaz, perspicaz... E, inevitablemente, suyo ya.

—Tengo que arreglarme para ir a trabajar, ¿lo recuerdas?

—¿Y pensabas ir sin mí?

—¿Keith? —No entendía a qué se refería con su pregunta.

—Julia, cariño, no pienso lanzarte a los leones sola. Si nos tienen que machacar, lo harán a los dos juntos. —Abrió a medias un ojo y le dedicó una sonrisa—. Pero no tengo intención de caer sin luchar —bromeó antes de besarle los labios con dulzura—, y ahora, mujer, necesito una taza de café como el respirar —añadió utilizando un divertido vozarrón.

—¿Café? —le siguió ella la broma fingiéndose escandalizada—. ¡Habrase visto! Yo quiero té, así que, ya sabes, mientras yo me visto, pon el hervidor a calentar. Ya prepararé yo los brebajes matutinos mientras tú... —lo miró

descaradamente, deleitándose con su cuerpo desnudo— escondes de mi vista tus encantos.

Poner a calentar el agua le llevó menos de un minuto, así que Keith decidió utilizar su tiempo con lo que, según había descubierto recientemente, le gustaba más que cualquier otra cosa en el mundo: Julia. Sin hacer ruido, abrió la puerta del baño y se coló dentro. Permaneció unos segundos mirándola a través de la mampara de la ducha; era perfecta. Se excitó al contemplar su pequeño y bien proporcionado cuerpo, cuyos pechos generosos y bien formados sobresalían lo justo para llenar sus manos abiertas, que lo llamaba como canto de sirena. No esperó más, se deslizó hasta quedar frente a ella bajo el chorro de agua, sobresaltándola.

—¡Keith! —exclamó Julia dando un pequeño bote.

Y fue lo único que consiguió decir antes de que la boca de él se posara sobre sus labios en un beso hambriento que la inundó de deseo otra vez.

Ni siquiera oyeron el pitido del hervidor cuando sonó minutos más tarde. Estaban demasiado ocupados dando rienda suelta a sus instintos.

Terminaron de asearse a toda prisa. Dejarse llevar por la pasión los había retrasado un tiempo del que no disponían, aunque no lo lamentaban. En lo más mínimo; es más, los fastidió mucho no disponer de más para seguir disfrutando de su ardiente intimidad. No obstante, el sentido de la responsabilidad lo tenían tan arraigado ambos que no pudieron eludirlo: ese día tenían una cita que atender que podría dar respuestas a muchas de las preguntas que se les habían presentado durante su semana en Crystal House Park.

Salieron sin demora en cuanto estuvieron listos. Adiós, café, adiós, té. Hola, tránsito denso y metro multitudinario. De todas formas, y a pesar de las prisas, Julia tuvo la sensación de que la rutina diaria, que normalmente le parecía tediosa, ese día dejaba de serlo. Tenía a Keith a su lado, agarrándola con fuerza de la mano y ofreciéndole un hombro en el que acurrucarse una vez sentados dentro del convoy.

—Tengo que confesar que estoy nerviosa —dijo sin apartarse del pecho de él.

—Es normal, cariño. Siendo sincero, también yo lo estoy un poco.

—Me da miedo cómo puede reaccionar mi padre o, lo que es peor, mi hermano. —Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tranquila, yo estaré a tu lado —aseguró él antes de darle un beso en la frente.

—¿Y si no quieren que estés presente?

—¿Tú quieres que esté?

—¡Claro!

—Pues no habrá fuerza humana que me separe de tu lado.

\* \* \*

Llegaron a la oficina sobre las nueve de la mañana. Henry, el conserje, los saludó con su habitual movimiento de la cabeza, pero con un atisbo de asombro en el semblante. Nunca había visto a Keith por allí, y, lo más sorprendente, nunca había visto a Julia cogida de la mano de un hombre.

Subieron el primer tramo de escaleras y se dirigieron a la oficina de la joven. Keith miraba a su alrededor con ojos curiosos. El exterior del edificio, regio y clásico, no delataba la funcionalidad moderna del interior. Al entrar en el cubículo de Julia apreció el estilo sobrio del puesto de trabajo que ocupaba su chica.

—Muy bonito, me gusta.

—Gracias. —En ese momento, un par de golpes en la puerta cerrada anunciaron una visita—. Adelante.

—Buenos días, Julia, y bienveni... Oh, perdona, no sabía que tenías compañía. —Maggie se detuvo en mitad de la sala, mirando dubitativa a su jefa y a su acompañante, que en ese momento la tenía sujeta por la cintura.

—Maggie, te presento a Keith Bennett —dijo sin especificar nada más.

—Encantada, señor Bennett. —Extendió la mano, que él estrechó con la suya libre sin soltar el cuerpo de Julia—. Si estás ocupada podemos hablar en otro momento —sugirió dirigiéndose a su jefa.

—No, no. Tenemos temas muy importantes que tratar. Toma asiento, por favor.

—¿No quieres antes un té?

—Que sean dos, si no te importa —intervino él, soltando sin ganas a Julia y sentándose en una de las sillas frente a la mesa de trabajo.

—¿Cómo lo quiere, señor Bennett?

—Negro y cargado. Muy cargado, si es posible.

—Enseguida. —No le hizo falta preguntarle a Julia. Hacía ya tiempo que se lo preparaba todos los días.

—¿Qué piensas hacer ahora? —quiso saber Keith cuando volvieron a quedarse solos.

—De momento, tomar el té. Después, averiguar si mi padre y mi hermano han llegado ya, y, si es así, solicitar una reunión con ellos.

—¿Has traído los documentos?

—Sí, están todos en mi bolso —afirmó al tiempo que lo cogía y sacaba los papeles de su interior para enseñárselos.

Él asintió con la cabeza antes de impulsarse sobre los brazos de su silla y ponerse en pie. Se acercó a ella y la cogió por detrás, dejando un reguero de besos sobre su cuello.

—Con estas pruebas en tus manos no van a poder negarte ninguna información, ya lo sabes. Con un poco de suerte, muchas de las dudas que se nos han planteado estos días quedarán resueltas —repitió las palabras que ya le había dicho en varias ocasiones. Era preciso que Julia se convenciera de la verdad que encerraban.

Si alguno de los dos hombres con los que se iban a enfrentar intuía vacilación por su parte, podían irse al traste todas sus ansias de respuesta. Y él estaba allí para que eso no ocurriera. Estaba allí para conseguir que Julia

recobrar la paz y que sus pesadillas desaparecieran de una vez por todas. Y, desde luego, su interés en ello no tenía nada que ver con el hecho de que fuera psicólogo.

En ese momento, un golpe precedió a Maggie, que abrió la puerta sin esperar respuesta, encontrándoselos como estaban, abrazados. Al contrario de lo que habría sido de esperar, Keith no soltó la cintura de Julia, al contrario: la estrechó más contra su cuerpo. La secretaria los miró confusa; no imaginaba encontrárselos de semejante guisa cuando ellos sabían que no tardaría en volver.

—Oh, ¡qué bien, té! —exclamó él con una amplia sonrisa.

Le dio un último beso en el cuello y se separó de Julia para tomar las tazas de las manos de Maggie, que continuaba de pie y estática como una figura de sal, y pasarle a la pelirroja la suya.

—Maggie, por favor, siéntate —pidió Julia rodeando su taza con ambas manos—. Tenemos que aclarar algunas cosas.

—Como quieras.

La secretaria ocupó la silla junto a la que se sentaba Keith, ambos frente a Julia al otro lado de la mesa, y los observó mientras ellos estaban distraídos saboreando sus bebidas. En los escasos ocho días que Julia había faltado al trabajo parecía haber cambiado por completo. A diferencia de cómo solía acudir a la oficina, ese día vestía un informal vaquero, una camiseta azul cobalto y una americana negra que ya se había quitado. ¿Y qué decir de su rostro? Parecía que había desaparecido de él todo rastro de ingenuidad; era más seguro, más relajado, pero a la vez más sobrio y maduro. Se preguntó si el señor Bennett tendría algo que ver y concluyó que lo más probable era que así fuera. Suponía que lo que ella le había revelado en su mensaje también habría influido en su jefa... Pero había algo más, algo misterioso y sombrío que oscurecía su natural brillo en la mirada.

—¿Sabes si mi padre ha llegado ya? —preguntó la joven dejando su taza sobre la mesa.



—Sí, subía a su despacho cuando yo venía con los té.

Julia asintió antes de volver a preguntar.

—¿Y Pete?

—No, a él no lo he visto todavía.

—¿Qué te empujó a entrar de forma clandestina en el despacho del señor McDougall? —demandó Keith compartiendo una mirada de entendimiento con Julia.

—Oí una conversación entre él y Pete —confesó con la mirada baja, totalmente avergonzada.

—¿Nos la puedes repetir a grandes rasgos? —insistió el joven sabiendo que la estaba poniendo en un aprieto.

Maggie levantó los ojos de golpe, amilanada. Lo que había oído contenía afirmaciones muy dolorosas para ella, y muy humillantes también. No obstante, sabía que debía dar una explicación plausible que la hubiera llevado a entrar en el despacho del director general de la empresa. Además, estaba decidida a ayudar a Julia en lo que se le planteaba, que, por sus recientes hallazgos, sospechaba que no sería nada agradable. Cualquier información que se guardara podría ser de vital importancia para su jefa. Así que, armándose de valor, exhaló con fuerza y comenzó su relato. No omitió detalle, incluyendo los desagradables comentarios que habían hecho los dos hombres sobre ella. Admitió que, tras oírlos hablar de la posible información que no deseaban que llegara a conocimiento de Julia, no pudo resistir la tentación de averiguar sobre qué podían hablar. En su investigación, no obstante, encontró datos que le erizaron el vello, como su vinculación con la mafia. Porque, por más que se disfrazaran de personas respetables, los hombres con los que se codeaban los McDougall no dejaban de ser eso: miembros de la mafia.

Al terminar de hablar, los miró inquieta, como si temiera que la fueran a reprender. Pero lo que vio en sus ojos cuando se encontró con ellos fue lo

opuesto completamente: se los veía contentos, incluso admirados por su valentía y su arrojo.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —pidió Keith después de unos segundos de silencio.

—Adelante, señor Bennett.

—Keith, por favor.

—Adelante, Keith.

—¿Qué sientes por el señor McDougall? —Conocía la relación que mantenía con el padre de Julia porque ella se lo había dicho, pero quería una confirmación de primera mano.

Maggie enrojeció hasta la raíz del pelo y rehuyó su mirada para evitar que descubriera la verdad.

—No te entiendo.

—Sí, sí que me entiendes. Me entiendes perfectamente.

La secretaria miró de reojo a su jefa, dudando si revelar o no sus verdaderos sentimientos. Luego hizo lo mismo con Keith. Tampoco en esta ocasión había reprobación en sus rostros, tan sólo curiosidad.

—No es fácil para mí... —Vio cómo Keith asentía comprensivo y se decidió a hablar—. Sigo enamorada de él. Sé que soy una estúpida, sobre todo después del humillante comentario que le hizo a Pete, o de la manera tan poco..., digamos, amable de tratarme, incluso cuando... —Suspiró retorciéndose las manos apurada—. Pero no lo puedo evitar, lo quiero.

—Tranquila, no se puede luchar contra los sentimientos —la animó Julia, lanzándole una mirada reveladora a Keith—. Aunque te sugiero que pongas tus expectativas amorosas en otro lado; ya sabes cómo me trata a mí mi padre, y eso que soy su hija.

—Lo intentaré. —Maggie sonrió sin ganas—. Bueno —dijo incómoda por la situación que se había creado—, ¿qué tema quieres que tratemos ahora? Tengo algunos asuntos referentes a la fiesta que debería comentar contigo.

—Eso puede esperar. Lo que necesito que hagas ahora mismo es que

conciertes una reunión con mi padre para cuando Pete haya llegado. Es preciso que estén los dos presentes, recálcaselo a su secretario. Ah, e insístele en que es imprescindible que nos veamos esta misma mañana. Tengo cosas de suma importancia que discutir con ellos.

—Entonces voy ya, antes de que se le complique el día a Derek —rectificó de inmediato—. Quiero decir, al señor McDougall. Si me perdonáis... —añadió levantándose—. Encantada de haberte conocido, Keith.

—Lo mismo digo, Maggie. Nos veremos a menudo —afirmó guiñándole un ojo, gesto que ella comprendió sin dificultad: iba a estar merodeando alrededor de Julia con bastante frecuencia.

Por la manera en que los había encontrado al entrar las dos veces, no dudaba de que sería así.

## Capítulo 28

—¿A qué viene la urgencia? —pregunto Derek acompañando sus palabras con un gesto de censura cuando cruzaron la puerta.

—¿Quién es este tipo? —lo imitó Pete, hablando al mismo tiempo.

—Papá, Pete, os presento a Keith Bennett —dijo ella sin dar señales de molestarse.

—¿Y qué hace él aquí? —quiso saber Pete.

—He venido a apoyar a Julia. Ustedes son dos, nosotros también —sentenció el aludido sin amilanarse.

—¿De dónde sale éste? —Derek lo señaló con desprecio, dirigiéndose a su hija e ignorándolo a él descaradamente.

—Es mi... —Julia se detuvo un segundo, meditando cómo presentarlo. Finalmente dijo—: pareja.

—¡Vaya! Un cazafortunas. Lo que nos faltaba.

—¡Papá! —espetó ella harta de oír sus reproches—. He venido para hablar de asuntos serios que he descubierto en Crystal House, no para aguantar tus críticas sobre Keith.

Padre e hijo se miraron con algo parecido al temor, olvidándose de continuar sus diatribas contra él, preguntándose para sus adentros qué habría encontrado Julia en la mansión para que reclamara una reunión urgente con ellos. Al darse cuenta de la seriedad de su rostro y de que, por primera vez, no se veía acobardada por ellos, le hicieron un gesto para que se sentara. Julia le indicó a Keith la silla junto a la que iba a ocupar ella y ambos tomaron asiento cogidos de la mano bajo la reprobatoria mirada de los dos hombres.

—¿Y bien? —comenzó Derek, centrando la atención de Pete.

—Lo sé todo, papá. Sé por qué te casaste con mamá, conozco el contenido del contrato que firmaste con el abuelo o la manera en que murió mi madre. Lo sé todo. Sé incluso cosas que tú ignoras y que debes saber de forma inmediata.

El rostro normalmente iracundo de Derek se tornó ceniciento. Pete no se quedó atrás. Siempre habían procurado mantener a Julia en la ignorancia. Derek había destruido sus copias de los documentos y estaba convencido de que Kenneth había hecho lo propio. Al menos, eso era lo que le había hecho creer el viejo. Al parecer, lo había engañado y Julia, fisgoneando por la mansión, había descubierto lo que debería haber permanecido oculto para siempre, especialmente por su propia seguridad, aunque ella no lo creyera en ese momento.

—¿Qué es lo que sabes en realidad? —le escupió en un burdo intento de defenderse de lo indefendible.

—Que te acostaste con mamá por pura lujuria y que, cuando te viste en la obligación de cargar con las consecuencias, es decir, conmigo, lo hiciste previo cobro de una fuerte suma de dinero para sanear tu empresa. Sé que te comprometiste a no tocar un penique de mi herencia y no lo cumpliste. Sé que en aquella casa no queda ningún recuerdo de tu paso por ella porque odiabas lo que representaba.

—No sabes lo que dices, niña —soltó Pete en defensa de su padre.

—Oh, sí que sé de lo que hablo, mi querido hermano —se enfrentó a él como nunca lo había hecho—. Pero nada de eso tiene importancia en este momento. Ya hablaremos de ello cuando se haya resuelto otro asunto de mucha mayor gravedad. No dudéis de que quisiera conocer vuestros motivos para romper el acuerdo hecho con mi abuelo, pero lo que ha motivado esta reunión, aparte de poner en vuestro conocimiento que me he enterado de todo, es otra cosa.

—¿De qué se trata? —Derek, lívido como el papel, la miró con temor.

—Mamá fue asesinada.

Aquella afirmación cayó como un mazazo sobre los dos hombres. ¿Qué quería decir Julia con que Patricia había sido asesinada? Había sido un accidente, aunque estaban pagando desde hacía veintidós años las consecuencias de aquel suceso como si no lo hubiera sido.

—Pero ¡¿qué dices?! —exclamaron ambos a la vez, Derek llevándose las manos a la cabeza y Pete levantándose como un resorte.

—Julia, cariño, ¿me dejas que sea yo quien se lo explique? —pidió Keith, apretándole la mano que tenía sujeta.

Ella accedió con un gesto mientras Pete y Derek lo miraban entre confundidos y temerosos.

Sin grandes florituras, Keith empezó su narración, comenzando por los terribles y repetitivos sueños que llevaban tiempo acechando a Julia, para pasar a hablar del temor inexplicable, al menos al principio, que sentía la joven cuando se citaba a Graham. Al oír ese nombre, padre e hijo se miraron alarmados. No en vano llevaban una eternidad viviendo una tortura por su culpa. De todas maneras, ninguno de los dos entendía a qué venía toda esa historia que aquel desconocido les estaba soltando.

—Lamento que mi hija haya sufrido pesadillas —afirmó Derek todavía conmocionado porque se hubiera mencionado el nombre del hijo de sus antiguos sirvientes—. Julia, deberías haber acudido a mí si algo te preocupaba.

—¿A ti, papá? —Sonrió con desgana—. ¿Desde cuándo te interesa lo que me pase?

—Eres injusta, hija. Siempre he pensado en ti. Siempre te he antepuesto a cualquier otra cosa.

—Rara manera de demostrarlo, papá —le recriminó.

—Si tú supieras...

—¡Pues dímelo! —espetó alzando la voz—. Háblame. Ya no soy una niña que necesita que la protejan del mundo.

—Julia, hablas así porque siempre te hemos mantenido en la ignorancia,

pero... —rebatíó Derek alterado.

—¿Qué les parece si termino de contarles lo que hemos descubierto estos días en Crystal House antes de escupirse reproches que lo único que hacen es ensanchar la brecha que existe entre ustedes? —intervino Keith, tratando de que no se le fueran las cosas de las manos.

—Tienes razón, cariño —admitió ella—. Continúa, por favor.

El psicólogo retomó su relato donde lo había dejado. Los informó sobre su profesión y sobre el tratamiento nada común al que había sometido a Julia. Pete lo miró con escepticismo, negando con la cabeza. Derek aparentaba interés, pero Keith estaba convencido de que lo creía un charlatán. Y entonces, cuando su credibilidad empezaba a estar en entredicho, soltó la bomba. Contó, palabra por palabra, todo lo que Julia había rememorado gracias a la hipnosis. La cara de estupor de ambos no podía ser más elocuente. Estaban conmocionados por lo que estaban oyendo. La guinda la puso oír lo ocurrido una vez muerta Patricia, cuando Pete entró en la habitación seguido de Graham.

—¡Dios mío! —musitó el joven McDougall—. Llevo todo este tiempo cediendo al chantaje de ese cabrón, y fue su madre quien mató a Patricia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó su padre desencajado.

—No podemos acudir a la policía —alegó Julia haciendo su inconfundible movimiento de hombros—. Ha pasado demasiado tiempo y es imposible demostrar lo que ocurrió.

—No, no, a la policía no, pero por otros motivos —convino Derek cabizbajo.

—¿Qué motivos? —preguntó ella tras mirar de reojo a Keith.

—Es hora de que conozcas lo que te hemos estado ocultando todos estos años, Julia. Como bien has dicho, ya no eres una chiquilla a la que proteger del hombre del saco.

—Adelante —pidió ella no sin renuencia.

—¿Ahora? ¿Delante de un desconocido?

—Sí, papá —afirmó sin dudarle. Keith estaba con ella en eso y no lo iba a dejar marchar bajo ningún concepto.

Derek asintió para sí e inclinó su cuerpo hasta apoyar los codos en las rodillas. Dejó caer el mentón sobre uno de sus puños mientras con la otra mano se revolvía el pelo, claramente nervioso. Carraspeó un par de veces y, por fin, se decidió a comenzar la terrible historia de su vida desde que, veintidós años atrás, aquella malnacida de Odile le robó la vida a la mujer a la que había aprendido a amar más que a su propia vida, dejándolo desamparado y solo a cargo de un adolescente conflictivo y una niña indefensa.

—Esa tarde volvía agotado del trabajo. Habíamos tenido un problema con un producto que estaba a punto de salir al mercado y que resultó que provocaba erupciones en la piel tras su uso continuado. Recuerdo que mi único deseo era llegar a casa, besar a mi mujer y pasar un rato con mis hijos, pero en vez de eso lo que me esperaba era una tragedia difícil de sobrellevar. Patricia, mi esposa, la mujer que había conseguido enamorarme con cada una de sus acciones, que había aceptado a Pete —miró al susodicho con afecto, algo que no solía hacer muy a menudo— como si fuera su propio hijo y que me había dado a una niña preciosa, cariñosa e inteligente a la que adoraba, ya no estaba. Me comunicaron su muerte a bocajarro, sin ninguna delicadeza. Simplemente me dijeron: «La señora ha tenido un accidente. Se ha golpeado la cabeza con la mesilla y, al hacer que ésta se tambaleara, le ha caído la lámpara también en la cabeza y...». No hizo falta que me dijeran nada más. Salí corriendo hacia la mansión, llorando como un niño, sin pararme a pensar en nada más. —Paseó la mirada entre Julia y Pete—. Lo siento, no pensé en vosotros. Ni siquiera os vi en ese momento. Sólo tenía una fijación, y era asegurarme de que no me estaban engañando, cerciorarme de que aquella horrible noticia no era más que una burda broma de mal gusto.

—Era lógico, papá —intentó tranquilizarlo su hija.

—Supongo que sí. No obstante, tendría que haber preguntado por vosotros. Debería haberme asegurado de que estabais bien... Siempre me he



arrepentido de aquello.

—¿Qué ocurrió entonces? —lo animó a seguir Keith.

—Aun tratándose de un accidente, ya habían avisado a la policía, que se presentó casi al mismo tiempo que yo. Ellos se hicieron cargo de la escena y no me dejaron entrar a verla hasta que hubieron acabado. Mientras esperaba, llamé a Corinne y a Kenneth para informarlos de lo ocurrido: su única hija había muerto por culpa de una eventualidad tan tonta como una caída. Odile —se rio sin ganas, con una mueca de repulsa— fue toda una ayuda en ese momento. Ella y John se hicieron cargo de los niños, dejándome a mí libre para llorar a mi mujer. Como era lógico, hubo una investigación exhaustiva, que terminó por corroborar la teoría del accidente, que ahora —cerró los ojos con fuerza para abrirlos al instante de golpe— sabemos que era falsa. —Inspiró hondo y soltó el aire poco a poco. Los otros tres lo miraban en silencio, sintiendo como propio el dolor que reflejaba su rostro—. Pero si la muerte de Patricia había sido devastadora, la revelación que me hizo Pete tiempo después terminó por destrozarme.

Keith y Julia volvieron la cabeza al mismo tiempo para mirar a este último. Sabían que él había sido el primero en entrar en la habitación de Patricia, si se atenían a lo que había recordado Julia durante la hipnosis, pero no entendían qué podría haberle dicho a Derek para que la situación empeorara. No tardaron en averiguarlo.

—Cuando entré en el dormitorio y vi a la que yo consideraba ya mi madre tumbada de mala manera en una pose incompatible con la vida —se le aguaron los ojos sin llegar a llorar—, mi primer impulso fue acercarme a ella y comprobar si estaba bien. La lámpara de bronce que le había caído encima estaba a su lado, y yo, iluso de mí, la cogí al ver que tenía sangre incrustada. En ese momento entró Graham. No olvidaré en mi vida la mirada ladina que me dedicó, ni la sonrisa malévolamente que perfilaron sus labios. Se acercó a mí y me susurró que sería mejor que lo acompañara, «por tu seguridad», me dijo. Yo tenía dieciséis años, un niño. Además, idiota de mí, admiraba a Graham,

quien siempre se mostraba como un hombre de mundo al que, con dieciocho años, ya no le daba miedo nada. —Dejó salir un suspiro mientras se llevaba las manos a la cabeza y se la frotaba con brío—. Una vez en el jardín, después de asegurarse de que nadie podía oírnos, me dijo que... —trago saliva con dificultad—, si no quería que me acusara de haber asesinado a «la señora» (recuerdo el asco con el que lo escupió y que su voz comenzó a asustarme), tendría que hacer todo lo que él me pidiera, empezando por conseguirle clientes para sus «hierbas medicinales» entre mis compañeros de escuela.

—Pero tú no habías hecho nada —gruñó Julia indignada.

—No, pero había tocado la lámpara y él lo había visto. Mis huellas estaban en ella. Cuando la policía hizo sus pesquisas y las encontraron, al igual que las de Patricia, las de Odile y hasta alguna parcial de papá, no le dio importancia. Era lógico que todos los que entrábamos en aquella habitación la hubiéramos tocado en alguna ocasión, pero si Graham hablaba con ellos y les decía que me había visto esgrimirla como arma..., la situación cambiaba drásticamente para mí.

—¡Malnacido! —soltó Julia con toda su rabia.

—Sí, un malnacido que nos ha estado chantajeando a papá y a mí desde entonces.

—Pero...

—No se conformó con mi colaboración en sus chanchullos —la interrumpió derrotado—. Cada vez exigía más y más. Terminé por contarle a papá el lío en el que estaba metido, creyendo que él podría ayudarme en algo. Todo fue inútil. En realidad, la situación empeoró como nadie podía imaginar.

—Intenté hablar con él —continuó Derek—, le ofrecí una buena cantidad de dinero, pero él se rio en mi cara. En mi desesperación, llegué incluso a pedirle consejo a tu abuelo; de ahí el segundo documento que firmé con él. Pero Graham me dijo que no tenía dinero suficiente para cerrarle la boca, que

tendría que acatar todas sus demandas si no quería ver a mi hijo acabar con sus huesos en la cárcel. Durante los primeros años, y a pesar de lo desagradable de la situación, sus coacciones se limitaban a obligarnos a facilitarle el acceso a nuestros conocidos y poco más. Fue más tarde cuando comenzó a presionarnos con exigencias que se hacían cada vez más difíciles de satisfacer.

»Un día, vino a verme con una nueva petición. Me sorprendió al principio porque sólo quería que le consiguiera un trabajo en el hipódromo de Ascot. Yo, pensando que se había reformado, hablé con tu abuela, que tiene buenos contactos con los directivos del recinto, para pedirle que intercediera por él. —Negó con la cabeza—. Fue un grave error. Nunca sabremos qué habría pasado de haberme negado, lo que sí sé es que lo que pretendía era entablar contacto con una serie de individuos que, de manera ilegal y gracias a su dinero, habían logrado una cierta reputación entre la alta sociedad de la zona. Estoy convencido de que la mayoría de esos ilustres caballeros de Ascot sabían a qué se dedicaban aquellos advenedizos, pero les daba igual si a cambio de su aceptación aquellos desalmados los ayudaban a mantener su ritmo de gasto o podían serles útiles de alguna manera, sin importar cómo lo lograran. Graham es listo y no tuvo problemas en conseguir un puesto en la organización. Su colaboración fue recompensada con una mejora de su empleo que venía acompañada con un aumento salarial, como es de imaginar. Aunque no creo que le importara mucho el sueldo que cobraba a fin de mes. El dinero le llegaba a espaldas gracias a los trabajitos que hacía para aquellos... bastardos —dijo con rabia.

Julia y Keith eran presas del estupor; les costaba imaginar una situación tan delicada, y se preguntaban secretamente cómo afectaría a su empeño de desenmascarar a Odile todo lo que estaban oyendo.

—Durante unos pocos años, nos dejó tranquilos —siguió narrando Pete—. Durante ese tiempo, supusimos que nos habíamos librado de él —rio sin ganas—; nada más lejos de la realidad. Un buen día, tras doce años desde la

muerte de Patricia, se presentó en casa. Para aquel entonces, tú acababas de comenzar tus estudios en la universidad y no vivías con nosotros. —Meneó la cabeza pesaroso—. Como decía, se presentó en casa recordándonos la información que mantenía en su poder. A cambio de su silencio, debíamos acceder a introducir sustancias ilegales en el Reino Unido junto con los cargamentos de materias primas que nos enviaban para la fabricación de nuestros productos desde diversos países extranjeros.

—Al principio nos negamos, lógicamente. Pero no tuvimos más remedio que claudicar cuando nos amenazó con unas represalias que no podíamos asumir —explicó Derek.

—¿De qué se trataba? —quiso saber Julia, que tenía ya el alma en vilo.

—Sé que siempre me has tenido por un padre despegado, que siempre te has sentido poco querida..., pero no es cierto. Tu hermano y yo hemos hecho un gran esfuerzo por mantenernos alejados de ti. Siempre.

»Después de morir tu madre, y siendo tú una niña tan pequeña, no te dediqué el tiempo que merecías porque yo estaba sumido en un dolor inenarrable. En el caso de Pete, que siempre había sentido devoción por ti, su alejamiento se debió a la ingrata situación en la que lo mantenía Graham. —La miró con una disculpa en los ojos—. Cuando me enteré de lo que le pasaba, me obcequé en ayudarlo en cuerpo y alma, volviendo a dejarte a tu lado. Yo estaba tranquilo porque sabía que Nana te cuidaba bien, confiaba plenamente en ella y sabía que te daba el cariño que yo no podía ofrecerte. Además, estaban tus abuelos, que suplían con creces mis funciones. Al morir Kenneth, Corinne todavía se volcó más en ti, así que imaginé que no nos necesitabas. Entre la empresa y todo lo que te hemos contado, teníamos ya suficientes cosas de que preocuparnos y estábamos convencidos de que tú no te dabas cuenta de que no estábamos pendientes de ti.

—Pero no era así —refutó ella apenada.

—No, no era así, ahora me doy cuenta. El caso es que Graham, después de tantos años, amenazó con irte con el cuento de que Pete había matado a

Patricia. También nos dijo que, si no colaborábamos..., tú sufrirías las consecuencias.

Aquella afirmación la golpeó en el pecho como un puño de hierro. Se agarró con más fuerza a un envarado Keith, que le acarició el dorso de la mano con el pulgar intentando tranquilizarla, a pesar de estar él mismo alterado.

—¿Yo? Pero si yo...

—Sí, lo sé. Tú eras ajena a toda la complicada situación que vivíamos. Pero a Graham no le importó. Como tampoco le importó que tú fueras una chiquilla de diecisiete años que había crecido sin madre, hoy sabemos que por culpa de la suya.

—Es extraño que no hayas dudado ni un momento de lo que te hemos contado sobre mi hipnosis —dijo Julia añadiendo a sus palabras un encogimiento de hombros.

—No. En realidad, me parece que es una explicación muy lógica y que responde muchas cuestiones que no tenían sentido antes —contradijo Derek con un mohín.

—De todas formas, nada explica que nunca, ni siquiera desde que trabajo en la empresa, me hayas mostrado, no ya cariño, sino aceptación. Siempre he tenido la sensación de que no respetabas mi trabajo ni me tenías en cuenta.

—Julia, aquellos hombres, incluido Graham, se hicieron muy presentes en nuestras vidas, porque, como puedes comprender, accedimos a su petición. Nos vimos obligados a tomar parte en su organización de forma indirecta... y no tan indirecta. —Se frotó la frente con las dos manos, como si intentara borrar imágenes desagradables de su cabeza, antes de reacomodarse en el sillón—. Tuvimos que confraternizar con ellos si no queríamos acabar mal o, peor aún, que pusieran sus ojos en ti. Así que decidimos no darte muestras de afecto para que ellos no repararan en ti más de lo necesario. Si sospechaban lo importante que eres para nosotros...

—Sigo sin entenderlo —dijo ella molesta, separando la espalda del

respaldo y volviendo a apoyarla.

—Cariño —intervino Keith, que había mantenido un absoluto silencio mientras hablaban—, en ocasiones uno toma decisiones creyendo que son las oportunas, sin pensar en las repercusiones que pueden tener sus actos. Tu padre y tu hermano pensaban que te estaban protegiendo de esa manera, aunque fuera un error y lo único que lograron fue que pensaras que no te querían.

—Sí, lo pensaba. Estaba convencida de ello. Es más, llegué a pensar que me culpaban de la muerte de mamá.

—¡No! ¡Eso nunca, mi vida! —exclamó Derek como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazón—. Sé que no he sabido demostrártelo como merecías, pero te quiero más que a mi vida. Eres el recuerdo viviente del amor que le tenía a tu madre. Eres dulce, decidida, inteligente... Y mereces ser amada con todo el corazón. —Observó brevemente a Keith antes de volver la vista a ella—. Te quiero, hija mía. Muchísimo.

Julia no supo qué responder ante esa declaración tan sentida. Sin permiso, una lágrima se escapó de sus ojos. Tantos años pensando que era poco menos que un engorro para ellos, sin saber que toda su frialdad estaba destinada a protegerla. Estaba hecha un lío. Demasiada información. Demasiadas complicaciones. Estaba claro que, como había dicho su padre, no podían acudir a la policía sin riesgo de ser arrestados ellos también. No hallaba solución. Se sentía devastada, abrumada, acorralada... Levantó la vista y se encontró con Keith, mirándola, aportando la paz y el sosiego que necesitaba en esos momentos. Diciéndole con los ojos que juntos encontrarían la salida a ese rocambolesco escenario. Todavía quedaban mil preguntas que formular, mil respuestas por oír, pero él estaría allí, con ella, para enfrentarse a todas ellas.

—¿Os parece que tomemos un té? —ofreció Derek—. Todos necesitamos un poco de tiempo para recomponernos y poder seguir con esta charla que deberíamos haber mantenido hace tiempo.

—Sí, creo que será lo mejor —acordó Keith mirando a Julia y regalándole una sonrisa.

## Capítulo 29

Durante unos silenciosos minutos, los cuatro estuvieron absortos en sus pensamientos mientras permitían que la calidez del té los reconfortara. Keith y Julia, de pie frente a la ventana que daba a la calle, seguían cogidos de la mano, bebiendo sus infusiones. Él sabía que ella tenía un nudo en el pecho ahogándola, atenazándola e impidiéndole pensar con claridad, al menos de momento. No obstante, confiaba —no, estaba seguro— en que su mente analítica y positiva racionalizaría todo lo averiguado esa mañana y que complementaba lo que habían descubierto en Crystal House Park. Pero si su intuición le fallaba y ella no lograba analizar la situación, él estaría a su lado para ayudarla a conseguirlo.

La miró de reojo. Tenía los ojos fijos en la calle y, sin embargo, resultaba evidente que no veía nada de lo que pasaba allí fuera. Su mente estaba en otro sitio, en otra época escondida en su memoria. A pesar de tener el ceño fruncido, a Keith le siguió pareciendo la mujer más hermosa del mundo, así, con la taza cogida con una mano apoyada sobre su pecho y la otra aferrada a él, como si fuera su tabla de salvación, su cabo en un naufragio, su ancla ante los vientos de la desolación que la afligía...

Notando su escrutinio, Julia lo miró e, inevitablemente, le sonrió. No fue una sonrisa alegre, pero sí una llena de confianza y de cariño. Keith pensó que todo valía la pena si la recompensa era ese gesto cargado de sentimiento que ella le dedicaba. En cualquier caso, él ya estaba meditando sobre todo lo que había oído y empezaba a ver un resquicio por el que poder escabullirse para solucionar la situación, al menos, la que les habían planteado Pete y



Derek. El tema del asesinato de Patricia seguía siendo un problema que no sabía cómo resolver.

Detrás de ellos, Pete y Derek se mantenían cada uno inmerso en sus pensamientos. El padre se lamentaba del tiempo para estar con su hija que había desperdiciado y de no haber sabido cómo demostrarle cuánto la quería. También se arrepentía de no haberle confesado todo aquello antes. Julia era una mujer inteligente que podría haber aportado alguna idea para salir de esa situación... Claro que, de ese modo, tal vez la hubiera puesto en una tesitura complicada si ella hubiera decidido actuar; no, no podría haber hecho más que lo que hizo, a pesar de las consecuencias.

Pete, por su parte, estaba dominado por la ira. Había mamado de ella durante veintidós años. En todo ese tiempo se había sentido un preso en libertad. Su vida estaba condicionada por haber cometido la estupidez de recoger una simple lámpara del suelo y tener el infortunio de que Graham lo viera. Aquellos hechos lo habían convertido en un ser amargado, sin ilusiones, un déspota implacable que trataba a todo el mundo con un rencor que no merecía. Y a esas alturas, cuando ya no había redención posible para él, descubría que su verdugo era el hijo de la persona que había acabado con la vida de Patricia, la única mujer capaz de eclipsar el recuerdo idealizado que tenía de su propia madre. Tenía sentimientos homicidas si pensaba en aquel don nadie sin escrúpulos. Y no era la primera vez... Pero él, por muy desesperado que estuviera y por mucho que odiara a Graham, no era un asesino; sólo era un resentido de la vida, sin posibilidad de poder llevar una existencia feliz.

Derek fue el primero en romper aquel reflexivo silencio que los envolvía.

—Julia —la llamó haciendo que ella se volviera para encararlo—, siento muchísimo no haber sido un buen padre para ti. Voy a intentar enmendarlo con todas mis fuerzas, te lo prometo.

—No te preocupes ahora por eso. Tenemos cosas más importantes en que emplear nuestro tiempo y nuestros esfuerzos —contestó ella haciendo gala de

su madurez—. Voy a seguir siendo tu hija cuando esto acabe y tú seguirás siendo mi padre. Tendremos oportunidad de recuperar el tiempo perdido. Esperemos que no sea tarde para conseguirlo —concluyó con una inflexión melancólica en la voz.

—Gracias, hija.

—Hay mucho camino por recorrer antes de que me las des —afirmó mientras volvía a la silla que había ocupado antes del receso—. Todavía necesito que me aclares ciertas cosas que no comprendo de tu carácter.

—Tú dirás —accedió él con cierto reparo.

—Me has explicado por qué me has tratado siempre con indiferencia e incluso con desdén, pero... ¿por qué lo has hecho con el resto de las personas a tu alrededor? No te he visto nunca un detalle amable con nadie, mucho menos con las mujeres que han pasado por tu cama. —Hizo un gesto de desagrado—. Con mi secretaria, sin ir más lejos, te has comportado como un cínico sin sentimientos. Ella, igual que el resto, no ha merecido el menosprecio que le has dedicado siempre. No le has dado opción a llegar a ti, a pesar de lo mucho que lo deseaba. Te has burlado de ella y la has utilizado como a un objeto que sirve solamente para tu disfrute. Esa manera de actuar no tiene nada que ver conmigo ni con los jaleos en los que estás metido. ¿Puedes explicarme por qué te has comportado así con todas ellas? Sólo quiero comprenderte un poco mejor y saber si me dices la verdad sobre tus sentimientos hacia mí o es que ése es tu carácter realmente.

—Supongo que tienes razón —aceptó abatido—. Imagino que sólo conoces mi lado oscuro... Yo no era así. Era un hombre amable y cortés con todos. Inflexible a veces, estricto otras, pero siempre justo y correcto. Pero la muerte de tu madre me cambió. Con la huida de mi primera esposa y el consecuente divorcio, mi forma de ser se agrió, aunque no tanto como para que alguien lo notara. Quizá Pete fue el único en darse cuenta porque me volví menos cariñoso de lo que solía ser con él. —Suspiró con fuerza, se hundió más en el sillón que ocupaba y cruzó las piernas—. Y entonces

apareció Patricia. No voy a negar que al principio me pareció una mocosa impertinente que no me dejaba en paz. Luego vino lo del embarazo, el acuerdo con tu abuelo y la posterior boda. Inicialmente creí que me había metido en un matrimonio asfixiante, viviendo al lado de una muchacha absorbente e inmadura. El tiempo me demostró que me equivocaba —dijo nostálgico—. No sé si fue la obligación de hacerse cargo de un preadolescente, si influyó su embarazo o si su amor por mí la hizo cambiar, pero lo cierto es que así fue.

»Poco a poco, iba cambiando mi opinión sobre ella. Día a día se fue convirtiendo en la mujer que siempre había querido tener... Para cuando tú naciste, ella no tenía ya nada que ver con la jovencita que, a base de insistencia, logró que me metiera en su cama, y yo tampoco era ya el mismo hombre. Me enamoré de tu madre sin darme cuenta. Y lo hice de una manera visceral y profunda. La amaba como a nadie en este mundo —miró a Pete y a Julia avergonzado—, ni siquiera a vosotros. Y cuando más felices éramos, cuando nuestra familia estaba más unida, llegó el mazazo. De la noche a la mañana, me quedé sin ella, sin mi luz, sin mi alegría...

»Desde entonces, me propuse que ninguna otra ocuparía su lugar. Que no permitiría que nadie se acercara tanto a mí como para destruirme de esa manera. Lo decidí y lo he cumplido a rajatabla desde entonces: que las mujeres serían para mí un mero entretenimiento, que no volvería a depositar ni un ápice de sentimientos en mi relación con ellas y que si, por casualidad, una empezaba a colarse en mi corazón, la echaría de mi lado sin contemplaciones. —Respiró con dificultad, como si esa confesión lo hubiera agotado—. Y así ha sido durante todos estos años. He satisfecho mis necesidades físicas —afirmó sin rastro de pudor—, pero no me he permitido hacer lo mismo con las emotivas. Tu madre se llevó consigo la posibilidad de que lo hiciera.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Derek, cabizbajo, no podía advertir la manera en que lo miraban sus hijos, ni cómo lo observaba Keith,

que en su calidad de psicólogo había vislumbrado una angustiada soledad en sus palabras. Por fin, Julia, ávida por saber más, lo rompió dirigiéndose a su hermano.

—¿Y cuál es tu excusa para tu comportamiento, Pete? Tú tampoco eres lo que se dice amable con los que te rodean.

—¿Quieres más motivo que vivir desde los dieciséis años con la espada de Damocles sobre mi cabeza? No he tenido juventud ni he podido buscar la felicidad, pero sí riesgo de provocar la ruina a la persona que estuviera a mi lado —afirmó con vehemencia—. Sí, tienes razón, soy un hombre sombrío y amargado que va esparciendo su hiel allá por donde va, pero ¿qué opción he tenido para no serlo? —preguntó de forma retórica.

—Bueno, ahora es momento de cambiar la situación —intervino Keith conciliador—. Es tiempo de plantarles cara a esos personajes que os han estado amargando la existencia y, si es posible, deshacernos de ellos de una vez por todas.

—¿Cómo? —Derek levantó la cabeza de golpe con una sonrisa de menosprecio en los labios.

—De momento, no lo sé. Pero permitidme que haga unas cuantas averiguaciones. Creo que puedo hallar una solución.

—¿Cómo? —repitió el patriarca.

—Por favor, papá, dale una oportunidad. —Julia salió en su defensa como un gato enrabiado—. Keith sólo quiere ayudarnos; si dice que puede encontrar la manera de libraros..., de librarlos todos de esos hombres, sé que hará lo imposible por cumplir su palabra.

—Está bien —aceptó sin demostrar la confianza que su hija le pedía—. Esperemos que tenga una varita mágica que pueda sacarnos de ésta.

—Una varita mágica, no, pero contactos en... —comenzó a decir Julia.

—... el infierno tengo a montones —concluyó Keith por ella.

No quería que aquellos dos supieran de sus contactos con la policía neoyorquina, que era a quienes pensaba acudir para pedir consejo. Julia lo

miró extrañada, pero enseguida comprendió que él creía que era mejor mantener en secreto su vinculación con las fuerzas de seguridad, por el momento.

—Pues a ver si alguno de los diablos que conoces tiene una brillante idea para desenmascarar también a la puta de Odile.

—También estoy meditando la manera de hacerlo, no te preocupes, Derek.

—Bien —medió Pete—, tu superhéroe lo va a arreglar todo en un santiamén —soltó con sarcasmo.

Julia no respondió. Aquella frase no merecía réplica; su hermano volvía a comportarse como un energúmeno.

—Una última pregunta, Pete —pidió Julia, a pesar de haberse dejado muchas por formular.

—Tú dirás.

—Con todo lo que estabas viviendo, ¿por qué te dedicaste a jugar hasta el límite de poner en riesgo a la empresa?

—¿Jugar? —preguntó extrañado. Al instante, sonrió desganado—. Ahora recuerdo que ésa fue la excusa que dimos para justificar el dinero que habíamos tomado de las arcas de la empresa.

—Y, si no fue el juego, ¿qué motivó que sustrajerais aquella elevada suma de dinero y que papá se enfadara tanto contigo?

—Por aquellas fechas, uno de los cargamentos que venían de ultramar se perdió. Al contenedor que lo traía se lo tragó el mar. La compañía de seguros nos pagó el valor de la mercancía que estaba declarada, pero eso no cubría la que no lo estaba. —Su gesto se endureció visiblemente—. Aquéllos... nos obligaron a hacernos cargo de sus pérdidas, algo que nos dejó en la cuerda floja financiera. Papá no estaba enfadado conmigo, sino con ellos, igual que me pasaba a mí; pero eso era algo que debíamos ocultar, así que entre los dos acordamos que lo achacaríamos a mi supuesta afición al juego.

—Y preferisteis que pensara que tú...

—Cualquier cosa antes de ponerte en riesgo. No podías saber nada. No

podíamos permitirlo. Ésa fue la mejor excusa que se nos ocurrió en aquel momento.

—Arriesgándote a que yo pensara todavía peor de ti.

—Era un riesgo, sí. Pero uno que estaba dispuesto a correr.

Volvió a instalarse un silencio tenso entre los presentes. Había muchas cosas que Julia ignoraba y muchas que había creído saber que habían resultado ser falsas, e iba a llevar mucho tiempo conocerlas todas. De momento, el tiempo de las confesiones se había acabado.

—Nosotros ya nos vamos —anunció Julia poniéndose en pie—. En cuanto haya alguna novedad nos volveremos a reunir, si estáis de acuerdo.

—¡Vaya! —exclamó Pete volviendo a la ironía—. Parece que la mocosa ha tomado las riendas de la situación.

—De momento, ella está intentando sacarnos de este atolladero, cosa que ni tú ni yo hemos intentado nunca —le recriminó Derek.

Pete tuvo que reconocer que aquello era cierto, por lo que asintió con la cabeza y se levantó también.

—De acuerdo —aceptó al fin—. En cuanto alguno de nosotros tenga alguna novedad o alguna información que compartir, nos volveremos a reunir.

—Antes de irme, me gustaría que me facilitaras los nombres de los individuos que os hacen chantaje —declaró Keith mirando a Derek a los ojos.

El patriarca, sin preguntar para qué los quería, abandonó el confort de su sillón y se dirigió a su mesa. Allí, arrancó una hoja de un bloc y escribió lo que le había pedido el *amigo* de su hija. Al acabar, extendió la mano y le ofreció el papel a Keith. Él lo ojeó por encima, lo dobló meticulosamente y lo guardó en el bolsillo trasero de su vaquero. Después de eso, y con semblante serio, todos, a excepción de Derek, abandonaron el despacho: Pete, para ocupar el suyo; Julia y Keith para ir a la planta inferior a reencontrarse con Maggie.

La secretaria estaba sentada a su mesa, mirando a cada instante la escalera

por donde sabía que aparecerían su jefa y el hombre que la acompañaba. Después de la sorpresa inicial al ver a Julia con un hombre en una actitud tan acaramelada, se sintió contenta por ella. Era una buena chica que merecía ser feliz, ya que nunca la había visto realmente albergar ese sentimiento. Y, por lo que había podido observar, Keith la hacía feliz.

Una de las ocasiones en que desplazó la vista de la pantalla de su ordenador para mirar hacia la escalera, los vio bajando los escalones despacio, cogidos de la mano y con semblante serio. Había transcurrido más de una hora desde que habían subido a reunirse con los McDougall y, por su apariencia, la conversación había sido, como poco, intensa. Corrió a reunirse con ellos haciendo rodar las patas de su silla giratoria al levantarse.

—¿Ha ido todo bien? —fue lo primero que quiso saber.

—Bien, no te preocupes —la tranquilizó Julia. En su rostro se reflejaba un agotamiento que no estaba allí cuando había acudido a la cita con su padre.

—¿Estás segura? —insistió la rubia.

—Completamente —ratificó mirando a Keith a los ojos para que apoyara su afirmación.

—No te preocupes, Maggie —le pidió él—. Todo ha ido como la seda —concluyó sin satisfacer la curiosidad de la secretaria.

—Bien, entonces ¿qué vas a hacer ahora?

Julia alzó los ojos al reloj que presidía la pared frente a la que estaban; acababa de dar las once y media. Luego miró a Keith, quien, sin palabras, accedió a su petición.

—Ahora nos vamos a comer.

—¿A comer? Pero si... —Se paró en seco, entendiendo que ambos necesitaban salir de allí con cualquier excusa—. A comer está bien. Nos vemos cuando vuelvas.

Cogidos de la mano, tal como habían llegado, bajaron la escalera y escaparon de aquel edificio en el que habían conocido una parte de la vida de Julia que hasta ese momento había sido un secreto para ella.

## Capítulo 30

Deambularon con las manos entrelazadas por las calmadas calles de Marylebone hasta que se encontraron inmersos en el bullicio de la comercial Oxford Street, preguntándose cómo habían llegado allí.

Se miraron sin saber adónde ir a partir de ese punto. Julia decidió su destino de repente; había recordado un lugar tranquilo, sobre todo a esas horas, donde podrían hablar sin que nadie los molestara ni se interesara por sus asuntos.

—Ven, sígueme. No te importa caminar un poco más, ¿verdad?

—No. Vamos.

Anduvieron por la abarrotada calle sorteando turistas máquina en ristre y oficinistas presurosos con maletín. La mayoría de los viandantes entraban y salían de alguna de la multitud de tiendas cuyos vistosos escaparates se asomaban a la calle. Ellos no se detuvieron frente a ninguno, no tenían ánimo para fruslerías, pero sí se vieron entorpecidos en su marcha por el ir y venir de los que paseaban por su lado, cosa que originó que les costara casi quince minutos alcanzar su meta.

—¿Qué hacemos aquí? —se extrañó Keith al verse frente a un pequeño restaurante vegetariano en una callecita, sorprendentemente tranquila, que comunicaba Oxford Street y Soho Square.

Ella sonrió antes de responder.

—Es el restaurante de los Hare Krisna. Es un sitio apacible e íntimo. Aquí estaremos tranquilos.

—¡Qué gracia! Había paseado muchas veces por aquí y no lo había visto nunca.



—Sí, pasa desapercibido si no te fijas. Yo suelo venir con cierta frecuencia, cuando necesito meditar. La música ambiental es muy relajante y te permite pensar.

—Eres una caja de sorpresas —dijo Keith orgulloso dando el primer paso para entrar—. ¿Cómo lo descubriste?

—¿Sabes que en la plaza al final de la calle están las oficinas de Paul McCartney?

—No, pero ¿qué tiene eso que ver?

—Una de mis primeras escapadas fue para intentar encontrarme con él, aquí, en sus oficinas —confesó en voz baja, asegurándose de que nadie la oía—. Tonta de mí, pensaba que tendría un horario laboral como cualquier trabajador... Claro, eso era antes de darme cuenta de que el talento artístico no sabe de horarios.

—Cierto —admitió él en el mismo tono—. Pero... ¿por qué hablamos tan bajito?

—Ups, lo siento. Siempre creo que me puedo tropezar con alguno de sus empleados cuando vengo por aquí y, ya sabes, me da un poco de vergüenza que sepan que soy una devota fan de su jefe.

Keith soltó una sonora risotada que retumbó en las paredes de aquel pequeño local. Las pocas personas que se encontraban allí, seis como mucho, entre empleados y clientes, se volvieron a mirarlo con reprobación. Él, haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener la risa a duras penas, levantó las manos pidiendo disculpas. Pero no pudo evitar que una lagrimilla de hilaridad se escapara de uno de sus ojos. Después de la tensión de aquellos últimos días y de la tirantez de la reunión de aquella misma mañana, era un alivio oír la inocente confesión de Julia, que le imprimía un carácter más juvenil del que solía mostrar.

Se dirigieron a la mesa más alejada de la entrada, con sus bandejas repletas de comida saludable, donde, después de sentarse, permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó Julia, que había empezado a marear la comida con el tenedor.

—Tengo que hacer unas llamadas para ver si hay alguna alternativa. —Se alzó lo suficiente para sacar de su bolsillo el papel que le había entregado Derek y lo puso sobre la mesa, todavía doblado—. Si, como dice tu padre, los obligan a introducir sustancias ilegales importadas de otros países, entonces estamos hablando de un delito internacional. Hablaré con algunos viejos conocidos de la policía neoyorquina para que investiguen estos nombres —explicó dando unos golpecitos con el dedo sobre el papel—. Recemos porque tengan suerte y podamos colaborar con ellos para atrapar a esa panda de cabrones.

—Tengo miedo, Keith —confesó sin pudor—. Mi padre y mi hermano llevan años metidos en todo esto, y si se destapa la trama... pueden acabar en la cárcel.

—Encontraremos la manera de que no sea así, ya lo verás —dijo estirando la mano sobre la mesa y cogiéndole la suya—. Confía en mí.

Ella lo miró a los ojos. Los suyos encerraban temor y duda, pero también confianza. Una confianza ciega que Keith se había ganado a base de tenacidad.

—Lo hago. Total e incondicionalmente.

—Te quiero, Julia. Y voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que todo esto tenga un buen final.

—Sé que lo harás... —afirmó esgrimiendo una débil sonrisa.

—Bien, y ahora, comamos. —Pinchó con su tenedor un trozo de calabacín al curry—. Ya nos ocuparemos de todo cuando tengamos el estómago lleno.

\* \* \*

Gemma estaba frotándose las manos, pensando, sentada frente a su ordenador, con una taza de té sin tocar a un lado y un platillo con galletas de

mantequilla en el otro. *Whiskers*, su inseparable mascota, descansaba sobre su sillón favorito, olvidando la preciosa camita que su dueña le había comprado. Alargó la mano y cogió uno de los dulces, que mordisqueó descuidadamente. No se le iba de la cabeza lo que Julia y su sobrino le habían contado acerca de Odile. Recordaba las tardes lluviosas que habían compartido en la cocina, observando cómo Julia jugaba con sus muñecas o hacía sus deberes mientras el ama de llaves preparaba la cena. Se le hacía una montaña pensar que había convivido con una auténtica asesina, pero no como las que plagaban sus novelas, no: una persona capaz de asestarle un golpe fatal a la mujer que la empleaba y la trataba con exquisita corrección y afecto. Estaba decidida a encontrar la manera de sacar a la luz su crimen. Como hacía con una novela a la que no le encontraba el final correcto, tenía que estrujarse la cabeza hasta conseguir hallar el hilo por el que seguir hasta concluirla debidamente. Y estaba segura de que lo lograría. No por nada había dejado aparcada en un cajón de su mente la novela que estaba escribiendo esos días. Verse inmersa en un caso detectivesco real era mil veces más sugestivo y, sobre todo, mil veces más apremiante.

Cogió la taza de té y la encontró demasiado fría para su gusto, así que se levantó para prepararse otra. El gato alzó una ceja al notar el movimiento, pero al ver que se trataba de su dueña, volvió a enroscarse en el asiento.

A mitad de camino a la cocina, se detuvo de repente; una idea se había filtrado en su imaginación. Era algo arriesgado. Mucho. Quizá demasiado. No obstante, era lo único medianamente factible que tenía en mente de momento. Si no encontraba una alternativa plausible... Lo consultaría con Julia. Al fin y al cabo, era ella la más indicada para llevarla a cabo.

\* \* \*

Keith y Julia desanduvieron el camino que los había llevado hasta el restaurante. Durante la comida habían acordado que, mientras ella se ocupaba

de sus quehaceres, él llamaría a Nueva York con la esperanza de encontrar de servicio a alguno de sus antiguos compañeros. Y eso es lo que hicieron nada más llegar. Julia se reunió con Maggie en el despacho de ésta para que la pusiera al corriente de las últimas novedades, tanto de las campañas publicitarias que tenían entre manos como de los avances que su secretaria había hecho con respecto a la preparación del evento conmemorativo. Mientras tanto, Keith comenzó su ronda de llamadas. Tuvo éxito casi enseguida.

—¡Keith, muchacho! Qué sorpresa oír tu voz. ¿Qué es de tu vida?

—Hola, George. Mi vida..., bien, supongo, aunque tengo un problema. Por eso te llamo.

—Pues desembucha, chico. Si está en mi mano...

—Necesito que averigües todo lo que puedas de unos nombres que te voy a dar.

—¿De qué se trata? —preguntó el policía cambiando su tono distendido por uno más profesional.

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Ahora mismo estaba redactando informes, y ya sabes cuánto lo odio. Cualquier distracción es buena.

Keith puso al policía en antecedentes sin escatimar detalles y respondiendo a todas las cuestiones que le planteaba su amigo. Sólo al final le dio los datos que tenía sobre los traficantes, provocando un silencio al otro lado de la línea.

—George, ¿sigues ahí?

—Sí, sigo aquí. Estaba tecleando los nombres. Tío, estás metido en un buen marrón.

—Ilumíname.

—Estos tipos son escoria pura. Están metidos en tráfico de armas, trata de blancas y alguna que otra cosa más, además de en el narcotráfico, por supuesto —enumeró, consiguiendo que un sudor frío recorriera la espalda de

Keith—. La policía internacional va detrás de ellos desde hace mucho tiempo, pero nunca han conseguido pruebas que los desenmascaren. Son listos estos cabrones.

—¿Tú crees que se puede hacer algo?

—Hombre, ahora hay testigos que pueden declarar en su contra.

—¿Los pondría eso en algún aprieto? —se alarmó el psicólogo ante la perspectiva de que corrieran riesgo sus vidas.

—Vamos a ver, han estado ayudando a unos delincuentes peligrosos durante años, así que fácil no lo tienen. Pero..., si colaboran, es posible que la fiscalía haga un trato con ellos y salgan bien parados.

—Ya. —Meditó un segundo antes de formular la siguiente cuestión—. Pero ¿qué pasará si esos tipejos descubren que ellos han cantado?

—Sí, ése es un gran riesgo, la verdad. Deja que le dé vueltas al asunto mientras pongo en conocimiento de mis superiores todo este asunto —trató de tranquilizarlo George—. Seguro que encontramos la manera de que esos tiparracos no aten cabos.

—Confío en ti, tío —aseveró Keith convencido.

—¿La quieres? —interrogó George, que había notado el cambio en su tono de voz cuando había hablado sobre la joven.

—Muchísimo —respondió él, sabiendo a quién se refería—. No querría que nada de esto la salpicara de ninguna manera, ni siquiera teniendo que ver a sus seres queridos entre rejas.

—Anda, déjame hacer mi trabajo, tío. Vamos a conseguirlo —dijo con seguridad el americano.

—Ojalá, amigo, ojalá.

## Capítulo 31

Los días siguientes pasaron con rapidez, especialmente el miércoles, día en que pareció que todo el mundo se ponía de acuerdo para comunicarles algo. Primero, Corinne se puso en contacto con ellos para anunciar que ya tenía disponible el apartamento que iba a alquilarle a Keith. Más tarde, George, el amigo americano del psicólogo, lo llamó con algo de información nueva, además de para darle el teléfono del agente de Scotland Yard con el que, a partir de entonces, deberían mantener contacto: Albert Spencer. Y para acabar, Gemma también los telefoneó.

—Buenas noches, Nana —saludó Julia al comprobar el nombre de quien llamaba—. Precisamente Keith y yo estábamos comentando que teníamos que hablar contigo.

—Buenas noches, jovencita. ¿Qué queríais decirme?

—Te paso a Keith y él te cuenta.

—No, no —alzó la voz para que la oyera antes de que Julia le entregara el aparato a su sobrino—. Mejor conecta el manos libres y hablamos a tres bandas.

—Voy.

Pulsó el botón correspondiente y en un segundo estaban conversando los tres.

—Hola, tía Gemma —la saludó Keith—. Estábamos a punto de telefonearte nosotros.

—Ah, ¿sí? Qué casualidad, conexión mental será.

—O que teníamos que darte una noticia —contestó él, haciendo gala de su mente analítica.

—Como sea. El caso es que vosotros queríais hablar conmigo y yo con vosotros —resolvió magnánima, provocando una sonrisa silenciosa en sus oyentes—. A ver, empezad vosotros.

—Esta mañana ha llamado mi abuela —comenzó Julia— para decirnos que Keith ya tiene el piso a su disposición.

—¡Vaya! Sí que ha ido rápida la cosa. ¿Tenías ganas de huir de mí, sobrino?

—En absoluto, tía Gemma. Las cosas han venido así dadas. Además, tampoco es que me vaya a la otra punta del mundo.

—Eso es verdad, ya lo hiciste hace tiempo y no me gustó nada —recordó con pesar—. Bueno, ya me invitarás a conocer tu casa nueva.

—Por supuesto, tía Gemma, cuando quieras... De todas formas, no voy a mudarme de manera inminente.

—¿No? —y esa palabra sonó con una gran carga de ironía.

—Pues no. —Esta vez fue Julia la que habló, intentando justificarse—. Habrá que ver cómo está todo, si necesita alguna reforma o algo por el estilo... Y luego está el tema de los muebles.

—Sí, sí, claro.

—¡Nana!

—No hace falta que disimuléis más, chicos —dijo con cariño—. Me di cuenta de que hay algo entre vosotros una de las primeras veces en las que hablamos cuando estabais en la mansión.

Se miraron como dos niños pequeños pillados en una travesura. Gemma era muy intuitiva, sin duda.

—Bueno, sí —confesó Keith—. Algo hay —concluyó sin dar más explicaciones.

—Ya decía yo. Bueno, a lo que iba. Os he llamado porque se me ha ocurrido un plan para desenmascarar a Odile.

—¿En serio? Cuenta —pidió Julia muy interesada, acercándose al móvil.

—Es peligroso, no lo voy a negar, pero creo que será efectivo. El único

inconveniente, si es que lo es, consiste en que tendremos que esperar a la celebración de la fiesta para llevarlo a cabo.

—¿Por qué esperar tanto? —quiso saber la joven—. Y ¿de qué se trata?

—No creo que después de veintidós años sea necesario precipitarse. Es mejor planearlo bien para que no haya riesgo de fallar.

—En eso tienes razón, tía Gemma —acordó Keith, ganándose una mirada reprobatoria por parte de Julia.

—¿Nos cuentas qué has pensado?

Gemma pasó a exponerles el plan que había ideado. Después de darle muchas vueltas y de idear alternativas, les explicó, había decidido que la primera idea que le había acudido a la cabeza era la mejor. Si todo lo hacían como ella lo había pensado, dudaba de que hubiera riesgo alguno, y sí buenos resultados. Ellos escuchaban con atención todos los pormenores de lo que planteaba Gemma con distinta actitud. Mientras Julia se mostraba entusiasta, Keith no dejaba de negar con la cabeza. No estaba conforme con poner a la joven en una tesitura tan peligrosa. Sólo coincidían totalmente en una cosa: existía un inconveniente que Nana desconocía, y era el asunto de Derek y Pete.

Una vez hubieron escuchado todo el plan, fueron ellos los que comenzaron el relato del calvario que habían sufrido los McDougall durante aquellos años, dejando a Gemma sumida en el silencio más absoluto.

—Tía Gemma, ¿estás ahí? —inquirió Keith, dudando de si la comunicación se había cortado.

—Sí, perdonad. Es que me he quedado helada —confesó pesarosa—. Ahora entiendo muchas cosas que no tenían sentido para mí. —Volvió a callar un instante y añadió—: Bueno, dejadme que lo medite un poco, ¿de acuerdo? ¡Ah! Y si tenéis noticias de la policía, hacédmelo saber. Necesito todos los datos para terminar de redondear el plan.

—Supongo que mañana podré hablar con el agente de Scotland Yard que han asignado al caso. En cuanto sepamos algo, te lo diremos.



—Espero vuestra llamada. Mientras, id madurando mi propuesta.

Al dar por terminada la llamada, el humor de Keith se había ensombrecido notablemente.

—No quiero que lo hagas, Julia. Es demasiado peligroso. Esa mujer es peligrosa.

—Pero estaréis todos allí, controlando sus movimientos. En el momento en que notéis que corro algún riesgo, intervenís.

—Sigue sin gustarme la idea. Además, no has tenido en cuenta que se puede montar un circo de mil demonios. Será un escándalo que en mitad de la celebración...

—Ahora mismo me interesan bien poco la fiesta y los invitados, la verdad —afirmó molesta—. Para mí es mucho más importante que la asesina de mi madre acabe entre rejas.

—Lo sé, y lo entiendo. —Se desplazó un poco en el sofá para quedar pegado a ella, le pasó el brazo por el hombro y la atrajo hacia sí—. Pero tú tienes que entender que, si te ocurre cualquier cosa, por insignificante que sea, yo...

No acabó la frase; la sola idea dolía demasiado como para formularla en voz alta. Lo que sí hizo fue besarla con toda la desesperación que había creado en su mente la imagen de Julia tirada en el suelo, sangrando, igual que le había ocurrido a su madre.

Necesitaba percibir su corazón latiendo con fuerza contra el suyo; necesitaba notar la suavidad de su piel frotándose contra la suya; necesitaba sentir su calor abrazando con fuerza su miembro. La necesitaba. Se alzó con impulso, llevándosela a ella consigo. Colocó una mano bajo la curva de sus rodillas y otra en su espalda y, así, con Julia en brazos, sin mediar palabra, caminó hasta su habitación.

\* \* \*

Aquel jueves, Julia se fue a la oficina dejando a Keith en el apartamento. Desde allí sería más sencillo realizar la llamada al agente de Scotland Yard con el que trataría el tema de los McDougall sin riesgo de ser escuchado. Él esperó a que se hiciera una hora oportuna y marcó el número que le había facilitado George desde Estados Unidos. Le contestó una voz profunda y segura al segundo tono.

—Inspector Spencer al habla.

—Buenos días, inspector. Mi nombre es Keith Bennett —se presentó mientras se sentaba a la mesa de la cocina, donde reposaba el café que acababa de prepararse—. Me imagino que esperaba mi llamada.

—Ahora mismo no... ¡Ah, sí! Usted es el que ha dado con dos testigos que están dispuestos a hablar para ayudarnos a enchironar a los miembros de Los Zares, que llevan años escabulléndose de la policía.

—El mismo. Espero que el agente O'Brien lo haya puesto al corriente.

—Sí. Es una situación comprometida, no se lo voy a negar.

—Lo sé, pero algo se podrá hacer para no perjudicarlos, dado que se arriesgan mucho colaborando con las autoridades.

—Déjemelo a mí. Veré qué puedo hacer. —Se lo oyó aspirar, seguramente un cigarrillo—. Lo primordial ahora es que pueda hablar en persona con los testigos y escuchar su declaración con mis propios oídos.

—Ya... —Empezaba a ponerse nervioso por las consecuencias que ese hecho pudiera causarles a Pete y Derek—. Pero habría que hacerlo de manera discreta, ya me entiende.

—Por supuesto. No nos vamos a arriesgar a perderlos antes de hacernos con Los Zares, no se preocupe, señor... —garantizó con la boca ocupada por el pitillo mientras buscaba entre sus papeles el nombre de su interlocutor.

—Puedes llamarme Keith o tutearme, si quieres. No hace tanto que yo también pertenecía al cuerpo.

—Bien, Keith, ¿se te ocurre cómo puedo verlos sin levantar sospechas?

—Algo tengo ideado, sí. Aunque antes me gustaría que nos encontráramos

nosotros en persona. Hay cosas que tienes que saber.

—¿Cuándo te iría bien que nos viéramos?

—Hoy mismo, por ejemplo. Quiero acabar con esto lo más pronto posible.

—Está bien. ¿Dónde estás? Puedo ir a reunirme contigo. Es preferible que nadie te vea entrar en la sede de Scotland Yard, por si te vigilan.

—No creo que lo hagan, pero me parecen bien tus precauciones. Nunca son suficientes con esa chusma.

—Dame tu dirección. Estaré allí lo antes que pueda —aseguró soltando una bocanada de humo.

—¿Quieres mi número de teléfono también?

—No hace falta. Ha quedado registrado en el mío tras tu llamada.

Keith le dio las señas y, después de que Albert Spencer comprobara la ruta, quedaron en verse al cabo de poco más de media hora.

\* \* \*

Julia llevaba toda la mañana añorando a Keith. Desde que se fueron juntos a Crystal House Park no se habían separado en ningún momento, y se sentía desvalida sin él cerca. Se había convertido en su apoyo más firme, en su confidente, en su amigo... Era el hombre que le daba todo lo que pudiera necesitar. Estaba enamorada hasta el tuétano, por eso la hizo muy feliz recibir su mensaje. En él le explicaba la conversación mantenida con el inspector y la informaba sobre la reunión que iban a llevar a cabo. Sin poder esperar más a oír de sus labios lo que acababa de leer, marcó el número de casa. Él respondió al instante.

—¿Sí?

—Buenos días, Keith. A ver, cuéntame.

—No hay mucho más que añadir a lo que te he escrito. Estoy esperando su llegada. En cuanto sepa algo más, te llamaré.

—De acuerdo. Iré a hablar con mi padre para...

—No, no lo hagas. No todavía. Espera a que haya hablado con Spencer. No precipitemos las cosas, no vayamos a cometer algún error.

—Como quieras. Tú sabes más de esto que yo.

—Sí, es cierto —dijo sin pizca de presunción—. Vayamos poco a poco. — Se quedaron callados unos segundos. Por fin, él habló—: Te echo de menos.

—Y yo a ti. Muchísimo.

—No tardes en volver, por favor.

—No lo haré.

—Te quiero, Julia.

—Y yo a ti, Keith.

Se quedó mirando su smartphone con cara de felicidad. ¿Quién le habría dicho a ella que en poco más de dos semanas su vida daría un vuelco tan drástico? En ese tiempo había descubierto quién era su madre en su juventud y los tejemanejes que organizó su abuelo para encubrir su embarazo. Asimismo, la había golpeado la cruel realidad de cómo se había desarrollado su muerte y las consecuencias que devinieron a raíz de aquel suceso... Pero todo había resultado más llevadero gracias a la compañía constante de Keith. Sí, le había dicho que lo quería y nunca en su vida había sido más sincera.

Recordando los hechos acaecidos durante ese tiempo, volvió a pensar en el diario de Patricia. Desde que habían regresado de la mansión no había vuelto a acordarse de él. Con toda la información que le habían facilitado su padre y su hermano, tenía la cabeza demasiado embrollada para pensar en algo que, al fin y al cabo, tampoco tenía ya tanta importancia. De todas formas, decidió que aquella noche, una vez se hubieran metido en la cama, le pediría a Keith que leyera un nuevo fragmento del diario; sentía curiosidad por averiguar más sobre su madre.

En ese momento, Maggie llamó a su puerta, obligándola a abandonar esos pensamientos por el momento. Su secretaria llevaba un gran número de dossieres que debían revisar sin falta.

## Capítulo 32

La conversación con Spencer fue larga y reveladora. Keith, sin consultar con Julia, pero creyendo que hacía lo correcto, le habló del asesinato de Patricia, que continuaba sin resolverse y que era la fuente de todo el resto. En un intento de evitar que Julia cometiera la locura de avenirse al plan de Gemma, lo puso en conocimiento del policía.

—Es bastante arriesgado, ciertamente. Pero me parece la mejor manera de echarle el guante a esa tipeja —rio sarcástico, llevándose una mano a la frente mientras negaba con la cabeza—. ¡Menuda cabrona! Haciéndose la buena y la indispensable durante años, cuando era ella misma la que se la había cargado.

—Julia no puede hacerlo. Tienes que buscar otra solución, Albert.

—Tío, me doy cuenta de lo mucho que te preocupa esa chica, pero vas a tener que darle un voto de confianza y esperar que salga airosa. De momento, vayamos paso a paso. Nos ocuparemos de esos cornudos y de desmontar todo su tinglado. Ya nos encargaremos del resto después.

—Tienes que asegurarme que intentarás buscar alguna alternativa.

—Te doy mi palabra, pero no creo que sirva de mucho, porque todos, incluido tú, sabemos que es la mejor opción.

—Dejémoslo de momento —dijo de mal humor, sacudiendo el aire con la mano—. Vamos a concretar cómo actuar con esa banda.

Albert lo miró por encima de la taza de café que tenía en las manos. Ese chico había caído de cuatro patas con la tal Julia, pero no pensaba con claridad. Lo principal era trincar a un asesino, y eso, a veces, encerraba riesgos que había que asumir. Entendía que Keith se preocupara, dado que

aquella joven era una civil que carecía de la preparación necesaria. No obstante, contaban con tiempo suficiente para adiestrarla; se encargaría personalmente de que la chica fuera capaz de defenderse, si se daba la circunstancia. Concluyó que todo eso lo hablaría con la señorita McDougall directamente. Estaba seguro de que, de otro modo, Keith intentaría convencerla para que renunciara.

—Necesito hablar con los señores McDougall a la mayor brevedad posible. ¿Crees que puedes arreglarlo?

—No creo que haya problema. No obstante, tenemos que buscar la manera de que nadie sepa que eres de Scotland Yard. Por si los vigilan, ya me entiendes.

—Puedo hacerme pasar por un hombre de negocios interesado en hacer tratos con la empresa. ¿Qué opinas?

—Me parece bien. Hablaré con Julia para que lo organice. Con un poco de suerte, mañana mismo podrás reunirte con ellos.

—Eso sería magnífico. Cuanto antes empecemos a organizarnos, mejor.

—Yo no podré estar presente en vuestro encuentro; no habría manera de justificarlo.

—Ya. Pero no te inquietes, grabaré todo lo que se diga y podrás escuchar las cintas posteriormente conmigo.

—Gracias, te lo agradezco. Este asunto me toca muy de cerca, como puedes comprender. Quiero que se resuelva lo mejor posible.

—Bueno, yo me voy ya —anunció dejando la taza sobre la mesa, cuyo contenido hacía rato que había desaparecido—. Voy a intentar hablar con la fiscalía hoy mismo. Insistiré en conseguir el mejor trato para los testigos y buscaré la manera de que no trasciendan sus identidades. Esos tipos tienen contactos hasta en el infierno —concluyó incorporándose.

—Gracias de nuevo, Albert —lo imitó—. Ya sabes, para cualquier cosa que necesites saber o si tienes noticias que darme, puedes ponerte en contacto conmigo. A cualquier hora —remarcó.

Al cerrar la puerta después de despedir a Spencer, Keith se quedó apoyado en la madera pensativo. El croquis de lo que iban a hacer estaba ya esbozado. Quedaban muchos flecos sueltos de difícil solución, pero no quería caer en el pesimismo. Consultó su reloj por si todavía le daba tiempo a acercarse al centro a recoger a Julia, pero descartó la idea. En su lugar, pensó que estaría bien prepararle una suculenta cena y disfrutar con su chica de una velada tranquila. Se la habían ganado a pulso.

Ni siquiera comió nada. Cogió una cazadora por si el día era fresco, las llaves, y salió del apartamento con una doble intención: por un lado, comprar los ingredientes que utilizaría para cocinar y, por otro, empezar a familiarizarse con el que ya era su barrio. Mientras bajaba la escalera, llamó a Julia.

—¿Cómo ha ido? —fue su ansioso saludo.

—Bien. Muy bien, diría yo. Me ha pedido que conciertes una cita con tu padre y tu hermano.

—Pero si esos tipos lo ven con ellos... —se alarmó.

—Se hará pasar por un comprador, ya lo hemos hablado.

—¿Cuándo quiere verlos?

—¿Sería posible mañana?

—Hablaré con ellos. Insistiré en que hagan un hueco en sus agendas para recibirlo.

—¡Ésa es mi chica!

—¿Lo soy?

—¿Lo dudas?

—No.

—Saldremos de ésta, ya lo verás —afirmó Keith al intuir su desánimo.

—Lo intentaremos, al menos. —Cambiando de tema porque no quería venirse abajo, añadió—: ¿Qué planes tienes ahora?

—Estoy buscando un supermercado donde comprar lo necesario para la estupenda cena que voy a prepararte —presumió sin vergüenza.

—¡Vaya! Me encanta la idea —dijo haciendo un ruidito como si se relamiera—. No sabía que se te diera tan bien la cocina.

—Pues sí. Y mucho. Esta noche te lo demostraré.

—Estoy deseándolo. Sí, perdona un momento, Maggie, enseguida estoy contigo. Cariño, tengo que dejarte. El deber me llama.

—Tranquila, lo entiendo. Por favor, consigue la reunión entre tu familia y Albert.

—Sin falta. Te quiero.

—Y yo a ti.

En cuanto colgó, Julia se volvió hacia su secretaria, que permanecía de pie en el umbral para darle mayor privacidad. Maggie se acercó hasta la mesa y se sentó en la silla frente a ella.

—¿Todo bien?

—Perfecto, gracias.

—Parece que siente algo muy fuerte por ti.

—Eso espero —sonrió levantando la vista del legajo que su ayudante había depositado sobre la mesa—. Desde luego, yo lo siento por él.

—Me alegro por ti.

—Gracias —dijo volviendo su atención a los papeles—. No, esto está mal. Quiero algo más rotundo, más rompedor. Necesitamos que esta campaña sea un éxito sin precedentes; no podemos olvidar que es el relanzamiento de los productos que dieron fama a la compañía. Ya puedes hablarlo con el publicista.

—Claro. Ahora mismo.

—Y, de paso, dile a mi padre que necesito reunirme con él.

—Como digas —accedió poniéndose en pie y desapareciendo del despacho.

Una vez fuera, lo primero que hizo la joven subordinada fue dirigirse al área que ocupaba el departamento de publicidad y dar las consignas que le había indicado su jefa. Luego volvió a su mesa, donde, con una mano en el



auricular del teléfono y la otra en el respaldo de su silla, dudó de si llamar a Derek o ir directamente a su despacho y darle en persona el recado de su hija. Terminó decidiendo lo segundo. Desde que había oído aquella maldita conversación solamente había compartido un par de ratos con él fuera de horas laborales, y apenas un par más durante la jornada de trabajo. Quería verlo. Pretendía averiguar si lo que habían tenido, por insignificante que fuera para él, seguía ahí o había desaparecido. Se armó de valor después de inhalar tres veces en profundidad y subió la escalera que la llevaba a donde saldría de dudas.

—Buenas tardes, Morgan —saludó al secretario del jefe—. ¿Crees que puedo entrar a hablar con el señor McDougall? Tengo un mensaje de su hija para él.

—¿Por qué te has tomado la molestia de subir? —contestó aquél con otra pregunta a la vez que la miraba con sorna. Nadie en la oficina ignoraba lo que había entre Maggie y el director de la empresa—. Podría haberle preguntado por el interfono y no hacías un viaje inútil.

—No me importa subir, así hago ejercicio —improvisó con una sonrisa impostada, apoyándose a un lado del escritorio de su interlocutor.

—En fin, ya estás aquí. Espera un momento, voy a hablar con él.

Esperó de espaldas al secretario, examinando los cuadros de la pared, que, en realidad, no le interesaban en absoluto. No aguardó mucho. Enseguida, Morgan le dio permiso para reunirse con Derek.

—Buenas tardes, señor McDougall —saludó parándose entre la puerta y la mesa que presidía el espacio—. Traigo un mensaje de su hija.

—Déjate de formalidades, Maggie. Estamos solos, nadie puede oírnos. — Le hizo un gesto para que se acercara, que ella ignoró.

—Pero estamos en horas de trabajo. Además, las paredes tienen oídos.

—¡Qué prudente te has vuelto! —exclamó con algo parecido al humor. Ella no hizo caso al comentario, que le sonó a burla.

—Vengo a darle un mensaje de Julia.

Derek la miró con curiosidad y algo más. Desde hacía unos días, la notaba fría y distante cada vez que la veía, cosa que en los últimos tiempos era poco frecuente. Esa chica le gustaba, muy a su pesar. Por primera vez, una mujer despertaba su interés más allá de sus encuentros carnales. Por eso, había hablado de ella con desprecio cuando Pete sacó el tema. Temía que su hijo advirtiera su creciente atracción por ella, sin tener en cuenta que, además, tampoco él tenía interés en que ese sentimiento naciente fuera a más. Pero verla ahí, delante de él, después de días sin disfrutarla, avivaba su deseo de forma desesperada. No obstante, ella tenía razón, estaban en horas de trabajo y no podía dar rienda suelta a lo que le apetecía hacer.

—Adelante —invitó.

—Julia necesita hablar con usted hoy mismo, si puede ser.

—¿Te ha dicho de qué se trata? —Con un movimiento rápido, echó hacia atrás su silla y se puso en pie. Se acercó a ella y le alzó la barbilla con un dedo—. ¡Ah! Y te repito que no hace falta que me trates con tanta ceremonia cuando estamos a solas.

Maggie lo miró con una amalgama de emociones bullendo en su interior. Seguía enamorada de él, a pesar de lo mucho que había luchado contra ese sentimiento. Pero no podía olvidar la humillación que la embargó cuando lo oyó hablando con Pete sobre ella, ni la enorme decepción que la afligió cuando aquellas crueles palabras calaron en su mente. Tenía claro que no le iba a dar la satisfacción de rebajarse todavía más; el primer paso para iniciar un nuevo acercamiento, si es que alguien lo daba, debía darlo él.

—No —contestó—. Solamente me ha dicho que es urgente reunirse con usted.

—¿Insistes? —preguntó refiriéndose al trato de cortesía recibido.

Todavía la tenía sujeta por la barbilla, y lo aprovechó para bajar la cabeza y buscar un beso de sus labios. No esperaba que Maggie volviera la cabeza casi en el último instante y lo rechazara.

—Entonces ¿qué le digo a Julia?

Él la soltó como si quemara. No había esperado esa reacción por su parte. Aunque, si lo pensaba fríamente, no le extrañaba, teniendo en cuenta cómo solía comportarse con ella.

—Dile que puede subir cuando quiera. —Estaba regresando a su asiento cuando se volvió de golpe—. Y me gustaría que tú también lo hicieras... cuando no quede nadie en el edificio.

Maggie no respondió. Estaba confundida, sin embargo, un diminuto rayo de esperanza se filtró en su alma. Tal vez no estaba todo perdido.

Bajó la escalera con el corazón desbocado; el tacto de Derek, su cercanía, su aroma viril y sensual siempre la alteraban. Tal vez se engañaba. Lo más probable era que la petición de que se reuniera con él más tarde estuviera motivada por la misma intención de siempre: echar un polvo rápido sin que intervinieran ni responsabilidades ni afectos, algo que a ella ya no la satisfacía ni remotamente. Pero quizá, y sólo quizá, existía la posibilidad de que lo que había visto en sus ojos hacía un minuto hubiera sido verdadero interés por ella. ¿Lascivia pura y dura o lujuria mezclada con algún tipo de sentimiento? Antes de llegar a su destino, ya tenía claro que acudiría a la cita. Estaba desesperada por comprobarlo. Con un enorme sentimiento de derrota al advertir su falta de voluntad en todo lo que se refería a él, entró en el despacho de su jefa y le dio su recado. Cinco minutos después, con Julia ya en el piso de arriba, hablando de lo que quisiera que fuera con su padre, se encerró en el despacho vacío y se dejó llevar por el llanto.

## Capítulo 33

—Entonces ¿mañana a las dos y media?

—Sí, eso ha dicho mi padre. Pete y él recibirán a Albert a esa hora. Estoy satisfecha porque he conseguido que me permitan estar presente —contestó Julia después de pasarse la servilleta por los labios—. Oye, esto está delicioso.

—Gracias, una fruslería —bromeó Keith, hinchando el pecho y fingiéndose interesante—. Artes ocultas que tiene uno.

—¿Qué más artes ocultas tienes por ahí guardadas? —Lo miró seductora, pasándose el dedo índice por los labios.

—Alguna. ¿Quieres que te las muestre?

—¿Nunca te he dicho que soy muy curiosa?

Mucho tiempo después, enroscada en el cuerpo de Keith como si fuera una buganvilla, Julia paseaba los dedos por su amplio y tonificado pecho. Estaba totalmente relajada, libre de los agobios de los últimos tiempos. Siempre le sucedía cuando hacían el amor: había un componente sedante y curativo que añadir al placer y el amor que alcanzaban con cada caricia, beso o embestida. Las caricias que él le hacía en la espalda estaban terminando de adormilarla, pero ella no quería caer en el sueño reparador posterior al sexo. Luchando contra Morfeo, abrió los ojos y apoyó la barbilla en el pecho de Keith.

—¿Por qué no me lees un poco del diario de mi madre? No lo hemos tocado desde que volvimos.

—De acuerdo. —Se incorporó con delicadeza, obligándola a girar sobre sí misma y a que dejara caer la espalda sobre el colchón—. ¿Dónde está?

—En el segundo cajón de la cómoda.

Un instante después de haberse hecho con él, Keith estaba de regreso en la cama y la había vuelto a atraer hacia su pecho.

—Empecemos. —Le dio un beso en la cabeza y comenzó a leer.

Durante más de media hora siguieron indagando en la vida de Patricia Powers a través de sus propias palabras, sin lograr sacar en claro nada más que su falta de empatía, su egoísmo recalcitrante y, lo que resultaba más irritante de todo, su patética seguridad de estar en posesión de la verdad absoluta. Por lo que llevaban leído, ninguno de los dos se explicaba cómo era posible que aquella joven presumida, terca y superficial se hubiera convertido en la mujer que describían Corinne y Derek. Hasta Pete había estado de acuerdo con su padre en afirmar que era una mujer maravillosa. Lo que consiguió obrar ese increíble cambio debía de haber sido algo fuera de lo común; de otro modo, no había explicación lógica. En lo que llevaban leído, sólo habían encontrado tres comentarios medianamente bondadosos. Uno era referido a su perra *Mía*, una perrita de aguas que le habían regalado cuando cumplió diez años y que ella afirmaba amar con toda su alma. El segundo era para agradecerle a su *mami* que le hubiera comprado un modelito de Dior que le hacía mucha ilusión. Y el tercero fue el más impactante: se mostraba exultantemente orgullosa por lo bien que había quedado con sus amigas aquella tarde gracias a las galletas de mantequilla que había horneado Odile.

—Increíble —resopló Julia meneando la cabeza de lado a lado—. Una de las pocas veces que mi madre agradece algo a alguien y tiene que ser a su asesina.

—Ella no podía adivinar lo que pasaría —la tranquilizó Keith mientras le acariciaba la espalda—. Supongo que, en aquel momento, tampoco Odile pensaba que acabaría con su vida.

—Irónico, ¿no crees?

—Mucho —acordó él cerrando el bloc—. Será mejor que lo dejemos por el momento. Es tarde y mañana tendremos un día movidito.

—Sí, es cierto. Además, he pensado que, al salir de la oficina, podemos

pasar a ver a mi abuela y así firmas el contrato de tu piso. —No le hacía especial ilusión que él se mudara y volver a vivir sola, pero sabía que debía aceptarlo de buen grado.

—Buena idea. —Dejó el diario sobre la mesilla de noche, se recostó de lado y la acurrucó contra su pecho.

Minutos más tarde, Julia todavía no se había dormido. Había una cosa que le rondaba por la cabeza y que quería comentar con él.

—Keith.

—¿Mmm? —preguntó medio dormido.

—¿Te has dado cuenta de que no he vuelto a tener pesadillas desde que me hipnotizaste?

—Sí, claro que me he dado cuenta. Ésa era la finalidad.

—Gracias.

—No, gracias a ti por confiar en mí. —La besó en la coronilla reafirmando sus palabras de gratitud.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mi amor.

\* \* \*

Aquel viernes era muy importante para todos. Se jugaban la posibilidad de acabar con el chantaje que sufrían Pete y Derek desde hacía ya veintidós años.

El día empezó como cualquier otro: ducha rápida, té caliente y carrera hasta el metro que los llevaría al centro de Londres. Aparcaron el coche en el parking cercano a la estación y, durante el trayecto, se entretuvieron hablando de lo que estaba por venir.

—Es un gran inconveniente que no puedas estar en la reunión.

—Sí. Yo también preferiría estar allí. Pero no podemos levantar sospechas de ningún tipo, ya lo sabes.

—Sí —se lamentó con la cabeza apoyada en el hombro de Keith. De repente se le ocurrió una solución y la alzó para mirarlo—. ¿Y si te llamo por teléfono y te mantienes a la escucha durante la reunión?

—Me parece una buena idea. Genial, diría más bien. —La besó sin importarle quién pudiera verlos. Nunca le importaba—. ¿Hay en la oficina algún lugar donde escuchar sin ser molestado?

—Puedes quedarte en mi despacho. Para que no haya riesgo de que alguien entre sin llamar, sabiendo que estoy reunida, puedes cerrar la puerta con llave.

—Perfecto. Albert me aseguró que grabaría la conversación para que pudiera saber de qué habíais hablado, pero prefiero no tener que esperar. Hay mucho en juego. —Le apartó un rizo rojizo que le cubría la frente—. Sería mejor si pudiera ver las reacciones de uno y de otro, el lenguaje corporal es muy importante, pero me conformaré.

\* \* \*

Maggie estaba exultante aquella mañana. Llegó a la oficina antes de tiempo porque no podía permanecer por más tiempo en la cama. Durante toda la noche había estado rememorando su cita con Derek. Tal como había pedido su jefe la tarde anterior, esperó a que se hubiera ido toda la plantilla con la excusa de un exceso de trabajo que debía terminar con urgencia. Pero, a pesar de sus explicaciones, muchos de sus compañeros la miraron con sorna, sospechando a qué tipo de trabajo se refería. Cuando se aseguró de que no quedaba ni un alma, cerró su ordenador con aparente tranquilidad, recogió sus cosas, las dejó sobre su escritorio y subió la escalera con el corazón en un puño. Deseaba más que nada que aquella mínima muestra de interés que había detectado en Derek no fuera producto de su imaginación. Sus nudillos apenas tocaron la puerta antes de que ésta se abriera. Derek, guapo y elegante como siempre, sonrió al verla frente a él.

—Te estaba esperando.

—Ya veo. —Bajó la mirada al suelo. Verlo ejercer todo su magnetismo sonriendo frente a ella era demasiado para su cordura.

—Pasa, por favor —la invitó haciéndose a un lado.

Ella lo miró de reojo, sorprendida por su aparente cortesía, mientras aceptaba el ofrecimiento. Su tono cordial la había dejado perpleja. Derek, quien nunca había tenido un detalle amable con ella, le retiró la silla, instándola a tomar asiento. Aquello todavía extrañó más a la secretaria, que no salía de su asombro.

Él, por su parte, ocultaba tan bien como podía sus nervios. Después de haber hablado con su hija a principios de semana, y ante la entrevista vital que tenía al día siguiente, una idea martilleaba su cabeza con insistencia: se había portado como un cerdo con Maggie, cuando ella sólo le había ofrecido amabilidad y un sexo como no recordaba haber tenido en años. Si echaba la vista atrás, lo que veía era una retahíla de mujeres de las que a duras penas recordaba el nombre o el rostro; mujeres anónimas que le habían consolado el cuerpo a base de dinero o regalos caros, la mayoría de las veces. Mujeres que, a diferencia de la que tenía enfrente, nunca habían ocupado un espacio en su cabeza, mucho menos en su corazón. En cambio, Maggie, con su dulzura y su desinterés, había logrado colarse por una rendija. Lo vio claro teniéndola de nuevo sólo para él. Estuvo tentado de abalanzarse sobre ella y besarla hasta que su respiración se alimentara de la suya, pero sabía que antes merecía una disculpa.

—Me gustaría que me perdonaras.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Lo sabes bien. He sido un canalla contigo. Te he tratado sin consideración, te he utilizado, me he aprovechado de ti, te he hablado con desdén... En definitiva, he sido un cabrón contigo.

Maggie se quedó muda. Por un momento se le pasaron muchas cosas por la mente, desde que se había vuelto loco hasta que iba a exigirle alguna cosa



ilegal y necesitaba utilizar lisonjas para que accediera. Se le alteró la respiración al pensar que pudiera haber averiguado que lo había oído hablando con su hijo y le decía esas palabras para evitar que lo dejara plantado. Pero lo miró a los ojos y lo que vio fue, aunque pareciera imposible, pura y llana sinceridad.

—¿A qué viene esto, Derek?

—A que me he dado cuenta de que me importas. —Se golpeó el pecho a la altura del corazón con dos dedos—. De alguna manera misteriosa, has logrado resquebrajar las barreras que me construí hace años para defenderme de los sentimientos. Cómo lo has conseguido es una incógnita para mí, pero lo has logrado y, por primera vez en más de dos décadas, una mujer me importa de verdad.

—Me cuesta creerte, Derek. —Meditó si confesarle o no que lo había oído hablando de ella con Pete y al final se decantó por hacerlo. Tenía que asegurarse de que era cierto lo que decía—. Oí cómo le decías a tu hijo que... —repitió las palabras que tenía grabadas a fuego en su cabeza— era buena en la cama, que últimamente te parecía que me estaba haciendo ilusiones. Y que, cuando ya no me necesitaras, me aclararías las cosas para que no me hiciera una idea equivocada de lo que significo para ti.

—Me estaba revelando contra mis sentimientos. No podía admitir, y menos delante de Pete, que has conseguido lo que ninguna mujer ha logrado desde la muerte de mi esposa. —Acercándose a ella, le acarició la mejilla con delicadeza—. No voy a decir que estoy enamorado de ti, porque no lo sé. Llevo demasiados años alejado de los sentimientos y no los sé identificar. Lo que sí puedo asegurarte es que un hormigueo me recorre el cuerpo cuando pienso en ti. Cuando te veo..., algo en mi interior se ilumina. Y cuando hago el amor contigo... vuelvo a sentirme vivo.

—Derek, yo...

—No digas nada. Me estaría bien empleado si me odias y no quisieras saber nada más de mí. —Se pasó las dos manos por el pelo, cediendo al

nerviosismo—. A duras penas te he visto estos días, y ya no hablemos de tenerte a solas. He llegado a tener miedo de que me dejaras.

—Reconoce que no ayudaste mucho a mis ganas de estar contigo con las duras palabras que te oí decir de mí —soltó ella despertando su orgullo dormido.

—Supongo que tienes razón. —Él, el gran Derek McDougall, bajó la cabeza avergonzado—. Te prometo...

—No prometas, Derek —lo frenó tapándole los labios con la mano—. Límitate a demostrarme lo que de verdad sientes por mí —musitó.

Y él, sin oponer ninguna queja, se lo había demostrado durante horas.

Por eso esa mañana se había levantado antes de que sonara el despertador, por eso estaba eufórica, agotada y feliz; la reconciliación con su jefe había sido lo más dulce de su vida.

Ya estaba consultando su correo electrónico cuando los vio subir los últimos escalones.

—Buenos días, Julia, Keith —saludó acompañándose de un gesto.

—Buenos días, Maggie. ¿Algo nuevo?

—No, de momento. Ayer quedó pendiente que dieras el visto bueno a la lista de empresas de catering para la fiesta y luego, cuando acabe de prepararla, te pasaré la de las modistas especializadas en atuendos de época.

—Bien. —Keith y ella se dirigieron a su despacho, pero antes de cruzar la puerta, Julia se volvió al recordar otro tema—. Por cierto, al mediodía tengo una reunión con mi padre y un nuevo cliente. Keith se quedará en mi despacho. Por favor, que no lo moleste nadie.

—De acuerdo. Lo que tú digas. —Volvió a inclinar la cabeza como despedida.

—Voy a llamar a mi abuela —anunció la joven una vez cerrada la puerta—. Espero que no tenga nada que hacer esta tarde.

—No me importa seguir viviendo en tu casa un poco más —afirmó él elevando la comisura de los labios.

—Ni a mí que lo hagas.

Se quedaron mirándose unos segundos, prendados de la profundidad de los sentimientos que destilaban los ojos del otro, antes de que Julia se quitara la chaqueta que había conjuntado con una falda plisada. La dejó en el armario junto a la puerta y, después de sacar móvil del bolso, también lo colgó. Mientras, Keith hizo lo mismo con la suya y se sentó en el que, desde hacía unos días, era su sitio habitual.

Tras una breve conversación con Corinne ya tenían plan para después del trabajo, pero antes tenían ante ellos una reunión vital que atender y que debían preparar al milímetro.

## Capítulo 34

Albert acudió, con puntualidad británica, a las dos y veinticinco. Se presentó al conserje como Albert Mulligan y no tardó en estar sentado ante la mesa de Derek, flanqueado a la derecha por Pete y a la izquierda por Julia. Iba elegantemente vestido, perfectamente afeitado y con un porte tal que a Keith le costó reconocerlo cuando lo vio pasar por delante de él de camino a su reunión. En el momento en que se cerró la puerta del despacho de dirección, Keith se encerró en el de la joven, esperando una llamada, la de ella, que recibió al cabo de pocos segundos.

—Señor McDougall, mi nombre es Albert Spencer —se presentó el policía alargando la mano—. Soy el inspector encargado de llevar su caso.

—¿Usted solo se va a encargar de toda una trama de contrabando? —inquirió Pete con antipatía.

—Por supuesto que no. Hay un gran equipo internacional trabajando en este asunto. Yo soy la persona que hace de enlace. No conviene levantar sospechas —les recordó.

—Claro, claro —afirmó Julia conciliadora—. No sería conveniente que esos hombres vieran a un montón de policías merodeando por aquí.

—Exacto. Bueno, vayamos al tema. No podemos perder más tiempo. Necesito que me expliquen todos los datos de los que dispongan lo más detalladamente posible. —Sacó una grabadora de su maletín, la puso en marcha y la dejó sobre el elegante escritorio de Derek.

Sin omitir una coma, Derek y Pete fueron exponiendo los hechos desde el principio, intentando contestar a las cuestiones que les hacía Albert con el máximo rigor del que eran capaces.

Julia intervenía poco durante la charla; ella no tenía mucho que añadir a lo que decían los hombres de su familia. Se inquietó ante la pregunta del inspector en lo referente a la muerte de Patricia. Dudaba si referirle lo que había descubierto tras la hipnosis o si la tildaría de chiflada, sin saber que él ya estaba al corriente gracias a Keith. Finalmente, optó por callar. Lo que urgía en ese momento era quitarles de encima a su hermano y a su padre el yugo que los tenía oprimidos desde hacía mucho.

Después de escuchar con atención el relato de los hechos, de conocer la manera en que los mafiosos utilizaban el transporte de la empresa como medio de introducir su mercancía en el país y de cómo Los Zares se hacían con ella una vez en el Reino Unido, dio por concluido el encuentro. Una idea se había formado en su cabeza, pero debía consensuarla con su equipo y con los que se habían formado en otros países para confirmar si era factible o no. Si finalmente se llevaba a cabo, era muy probable que los testigos no sufrieran las represalias de aquella panda de cabrones y sólo dependieran de la decisión de la fiscalía cuando se dilucidara si los McDougall tenían o no cuentas pendientes con la ley.

Se despidió de cada miembro de la familia con un apretón de manos y la promesa de que volverían a verse el lunes siguiente.

\* \* \*

Keith y Julia intentaron pasar el fin de semana sin pensar en nada más que en ellos mismos. Habían disfrutado de un delicioso té en casa de Corinne y, con el contrato de arrendamiento ya en el bolsillo, volvieron al piso de Julia tras pasar por un quiosco de *fish and chips*. Esa noche vieron una película de superhéroes mientras cenaban y después hicieron el amor de forma apasionada. Casi no mencionaron la reunión que había tenido lugar esa tarde. Para ella, volver a oír el suplicio que habían vivido su padre y su hermano durante tantos años había sido un mal trago y no quería pensar en ello. Keith

lo respetó. Al fin y al cabo, no podían hacer nada al respecto hasta reencontrarse con Albert.

A primera hora del sábado, entraron en el piso que iba a ocupar Keith. Era una réplica exacta del de Julia. Enseguida se hicieron una composición de cómo lo distribuirían y llegaron a la conclusión de que la habitación junto a la entrada sería la indicada como consulta. Al acabar, salieron a comprar lo necesario para pasar la semana, limpiaron el apartamento y, después de comer un delicioso tabulé, se tumbaron con la excusa de dormir un rato.

Pero no lo hicieron.

Aquel día, Julia se saltó la piscina.

—¿Qué planes hay para hoy?

Estaba tendida boca abajo sobre la cama, destapada y desnuda, disfrutando de las suaves caricias con las que los dedos de Keith recorrían su espalda, desde la nuca hasta más allá de las nalgas. Estaba relajada, con la mente agradablemente vacía de cualquier cosa que no fuera el contacto de esos dedos sobre su piel. Se volteó sobre sí misma dejando a la vista su armoniosa anatomía. Él continuó paseando sus manos cadenciosamente arriba y abajo, deteniéndose por unos instantes en las cúspides de sus pechos, arrancándole un placentero suspiro. Sus manos continuaron descendiendo hasta los valles de ese cuerpo fascinante, donde se entretuvo con más dedicación.

—Creo que el que tengo entre manos es el mejor plan de todos, ¿no estás de acuerdo? —concluyó apretando con el pulgar su zona más sensible.

—Completamente. —Se incorporó apoyando los codos sobre el colchón y le dedicó una sonrisa traviesa—. Pero ¿otra vez? ¿estás seguro?

—Oh, nena, no preguntes, sólo mírame.

Su boca sustituyó a sus dedos, provocándole a Julia un gemido tan sensual que consiguió una inmediata respuesta en el ya dispuesto sexo de Keith. Ella se contoneaba sobre sus labios, se frotaba contra su lengua, se empujaba hacia su cara cada vez con más desesperación, provocándolo más y más, hasta que su necesidad de ella fue tan grande que ya no pudo aguantarlo.

Consiguió llevarla al clímax con su boca y entonces trepó por su cuerpo hasta colocarse a su altura. La imagen que Julia le regalaba era la más sensual y hermosa que había visto nunca. Siempre le ocurría cuando la observaba reponiéndose de un orgasmo. Era maravilloso advertir los matices que reflejaba su rostro conforme las pulsiones iban calmándose. En el momento que ella abría perezosamente los ojos, la besó. Como respuesta, Julia lo estrechó contra su cuerpo con la petición muda de que se perdiera dentro de ella.

Y continuaron con aquel maravilloso plan el resto del día. Sólo abandonaban la cama el tiempo justo para alimentarse y volvían al abrigo de las sábanas. Se dieron una breve tregua por la noche, para compartir una ducha. Pero no tardaron mucho en correr de nuevo a su refugio de cobertores.

\* \* \*

La reunión tendría lugar a la misma hora que la anterior: a las dos y media. Para aliviar la espera hasta esa hora, Julia se dedicó a repasar la documentación y los presupuestos relativos a la fiesta que tenía pendientes, mientras que Keith decidió comenzar a buscar lo necesario para decorar su nueva casa. Se separaron en la puerta de la oficina y acordaron encontrarse allí de nuevo a la una para tomar algo antes de la reunión. Como la vez anterior, él no asistiría, pero la estratagema del teléfono había funcionado muy bien y pensaban volver a utilizarla.

Keith estaba a punto de entrar en un *charity* de Cruz Roja, donde vendían muebles y enseres de segunda mano a buen precio, cuando sonó su teléfono. Antes de mirar la pantalla, y pensando que se trataba de Julia, contestó.

—¿Qué pasa, cariño?

—Muchas cosas, Keith, pero dudo que sea yo a quien te refieras con «cariño».

—¡Albert! Esperaba tu llamada el viernes, pero no llegó —le recriminó.

—Tienes razón, y lo siento. Pero tenía muchas cosas en la cabeza, mucho trabajo por hacer y mucha gente a la que convencer. Se me pasó.

—Está bien, lo entiendo. —Se guardó mucho de decirle que ya había escuchado la conversación entre él y los McDougall.

—El caso es que te llamo para informarte de que ya tenemos organizada la operación. Solamente falta concretar el día y la hora. Si los testigos están de acuerdo, la podremos llevar a cabo pronto.

—¿Puedo ser de utilidad de alguna manera?

—Supongo que puedes tratar de ayudarlos a mantener la calma. Es preciso que no cambien su forma de actuar o sus costumbres para no despertar sospechas. Esos tipejos son muy listos.

—¿Tendréis apoyo de otros países? ¿Qué ha dicho el fiscal en cuanto a la implicación de Derek y de Pete? ¿Crees que no los imputarán?

—Calma, calma, tío, que pareces una metralleta soltando preguntas. A ver, por partes. Se está investigando en Estados Unidos, Alemania, Francia y España, si han utilizado el mismo método que aquí para introducir sus sustancias. Y también se ha hecho un gran despliegue policial en...

—Oye, ¿podemos vernos? Siempre sería mejor tratar estas cosas en persona, ¿no crees?

—¿Estás chalado? No pueden vernos juntos ni por asomo. Esos desgraciados tienen ojos en todas partes y no voy a arriesgar el operativo por alimentar tu curiosidad, ya lo sabes.

—Está bien, continúa —dijo decepcionado.

—Como te decía, se está investigando de dónde viene la droga en los países de origen de la mercancía. Con un poco de suerte, acabaremos con los cárteles allí también.

—Bueno, y en cuanto a los McDougall...

—Estamos en ello. Se está buscando una grieta legal por la que sortear la cárcel para ellos.

—Te lo agradezco.



—Bien, sí... —Albert se sentía incómodo cada vez que alguien le daba las gracias por hacer su trabajo. El hecho de que Keith hubiera sido una especie de camarada en Estados Unidos no aliviaba esa incomodidad—. No hago más que lo que me dicta mi conciencia. Estos últimos años no han sido muy agradables para ellos.

—Está bien. —Keith se dio cuenta de su embarazo y no insistió, aunque habría preferido volver a agradecerle el interés con que se estaba tomando el asunto.

—Bueno, tío, hablamos. Ahora he de empezar a prepararme para mi papel de empresario.

—Hablamos.

\* \* \*

La entrevista comenzó exactamente como la del viernes anterior. Albert llegó puntual, se presentó y subió al despacho de Derek caracterizado de señor Mulligan: un empresario interesado en hacer negocios con la compañía de cosméticos que dirigían los McDougall. También fueron idénticos los movimientos de Keith y de Julia: él se encerró en el despacho de la chica y ella lo llamó por teléfono. A partir de ahí, todo fue diferente.

—Buenas tardes, Albert —saludó Derek alargando la mano para estrechar la suya—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un té?

—No estamos aquí para hacer vida social. Mejor vamos al grano.

Los McDougall se quedaron momentáneamente paralizados ante aquella fría y cortante respuesta. También Keith, escuchando a través del teléfono, se extrañó. La vez anterior se había mostrado profesional pero amable. ¿Habría pasado algo que desconocía?

—Como quiera —asintió Derek acomodándose en su sillón.

—Disculpen, he sido muy brusco, lo siento. Es que antes de venir me han informado de la aparición de una chica apaleada hasta la muerte en North

Woolwich, junto al río. —Tomó asiento en el mismo sitio que ocupó el viernes—. Era una de las *trabajadoras* de Los Zares.

La cara horrorizada de Julia compitió con la de los dos hombres. Aquellos tipejos no tenían escrúpulos.

—Pero eso es espantoso —sollozó llevándose una mano a la boca.

—Lo es. Por eso debemos librarnos de esa escoria con rapidez —acordó Albert con furia—. Cada día que pasa es un día de más que disfrutan haciendo sus fechorías.

—Está bien —resolvió Derek—. Explíquenos qué tenemos que hacer.

—Para empezar, tutearme —dijo sonriendo con la intención de rebajar el malestar que había causado su noticia—. Después, nada.

—¿Nada? —preguntaron los tres a coro.

—A ver, si lo que me dijiste es correcto, Derek, ellos recogen la mercancía del contenedor que viene a tu nombre la noche anterior a que tu empresa se haga cargo de la gestión aduanera, ¿no? Explícamelo de nuevo, por favor. Es mejor que nos aseguremos.

—De acuerdo. —Se enderezó en su sillón antes de hablar de nuevo—. Por lo que he podido intuir en estos años, por retazos de conversación sueltos que he oído, la banda tiene siempre una copia exacta del precinto que se pone en el país de origen. Cuando la mercancía llega a puerto, la descargan y la dejan almacenada en espera de que el vista de aduanas autorice la importación. Los estibadores nos dan la localización exacta de dónde se encuentra nuestro contenedor para que no haya errores. Andreas, que es... —chasqueó la lengua—, digamos, el recadero de la organización, llama y se queda callado. Yo le doy las coordenadas del contenedor y ahí acaba mi colaboración con ellos.

—Es perfecto. —Su cabeza no paraba de moverse de arriba abajo—. ¿Cuándo está prevista la llegada del próximo cargamento?

—Para principios de junio —respondió Pete.

—Junio... Un mes —dijo Albert para sí. Luego encaró a Derek—.

Tenemos mucho tiempo para ultimar detalles.

—Pero ¿cuál es el plan? —Julia estaba harta de tanta incertidumbre.

—Fácil. Todo se hará como de costumbre. La única diferencia consistirá en que nosotros también conoceremos la ubicación del contenedor y los estaremos esperando.

—Me parece muy inocente por vuestra parte imaginar que los líderes de la banda se van a molestar en ir hasta el puerto a recoger la mercancía —soltó Pete, no sin razón.

—Sabemos que no van a estar presentes en un trabajo tan rutinario —rebatí con tono seco, retándolo con los ojos—. La cuestión es que dejaremos escapar a uno de los hombres y nos convertiremos en su sombra hasta que acuda a la cúpula de la organización, que sospechamos que está en un bar de alterne de su propiedad, el mismo en el que trabajaba la pobre desgraciada que han encontrado muerta esta madrugada. —Los miró uno a uno con desconfianza—. Os estoy revelando mucha información, espero que sepáis mantenerla en secreto.

—Nos va la vida, Albert. Puedes confiar plenamente en todos los que estamos aquí.

—Está bien —aceptó todavía receloso—. En el momento en que el tipo que haga de cebo ponga un pie en el club, nosotros podremos actuar. Hasta ahora, siempre que los hemos investigado, han tenido una buena coartada y no ha habido motivos legales para pedir una orden de registro. Pero si un criminal buscado por la policía entra en un edificio, los agentes tienen el derecho y el deber de atraparlo. Si en el camino se encuentran con otros delitos..., los agentes no tienen más remedio que investigarlos también. De ahí a una orden de registro va un paso. Máxime si la fiscalía está al loro y el juez alertado.

—¿Crees que saldrá bien? —preguntó Pete algo dudoso.

—Eso espero. —Balanceó la cabeza reforzando sus palabras—. En cuanto a vosotros, no os preocupéis. A nadie le extrañará que os interroguemos sobre

el cargamento, ya que estará a vuestro nombre. Así, todos los trámites que tengamos que hacer con vosotros a partir de entonces pasarán desapercibidos.

—¿Será peligroso para ellos dos? —inquirió Julia muerta de preocupación.

—No os voy a engañar, siempre existe el riesgo de que sospechen que los habéis delatado. Pero procuraremos que vuestra colaboración se mantenga en el más estricto secreto. Solamente la fiscalía y algunos agentes sabremos de vuestra implicación en su captura.

—¿Y después? —Esta vez fue Derek el que preguntó.

—Os investigarán, como es lógico. Pero cuando se descubra que no tenéis nada que ver con la organización y que habéis sido víctimas de chantaje durante años, espero que os dejen tranquilos. —Abrió las manos con las palmas hacia arriba—. Utilizaron a un adolescente inseguro y a su padre, deseoso de ayudarlo, para perpetrar sus desmanes.

—¿Habrá una investigación sobre los hechos que desencadenaron todo esto? —Se interesó la joven.

—La habrá —contestó Albert como si se tratara de una promesa—. Después de enchironar a toda la banda, la habrá. Pero ya hablaremos del tema más adelante. Primero, vamos a acabar con esta panda de canallas.

Ya estaba todo dicho. Sólo cabía esperar a que llegara el cargamento y las cosas se desarrollaran como estaban previstas. Con un poco de suerte, acabarían con la red de maleantes en poco más de un mes, y si la fortuna los acompañaba, no tendrían que pagarle a la justicia por su asociación forzada con ella.

«Sí —se dijo Derek—, por fin estoy haciendo lo que debería haber hecho hace veintidós años.» Ninguno de los tres McDougall podía desterrar del todo la inquietud, pero habían conseguido que la confianza se hiciera un hueco en sus almas.

## Capítulo 35

Aquél fue el mes más largo de sus vidas. Julia intentó llenar el tiempo a base de trabajo. Los preparativos de la fiesta eran su mayor distracción, pero también las campañas que tenían pendientes de aprobación. Gracias a su tesón, la comercialización de la laca de uñas que había bajado en ventas mejoraba considerablemente. El nuevo pintalabios también había recibido una buena acogida, y la campaña destinada a relanzar los productos que habían dado fama a la empresa cuarenta años atrás estaba casi preparada para salir publicada. Y cuando volvía a casa, ayudaba a Keith a decorar y preparar el piso que había alquilado. Supuestamente, él ya se había mudado allí, pero la realidad era que pasaba más noches en casa de Julia que en la suya propia.

Durante aquellas semanas, Keith estuvo en comunicación constante con Albert, quien lo mantenía al tanto de los avances de la investigación tanto en el Reino Unido como en los demás países involucrados. Al mismo tiempo, cuando Julia no estaba con él para acondicionar el piso, se ocupaba de todo lo concerniente a la apertura de su consulta: permisos, documentación, tarjetas, difusión...

Había rechazado la oferta de Scotland Yard de unirse a sus filas. Si era sincero consigo mismo, una parte de él añoraba aquella actividad, pero lo vivido en Nueva York lo empujaba a rehusarlo. La experiencia le decía que era preferible una existencia pacífica y carente de violencia a una llena de sangre y muerte. Esperaba conseguirla junto a Julia cuando todo aquello acabara.

De vez en cuando, durante aquel mes, visitaron a Gemma, entre otras cosas para conocer sus avances en la elaboración del plan que

desenmascararía a Odile. Otras, acudieron a casa de Corinne para compartir con ella una buena taza de té con pastas. Pero también dedicaron algo de tiempo a distraerse como las personas jóvenes que eran: salidas al cine, cervezas en el pub, paseos por Trent Park, e incluso una cena íntima que acabó en un karaoke. Cualquiera cosa era buena si conseguían mitigar, especialmente ella, aquella presión constante que atenazaba su pecho.

Se acercaba inexorable el día fijado para el desembarco del contenedor. En esa ocasión, el cargamento viajaba desde Tailandia, donde la policía de aquel país, coordinada con la británica y con las del resto de los países implicados, estaba esperando el momento de caer sobre los contrabandistas, a los que habían identificado gracias a la ayuda de los McDougall. Siguiendo el hilo del cargamento tailandés, las autoridades internacionales habían dado con todos los integrantes de la red, que resultó ser más extensa de lo que pensaban en un principio. Así pues, todo estaba preparado. Las comunicaciones entre Derek, que se había erigido en portavoz de la familia, y Albert cada vez eran más frecuentes; la excusa de su falsa relación comercial había resultado una buena aliada para ellos.

Aquella mañana del día 4 de junio, martes, Derek se puso en contacto con Albert más nervioso que en toda su vida: acababan de comunicarle que el barco atracaría en los Docklands el jueves siguiente. Al parecer, la bonanza del clima durante la travesía había acelerado el viaje y llegaba cuatro días antes de lo previsto.

—Perfecto —se congratuló el inspector—. Hace más de una semana que un grupo de agentes infiltrados está controlando el puerto. Reforzaremos el dispositivo estos dos días y el jueves por la noche se unirán los efectivos que faltan, en espera de que los estibadores descarguen el barco —le explicó para tranquilizarlo. Temía que los nervios terminaran por jugarle una mala pasada y echara a perder toda la operación.

—Bien, bien —intentó acompasar la respiración—. ¿Ahora qué hago?

—Nada, ya lo hemos hablado, Derek. Mantente en calma y procura que

tus hijos hagan lo mismo. Estamos muy cerca. Estáis muy cerca —remarcó—. Dentro de unos días tu pesadilla será historia.

Lo primero que hizo el patriarca al colgar fue convocar a sus hijos al despacho. Si la plantilla se extrañó de que en el último mes Julia compartiera más horas en el despacho de su padre que antes, nadie lo dijo. Sólo Maggie, cuya relación con Derek mejoraba día a día, se atrevió a preguntarle a su jefa por el motivo de tanta reunión. «Problemas familiares», se limitó a argumentar la joven. Y ante la insistencia de su secretaria en prestarles ayuda, fue tajante: «No puedes ayudarnos. No creo que haga falta que te lo repita, ¿verdad?».

En cuanto se cerró la puerta de dirección, asegurándose la privacidad necesaria, Derek les expuso las noticias.

—El jueves llega el cargamento —soltó sin florituras. No hacía falta más aclaración.

—Ahora sólo queda esperar a que todo salga bien —dijo Pete sin tenerlas todas consigo.

—Saldrá bien —aseguró Julia, que no quería caer en la desesperanza.

—Espero que tengas razón, porque ya no hay vuelta atrás.

Después de ese breve diálogo, cada uno volvió a sus quehaceres, luchando por no reflejar en sus rostros la incertidumbre que tenían instalada de forma constante, y desde hacía más de un mes, en sus almas.

\* \* \*

El jueves llegó por fin. Habían sido dos días de nervios y actividad. Ese día, Keith acompañó a Julia al despacho; quería estar junto a ella para reconfortarla y ofrecerle su apoyo en aquellos momentos tan duros, no sólo por ayudarla a aligerar el trance, sino porque era la mujer que amaba y no podía hacer otra cosa más que estar con ella cuando se desencadenara el plan.

Alrededor de las diez de la mañana, el encargado del puerto llamó a Derek

avisándolo de la llegada del barco con la mercancía que iba a nombre de la empresa. Acto seguido, él se lo comunicó a Albert y después a sus hijos. Ya no había tiempo para el arrepentimiento. Lo que fuera a pasar ocurriría antes de una semana.

Todavía tuvieron que esperar cuatro días a que descargaran el contenedor. Fue un alivio que el suyo fuera uno de los primeros en bajar a tierra. Ese lunes, Derek volvió a recibir una llamada desde el puerto informándolo de la ubicación del mismo. Como había hecho el jueves anterior, llamó a Albert, esta vez para darle las coordenadas que le había facilitado el encargado de la dársena. Sobre mediodía, recibió otra llamada. En ésta, nadie le habló; únicamente el murmullo de una respiración le advirtió que había alguien al otro lado de la línea. Como hacía cada vez que recibía una llamada silenciosa, dio los datos del emplazamiento de la mercancía y colgó. No obstante, no llegó a soltar el aparato. Con dedos temblorosos, marcó de nuevo el número de Albert.

—Ya está hecho.

—Perfecto. Ahora, tranquilo. Nosotros nos hacemos cargo.

\* \* \*

La oscuridad era casi completa en aquella sección del puerto. Todo parecía solitario y en calma. Nada hacía intuir que casi una veintena de agentes de la ley estaban camuflados entre los enormes contenedores que invadían el espacio. Un pequeño destacamento estaba apostado encima del que debían vigilar. El resto, diseminado por los alrededores, no perdía de vista el objeto de su investigación. El ladrido lejano de un perro y el zumbido de la única farola que tenían cerca eran los únicos sonidos que perturbaban el silencio reinante. El inspector Spencer, encargado del dispositivo, observaba con los prismáticos de su equipación la entrada del recinto, de momento cerrada. Esperaba que aparecieran los delincuentes en cualquier momento. Llevaban



apostados allí desde que el personal portuario había abandonado el muelle. El guarda, alentado por la policía, hacía su ronda por un almacén alejado del lugar de la acción. La tensión era máxima.

De repente, Albert advirtió un movimiento en la verja que daba paso al perímetro. Haciendo un gesto casi invisible para ojos no acostumbrados, avisó a su equipo de que empezaba la acción. Gracias a los binoculares de visión nocturna, observó cómo uno de los hombres bajaba de una furgoneta oscura y trasteaba en la valla. Al instante, las puertas metálicas se abrieron y el vehículo entró a baja velocidad mientras el hombre que permanecía en tierra se encargaba de volver a cerrarlas antes de subirse nuevamente. Con una exactitud increíble, algo que le hizo pensar que aquéllos conocían esa parte del puerto como la palma de su mano, se dirigieron directamente al emplazamiento donde se encontraba el contenedor de los McDougall.

Pararon el furgón justo delante de su objetivo, sin sospechar que eran vigilados por diecinueve pares de ojos que no perdían detalle de sus movimientos. Saliendo del interior aparecieron cinco hombres, todos con ropa oscura. El ojo entrenado de Spencer distinguió que los cinco iban armados y dispuestos. El que parecía el cabecilla por las indicaciones que repartía llevaba un maletín, además de la pistola y una barra, aparentemente de hierro. Uno de ellos, siguiendo las directrices de su jefe, sacó una navaja y rompió el precinto. Los dos que lo seguían abrieron las puertas del contenedor a la vez que encendían una linterna y entraban. El que quedaba fuera parecía vigilar, mirando a todas partes por si veía a alguien merodeando. A los cinco se los notaba tranquilos. Sin duda no era la primera vez que hacían aquello.

Albert llamó la atención de los agentes que estaban sobre el contenedor para que se prepararan para saltar. Con otro gesto, hizo lo mismo con el equipo que se encontraba a la derecha y lo repitió para el que estaba a la izquierda. Él y los tres hombres que lo acompañaban, y que estaban más alejados que el resto, empezaron a desplazarse desde donde se encontraban.

Sólo faltaba que los que habían entrado en el contenedor salieran con el botín para comenzar la operación propiamente dicha.

—Alexander, Dimitri, ¿por qué tardáis tanto? —gritó en ruso el que parecía el jefe, confiando que nadie los vigilaba.

Desde dentro se oyó la voz amortiguada de uno de los hombres reclamando paciencia. Maldiciendo, el jefe sacó algo del maletín que llevaba consigo, aparentemente, un precinto igual que el que acababan de romper. La luz de la linterna se hizo más visible conforme los dos hombres se acercaban a la salida de la enorme caja metálica. Aparecieron un instante después, acarreando cada uno una bolsa de viaje en cada mano. Ésa fue la señal para que todos los agentes actuaran. En menos de un segundo, un enjambre de policías saltó sobre los contrabandistas, iniciando una pelea encarnizada. El silencio, reinante hasta ese momento, se tiñó de gritos e insultos, algunos en inglés y otros en ruso.

El cabecilla de los mafiosos, más acostumbrado a situaciones comprometidas, tuvo tiempo de hacerse con su pistola y disparar sin elegir el blanco. Un agente cayó herido, mientras otro se lanzaba contra el tirador. En una esquina se veía al de la linterna tumbado en el suelo con dos policías encima que trataban de inmovilizarlo. Al advertir que las bolsas reposaban de cualquier manera en el asfalto, otros dos policías corrieron a hacerse con ellas. Albert gritaba órdenes que el bullicio de la refriega apenas dejaba oír. Con el rabillo del ojo vio que uno de los asaltantes corría en dirección a la salida y gritó todavía más alto para que lo persiguieran. Necesitaban que lograra escapar si querían que la operación resultara tan exitosa como esperaban y así se lo recordó, pero sin decir nada que pudiera alertarlo:

—¡Tras él! ¡Con cuidado!

Sus hombres no contestaron, conscientes de lo acordado previamente, y siguieron su carrera. Solamente necesitaban seguirlo hasta la verja del recinto. Una vez allí, un coche camuflado se encargaría de la tarea de rastreo para averiguar adónde se dirigía el fugitivo.

Todo acabó unos minutos más tarde con el saldo de dos policías heridos, uno por arma de fuego y el otro con una fuerte contusión en el pómulo; cuatro detenidos, que presentaban magulladuras en diversas partes del cuerpo, y un huído que estaba siendo vigilado sin que él se diera cuenta.

Spencer dejó al mando a un compañero. Esperaban al furgón que se encargaría de llevar a los detenidos a las dependencias de Scotland Yard y a la ambulancia que se haría cargo de los lesionados y heridos. Antes de abandonar el lugar, se acercó a ver a Cooper, el agente al que habían disparado.

—¿Cómo estás, Cooper? —Como buen jefe, estaba preocupado por su hombre.

—He estado mejor, señor —contestó con una mueca de dolor.

—¿Dónde te han dado? —quiso saber, estudiándole el cuerpo en busca del impacto. No le costó encontrar una llamativa mancha oscura a la altura del hombro.

—Aquí, señor. Pero no se preocupe, dudo que sea muy grave —afirmó intentando convencerse a sí mismo.

—Cuando todo esto acabe, iré a verte al hospital.

—No se moleste, señor. Estaré bien.

—No discutas, Cooper. Iré.

—Como quiera, señor —aceptó agradecido antes de que su rostro volviera a reflejar muestras de dolor.

Una vez se hubo asegurado de que todo estaba bajo control, Albert corrió al coche que tenía escondido en un rincón apartado y se puso en marcha. Mientras conducía, a más velocidad de la permitida, contactó con el conductor del vehículo que vigilaba al fugado, que lo informó de que, tal como habían predicho, se dirigía al local de alterne que regentaban los verdaderos cabecillas de la organización. Él tomó un atajo para reunirse con el operativo que esperaba la llegada del que había logrado escapar, ignorante de que había conseguido huir gracias a que se lo habían permitido.

Al llegar a las inmediaciones del antro donde se reunía la élite del grupo, aparcó. Tenía que permanecer invisible si no quería que alguno de aquellos indeseables lo reconociera como el nuevo cliente de los McDougall, en caso de que los hubieran estado vigilando. Sin embargo, debía asegurarse con sus propios ojos de que la operación salía según lo previsto. Sabía, porque así se había acordado, que había un equipo apostado en una furgoneta delante del garito y otro hacía lo propio en la parte trasera, que daba a un callejón maloliente. Habló por radio con uno y con otro, verificando que estaban listos para actuar. Y esperó.

El coche perseguidor hizo un llamamiento general para que todos estuvieran pendientes del taxi que había conseguido parar el evadido, convencido de que se había librado de la poli. Spencer apuntó la matrícula en su bloc antes de hablar por teléfono con el fiscal, tal como habían acordado.

—El sujeto ha tomado un taxi y se dirige hacia aquí.

—¿Estás seguro de eso, Spencer?

—El coche que lo persigue está convencido de ello.

—Está bien, mantenme informado. Tengo a mi lado al juez, pluma en mano, esperando vuestro aviso para firmar la orden de registro.

—Te juro que te enterarás a la vez que yo.

La radio de su coche emitió un pitido poco después de haber cortado la comunicación con el fiscal.

—Confirmado. La plana mayor de Los Zares está reunida en el interior del local.

Albert soltó un suspiro de alivio; aquél era uno de sus temores: que alguno de los cabecillas no estuviera allí y se fuera de rositas. No obstante, no le dio tiempo a regocijarse. En ese momento, un taxi negro pasó por su lado. Al leer la matrícula comprobó que se trataba del que estaban esperando.

—Ya está aquí —avisó al compañero que estaba al mando en esa parte de la operación.

—Lo veo.

Aceleradamente, llamó al fiscal de nuevo, avisándolo de la llegada del vehículo que esperaban, y después ya no hubo más comunicaciones... Durante un tiempo.

## Capítulo 36

El tipo salió precipitadamente del taxi y corrió resuelto hasta la entrada del local. Con un gesto de la cabeza, señal de que se reconocían mutuamente, el matón de la puerta lo dejó entrar señalando con el pulgar por dónde debía hacerlo: una portezuela, junto al acceso principal, que podía pasar desapercibida si no se conocía su existencia. Desapareció como una cucaracha bajo un ladrillo, rápidamente y sin dejar rastro, sin adivinar que estaba siendo vigilado de cerca y que sus movimientos no pasaban inadvertidos.

En el mismo momento en que se coló en el local, el despliegue policial comenzó. De repente, de la nada, tal como había pasado en el puerto, surgió un ejército de hombres provistos de chaleco antibalas, armas de diversos tipos y el logotipo de Scotland Yard en la espalda. La primera reacción del grandullón de la puerta fue sacar la pistola y apuntar a quien tenía más cerca, sin percatarse de que otro agente lo apuntaba a él. Antes de que lograra dispararle al policía, el portero estaba en el suelo, con una bala atravesándole la mano con la que había sostenido su pistola.

El disparo previno a los ocupantes del local de que algo estaba pasando fuera. Los clientes, algunos incluso renombrados hombres de negocios o políticos, se arrojaron desesperados hacia las puertas, deseando escapar de lo que ellos imaginaban una redada más. Las muchachas, más de una completamente desnuda e indefensa atada a los barrotes de una cama, comenzaron a chillar histéricas. Las que podían recogían sus ropas a toda prisa y corrían por los pasillos buscando refugio. Las que no, pedían a gritos un auxilio que no llegó. Los dueños del local y sus secuaces, prevenidos

escasos segundos antes de lo ocurrido en el puerto por boca del huido, cogieron sus armas, dispuestos a disparar a cualquiera que se les pusiera por delante.

—No pueden encontraros aquí, Nikolay —advirtió Graham Gallagher, que ese día se encontraba en el local para recoger la mercancía que le tocaba vender—. Nosotros os cubriremos. Será mejor que vayáis por la parte trasera. Seguramente estará despejada.

—Gracias, Graham. Ocúpate de todo y niega cualquier acusación. Recuerda, ésta es una fiesta privada. Y tú —dijo señalando al recién llegado—, ven con nosotros. Tienes mucho que explicar, pedazo de mierda.

Pistola en mano, los tres elegantes narcos se aventuraron por los pasillos que daban a la callejuela posterior, sin hacer caso de los gritos de las mujeres ni del ensordecedor sonido de la trifulca que se desarrollaba en el piso inferior. Uno de sus hombres apareció delante de ellos con la cara desencajada.

—Esto es un hervidero. Hay policías por todas partes.

Nikolay, que parecía llevar la batuta en ese momento, miró con ira al desgraciado que había escapado del puerto.

—¿Se puede saber qué ha pasado esta noche?

—Señor, yo...

—Déjalo. Ya ajustaremos cuentas más tarde, cabrón.

Lo cogió por los pelos y lo empujó delante de él como escudo para que abriera camino hasta la salida trasera. La puerta se abrió cuando estaban a punto de alcanzarla, dando paso a cinco hombres que los apuntaban directamente a la cabeza. El tipo que iba detrás de Nikolay, Yuri, alzó su pistola y se encargó de uno de los policías. La respuesta del resto fue inmediata. Un certero disparo entre las cejas lo dejó fulminado en el suelo. Con estudiada rapidez, los demás agentes se abalanzaron sobre los otros cuatro mafiosos restantes, que, sin tiempo de reaccionar, quedaron reducidos en cuestión de segundos.

Abajo todavía se oían las protestas de clientes y trabajadoras del sexo mezcladas con las órdenes que gruñían los policías. En total, no se había tardado más de veinte minutos gracias al engranaje bien coordinado del operativo.

Poco a poco, fueron desalojando el local de hombres maniatados y mujeres cubriendo su desnudez con mantas. Los esperaban varios coches patrulla, entre los que se hallaban cinco furgones que se ocuparían de llevarlos a todos a comisaría. Allí se dilucidaría el grado de implicación de cada individuo, mientras que el equipo que permanecería en el local sería el encargado de localizar las evidencias que acusarían a los integrantes de la banda.

—¡No sabes con quién te estás metiendo! —le gritó Misha, uno de los cabecillas, al que lo introducía en el vehículo—. ¡Te arrepentirás, cabrón!

—Lo que tú digas —contestó el interpelado sin inmutarse—. Pero ahora, adentro.

—Quiero llamar a mi abogado —exigió Nikolay antes de meterse en el furgón.

—Cuando llegues a comisaría podrás hacer la llamada, antes no —replicó el hombre a cargo de hacerlo entrar.

—¡Esto no va a quedar así! —gritó exaltado Vova, otro de los jefazos.

—Claro que no —aseguró el policía que lo guiaba—. Esto acabará con tus huesos en la cárcel.

Una vez todos los detenidos estuvieron confinados en los vehículos que los transportarían a Scotland Yard, se pusieron en marcha. Con la seguridad de que no quedaba nadie que pudiera relacionarlo con los McDougall, Albert se apeó del coche y se acercó al local, que en ese momento todavía estaba plagado de agentes en busca de pruebas. Enseñando su placa, accedió al interior sin problemas.

—¿Habéis encontrado el despacho de esos cabrones? —preguntó al primer hombre que se encontró en el camino.



—Sí, señor —señaló la escalera con el mentón—. Está allá arriba. Hay un par de compañeros buscando evidencias.

—Bien. —Se disponía a alejarse cuando recordó algo—. ¿Algún herido?

—Brown, señor. Ya se ha llamado a la ambulancia, que no tardará en llegar. Ah, y un sospechoso abatido.

—¿Está muy malherido? —preguntó pasando por alto el último apunte.

—No, señor. El tirador no tenía buena puntería. Le ha atravesado el brazo izquierdo, según me han dicho los compañeros.

—Menos mal. ¿Dónde está?

—Arriba, señor.

—Perfecto, pasaré a verlo antes de meterme de cabeza en la guarida de esos hijos de puta.

—¿Señor? —dijo el joven al ver que Albert se disponía a subir—. ¿Hay noticias de las redadas en los otros países? —se atrevió a preguntar.

—Las pocas noticias que tengo son alentadoras, muchacho. Se ha hecho un buen trabajo. Puedes estar orgulloso de haber tomado parte en él.

—Lo estoy, señor.

Albert le dedicó una sonrisa acompañada de un balanceo de cabeza y, sin más, subió la escalera.

Primero, tal como había dicho que haría, saludó al agente herido. Su aspecto era mejor de lo que esperaba. Esa noche habían tenido suerte y no había que temer por la vida de ninguno de los dos policías tiroteados. Después, se dirigió al despacho de los cabecillas de Los Zares. Imaginó que el cuarto que buscaba era aquel espacio, dado que había gente trasteando entre los muebles de la estancia.

—Buenas noches, señor —lo saludó uno de los investigadores—. Estamos esperando al especialista para que abra la caja fuerte —la señaló—. Suponemos que los libros de cuentas estarán guardados dentro. De todas formas, debían de estar apuntando algunas entradas porque hemos encontrado

este cuaderno, que intentaba esconder uno de los detenidos entre sus ropas, y que está plagado de cifras, nombres y fechas.

—Déjame ver. —Alargó la mano después de enfundarse unos guantes de látex—. Le echaré un vistazo.

Se apoyó en un estante y comenzó a estudiar la libreta. Con cada entrada, su sonrisa aumentaba. Sólo con lo que encerraba aquel cuaderno ya tenían suficiente como para enchironarlos de por vida. Aun así, estaba seguro de que encontrarían mucha más información comprometida. Si las noticias que llegaban de ultramar eran ciertas, la red al completo había caído. Estaba satisfecho del trabajo realizado. Y agradecido a los McDougall por haber dado el valiente paso que había ayudado a conseguirlo. Se mesó el pelo ladeando la cabeza y con el movimiento advirtió algo en el estante en el que estaba apoyado que no había visto antes. Por debajo de una escultura de muy mal gusto, sobresalía la esquina de un sobre. Lo sacó con cuidado y lo abrió de igual manera. Dentro encontró unas cartulinas blancas sin inscripción alguna. Al darles la vuelta, se quedó petrificado: una fotografía de Julia paseando de la mano de Keith apareció ante sus ojos. Eso solamente podía significar una cosa, y era que la habían estado siguiendo en los últimos tiempos, presumiblemente, con la intención de seguir chantajeando a Derek. Era un alivio pensar que la familia se había decidido a hablar con las autoridades antes de que aquellos granujas hubieran lastimado a la joven.

Era bien entrada la madrugada cuando, después de ayudar en la búsqueda de pruebas, visitar la central de policía y pasar por el hospital para ver a los heridos, Albert se adentraba en su domicilio. Miró el reloj; eran las seis y veinte, quizá demasiado pronto para hacer la llamada que, sin duda, Derek estaría deseando recibir. Por otro lado, sabía que, si no telefoneaba en ese momento, el sueño no le permitiría hacerlo hasta bien entrada la mañana y no podía tener al empresario angustiado hasta entonces.

—¿Albert? —La voz ronca e intranquila de Derek le confirmó que había hecho bien en llamarlo tan temprano.

—Hola, Derek —saludó calmado—. Ya está hecho.

—¿Quieres decir que...?

—Sí. Ha salido todo a pedir de boca. Los tenemos a todos en custodia policial aquí y en los demás emplazamientos en que se ha desarrollado la operación.

—¿Somos libres, entonces?

—Si te refieres a la banda, sí —lo tranquilizó—. No obstante, el fiscal necesitará hablar con Pete y contigo para confirmar vuestro testimonio. Por lo que he podido averiguar, no habrá cargos contra vosotros —afirmó ocultando un bostezo lo mejor que pudo.

—¿Tendremos que testificar ante el tribunal?

—Espero que no. Está todo prácticamente arreglado. Lo haremos pasar por una redada sorpresa. —Calló unos instantes, dudando de si hablarle de las fotografías que había hallado y de los papeles en los que aparecían sus nombres—. Pero cabe la posibilidad de que sus abogados os llamen a declarar.

—¿Por qué? —preguntó Derek alarmado.

—Tranquilo. No levantemos la liebre antes de tiempo. De momento, las cosas están controladas. Más adelante nos iremos ocupando de los flecos que queden.

—Confío en ti, Albert, lo sabes.

—Sí, lo sé. Por eso, déjame hacer mi trabajo e intentaré que todo salga bien para vosotros.

—De acuerdo. Por favor, si sabes algo más, házmelo saber.

—Sin duda. Y ahora te dejo, que estoy molido. Ha sido una noche muy larga y necesito dormir.

—Buenas noches, Albert. Ah, y muchas gracias... por todo.

—Buenas noches, Derek.

Albert consultó el móvil, advirtiendo que casi no le quedaba batería. Entró en su habitación casi arrastrando los pies, lo enchufó a la red y se tumbó,

vestido como iba. Dos segundos más tarde, estaba profundamente dormido.

Derek, sentado en el butacón de su habitación, miró por el gran ventanal que daba al jardín de su casa. A pesar de la buena temperatura de la estancia, se ajustó el batín, presa de un repentino escalofrío. Confiaba en el agente Spencer, que había demostrado ser un hombre íntegro y profesional. Pero al mismo tiempo conocía a aquellos que lo habían tenido cautivo en su telaraña durante tantos años, y no las tenía todas consigo de haberse librado de ellos de una vez por todas. Aun así, seguiría con el plan establecido de antemano. Cuando llegara la hora oportuna, iría al puerto a firmar el recibo de la mercancía recién llegada y actuaría como si todo fuera igual que de costumbre..., si era capaz de hacerlo.

Esperó a que se hicieran las siete de la mañana para hablar con sus hijos. Primero lo hizo con Pete, quien, al igual que él mismo, había sufrido el constante asedio, tanto de Graham como de Los Zares, durante años. Su hijo no mostró un gran entusiasmo, que digamos.

—Yo no echaría las campanas al vuelo. Seguro que se buscan alguna artimaña legal para salir de ésta.

—Hijo, no digas eso —replicó molesto—. Albert está seguro de que todo va a salir bien.

—¿Y qué va a decir, papá? Para él es un éxito haber atrapado a esa escoria. Pero si los sueltan y averiguan que nosotros hemos hablado...

—Nunca lo sabrán.

—No estés tan seguro. Lo más probable es que tengan a alguien infiltrado en la comisaría o en el juzgado.

—¿No puedes ser optimista por una vez en la vida, Pete? Por primera vez en años no tenemos una losa sobre nosotros. Disfrútalo y permite que los demás también lo hagamos. Y ahora te dejo, que tengo que llamar a tu hermana —y cortó la comunicación con un sabor agridulce en los labios.

Hablar con Julia supuso un soplo de aire fresco después de haber oído las quejas de Pete. Ella, al contrario que su hermano, estuvo encantada con las

noticias que le daba. Mostró una gran emoción ante la perspectiva de que Pete y él se librasen, al fin, de sus chantajistas y volvieran a ser libres. Su optimismo le levantó el ánimo y le dio fuerzas para comenzar un nuevo día. Uno que empezaba con una dura prueba: ir al puerto y simular no estar enterado de lo sucedido esa noche.

## Capítulo 37

Julia dejó el smartphone sobre la mesilla de noche y miró sobre su hombro. Ahí estaba Keith, observándola detenidamente.

—¿Y bien?

—Hecho. —Una mueca en su rostro revelaba el alivio que le producía la noticia.

Se sentó sobre el colchón y, concentrada en lo que hacía, comenzó a enfundarse una finísima media de seda. Él, sin dejar de mirarla mientras se secaba las manos en la toalla que colgaba de su hombro desnudo, admirando la imagen que le ofrecía con su sensual conjunto de encaje malva, que ponía de manifiesto sus formas y que contrastaba perfectamente con la palidez de su piel, pensó que debía dar el paso. A pesar de temer lo mucho que echaría de menos acurrucarla contra su cuerpo, acariciar su pelo cuando le cosquilleaba en la nariz o la agradable fragancia que desprendía después de hacer el amor, era preciso que fuera ella la que marcara los tiempos, no forzada por la angustia o la necesidad de consuelo.

—Ahora que todo ha acabado, es momento de que empiece a dormir cada noche en mi piso, ¿no te parece?

Los ojos de ella abandonaron su pierna a medio vestir como un resorte y se fijaron en él con una mezcla de temor y decepción.

—¿Ya?

—Es lo lógico, ¿no?

—¡No! —exclamó alterada—. Quiero decir... Keith, no quiero que... Yo... Lo que me gustaría es...

Con ritmo pausado, se acercó a ella, dejando a su paso la toalla sobre el

respaldo de una silla. Al llegar a su altura, colocó las manos a cada lado del cuerpo de la joven, encerrándolo, y aproximó su rostro al de Julia, que lo miraba expectante.

—¿No quieres que me vaya?

Ella negó muy despacio con la cabeza a la vez que sus labios se entreabrían ligeramente para dejar asomar su lengua, que paseó lánguida por su labio superior.

—¿Quieres que me quede aquí contigo?

Con la misma lentitud con la que había negado antes, esta vez Julia afirmó sin palabras.

—¿No te parece que nos precipitamos? —susurró él apoyando su frente sobre la suya.

Ella volvió a negar en silencio.

—¿Estás segura?

Julia asintió.

Ya no hablaron más.

\* \* \*

Pete entró directamente en el despacho de su padre, sin anunciarse. Su ceño fruncido y la mueca de sus labios no presagiaban un buen estado de ánimo, precisamente. Se dejó caer sobre el sillón que le gustaba utilizar cuando estaba en ese lugar, soltó un suspiro que más parecía un gruñido y miró a Derek.

—¿A qué hora vas a ir al puerto?

—¿Por qué? ¿Me vas a acompañar? —preguntó su padre con ironía.

—No. Resultaría raro que lo hiciera hoy, precisamente cuando nunca lo he hecho antes.

—Entonces ¿a qué viene tu interés?

—Se ha presentado un problema con el que no contábamos.

—¿Qué quieres decir? —Derek se incorporó en su asiento y fijó los ojos en su hijo.

—Esta mañana, antes de salir de casa, he recibido una llamada inesperada.

—¡Habla de una vez!

—Me ha llamado John Gallagher.

—¿Qué quería? —Su hijo había captado toda su atención.

—Me informaba de que a Graham lo habían detenido y, muy poco sutilmente, me pedía que intentara ayudarlo... por mi bien.

—¿Es que esta tortura no va a acabar nunca?! —espetó Derek dirigiéndose a nadie en particular.

—Ya te dije que no las tenía todas conmigo, ¿recuerdas?

—Está bien. Déjame pensar. Esto no puede continuar así por más tiempo.

—Como quieras, papá. Te dejo devanándote los sesos buscando una solución que no vas a encontrar —sentenció al tiempo que se ponía en pie para irse—. Ya me indicarás qué debo contestarle.

Derek se hundió en su asiento, una vez cerrada la puerta tras Pete. Ésa era una eventualidad con la que no contaba, pero que iba a solucionar, pasara lo que pasase.

De un impulso, arrancó el teléfono fijo de su base y marcó el número de Albert. La voz que le contestó bien podría haber pertenecido a un zombi, y el humor también.

—Joder, ¿a quién se le ocurre telefonarme a estas horas?

—Perdona que te llame tan temprano, Albert. Sé que apenas hace cinco horas que te acostaste, pero es urgente.

—Tú dirás —dijo con el inconfundible sonido de un bostezo—. Y no te preocupes, he dormido más de lo habitual.

Derek le explicó la conversación que había mantenido Pete con John, lo que lo despejó más que el mejor capuchino. Sin poder remediarlo, la mente del inspector formó la imagen de Julia, de lo que sabía de la muerte de su madre gracias a Keith y de las fotografías encontradas la madrugada anterior.



—Tranquilo, déjalo en mis manos. Yo me encargo.

Se despidieron dejando a Derek algo más sereno. No obstante, necesitaba algo, o, mejor dicho, el calor de alguien para deshacerse de esa sensación de frío que se le había calado hasta los huesos. Miró a su alrededor, buscando alguna excusa que argumentar, aunque no la necesitara. No tardó en encontrar el último presupuesto de la fiesta que le había presentado Julia por mediación de Maggie. Sonrió para sí. Una sonrisa esperanzada y a la vez contrariada y plagada de dudas.

—Maggie —se oyó decir después de pulsar el botón del intercomunicador —, ¿puedes subir? Necesito que me aclares unas cifras del presupuesto que me diste ayer.

—Enseguida, señor McDougall.

La secretaria se disculpó con Julia por tener que ausentarse de su sitio, pero le dijo el motivo y su jefa no puso pegas.

—Si necesita alguna aclaración que no puedas darle tú, dile que me llame, por favor. Hasta las doce no me moveré de aquí. Después me encontrará en el departamento de publicidad.

—Claro.

Maggie subió la escalera de dos en dos. Desde hacía unos días, veía a Derek cabizbajo y preocupado, pero no había logrado sonsacarle qué le pasaba. Tampoco le dio explicaciones de por qué hacía días que no estaban juntos..., pero dado el estado de ánimo que parecía afligirlo, prefirió no indagar. Si él quería liberarse de sus preocupaciones con ella, ahí estaban sus oídos, sus brazos y sus labios para que lo hiciera.

Y eso fue lo que pasó en el mismo instante en que ella cerró la puerta tras de sí.

Una hora más tarde, con el espíritu templado y el temor bajo control, Derek se enfrentó a su siguiente reto: acudir al puerto.

\* \* \*

Antes incluso de hablar con sus superiores, Albert se puso en contacto con Keith. Lo que le había dicho Derek con respecto a John Gallagher lo tenía demasiado agitado. No estaba seguro de que lo que iba a proponerle al psicólogo fuera de su agrado; imaginaba que no, porque suponía poner en riesgo a Julia. Aun así, era un paso que debía darse con celeridad si deseaban desenmascarar al ama de llaves antes de que fuera demasiado tarde.

—Buenos días, Albert. ¿Me llamas para contarme cómo fueron las cosas anoche? —sondeó Keith.

—Buenos días, Keith —respondió—. No. Sabes perfectamente que no puedo facilitarte información sobre una operación abierta. Te llamo para otra cosa.

—Tú dirás, aunque algo podrás adelantarme, ¿no? —insistió.

—¡Está bien! —aceptó el policía sin ganas—. Conseguimos atraparlos a todos, aquí y en las demás localizaciones. ¿Contento?

—No mucho, pero no voy a insistir. Dime, ¿a qué viene tu llamada?

Después de escuchar lo que Albert tenía que decirle, su reacción fue de rechazo.

—No. Habíamos acordado que lo haríamos durante la fiesta. Teníamos la excusa de la seguridad y la vigilancia de los asistentes. Hacerlo antes me parece un riesgo que...

—Pero ¿tú has oído lo que he dicho? Ha amenazado a Pete, y ¿quién te dice que no al resto de la familia también?

—Sí, te he oído, alto y claro. No obstante... Además, todavía no le he dicho a Julia que lo sabes.

—Pues ya estás tardando, colega. Tenemos que acabar con cualquier posibilidad que tengan esos tipos para volver a enredar en sus redes a los McDougall —argumentó con sensatez—. Se me ha ocurrido introducir a algunos de mis hombres como operarios, ahora que se está trabajando en la propiedad para acondicionarla de cara al festejo. La idea sigue siendo la

misma; tu tía elaboró un buen plan. La única variación es que se adelantará un mes.

—Está bien, deja que lo piense y que le confiese a Julia que sabes lo de la sesión de hipnosis y lo que descubrimos gracias a ella. —Se llevó la mano a la frente—. Se sentirá decepcionada, lo sé.

—No si te aseguras de hacerle entender que lo hiciste por ella y por los suyos. Gracias a lo que sé, me ha sido más fácil comprender su situación. Seguro que lo entiende.

—¿Cuándo tienes pensado llevarlo a cabo?

—No podemos entretenernos. Estamos muy cerca de lograr librarlos por completo, si no se tuercen las cosas. Y los Gallagher pueden ser un incordio para conseguirlo.

—¿Estaría listo el operativo para la semana que viene? Si vamos a hacerlo, cuanto antes mejor.

—Sí —afirmó Albert con rotundidad—. Y me aseguraré de que los hombres que vayan sean los mejores.

—¿Tú no vas a estar allí? —preguntó alterado, saltando de su silla.

—En la casa, no —respondió mientras se frotaba la frente con insistencia—. Estaré en el bosque colindante, el que pertenece a la propiedad. Según los planos que me mandaste, se puede acceder desde un camino que queda fuera de la vista de la casa, así evitaremos que los guardeses nos descubran. Permaneceré con parte de mi equipo allí hasta que Julia nos dé la señal.

—Sólo confío en ti —le recordó.

—Pues no deberías. Mi gente está muy bien entrenada y sabe lo que hace.

—De acuerdo —claudicó Keith hundiendo los hombros—. Ultima los detalles y hablamos más tarde, cuando Julia sepa lo que tramamos.

\* \* \*

Albert entró en las dependencias de Scotland Yard con paso firme. Lo

primero que hizo al cruzar las puertas fue acercarse al depósito de pruebas y pedir los libros que se habían encontrado en la caja fuerte de la casa de citas. No le preocupaba ni el estado de los prisioneros ni los posibles avances que hubieran podido realizar sus abogados para sacarlos de allí. Tenía unas horas para demostrar la clase de ralea humana que eran; no eran muchas, pero sí las suficientes si se esmeraba.

Mientras se dirigía a su despacho con los libros apoyados en el brazo, se detuvo delante del mostrador para interesarse por el estado de los compañeros heridos y para reclamar que le mandaran a Jones y a Smith, que eran los mejores descifrando claves, y entre aquellas páginas había muchas.

Entre los tres, hicieron un estudio exhaustivo de cada uno de los blocs de notas. Cada descubrimiento que hacían lo registraban minuciosamente en el ordenador, cumplimentándolo con fotografías que testimoniaban el lugar exacto en donde se había hallado. Los cretinos que ocupaban la cúpula de Los Zares habían cometido el grave error de apuntar los nombres completos de sus secuaces y de algunas de las personas que tenían en nómina pero que no formaban parte de la banda. De los extorsionados, de aquellos con los que hacían negocios pseudolegales o de las chicas que, obligadas, trabajaban para ellos, sólo aparecían las iniciales, que, aunque algunas eran fácilmente reconocibles, no constituían una prueba suficiente para ir a por ellos. Entre esas iniciales, Albert identificó dos nombres que guardaría para sí: «D. M.» y «P. M.».

Con toda la información obtenida gracias a la ineptitud de los delincuentes, el siguiente paso era visitar al fiscal. El hombre, un individuo alto y nervudo de unos cincuenta años, ya lo esperaba en su oficina junto a un par de colaboradores. Recibió los datos con medido entusiasmo, pero satisfecho. Con todo aquello en su poder ya no se le escapaban, por muy buenos que fueran los letrados oponentes. Aún quedaba mucho por hacer, mucho que averiguar y muchos cabos sueltos que atar; no obstante, lo que tenían ya era suficiente para meter a la totalidad de Los Zares en el trullo.

Albert, sin parecer ansioso, aunque lo estaba, intentó sonsacarle qué iba a ser de los McDougall.

—Spencer, estese tranquilo, hombre —dijo el fiscal, dándole una palmada en el hombro—. La colaboración de esos sujetos ha sido esencial en este caso. El hecho de que sus nombres no aparezcan, añadido a mi compromiso previo, les garantiza su inmunidad. Puede informarlos de ello.

—Señor, hay otro asunto que quería hablar con usted relacionado con este caso.

—Adelante —indicó señalándole el asiento enfrente al suyo.

Y Albert pasó a relatarle el suceso acaecido veintidós años atrás, la llamada que le había realizado el padre de uno de los acusados a Pete, así como el plan que tenía trazado, obra de Gemma, para desenmascarar a la asesina de Patricia Powers McDougall.

## Capítulo 38

—Entendería que estuvieras enfadada conmigo —dijo Keith rompiendo el silencio que se había creado después de su confesión.

—No lo estoy. Te dije que confiaba en ti y lo mantengo. Si decidiste hablar sobre la hipnosis con el agente Spencer..., con Albert —rectificó—, es porque creíste que era lo oportuno.

—Creí que debía conocer el origen del chantaje del que eran objeto tu padre y tu hermano. Si se enteraba de los hechos tal y como habían ocurrido y de cómo el joven Gallagher se había aprovechado del asesinato de tu madre a manos de la suya, le resultaría más fácil entender el alcance de su maldad.

—Y parece ser que funcionó.

—Sí, funcionó. —Le rodeó los hombros con el brazo—. Y ahora quiere que pongamos fin a tantos años de mentiras. Odile ha estado viviendo todo este tiempo a costa de la buena fe de tu familia. Toda su gente lo ha estado. John también estaba metido en el ajo, como revela la llamada que le ha hecho esta mañana a tu hermano. Y, por supuesto, Graham, que ha sido el mayor beneficiado en todo esto.

—Todavía me cuesta creer que la dulce y complaciente Odile sea una asesina. Sin embargo, vi con mis propios ojos cómo mataba a mi madre. Es de locos.

Keith la atrajo hacia su pecho y la besó en el pelo. La mantuvo así durante un tiempo, sintiendo como propio su desconsuelo. Al poco, Julia alzó la cabeza y lo miró.

—Estoy dispuesta —afirmó al fin, alzando los hombros como tantas veces hacía—. Se lo debo a mi madre.

—Está bien —se resignó él a pesar de sus reservas—. Iremos el lunes a Crystal House. Y roguemos porque todo salga bien.

—He pensado —dijo Julia separándose un poco para observarlo mejor— que Nana debería acompañarnos. Cualquier colaboración será de agradecer en aquella casa cuando pongamos en práctica el plan; además, al fin y al cabo, es suyo.

—Siempre podemos poner como excusa que es una entendida en la Regencia y va a comprobar que las cosas están acordes a la época, aunque tía Gemma no tenga ni la más remota idea sobre ese período, precisamente.

—Exacto —convino Julia antes de volver al refugio de su pecho, y con voz amortiguada añadió—: Mañana telefonearé a Alan. Él todavía no conoce lo que nos proponemos y podría no estar de acuerdo.

—Tienes razón. —Le frotó la espalda mientras meditaba un instante—. Hemos dado por hecho que colaborará, pero nada nos lo asegura a ciencia cierta.

—Pero creo que lo hará. —Volvió a alzar la cabeza para enfrentar sus ojos—. Estaba enamorado de mi madre en aquel momento y querrá acabar con la mujer que la mató.

—No adelantemos acontecimientos, Julia, aunque he de reconocer que tienes razón.

Se creó un nuevo silencio que se dilató durante minutos. Ella, con su oreja pegada al pecho de Keith, escuchaba el latido fuerte y constante de su corazón, sintiendo la seguridad que eso le producía en cada fibra de su ser; él, agradeciendo tenerla pegada a su torso, disfrutando de ese aroma que emanaba de su pelo y del calor que desprendía su pequeño cuerpo. De repente, Julia se incorporó y lo miró con una petición silenciosa enredada en los ojos.

—¿Te importaría que retomáramos la lectura del diario de mi madre?

—No, en absoluto. —Le acarició los labios con el pulgar y le sonrió—. Es más, creo que es una gran idea. Deberíamos saber quién era tu madre en el

momento de su desaparición, cuando la verdad acerca de su muerte está tan cerca.

La joven no tardó en ir a su dormitorio, aquel que no hacía tanto había sido sólo suyo y que en ese momento ya era de los dos, y se hizo con el cuaderno. Volvió a la sala con él en la mano y una sonrisa tímida en los labios.

—Adelante —pidió ofreciéndoselo a Keith.

\* \* \*

Las primeras páginas seguían mostrando a la misma joven que ya conocían: la mimada y altanera Patricia Powers. Por una de sus anotaciones reconocieron a Alan. De él decía que era muy fácil de manipular y que lo tenía comiendo de su mano. Intercambiaron una mirada de comprensión al admitir que, seguramente, Patricia tenía razón.

Estaban empezando a pensar que en aquellos folios no encontrarían lo que buscaban, a la Patricia madura y responsable, cuando una entrada les llamó atención.

«He conocido al hombre de mi vida —comenzaba—. Es bastante mayor que yo, pero no me importa. Es guapo, elegante, y tiene una voz cautivadora. Cuando se lo he dicho a Melania me ha preguntado que si me gustaban los ancianos. ¿Qué sabrá ella? Tengo que conseguir que se enamore de mí. Nunca imaginé que un pelirrojo pudiera atraerme de esta manera, y, aun así, creo que no he visto a nadie que consiga despertar tanto mi deseo como él. Hasta su nombre me parece sugerente: Derek McDougall.»

A partir de esa entrada, una sucesión de anotaciones hacía referencia a Derek.

«Hoy lo he visto en la fiesta de los Miller y he conseguido un baile con él.»

«Esta tarde he ido a su empresa para solicitarle unas muestras de sus



productos y ha sido tan amable que me ha dado una bolsa llena.»

«Le he pedido a papá que invite a Derek a la cena de primavera y, después de mucho insistir, ha accedido.»

Y como aquéllas, un sinfín de acotaciones por el estilo. Llegados a ese punto, Keith levantó los ojos de la lectura y la fijó en el enorme reloj que adornaba una de las paredes.

—Julia, será mejor que lo dejemos aquí. Es tarde.

—¿Por qué? —refunfuñó alejándose de él la distancia que le permitía su brazo extendido—. Mañana es sábado y podemos dormir hasta tarde.

—Ha sido un día muy largo y plagado de emociones. El diario seguirá aquí por la mañana. —Tiró de ella cogiéndola de la muñeca que apoyaba en su pecho y la acercó a él—. No seas ansiosa. Duerme con la ilusión de conocer su transformación. La anticipación hace que las cosas nos gusten más. —Le guiñó un ojo de forma elocuente.

—Está bien, tú ganas. —Lo besó, primero con dulzura y luego con pasión—. Veremos si tu teoría es correcta —y, poniéndose en pie, lo guio hasta su cama.

\* \* \*

Julia despertó temprano. Echando una ojeada a su lado, contempló con una sonrisa el plácido sueño de Keith y decidió darle una sorpresa. Apenas había cocinado para él y le apetecía que probara una de sus especialidades... por si era su última oportunidad de hacerlo. Sabía que había una probabilidad, no tan insignificante como le gustaría, de no salir indemne. Le ocultaba su desazón tanto a Gemma, cuando apuntaba algún dato nuevo al plan, como a Keith, al que ya sabía reticente de llevarlo a cabo.

Preparó tortitas bañadas en sirope, zumo de naranja y té. Lo ordenó todo sobre una bandeja y lo llevó al cuarto, donde esperaba encontrarlo todavía dormido. Efectivamente, aún no había despertado, cosa que le concedía la

posibilidad de estudiar sus relajados rasgos a sus anchas. Era perfecto, al menos para ella. Su nariz, apenas desviada a la izquierda, resaltaba en un rostro armonioso de labios carnosos y ojos grandes bordeados de unas espesas pestañas que, en ese momento, acariciaban sus mejillas. El detalle de una cicatriz, a duras penas visible en la ceja izquierda, sólo servía para aumentar su atractivo. Lo amaba. Lo quería tanto que pensar en la posibilidad de un desenlace adverso en lo que estaba por venir no terminaba de atemorizarla. Gracias a Keith, había conocido un sentimiento tan grande que le había llenado el corazón hasta rebosar. Al igual que su madre, si moría sería sabiendo lo que era amar y ser amada. Como era lógico, la entristecía pensar en las oportunidades, en los momentos y en la felicidad que no viviría con él, y, con todo, no se arrepentía de llegar a esa tesitura porque había vivido los instantes más maravillosos de su existencia con el hombre que tenía frente a ella.

Soltó la bandeja sobre su mesilla de noche, se arrodilló en la cama, a su lado, y con calma le acarició algunas hebras de su pelo cobrizo.

—Te quiero —susurró pensando que sus palabras no eran oídas.

—Y yo a ti —replicó él sin abrir los ojos—. ¿Qué es eso que huele tan bien? —abrió un solo párpado interesado en el almuerzo, sin sospechar los funestos pensamientos que la acechaban.

—Tortitas. Me fijé en cómo las devorabas en Crystal House.

—No me hables de ese sitio —pidió sentándose con la espalda apoyada en el cabecero y desperezándose—. Sólo de pensar en lo que estás a punto de hacer, me entran escalofríos por todo el cuerpo.

—Está bien, pues no hablemos de la casa. Olvidémonos de que existe hasta que vayamos el lunes, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto. Y ahora, mujer, acércame ese desayuno, que soy un guerrero muerto de hambre —bromeó.

Algo más tarde, todavía holgazaneando en la cama, Julia decidió que ya era el momento oportuno de llamar a Alan. Aspiró con fuerza y soltó el aire

de sus pulmones con parsimonia antes de alargar la mano y hacerse con el aparato.

—¿Qué haces? —Keith, adormilado, entreabrió los ojos al notar su movimiento.

—Ya son las once de la mañana, una hora más que adecuada para hablar con Alan, ¿no te parece?

—Ya sabes qué me parece, y no me refiero a que hables con Alan. Sigo pensando que nos estamos precipitando.

—No, cariño, no lo estamos haciendo. Ciertamente es antes de lo que teníamos previsto, y Albert no ha tenido tiempo de enseñarme algunas llaves básicas de defensa, pero sé qué puedo esperar y estaré atenta, te lo prometo.

—Anda, llama. Si tan decidida estás, será mejor que empieces a poner en práctica el plan. —Se incorporó ligeramente y la besó en los labios—. Pero pobre de ti si te pasa algo —bromeó, aunque sus palabras escondían todo el miedo que encerraba su corazón.

—¿Quién es? —Alan, algo distraído, contestó al tercer tono.

—Buenos días, Alan. Soy Julia McDougall. ¿Te pillo en mal momento? —preguntó al tiempo que accionaba el altavoz del smartphone.

—En absoluto. Tu llamada siempre es bien recibida. ¿Qué se te ofrece? ¿Tienes algo nuevo que tasar? ¿Necesitas algún objeto de mi tienda? ¿Problemas con el pago que te hice? —preguntó con la rapidez de una ametralladora.

—No, no se trata de nada de eso. Es una llamada personal.

—¿Personal? —Julia oyó un ruido metálico de fondo, como si, a causa de la sorpresa, a Alan se le hubiera escurrido algún objeto de las manos.

—Sí. Sé que es abusar de tu buena fe y que estoy apelando a lo que un día sentiste por mi madre, pero necesito recurrir a ti —dijo con un tinte de ruego en la voz.

—Tú dirás —accedió con prudencia.

Julia, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, y la mano de

Keith acariciándole el muslo para infundirle ánimos, carraspeó un par de veces antes de atreverse a hacerle su petición.

—Verás, no quiero entrar en detalles de cómo, pero hace poco he hecho un grave descubrimiento sobre la muerte de mi madre.

—¿Hace poco? ¿Cómo es eso posible? Además, ¿qué hay que descubrir en un accidente?

—Precisamente de eso se trata. —Cerró los ojos con fuerza y, al abrirlos, miró a Keith—. No fue un accidente: a mi madre la asesinaron.

—Pero ¿qué locuras dices, Julia? Si lo que insinúas fuera cierto, la policía...

—La policía, como el resto del mundo, creyó lo que parecía la opción más plausible. Ha sido el crimen perfecto durante veintidós años, pero ha llegado el momento de desenmascarar al culpable.

—¿Fue tu padre? —preguntó presa de un arranque de furia—. Si se atrevió a ponerle una mano...

—No —refutó ella indignada—. Mi padre amaba a mi madre con locura. Fue alguien de quien nunca habríamos sospechado: Odile Gallagher, el ama de llaves.

—Pero ¿qué motivo podía tener ella para...?

—Ahí es donde intervienes tú. Imagino que no hará falta que te involucres, que sólo con mencionar tu nombre bastará para dar veracidad al argumento que voy a utilizar para desenmascararla. Pero, por si fuera necesario, y ya que voy a usar tu nombre, es justo que sepas de qué se trata.

—Suéltalo de una vez —pidió, intranquilizándose por momentos.

—El hijo de Odile, Graham, tenía montada una plantación de marihuana en el linde del bosque de nuestra propiedad. Mi madre lo descubrió y eso le costó la vida. Odile la mató para encubrir a su hijo. Necesito que, de ser necesario, testifiques que mi madre te lo dijo en algún momento —dejó ir con prudencia—. Que digas algo así como que un día que estaba sola te invitó a tomar un té por los viejos tiempos y se sinceró contigo... Ya sé que la

primera vez que estuviste en Crystal House fue hace algo más de un mes, pero...

Alan, que la había escuchado en silencio, sintió cómo una gota de sudor le recorría la mejilla. Parte de lo que le había planteado Julia era cierto; una verdad secreta que se había guardado para sí durante casi veintiséis años.

—Julia, antes de proseguir, quiero confesarte una cosa: te mentí. Sí había estado en la mansión. Y, efectivamente, fue una tarde en que Patricia estaba sola; bueno, sola no, contigo, que eras poco más que un bebé.

—¿Por qué no me lo dijiste en su momento? ¿Y... para qué fuiste a ver a mi madre? —se extrañó.

—Vino a verme un día en busca de un regalo para tu abuelo. Era su cumpleaños, si no recuerdo mal. Le mostré varios objetos y ella eligió un juego muy elegante de tintero y pluma de finales del siglo XVIII. Yo me ofrecí a llevárselo una vez embalado adecuadamente y ella me pidió que lo hiciera un día en concreto en que estaría sola durante unas horas. —Suspiró pesadamente—. Por supuesto, yo accedí. En aquel momento todavía estaba hechizado por ella, por lo que la idea de pasar un rato a su lado, aunque estuviera vacía de esperanza, me pareció fantástica.

—¿Y qué pasó?

—No mucho, la verdad. Me recibió con el té preparado, una sonrisa radiante y una niñita con el pelo tan rojo como el de sus padres en brazos. Me acompañó a una salita, donde tomamos nuestras bebidas, y después me acompañó hasta su habitación para que dejara allí el paquete que le había llevado. Ver su cama, aquella que compartía con un hombre que no era yo, me dolió. Me dolió mucho más de lo que habría imaginado. —Su voz se volvió densa y cargada, como si su garganta se negara a continuar hablando—. Recuerdo que te dejó sobre la colcha y dijo algo así como que eras una princesa y aquél era tu castillo. Pero enseguida rectificó con una sonrisa mientras te hacía cosquillas en la barriguita aclarando que, en realidad, aquél era el castillo de papá y mamá.

»A mí se me partió el alma, pero al mismo tiempo me sirvió para comprender que cualquier ilusión que tuviera por mantener una relación con tu madre sólo era producto de mi imaginación. Me fui casi en el mismo instante en que Patricia me indicó dónde depositar el paquete y ya no volví a verla nunca más.

—Siento que las cosas fueran así... Pero, por otro lado, eso nos da la coartada que precisamos para resolver de una vez su asesinato. ¿Me ayudarás?

—Sí, claro que sí..., siempre que me prometas que no te pondrás en peligro.

Julia miró de soslayo a Keith, que, atento como estaba a la conversación, alzó una ceja esperando su respuesta.

—¿Tú también, Alan? —Negó con la cabeza a la vez que ponía los ojos en blanco—. Está bien, te lo prometo.

—Espero con todas mis fuerzas que tengas éxito. Si, como dices, fue el ama de llaves, lleva demasiado tiempo disfrutando de una vida que no le correspondería vivir. Por supuesto, creo que es inútil que te diga que, si necesitas cualquier cosa, en éste o en cualquier otro tema, aquí me tienes... Y no por lo que un día sentí por tu madre, sino porque te has ganado mi respeto y mi afecto, Julia.

—Muchas gracias, Alan, me halagas. Te aseguro que, si te necesito, acudiré a ti.

## Capítulo 39

—Ya has comprobado que no soy el único que se preocupa por lo que pueda pasar el lunes.

—Sí —se limitó a responder.

—Julia, todavía estás a tiempo.

—¿Cuántas veces vamos a discutir sobre el tema, Keith? No hay nada de que preocuparse. Tú estarás cerca, tú y el resto de los hombres que Albert va a apostar allí. Estoy segura de que no permitiréis que nada malo me suceda.

—Está bien, pero no puedo dejar de insistir. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo. Si la situación fuera a la inversa y tú estuvieras en mi lugar, me ocurriría lo mismo.

—Está bien, dejemos de hablar de ello. Mi tranquilidad espiritual lo agradecerá. ¿Qué tienes planeado para hoy?

—De tratarse de cualquier otro sábado, haríamos lo que hacemos siempre: limpieza, compra, piscina..., pero hoy no creo que ninguno de los dos esté para eso. ¿Qué te parece si pedimos algo a algún restaurante de la zona y seguimos con la lectura? Ya quedan pocas anotaciones y me gustaría saber cómo acaba su diario.

—De acuerdo.

Todavía era temprano para pedir la comida, así que pasaron el tiempo duchándose juntos. Y, como solía ocurrir cuando lo hacían, terminaron con sus cuerpos enredados en la danza más antigua y deliciosa del mundo.

Después de dar buena cuenta de la pizza tamaño familiar que habían encargado y del helado que venía con ella, se acomodaron en el sofá del salón con sendas tazas de café y comenzaron a leer las últimas páginas de un

cuaderno que les había dado a conocer a una mujer que con la que ya nunca podrían reunirse.

Como solían, Keith leía mientras Julia se acurrucaba contra su cuerpo, disfrutando al mismo tiempo de lo que iban desgranando página a página y del calor que desprendían siempre que estaban tan cerca. Mientras tanto, la música de su iPad les sirvió de melodía.

Lo que habían descubierto la noche anterior dio paso a un minucioso detalle de las acciones emprendidas por Patricia para engatusar a Derek, cada vez más audaces y atrevidas, hasta que llegó un momento en que, satisfecha, la autora del diario relataba la maravillosa noche que había pasado en los brazos de su amado. Patricia no escatimaba en detalles, lo que provocó un repentino e inesperado rubor en su hija; conocer los pormenores de cómo había sido concebida no era plato de buen gusto, precisamente.

Después de esa noche, vinieron otras, espaciadas en el tiempo, aunque no demasiado, ciertamente. Su madre había sido muy persuasiva y constante en cuanto a sus acercamientos, hasta lograr que fueran bastante frecuentes. Dos meses y medio más tarde, según las fechas que constaban en las anotaciones, había una que confirmaba lo que ellos ya sabían: Patricia se había quedado embarazada.

Después de aquello, un largo silencio que se rompió meses más tarde, cuando Patricia volvió a recurrir a su diario para vomitar la angustia que le causaban las noticias que le había dado el tocólogo aquella misma tarde: la niña venía con dos vueltas de cordón, no estaba encajada y había riesgo para el feto. Para entonces, según calculaban Keith y Julia, sus padres ya estaban casados. Lo sabían, además de por las fechas, porque Patricia hablaba de Pete y de lo mucho que le había costado conectar con él. Según refería la joven embarazada, le habían prescrito descanso bajo la amenaza de que el embarazo no llegara a buen puerto. Las palabras de aquella mujer, muy diferentes de las que habían estado leyendo hasta entonces, los conmovieron a los dos por igual: «Daría todo lo que tengo y lo que soy porque no le pasara nada a mi



bebé. No me importaría morir durante el parto si con ello consiguiera que viviera. Me aterroriza no ver su carita. Me aterra pensar en que algo malo pueda ocurrirle. Su bienestar es lo más importante para mí, incluso más que el cariño que siento por Pete o el amor que me inspira Derek».

Una furtiva lágrima se escurrió por la mejilla de Julia sin que ella le prestara atención. Su madre había madurado por ella. Especialmente por ella, aunque su relación con su padre y su hermano habían ayudado a su cambio. En aquel instante, más que nunca, echó de menos haber pasado más tiempo con la mujer que le había dado la vida, tenerla a su lado y haber aprendido de sus errores y de sus consejos. Y también en ese momento estuvo más segura que nunca de que tenía que resolver el conflicto al que iba a enfrentarse al cabo de dos días escasos. Se lo debía a una madre a la que, gracias a la lectura de su diario, había llegado a conocer.

Los últimos compases de una canción de Sam Bradley coincidieron con el final de aquella anotación. Ya sólo quedaban unas pocas páginas para llegar al final de aquel rosario de intimidades, y Julia se lamentó de que Patricia no hubiera continuado escribiendo. Anhelaba seguir disfrutando de una madre que, por fin, se comportaba como la mujer que siempre le habían descrito. Y, a pesar de ello, necesitaba parar. Su corazón, encogido en un puño, apenas bombeaba sangre al resto de su cuerpo. Tenía las extremidades pesadas y le faltaba el aire. Keith notó de inmediato el cambio en su respiración y cerró el cuaderno.

—¿Estás bien? —preguntó volviéndose hacia ella para acariciarle la espalda.

—La verdad es que no. Tú y yo nos hemos encontrado durante este mes y medio con una muchacha muy distinta de como se nos muestra ahora —sollozó sin esconder su pena—. Saber que fui la causante de su cambio..., no sé qué me produce. Alegría, supongo, pero también mucha nostalgia de la madre que tuve y que me arrebató Odile.

—Vamos a relajarnos un rato, ¿te parece?

—Sí, será lo mejor. ¿Quieres que vayamos a tu piso a ultimar los detalles para la apertura de la consulta?

—Julia, cariño, te he pedido que nos relajemos. Eso es trabajo —remarcó tajante—. Hay que hacerlo, sí, pero no es algo urgente ahora mismo. En cambio, que tú digieras lo que has oído sí lo es.

La obligó a cambiarse el chándal azul marino que llevaba y a colocarse un vestido de alegres colores acompañado de una chaquetita fina de punto, mientras él se enfundaba unos vaqueros desgastados en las rodillas y una camiseta gris.

—¿Sabes que la ropa que llevamos influye en nuestro estado de ánimo? —inquirió él mientras se cerraba el último botón del pantalón—. Por eso insisto en que te pongas este vestido.

Ella no contestó. Sabía que Keith estaba procurando mejorar su humor y se lo agradecía, pero dudaba de que aquel atuendo de colores vivos marcara la diferencia. Se equivocó. O, por lo menos, su vestimenta, junto al paseo por la pequeña localidad al norte de Londres donde vivían, el buen tiempo y la interesante charla que siempre le ofrecía Keith, ayudó a que se sintiera menos afligida y más predispuesta a terminar de leer el relato de su madre... Y a lo que hiciera falta después.

\* \* \*

Albert había sacrificado su bien merecido día de descanso para orquestar el dispositivo que se desplegaría a principios de la semana siguiente. No podía haber ningún fallo; todo tenía que estar milimétricamente organizado. Cualquier error podría suponer un riesgo para la seguridad de Julia. Por más que le hubiera garantizado a Keith que todo estaría bajo control, lo cierto era que haber adelantado el plan lo había dejado sin la oportunidad de enseñarle a la joven McDougall algún que otro truco que le sirviera en el momento preciso. En cuanto a la capacidad de sus hombres para hacerse cargo de la

situación cuando fuera necesario, estaba totalmente tranquilo, estaban tan bien entrenados que les confiaría su propia vida si fuera preciso.

Sentado a su mesa en el pequeño cubículo que hacía las veces de despacho, estudió con detenimiento, una vez más, la orografía de la propiedad de los McDougall. El bosque, unos metros elevado por encima de la casa, le daría una buena perspectiva para su vigilancia. Por el contrario, los enclaves de las reformas que se estaban realizando, donde sus compañeros iban a apostarse, quedaban a una distancia demasiado grande para cuando llegara la hora de actuar. Tenía que buscar la manera de colar a un agente dentro de la casa para que le sirviera de apoyo a Keith, empeñado en colaborar, y situar otros dos hombres más en el perímetro cercano a la casa para que pudieran proceder con celeridad en el momento oportuno.

Estaba a punto de telefonar a Derek para consultarle cuando le vino la inspiración: Keith le había comentado que su tía los acompañaría ese lunes a Crystal House, ¿por qué no facilitarle un acompañante a la buena mujer? Por lo que sabía de ella, era una señora en sus cincuenta, atractiva, inteligente y vital. Estaba convencido de que la idea le parecería bien, siempre y cuando no le propusiera un pipiolo como «escolta». Y acababan de acudirle a la mente dos nombres: Sarah Jones, una joven policía de la nueva escuela de Scotland Yard, muy preparada y eficiente, que podría presentarse como su secretaria, o Stephan Taylor, un agente maduro y curtido en miles de batallas, estupendo tirador, gran estratega y muy atractivo a pesar de sus cincuenta y cinco años. Él podría aparecer como la pareja de la novelista. Como no podía decantarse por la una o por el otro, porque ambos ofrecían cualidades dignas de destacar y que les resultarían muy convenientes en la operación, resolvió hablar directamente con la persona que haría de tapadera a su compañero.

Solamente había hablado con Gemma una única vez, y fue para que le esbozara a grandes rasgos el plan que había ideado. En aquella ocasión, la novelista le dio una minuciosa explicación de lo que se le había ocurrido. Desde luego, no había duda de que se trataba de una mente privilegiada que

ya habría querido la policía para sí. Ése había sido uno de los motivos que lo empujó a pedirle su opinión; el otro, era darle la oportunidad de decidir cuál de los dos agentes prefería.

La conversación no duró mucho. Gemma era una mujer práctica que llegaba al fondo de la cuestión sin andarse por las ramas, además de tener la cabeza muy bien amueblada y las ideas cristalinamente claras. Su argumentación fue concisa: de ninguna manera iba a tener una secretaria; su volumen de trabajo no justificaba tenerla. En cambio, nadie se extrañaría de que una mujer sola tuviera un *amigo especial* y que quisiera compartir con él una visita a un lugar tan especial como era Crystal House Park. Quedaron de acuerdo, entonces, en que sería Stephan Taylor quien se infiltraría en la casa como su acompañante. Otra cosa que acordaron fue que sería ella misma y no Albert la encargada de comunicarle a Julia la nueva incorporación a su séquito y el papel que supuestamente adoptaría.

—Buenas tardes, Julia.

—Buenas tardes, Nana. —En el instante en que corroboró que se trataba de ella, Julia conectó el altavoz de su teléfono—. Qué casualidad que llames ahora. Keith y yo justo estábamos comentando que debíamos llamarte para coordinar el viaje a la mansión.

—De eso quería hablaros yo —dijo adelantándose a lo que la joven tuviera que decirle—. Acabo de mantener una conversación con el inspector Spencer y hemos acordado que uno de sus compañeros venga como mi acompañante. Se hará pasar por un..., digamos..., admirador. Bueno, ya me entendéis, para dar credibilidad al hecho de su presencia allí. De esta manera, un hombre cualificado estará constantemente a tu alrededor sin levantar sospechas.

—¡Vaya! —exclamó Keith sonriendo—. Este Albert es muy astuto. Aunque me dará más trabajo a mí. Ya me veo ejerciendo de carabina.

—¡Keith, no seas tonto! —le recriminó su tía—. Se trata sólo de una estratagema. Seguro que ese buen señor tiene mujer y varios hijos esperándolo en casa.

—Bueno, bueno, no te pongas así —bromeó su sobrino—. No era mi intención molestarte.

—Sí, pequeño gamberro, sí que lo era. Te conozco bien.

—¿Sabemos su nombre? —preguntó Julia cambiando de tema—. Resultaría extraño que lo ignoráramos, ¿no te parece?

—Su nombre es Stephan Taylor, y por lo que ha dicho Spencer, es un hombre muy preparado para entrar en acción.

—Bien, entonces os recogeremos el lunes a los dos a las... —comenzó a decir Julia.

—No, jovencita. No hará falta que recojas a nadie.

—¿No? Entonces ¿cómo te desplazará hasta Ascot?

—Mi acompañante se encargará de llevarme hasta allí.

Keith y Julia se miraron extrañados, pero no objetaron nada. Se despidieron poco más tarde, no sin antes asegurarse de acordar la hora en que se encontrarían en la mansión. Su llegada estaba prevista para las nueve de la mañana, una hora después de que los operarios —entre los que se encontrarían los policías infiltrados— hubieran comenzado su jornada laboral.

\* \* \*

—Derek, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—Sí, Maggie, me lo has demostrado repetidamente, ¿por qué lo dices?

—No sé qué te traes entre manos, pero últimamente estás inquieto, distraído... Ayer, sin ir más lejos, cuando volviste del puerto, parecías un fantasma; caminabas arrastrando los pies y tenías la mirada perdida.

—Es posible. He pasado un período un poco complicado con el que no voy a aburrirte, Maggie. —Le acarició la mejilla que no estaba apoyada en su pecho—. Pero pronto, muy pronto, todo volverá a ser como antes —le repasó el contorno del ojo, la nariz, los labios...—; no, será mucho mejor que antes,

ya lo verás. Gracias a ti, me resultará más fácil olvidar ciertas cosas que no han ido bien en mi vida durante años.

Ella, ignorando de lo que hablaba, pero agradecida por sus palabras, retuvo a duras penas en la flor de sus labios aquello que gritaba su corazón: «Te amo».

\* \* \*

Eran las seis de la tarde y Pete seguía igual que como había pasado todo aquel sábado: sentado frente a un televisor apagado, cubierto escasamente por un slip y con una copa de brandy en la mano que no se había atrevido a probar por miedo a que se convirtiera en decenas de ellas. Por fin era libre y, sin embargo, no percibía el alivio que había imaginado que sentiría. Durante gran parte de su vida había sido un esclavo, un hombre al servicio de otros que dictaban siempre, de alguna forma, su futuro. Y en ese momento en que ya nada lo ataba, en que nadie ejercía su poder para exprimirlo, en ese preciso momento no sabía cómo gestionar su existencia. Durante la semana, la rutina cotidiana, el ir y venir a la oficina, hacerse cargo de sus obligaciones, le daba un motivo para seguir adelante... pero cuando se encerraba en casa y se encontraba con la soledad que lo envolvía... Debía aprender a tomar las riendas de su vida, aunque sabía que le llevaría un tiempo. Y tendría que hacerlo solo, sin ayuda de su hermana, que había comenzado una vida junto a Keith, ni de su padre, que parecía estar en el mismo camino con Maggie, algo inverosímil para él en un principio.

Se llevó la copa a los labios, pero antes de dar el primer sorbo la miró detenidamente, estudiando el movimiento errático del líquido que contenía, y decidió que, al menos esa noche, intentaría cambiar su destino. No tenía claro adónde iría ni qué iba a hacer, pero no permanecería por más tiempo encerrado sin darse una oportunidad.

\* \* \*

—¿Preparada para afrontar las últimas páginas del diario de tu madre?

—Adelante. Ya va siendo hora de ir cerrando capítulos. La coacción a mi familia era uno, desenmascarar a Odile será el siguiente y el actual es éste. Vamos a ello.

Era tarde ya, por lo que decidieron volver a acomodarse en la cama. Adoptando la postura que solían, Keith abrió el cuaderno por el final hasta encontrar el punto exacto en que lo habían dejado horas antes. La narración seguía con alguna impresión de su autora sobre las horas que pasaba en cama, esperando que alguna visita mitigara en algo su aburrimiento. Las que más agradecía eran las que le hacía Pete, quien había comenzado a abrirse a ella contándole los avatares de sus jornadas escolares, y las de Derek que, noche tras noche, le brindaba el consuelo de sus brazos. Pero no eran los únicos encuentros que aliviaban sus interminables horas de descanso forzado. Las continuas idas y venidas de su madre, siempre atenta a sus necesidades, y la amable atención que le ofrecía Odile la ayudaban a pasar aquellos días de una forma más apacible.

No escribió más anotaciones hasta un tiempo después.

La última página iba dirigida en exclusiva a su hija.

«Mi queridísima Julia, el impacto que ha supuesto para mí ver tu carita redonda y tu pelusilla rojiza ha sido lo más emocionante que me ha ocurrido en la vida. Eres perfecta, con tus deditos tan bien formados, con tu piel tan suave y delicada, con esas arruguitas que se forman en tu cuellecito, bajo tu barbilla, con esos piecitos tan pequeñitos que parecen de muñeca... La palabra perfecta no abarca lo que tú eres. Te amo tanto que duele. Es un amor diferente de todos los que he sentido en el pasado, es AMOR con mayúsculas. Un amor desinteresado y total que no me cabe en el pecho.

»Cuando te han puesto en mis brazos y he podido conocerte al fin, después de estos largos meses en que hemos estado unidas sin vernos las caras, he

sentido que mi vida, por fin, tenía sentido. Me has dado el empuje para querer ser mejor persona, para ofrecerme a ti en cuerpo y alma y para luchar con uñas y dientes por tu felicidad. Tu padre, que destila orgullo por todos sus poros cuando te ve, ha llorado la primera vez que te ha cogido en sus brazos. Él también te quiere con locura, lo sé. Juntos conseguiremos darte un hogar feliz, lleno de cariño y de confianza. Juntos lograremos que seas una mujer independiente y segura de ti misma, muy diferente de la joven que era yo antes de tenerte a ti.

»Tu hermano acaba de irse al colegio a regañadientes. No quiere separarse de ti porque dice que, cada vez que lo hace, cambias, creces, y no desea perderse ni un segundo de tu evolución. Yo le recuerdo que va a tener toda la vida para ver cómo te haces mayor y le insisto en que vas a necesitarlo cada día para conseguirlo.

»¿Sabes? Hay momentos en la vida que te cambian para siempre. Conocer a tu padre fue, para mí, uno de ellos. Estar ahora mismo contigo sujeta sobre mi pecho es otro. El mayor de todos. Doy gracias por haberte tenido, por haber sido tan dichosa y afortunada de ser tu madre. Sé que tendré la oportunidad de decirte todo esto en los años venideros, pero necesito que sepas, sin que mi memoria me juegue una mala pasada en el futuro, la emoción que ha supuesto para mí conocerte al fin. Ha sido un largo viaje juntas hasta este momento. El que iniciamos hoy será la mayor aventura que compartiremos en nuestras vidas, y durará para siempre. Te quiero, mi niña.»

Para cuando terminó la lectura, Julia era ya un mar de lágrimas. Su madre la había querido muchísimo y había descubierto que su padre y su hermano también. Después de escuchar aquellos últimos renglones, que contenían la confesión de un amor tan inmenso, se juró que Odile se arrepentiría de haberla privado de la persona que se lo había ofrecido sin condiciones.



## Capítulo 40

Tras la revelación de las últimas palabras escritas por Patricia, Julia había llorado hasta caer rendida. Keith, que entendía perfectamente su estado de ánimo porque también a él le habían afectado, se limitó a acompañarla, ofreciéndole su hombro, su comprensión, sus caricias y, sobre todo, su amor incondicional.

El domingo fue un día extraño. Julia seguía asimilando lo que había oído la noche anterior mientras se preparaba para lo que le esperaba al día siguiente. De todas formas, tenían algunas cosas pendientes de resolver, y una de ellas era hablar con su abuela para comunicarle que volvía a Crystal House ese lunes.

Mientras ella hablaba con Corinne, Keith volvía a hacerlo con Albert. Quería asegurarse de que nada quedaría al azar. Cuando el policía le aseguró que sus compañeros estarían preparados y en sus puestos a la hora prevista y que él y los hombres que lo acompañarían también, dieron por finalizada la conversación.

Después de acabar de preparar el viaje, un ligero equipaje y poco más, se dedicaron a hablar de mil cosas en general y ninguna en particular, intentando con ello eludir la desazón que sentían los dos.

\* \* \*

Llegaron a Crystal House pasadas las nueve y media de la mañana, después de haberse encontrado con Albert y de que éste le hubiera colocado el micrófono espía y una cámara en miniatura camuflada en su camisa. En la

puerta los esperaba Odile con una gran y afable sonrisa. Los saludó con cordialidad y los informó mientras iban a la cocina, donde les había preparado algo para desayunar, de que los operarios llevaban ya varios días trabajando, unos en las edificaciones provisionales y otros en la redecoración de los edificios ya existentes.

La casa estaba invadida por una cuadrilla de trabajadores que, al parecer, empezaban a adaptar las estancias para la fiesta precisamente ese día. En el camino a la cocina coincidieron con un par de esos trabajadores y, por la mirada de uno de ellos, adivinaron que se trataba de un policía que había podido camuflarse entre los encargados de adecuar la mansión. Saber eso les proporcionó la tranquilidad que sus ánimos necesitaban tanto como sus pulmones respirar.

A mitad del desayuno, apareció Nana acompañada del agente que hacía las veces de su acompañante. Él, un hombre altísimo y muy atractivo para su edad, los saludó como si hiciera tiempo que se conocían, a la vez que Nana hacía lo propio depositando un beso en la mejilla de Julia primero y en la de Keith después. Al terminar, se acercó a Odile y se interesó por ella y por su familia con tanto afecto que pareció que realmente le importaba su respuesta.

Cuando ya no quedaba nada en los platos, y con la excusa de enseñarle la casa a Stephan, Gemma, Keith y el policía salieron de la cocina dejándolas a las dos a solas.

—Odile —comenzó Julia—, ¿me podría hacer el favor de acompañarme a la habitación de mi madre? Tengo algo que decirle y no quiero que nadie nos distraiga.

—Por supuesto, Julia. —El ama de llaves no pareció sorprendida por su petición, pero lo estaba—. Permíteme que acabe con esto y voy enseguida.

—Perfecto, la espero allí.

Al salir, Julia buscó a sus cómplices por la casa antes de dirigirse al punto de reunión. Los encontró apostados a un lado de la escalera, esperándola.

—Dentro de un momento nos encontraremos en el dormitorio de mi

madre. Quiero arrancarle su confesión en el mismo sitio en que la asesinó.

—Bien. Nosotros estaremos esperando en el cuarto contigo —informó Stephen con tono profesional—. ¿Me guían, por favor?

Nana lideró la marcha, seguida del agente y de Julia y dejando a Keith en último lugar. Antes de alcanzar el piso superior, el psicólogo la cogió de un brazo y la obligó a darse la vuelta.

—Te lo suplico, al primer signo de riesgo, grita. No voy a estar tranquilo hasta que vuelva a tenerte entre mis brazos.

—No tienes de qué preocuparte. Llevo el micrófono y la cámara que me ha proporcionado Albert. Estaré todo el tiempo vigilada.

—Aun así, prométemelo.

—Te lo prometo —accedió dándole un fugaz beso en los labios—. Y ahora, ve.

La joven entró en el que había sido el dormitorio y patíbulo de su madre ya sin el pavor que había sentido antes. Conocer el origen de sus miedos le había dado el valor y el arrojo que no tenía delante de esa puerta con anterioridad. Se sentó en la cama y acarició la colcha con añoranza de algo que apenas llegó a conocer pero que se le había revelado tras la lectura del diario: el amor de su madre. El corazón le latía con furia. Por mucho que pretendiera esconderlo, tenía sus reservas de que todo terminara saliendo como lo habían planeado, sin contar con el riesgo real que estaba corriendo. Respiró con fuerza varias veces para templar sus nervios y aguardó.

Unos minutos más tarde, unos toques en la puerta le advirtieron de la llegada de Odile.

—Pase —pidió escueta.

—Hola de nuevo, Julia. ¿Qué se te ofrece?

—Tengo algo muy importante que decirle. —Cerró las manos en puños y las abrió, intentando deshacerse de la tensión—. Verá, he sabido ciertas cosas recientemente sobre su hijo que creo que debo contarle.

—¿Sobre mi hijo? —preguntó a la defensiva—. ¿De qué se trata?

—Según me han dicho hace poco, mi madre descubrió que Graham tenía una plantación de marihuana en el linde del bosque. Por lo que sé, ella se enfrentó a él y le advirtió que, si no se deshacía de ésta, se vería obligada a hablar con la policía.

El ama de llaves se quedó mirándola fijamente durante unos segundos, durante los cuales la amabilidad de su rostro se transformó en una máscara fría y dura.

—¿Quién te ha mentado de esa manera, Julia? No debes hacer caso de todo lo que dice la gente. Hay mucha envidia suelta...

—No, Odile, no es una invención de alguien resentido. Y, a raíz de mis últimos descubrimientos, me inclino a pensar que es cierto. Tal vez incluso usted estaba al tanto de esos hechos.

—¿Yo? —preguntó con fingida sorpresa. Pero a Julia ya no podía engañarla más.

—Sí, usted. Y voy a ir más lejos todavía. Después de lo que me ha dicho mi hermano, unido a lo que le he contado, tengo serias dudas de que la muerte de mi madre fuera producto de un desgraciado accidente, tal y como se ha venido creyendo los últimos veintidós años.

—No haces más que decir tonterías, niña —escupió con desprecio—. Estos ricos se creen que pueden ir ensuciando el buen nombre de la gente decente sin sufrir las consecuencias.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué me dice de que su hijo haya estado extorsionando a mi hermano desde entonces? Le voy a exponer mi teoría, a ver qué le parece.

—No me interesa —soltó con intención de abandonar el cuarto.

—Quieta —ordenó Julia con un tono que no dejaba espacio para la réplica—. No va a ir a ninguna parte. Me va a escuchar y, después, oíré su hipótesis sobre lo que ocurrió aquel día. Eso sí, una vez quede todo dicho, usted y su marido abandonarán la casa para siempre. No querré volver a oír su nombre nunca más.

—Pero ¿de qué hablas?

—Siéntese ahí y escuche. —Señaló el sillón con el índice—. Su hijo estaba furioso con mi madre porque había descubierto lo que hacía y amenazaba con poner fin a su *negocio* e, imprevisiblemente, poco después mi madre sufre un accidente que le cuesta la vida... Mucha casualidad, ¿no le parece? —No la dejó contestar—. Lo que yo creo que pasó fue que su hijo, enfadado por las posibles consecuencias que podría tener que mi madre fuera a la policía, vino aquí y la mató.

—¡No!

—¡Sí! —espetó Julia—. Y, no contento con haber acabado con la vida de una mujer joven y buena, aprovechó que mi hermano entró en esta habitación y corrió a socorrerla para amenazarlo con señalarlo como culpable si no colaboraba con él. Seguramente estaba apostado en algún rincón de la casa, esperando a ver cómo se desarrollaban las cosas y encontró un chivo expiatorio en un adolescente inocente, además de conseguir amedrentarlo y sacarle todo lo que le dio la gana durante años. Y así continuó, hasta que la semana pasada lo pillaron haciendo negocios con una panda de hijos de puta, como él mismo.

—¡No! Graham es inocente de todo lo que dices y también de las acusaciones que pesan ahora sobre él —se removió alterada.

—¿Quiere que la crea? Vamos, Odile, no imaginaré que soy tan inocente, ¿no? Es demasiada casualidad que su hijo apareciera justo en el momento en que Pete cogía la lámpara que mató a mi madre. Él es culpable de su muerte y la policía lo va a saber. Yo se lo voy a decir.

—¡No! —gritó el ama de llaves.

Se levantó con ímpetu cogiendo un florero de cristal situado junto a ella y lanzándose salvajemente contra Julia, que esquivó el golpe empujándola hacia atrás.

—¿Qué pretende, Odile? ¿Convertirse también en una criminal? —la azuzó a la vez que sorteaba un nuevo ataque.

—Graham no la mató, niña imbécil. Fui yo —confesó al fin—. Yo la

maté, y me alegro de haberlo hecho. Esa puta estúpida pretendía hundir a mi hijo y yo no lo iba a consentir —bramó arremetiendo otra vez contra ella.

Julia no fue tan rápida esta vez y recibió un golpe en el brazo que provocó la rotura del jarrón y, al mismo tiempo, una brecha en su piel. Rehaciéndose con rapidez, y sin tener en cuenta su herida, la joven cargó contra la mujer, esta vez con la cabeza. Odile, sin oxígeno por culpa del cabezazo, la golpeó en la espalda sin demasiada fuerza, aunque la suficiente como para clavarle una de las afiladas puntas de vidrio. Julia, ignorando el dolor de la nueva herida, levantó el cuerpo, logrando acertar en el mentón del ama de llaves. Aturdida, Odile se tambaleó y cayó sobre sus nalgas, todavía esgrimiendo el jarrón roto como arma. En ese momento, la puerta se abrió de golpe y por ella aparecieron Stephan y Albert acompañados de varios hombres, todos con un arma en la mano. Detrás de ellos, Keith, más blanco de lo que había estado nunca, la miraba desde el umbral. En su rostro se reflejaba toda la angustia y el miedo que había pasado en los escasos minutos que había durado la lucha. Pero cuando reparó en la sangre que fluía de su brazo, su cara se transformó; el pánico dio paso a la furia y a punto estuvo de apartarlos a todos a codazos y comenzar a golpear a la mujer, ya maniatada, que había osado hierla.

Nana apareció instantes más tarde, cuando los agentes que habían entrado en la habitación se llevaban a Odile. Enseguida se acercó a Julia y se interesó por sus cortes.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras Keith le hacía un examen en toda regla de la gravedad de las lesiones.

—Bien, estoy bien. No os preocupéis. Son sólo un par de rasguños.

—¿Rasguños? —se quejó Keith—. Pero ¿tú has visto cómo sangran? Nos vamos al hospital ahora mismo.

—¡No! —exclamó sobresaltada—. No —repitió más calmada—. Antes quiero hablar con Albert y asegurarme de que ha grabado toda la discusión.

—Está bien —aceptaron los dos a la vez. Ambos la conocían y sabían que no cesaría en su empeño hasta haber conseguido lo que quería.

Encontraron al inspector rodeado de otros agentes que llevaban maniatados a Odile y a John. El guardés le dedicó una mirada cargada de odio que la golpeó en pleno estómago. Aquel hombre callado y prudente que siempre la había tratado con delicadeza ahora demostraba su auténtica cara. A pesar de no haber sido la mano ejecutora, John había sido encubridor, tanto del asesinato cometido por su mujer como de los desmanes de su hijo, sin ningún tipo de remordimiento, y eso no podría perdonárselo nunca.

Albert terminó de ordenar a sus hombres las últimas disposiciones para el traslado de los detenidos y se volvió hacia ellos.

—Bueno, pues esto ya está.

—Entonces ¿has podido grabar toda la conversación?

—Con pelos y señales. Además de la confesión, también se han grabado las imágenes de su ataque. No tiene escapatoria.

—¿Y John? —preguntó mirando la puerta por la que acababan de llevárselo—. ¿Qué pruebas hay contra él?

—De momento, sólo se sospecha de él como cómplice, pero ya tenemos en nuestro poder una orden de registro para inspeccionar la casa que habitaban aquí, en la propiedad, y esperamos encontrar pruebas de su implicación, aunque sea por encubrimiento. —Se frotó las manos y acabó dando una palmada—. Le van a caer unos cuantos años.

—Julia, por favor, tus heridas —los interrumpió Keith, que no dejaba de controlar el estado de las mismas—. Debemos ir al hospital para que te vean eso.

—Sólo un momento más, por favor —le pidió con un ruego en los ojos antes de volverse de nuevo hacia Albert—. ¿Se sabe cuándo saldrá el juicio?

—No puedo contestarte a eso, lo siento. El de Odile puede que se resuelva en breves fechas. No hay mucho más que investigar, sobre todo después de su confesión. Un par de meses, a lo sumo.

—¿Y el caso de la banda? —inquirió con aprensión.

—Ése llevará más tiempo, lo siento. Me gustaría darte mejores noticias,

pero...

De la herida del brazo no cesaba de brotar sangre, tanta que las gotas caían profusamente al suelo. Keith se estaba impacientando por momentos al verla sangrar de aquella manera y se lo hizo notar.

—Sólo una pregunta más, por favor.

—¡Está bien! Pero solamente una.

—¿Qué riesgo hay de que salgan?

—Ninguno —negó categóricamente Albert—. Se ha dictaminado prisión preventiva incondicional y sin fianza. Hay muchos países interesados en que no vean la luz del sol en mucho tiempo. Nunca más, si es posible.

—¿Y las mujeres que...? Pero ¿qué...?

No pudo acabar la pregunta. Keith la cogió en brazos y, sin hacer caso de sus quejas, la llevó hasta el coche. Su salud era lo más urgente en ese momento; el resto podía esperar.

\* \* \*

La visita al hospital fue breve y se saldó con cuatro puntos en el brazo y otros tantos en la espalda. Después de que le recetaran unos calmantes para el dolor, volvieron a la mansión tras recorrer los escasos quince minutos que la separaban del centro sanitario. Allí los esperaba Gemma con algo de comer que había preparado para distraerse de la preocupación que la atenazaba por saber cómo estaba Julia.

Tras dar buena cuenta de los platos que había cocinado Nana, y viendo que a la joven empezaba a pesarle el agotamiento y el dolor, Keith insistió en que se retirara a descansar.

—¿No vienes conmigo? —Más que una pregunta, fue una súplica.

—Sí. Sólo dame un minuto. Necesito hablar con tía Gemma.

—No tardes, por favor.

La respuesta de él fue una amplia sonrisa. En el poco tiempo que llevaban



juntos se habían convertido en inseparables y él estaba muy feliz porque así fuera. Esa muchacha se había metido debajo de su piel y ya era parte de sí mismo.

—¿Qué querías hablar conmigo, Keith?

—Nada importante y, a la vez, algo trascendental. Sé que Julia no ha caído en ello, pero la casa se ha quedado sin guardeses. ¿Te importaría ocuparte de buscar a alguien de confianza, por favor? Julia ya no puede abarcar más preocupaciones.

—Te inquietas por ella, ¿verdad?

—Mucho —asintió—. La quiero, tía Gemma.

—Lo sé. Lo veo cada vez que la miras. Y sé también que ella te ama a ti con todo su corazón.

—Sí, es cierto —reconoció satisfecho—. Entonces ¿qué me dices? ¿Te ocuparás de buscarles sustitutos a los Gallagher?

—Por supuesto, querido sobrino, por supuesto.

\* \* \*

Permanecieron dos días en la mansión, inspeccionando los avances de los obreros, organizando algunos detalles necesarios para la fiesta y, sobre todo, recuperándose de los últimos acontecimientos vividos. Durante esos días, Nana comenzó a investigar entre los pueblos vecinos qué pareja podría hacerse cargo de la propiedad. Todavía le quedaría la ardua tarea de entrevistar a los elegidos, pero, al menos, ya había comenzado la búsqueda y esperaba tener resultados en breve.

Antes de volver a Londres, y aprovechando la proximidad, Keith y Julia visitaron a Alan, al que, *grosso modo*, le contaron cómo se había desarrollado la detención de Odile y las nulas posibilidades que tenía de salir en libertad. El hombre, secretamente agradecido de no tener que intervenir finalmente en

aquel episodio tan escabroso, se alegró mucho de que aquella arpía estuviera entre rejas al fin.

La conversación con su abuela, una vez ya en la ciudad, no fue nada fácil. La mujer, que ignoraba cualquier detalle de lo que estaba oyendo, los miraba a uno y a la otra como si le estuvieran contando el argumento de una película de cine negro, que nada tenía que ver con su vida y la de su familia. A Corinne le costó mucho poder asimilar que la servicial Odile había asesinado a la persona que más había amado en su vida, su hija Patricia, y que John y Graham, el muchacho al que había recomendado una vez, eran sus cómplices. Y lloró. Lloró cuando fue capaz de entender que había depositado su confianza en la persona equivocada que, durante años, había creído en un engaño y que no fue la mala fortuna la que le arrebató a su hija, sino las manos de su guardesa.

Los días siguientes, la familia al completo, siempre acompañada de Keith, tuvo que responder a muchas preguntas de los agentes de la ley. El fiscal, que había decidido no encausar a los dos hombres McDougall, los instó a que le refirieran cualquier detalle, por pequeño que les pareciera, sobre los prisioneros. Sus declaraciones ayudarían a esclarecer algunos cabos que quedaban pendientes y que era preciso atar. En el caso de Julia, poco tenía que añadir a lo que demostraban las imágenes de la filmación y la grabación que había conseguido, y en las que se podían ver y oír la confesión de su antigua ama de llaves.

Pronto volvieron a sus rutinas, a sus trabajos, que en el caso de la joven se concentraba especialmente en la organización de un evento que cada día estaba más cerca. Maggie se había convertido para ella no solamente en su mano derecha, sino también en su amiga, y colaboraba activamente en que todo estuviera perfecto el día señalado. Conocer todos los detalles de lo que había ocurrido y sus consecuencias le despejó muchas dudas a la secretaria, principalmente con respecto a Derek y su anterior forma de tratarla.

Keith abrió la consulta a finales de la semana siguiente, cuando los

asuntos policiales ya estaban prácticamente encarrilados y las heridas de Julia curadas. La vida parecía volver a su cauce y la de los dos jóvenes se prometía plena y feliz. Pero había algo que a Julia todavía le rondaba por la cabeza.

—Keith, ¿recuerdas las cartas que encontramos en uno de los desvanes?

—¿Las que iban dirigidas a tu bisabuela?

—Sí, ésas. ¿Por qué no las leemos esta noche? ¿Te apetece? —pidió haciendo morritos—. Es el único misterio que nos queda por resolver.

—¿Por qué no? Aunque espero no encontrar ningún nuevo secreto oculto de tu familia —advirtió divertido.

Esa noche, después de cenar, se tumbaron en la cama, bien juntos, como les gustaba estar, y comenzaron la lectura de las misivas destinadas a Julia Powers, su abuela. Descubrieron que Jonathan Parker era un admirador de su antepasada y en sus epístolas le declaraba su amor incondicional y le pedía que se fugara con él y abandonara a su esposo. Por las siguientes cartas y lo que la historia de su familia les contaba, dedujeron que ella le había contestado en diversas ocasiones que no, pero eso no fue impedimento para que él siguiera insistiendo una y otra vez, argumentando que su vida no tenía sentido sin ella y que, si no cedía en su demanda, se quitaría la vida. En el último de sus escritos le comunicaba que se había alistado en el ejército y que en poco tiempo marcharía al frente. Después, el silencio.

—Pobre hombre —suspiró Julia al oír lo que acababa de leer Keith—. Lo más probable es que muriera durante alguna batalla.

—Seguramente, sí. Aunque siempre es posible que encontrara alguna buena mujer que correspondiera a sus sentimientos y que lo ayudara a olvidar a tu bisabuela.

—Me gusta esa idea. Mucho más positiva que la de pensar que su cuerpo acabó tendido en alguna playa, la verdad.

—Infinitamente más positiva —bromeó él.

—¿Por qué crees que Julia guardó estas cartas? Si no estaba enamorada de él, es un poco extraño, ¿no crees?

—Nunca lo sabremos a ciencia cierta, pero si mi intuición no me falla, las guardó porque eran un homenaje a su feminidad. Supongo que saber que levantaba tal pasión en un hombre que no era su marido le alimentó la autoestima y, conservándolas, siempre podría volver a recordar esa sensación.

—Señor Bennett, es usted un hombre muy inteligente —lo alabó antes de besarlo en los labios.

—Señorita McDougall, no sé si soy inteligente o no. Lo que sí sé es que soy el hombre más afortunado de la tierra porque te tengo a ti. —La miró con intensidad—. Te quiero, Julia.

—Y yo a ti, Keith.

## Epílogo

La sala, de la que habían retirado todos los muebles para dejar un espacio diáfano en el centro, estaba abarrotada de bailarines vestidos con elegantes y llamativos vestidos de época. Unos lacayos con levita de un vistoso color rojo paseaban entre ellos ofreciéndoles bebidas en unas elaboradas copas de cristal labrado. Mientras, en la entrada de la casa, la familia al completo, acompañados por Keith y Maggie, daban la bienvenida a los últimos invitados. El día anterior todo se había desarrollado tal y como tenían previsto. La minuciosa preparación del evento estaba dando sus frutos, y Derek no paraba de agradecerse a su hija y a la mujer que le había devuelto las ganas de vivir: Maggie. En ese momento, apareció uno de los últimos carruajes que esperaban y de él se apeó el agente Taylor, quien, atentamente, ayudó a una radiante Gemma a hacer lo mismo.

—Tía Gemma, estás espectacular —la alabó su sobrino.

—Estoy de acuerdo, Nana. Nunca te había visto tan hermosa... ni tan bien acompañada.

Gemma, que ya no tenía edad para sonrojarse, lo hizo ligeramente.

—Sí, Stephan ha sido tan amable de acompañarme... Espero que no os importe que lo haya invitado sin consultar.

—En absoluto, Gemma —intervino Derek—. Tenemos mucho que agradecer a ambos. Sed bienvenidos.

Corinne apareció detrás del grupo al entrever a Nana entre sus cabezas.

—Querida Gemma, me alegro mucho de que hayas llegado al fin —dijo agarrándose a su brazo—. Nunca te estaré lo suficientemente agradecida por

tu elección de los nuevos guardeses. Son excepcionales. Aunque, claro, tienes muy buen criterio en todo lo que haces.

Las dos mujeres desaparecieron en dirección a la sala seguidas del policía, que parecía estar fuera de su área de confort, pero muy contento de acompañar a su nueva amiga.

—Hermanita —sonrió Pete, algo que estaba aprendiendo a hacer en el último mes—, debo reconocer que regalarles un ridículo a las señoras con muestras de nuestros productos ha sido una gran idea. Todas están encantadas.

—Gracias, aunque la idea no fue exclusivamente mía. Yo pensé en las muestras y Maggie en los bolsitos.

—Pues felicidades a las dos. —Se acercó a ambas y las besó en las mejillas—. Ha sido todo un acierto.

—Creo que por ahí llega la última calesa, por fin —apuntó Keith, a quien no se le borraba la sonrisa de los labios.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó Julia frunciendo el ceño.

—Ahora lo descubriremos —medió Pete.

Un instante después, Albert, visiblemente incómodo por culpa de su indumentaria, bajaba de un salto del interior del vehículo.

—Buenas noches a todos —los saludó a la vez que estiraba una manga de su chaqueta.

—Buenas noches, Albert —contestaron ellos a coro con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Y bien?, ¿qué se cuece por ahí dentro? —preguntó el policía estirando el cuello para ver el interior de la casa.

—Vamos juntos y lo comprobamos —invitó Derek, dándole una palmada en la espalda.

Algunos invitados hablaban entre ellos con visible agrado. Otros bailaban, y había quien, apostado en un rincón, daba cuenta de los canapés y otras

delicias que se habían preparado para la ocasión. De fondo, la música que tocaba un cuarteto de cuerda sonaba animando el ambiente.

Cuando los congregados vieron aparecer a sus anfitriones interrumpieron lo que estaban haciendo para volverse a mirarlos. Julia sonrió satisfecha. Aquella fiesta había supuesto muchas cosas para su familia y para ella misma. Gracias a su preparación, se habían revelado secretos escondidos en el desván durante muchos años. Eso, sin contar que habían conseguido desembarazarse de un yugo que los oprimía desde hacía demasiado y que se había metido en prisión a aquellos que los habían hecho desgraciados durante tanto tiempo...

Julia miró a su derecha y observó cómo su padre, con el brazo de Maggie colgado del suyo, se veía satisfecho y orgulloso. Más allá, Pete, con la cara relajada, sonreía sinceramente contento. Luego miró a su izquierda y se deleitó con la imagen de un Keith espectacular que, con los ojos color avellana más fascinantes que hubiera visto nunca, la observaba complacido. Y reconoció que reencontrarse con aquel joven que había conocido cuando era una chiquilla era, sin duda, lo que más llenaba su alma de todo lo conseguido gracias a esa celebración.

En ese momento comenzaron a oírse los primeros compases de un vals, y Keith, con una sonrisa que no le cabía en la cara, alargó su mano derecha hacia ella e hizo una cómica reverencia.

—Señorita McDougall, ¿quiere bailar conmigo?

—Siempre.

## Agradecimientos

A pesar de que escribir una novela es un acto íntimo y solitario, aquello que rodea al escritor es muy importante para poder desarrollar su creación. Las personas que están a su lado en los momentos de desánimo, las que confían en su trabajo, las que lo alientan a seguir adelante, las que esperan el resultado de sus horas frente al ordenador son muy importantes para llegar al resultado final. A todas esas personas que estáis ahí para mí: gracias, sin vuestro empuje sería muy difícil que estas páginas hubieran llegado a ver la luz. Me resulta imposible nombraros a cada uno de vosotros porque, por suerte, sois muchos. Sin embargo, algunos sois aliados especiales, mis aliados en esta aventura que se llama escribir:

Marc, mi marido, que estás siempre dispuesto a apagar los fuegos, en especial los informáticos, que se me presentan con mayor frecuencia de la que me gustaría.

Andrea, mi hija, gracias por tu paciencia al enseñarme los secretos de las redes sociales y por tu implicación en mis escritos.

Eric, mi hijo, gracias por dedicarme siempre una sonrisa y arrancarme más de una carcajada con tu inagotable buen humor.

Mamá, gracias por inculcarme el amor a la literatura, al arte y a la cultura. Sin él nunca me habría atrevido a lanzarme al mundo editorial.

Mar Álvarez, mi amiga, gracias por regalarme tu amistad, tu tiempo, tu inestimable colaboración durante mi proceso creativo y por ser la voz de mi conciencia.

Mayte La Rosa, mi compinche, gracias por ofrecerte a leer mis locuras antes de que lo haga nadie, asegurándote de que mis historias no tengan



ningún error, y por hacerme pasar ratos tan agradables como los que compartimos.

Mis compañeras de letras, todas y cada una de vosotras autoras importantes, gracias por vuestros libros y por vuestra fértil imaginación, que son un ejemplo para mí.

Esther Escoriza, mi editora, gracias por la confianza que depositas en mis proyectos y por la dedicación y el empeño que empleas para que sean de calidad.

Y un especial y enorme gracias a todos los que, de entre todo un océano de títulos, le dais una oportunidad a los que yo os propongo y seguís reclamándome más. Sin vosotros, sin la recompensa que representáis, mi esfuerzo sería inútil.

## Biografía



Luz Guillén, barcelonesa apasionada por la literatura desde muy joven, ha ido incrementando esa pasión con el paso de los años. Sintió la llamada de la escritura a muy temprana edad, pero ha empezado a compartirla desde hace poco tiempo.

Casada desde 1985, ha inculcado en sus hijos el mismo amor por los libros que siente ella.

Administrativa del ambulatorio de un pueblo de la periferia de Barcelona, donde vive, desarrolla su labor con buen humor, intentando facilitar la vida a todos los que la rodean.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <https://www.facebook.com/MaryOdds/?fref=ts>

## Referencias a las canciones

*I Don't Really Care*, Julia McDougall, interpretada por Julia McDougall. (N. de la e.)

*What He Wrote*, Ribbon Music, interpretada por Laura Marling. (N. de la e.)

*One and Only*, XL Recordings Ltd., interpretada por Adele. (N. de la e.)

*A Thousand Years*, WEA International Inc., interpretada por Christina Perri. (N. de la e.)

*Let Me Sign*, SFO, interpretada por Robert Pattinson. (N. de la e.)

*Secretos en el desván*  
Luz Guillén

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock  
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Luz Guillén, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2019

ISBN: 978-84-08-21487-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

